

Casa

de las Américas 294

enero-marzo / 2019

**A sesenta años de la
Revolución Cubana**

Notas sobre América

**Semana de
MIGUEL BARNET**

**Textos de
MEMPO GIARDINELLI
ALEXIS DÍAZ PIMIENTA**

**Sobre
WALTER BENJAMIN
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI**



Este material es solo para uso promocional y se prohíbe su reproducción total o parcial.

Fondo Editorial
Casa de las Américas





Américas

Casa

de las Américas 294

enero-marzo/2019

año LX

Órgano de la Casa de las Américas

Fundadora:

Haydee Santamaría

Directores:

Roberto Fernández Retamar

Jorge Fornet

Subdirector:

Aurelio Alonso

Consejo de Redacción:

Luisa Campuzano, Pablo Armando Fernández,

Jaime Gómez Triana, Raúl Hernández Novás (†),

Marcia Leiseca, Nancy Morejón,

Caridad Tamayo Fernández, Yolanda Wood,

Roberto Zurbano

Editora-redactora:

Lorena Sánchez

Correctora:

Anele Arnautó Trillo

Diseño y emplane:

Ricardo Rafael Villares

Realización computarizada:

Roxana Monduy

Coordinador de producción:

Jorge Alberto Tartabull

Redacción:

Casa de las Américas, 3ra. y G,

El Vedado, La Habana 10400, Cuba.

Teléfonos: (537) 838 2706 al 09, ext. 108

(537) 836 7601

Correo electrónico: revista@casa.cult.cu

Sitio web: www.revistacasa.casadelasamericas.org

Suscripción: suscripciones@casa.cult.cu

Precio del ejemplar en Cuba: \$ 5 (MN)

Páginas Salvadas

- 3 A sesenta años de la Revolución Cubana
- 4 ITALO CALVINO / JUAN MARSÉ / JOSÉ BIANCO / FRANCESCO ROSI /
JOSÉ EMILIO PACHECO / FERNANDO BIRRI / ROBERTO MATTA /
MANUEL GALICH / JULIO CORTÁZAR / MARIO BENEDETTI /
ALFONSO SASTRE / ANTONIO SAURA / ANTONIO CORNEJO POLAR /
MARGARET RANDALL / EDUARDO GALEANO / ARIEL DORFMAN /
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ / JUAN GELMAN / HILDEBRANDO PÉREZ /
LUIS BRITTO GARCÍA

Hechos/Ideas

- 27 ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR • Notas sobre América
- 38 MICHAEL LÖWY • Walter Benjamin y José Carlos Mariátegui: dos marxistas disidentes de la ideología del «progreso»

Letras

- 48 MARTÍN GAMBAROTTA • *Asumiendo estar terminado me trepé...;*
Dan a entender que podrías...; Hijo etíope, seductor sueco, cuervo...;
No quieren que te quedes...; No quieren verte hacer...;
- 51 ALEXIS DÍAZ PIMIENTA • Arte poética final; la ciudad de los locos;
doble blanco sobre doble nueve; Transeúnte
- 57 MEMPO GIARDINELLI • La noche del tren
- 64 EDMUNDO ARAY • Cuentan que arrojó el amor por la ventana
- 67 ADRIÁN CURIEL RIVERA • Salida número catorce
- 77 JAMILA MEDINA RÍOS • En la pared del camarote había dos trajecitos
de corte marinero (punzó-n)

Notas

- 81 SERGIO MARELLI • Osvaldo Bayer, el anarquista que tomó el cielo por asalto
- 90 NILS CASTRO • Aprender de un progresismo al siguiente

Con ojos de esta América

- 99 LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN • La vida en dos semanas

Semana de Miguel Barnet

- 103 Un escritor que siempre se reinventa
- 104 MIGUEL BARNET • A Kavafis; Los días de la semana; El Tiempo; Qué rara situación; La noche; Soñar; En materia de dolor; Aires del Levante
- 109 ABEL PRIETO • Las respuestas del edecán

Cuatro números por año.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor.

La opinión de la Casa de las Américas se expresa en los editoriales y en notas que así lo indiquen.

En los casos de colaboraciones que no haya solicitado, la revista no se compromete a devolver los originales ni a mantener correspondencia.

Inscrita como impreso periódico en la Dirección Nacional de Correos, Telégrafos y Prensa.
Permiso No. 81222/153.

A las compañeras y los compañeros que en el taller de la UEB Gráfica Caribe se ocupan de la impresión y el acabado, agradecemos el trabajo entusiasta con que hacen realidad esta revista.

© Casa de las Américas, 2019

ISSN 008-7157

- 118 NANCY MOREJÓN • Miguel Barnet y los laberintos de la fraternidad
123 EDUARDO HERAS LEÓN • El cimarrón revisitado
129 FIDEL ANTONIO ORTA • Miguel Barnet, ¿también un hombre de cine?
133 JOSE DE LEÓN • Barnet radical

Libros

- 140 CAMILA VALDÉS LEÓN • Imaginar la nación
144 RAÚL SERRANO SÁNCHEZ • *Fuga hacia dentro*. Las otras lecturas de la tradición y la ruptura
148 RAMIRO SANCHIZ • Bolaño en las catacumbas
150 ALEJANDRO AMARO SEGUÍ • Una mirada actualizada a las poéticas y archivos del Caribe
153 Al pie de la letra
169 Recientes y próximas de la Casa
175 Colaboradores/Temas

Portada:

JOAQUÍN LÓPEZ ANTAY:
Retablo de San Marcos.
Madera y pasta policromada,
32 x 22 cm. Ayacucho

Contraportada:

MARDONIO LÓPEZ: *Retablo*.
Madera y pasta policromada,
30 x 19 cm. Ayacucho



Este número se ilustra con obras de la muestra *Arte popular del Perú*, exhibida en la Galería Latinoamericana de la Casa de las Américas entre enero-marzo de 2019.

A sesenta años de la Revolución Cubana

Acaban de cumplirse, el pasado primero de enero, sesenta años del triunfo revolucionario de 1959. El proceso que se iniciaba entonces significó un vuelco fundamental en la historia de Cuba, y resultó ser un momento de fundaciones que incluyó —entre otros muchos empeños culturales— la creación de la Casa de las Américas. Decenas de escritores y artistas vinculados a esta institución ofrecieron en diferentes momentos sus opiniones y esperanzas sobre el proceso cubano.

Recuperamos aquí parte de las opiniones publicadas por la revista al cumplirse diez y veinte años de la Revolución. Las de Calvino, Marsé, Bianco, Rosi, Pacheco y Birri aparecieron en el número doble 51-52 (noviembre de 1968-febrero de 1969). El resto apareció en los números 111 (noviembre-diciembre de 1978) y 112 (enero-febrero de 1979).

ITALO CALVINO

Desde hace diez años Cuba revolucionaria se muestra al mundo sonriente y austera mientras resiste a un asedio sin precedentes en la historia mundial, y salva su autonomía en la construcción de una nueva convivencia humana. Hago votos porque en el desarrollo de la Revolución Cubana se encuentren las maneras de que todo el pueblo participe cada vez más

y más directamente en la gestión del poder. Lo que todo el mundo espera hoy del socialismo es la creación de formas de dirección que procedan de la base; es mi más vivo deseo que el pueblo cubano pueda, con su entusiasmo revolucionario, indicar a todos los demás pueblos un nuevo camino.

JUAN MARSÉ

Lo que Cuba nos da, lo que nosotros le damos

(Balance de un escritor en el X Aniversario de la Revolución Cubana)

Cuántas veces lo hemos hablado entre amigos, en Barcelona; cuántas veces hemos pensado en ello, nos hemos preguntado: ¿qué estamos aportando a la Revolución Cubana que ahora cumple diez años, nosotros, los escritores españoles? Por su parte, y en primer lugar, el pueblo de Cuba nos ofrece una moral revolucionaria y un ejemplo de trabajo (rural y urbano, en todos los niveles) abrumador; un ejemplo vivo de superación y de esperanza, experiencias únicas y palpables, testimonios vivos, contradicciones, reveses que ponen a prueba al intelectual más pintado (y que en otros revelan su flojera mental,

su último lecho de plumas), y viajes, amigos, tragos, libros, revistas. Y frente a todo eso, ¿cómo correspondo yo? Ahí va mi admiración, mi solidaridad, un testimonio de viva voz al regresar a España, algún que otro trabajo literario publicado en Cuba, fragmentos de algún libro que ni siquiera sé si el pueblo necesita ahora; ¿qué más?, mi atención como jurado en los concursos literarios, tibias entrevistas en la prensa; ¿qué más?, una parodia de trabajo productivo (simbólico: sembrar dos matas de café en el Cordón de La Habana); consejo a los jóvenes escritores que me lo piden, etcétera. Palabras.

Bien poco es –aunque me haya salido una larga lista– comparado con lo que me ofrece este pueblo. Ciertamente, uno puede alegar en descargo suyo que las circunstancias (personales unas, político-sociales otras) le condicionan mucho en su propio país y, claro, ya se sabe, el que hace lo que puede –uno tiene, además, las limitaciones propias de su talento– no está obligado a más. Sabemos todo eso. Pero con todo y ofrecerle a Cuba la mejor voluntad, el desequilibrio de este balance es tan evidente que abruma, al menos en mi caso. No hacemos más que dar las gracias por este socialismo en marcha, destinado a cambiar la fecha y la entraña de Latinoamérica y cumpliendo ya diez años, las gracias incluso ante aquello que a uno puede no gustarle del todo, que considere un error, pues confía plenamente en la dinámica revolucionaria. Aunque parezca paradójico, la

respuesta no se refiere a Cuba hoy, al menos directamente; en mi caso, la respuesta está en España, en las ansias de destino y de verdad que laten en su pueblo. El «que más» que me planteo en Cuba, resuena en mi patria. Por eso Madrid-La Habana-Madrid no es solo un siempre ansiado viaje de ida y vuelta en avión, una nostalgia largamente acariciada y al fin satisfecha: es la insatisfacción misma, el itinerario que replantea posiciones personales, al reencuentro con la más dura y tensa conciencia revolucionaria, aquella que en España se nos fue de las manos, y que debe manifestarse en obras, en hechos.

He aquí la mejor aportación que la Revolución Cubana, al cumplir su X Aniversario victorioso, y en medio de las condiciones más adversas, luchando diariamente, podía ofrecerle a este escritor: reforzar su conciencia revolucionaria.

JOSÉ BIANCO

Testimonio

En el invierno de 1961 la Casa de las Américas me invitó a participar como jurado en su segundo concurso literario. Nunca agradeceré bastante aquella invitación. No diré que los dos meses que pasé con ustedes, cubanos, cambiaran mis sentimientos en punto a cuestiones sociales, pero de algún modo los reforzaron; les dieron, considerando mi escasa o nula formación política, una base ideológica que hasta entonces no tenían: los transformaron en convicciones.

Cuando volví a Buenos Aires, a la vez acongojado y esperanzado (era pocos días antes de Playa Girón), volvía también con la certeza de que el destino de América la Latina estaba ligado a la suerte de la Revolución Cubana. Por fin, en nuestra América, una sociedad fundada en la justicia social... Han transcurrido siete largos años. Desde entonces, queridos cubanos, y por mucho que se les repita, no pueden ustedes imaginar hasta qué punto ha crecido la influencia de

la Revolución Cubana en mi país. Los intelectuales y los estudiantes argentinos, los jóvenes obreros que tienen hambre y sed de cultura y que al terminar su trabajo acuden a escuelas y colegios nocturnos para obtener a duras penas ese mínimo de instrucción que nos fue tan fácil de adquirir a los integrantes de la burguesía, esos intelectuales, esos estudiantes, esos jóvenes obreros, piensan en Cuba, hablan de Cuba, miran hacia Cuba. En vano las autoridades oficiales dispersan sus manifestaciones, los acorralan, los persiguen. En vano las agendas noticiosas pretenden engañarlos. La verdad llega hasta ellos. Antes de pronunciar la palabra Cuba, hay un brillo peculiar en los ojos, un dibujo nítido en los labios, una inflexión cálida en la voz que les permite reconocerse como hermanos. Nunca han estado en Cuba, pero solo en Cuba encuentran un ambiente fraternal.

Me refiero especialmente a los jóvenes: intelectuales, estudiantes, obreros. ¿Por qué? Porque soy un hombre ya viejo y porque la semana pasada tuve oportunidad de conocer la escuela de Minas de Frío. No existía esa escuela cuando vine por primera vez a Cuba. Este mes de octubre hicimos el viaje en ómnibus de Santiago a Bayamo; de Bayamo a Minas tomamos un camión. A una amiga argentina que desde hace treinta años vive en París, y a mí, llegado de Buenos Aires, en razón de nuestra edad nos situaron junto al chofer. A uno y otro lado, de pie sobre los estribos, iban cuatro baqueanos. Arriba, invisibles para nosotros, los demás delegados y muchas personas de variada condición que subieron en Bayamo o que fuimos recogiendo en el camino. Y el camino zigzagueaba por montes abruptos, cubiertos de árboles agrestes y blandas enredaderas, entre riachos y peñascos.

Había llovido la noche anterior. El camino era húmedo, estrecho, rojizo. ¿A dónde nos conducía? Me lo dijeron, pero soy distraído, y debo confesar que no tenía en aquel instante la menor idea. No bien escalábamos una sierra había que emprender otra ascensión más escarpada aún. En un momento dado, el camión se detuvo largo rato: avanzaba diez centímetros y retrocedía medio metro. Después que los baqueanos acuñaron piedras en sus ruedas, volvió a arrancar. Sí, nada podía detener su marcha hacia las alturas. Y cuando llegamos a Minas de Frío, presencié un espectáculo inolvidable: dos mil niños, negros, mulatos, blancos, bajo la custodia de maestros y maestras recién salidos de la adolescencia. Clases, dormitorios, comedores, hospitales, biblioteca, librería, estadios, cinematógrafo. Todo muy sencillo, apenas confortable. Pero para aquellos niños y muchachos de ocho a dieciséis años, era necesariamente el paraíso terrenal en comparación con los bohíos donde vivieron sus padres. Había higiene, comida, afecto, respeto, instrucción. El contraste era todavía más violento porque acabábamos de llegar de uno de los tantos hoteles suntuosos que existen en Cuba y que en otra época eran para uso exclusivo de los privilegiados. Y yo me decía: «Cuando en Cuba el oro corría a manos llenas, nadie se preocupaba por los niños de Santiago. Casi todos esos niños hubieran llegado a viejos sin encontrar un orden que los resguardase. Para esto se ha necesitado la Revolución. Y ahora que la Revolución ha dejado atrás su etapa romántica y ha entrado en los duros días de la construcción del socialismo, ahora, pese al bloqueo que pretende sofocarla y a todos los obstáculos que encuentra en su camino, gracias a la Revolución los niños de Santiago aprenden a leer y escribir».

Anduve de un lado a otro subiendo y bajando sierras en ese paisaje un poco irreal, manchado, luminoso, con luz cambiante de tormenta. Siempre rodeado de muchachas, muchachos y niños. Asistí a sus juegos y a sus clases. Los vi iniciarse en los misterios de las cuatro operaciones y de la ortografía, en la gramática, en la historia, en la redacción, en la civilización. Pocas veces he comido con más apetito que en Minas de Frío, pocas veces he dormido con un sueño más profundo que en sus modestas barracas. Llovió toda la noche, pero no oí el ruido del agua sobre los techos de fibrocemento. Nos fuimos a la tarde siguiente. La bajada a Bayamo fue rapidísima.

De cuando en cuando yo apartaba los ojos de la pendiente y miraba el pie del chofer que apretaba el freno hasta el máximo, pero hubiese querido que soltara el freno y que bajáramos todavía con mayor celeridad, que nuestro itinerario de vuelta no fuese menos vertiginoso que el espectáculo deslumbrante que acababa de presenciar. Ah, no ser joven, no tener fresca en la memoria la escuela primaria, no poder incorporarse a los maestros de Minas de Frío. Y recordaba, al mismo tiempo, que Bernard Shaw reprueba el capitalismo porque frustra la vida de casi todos. A unos los condena a la opresión; a otros, los menos, al tedio diabólico, al egoísmo invencible de los ricos.

FRANCESCO ROSI

He estado en Cuba tres veces y en conjunto por dos meses y medio. Ochenta días no son muchos para conocer y comprender un país, pero son quizá suficientes para percatarse de si una revolución es una realidad. Y en Cuba es una realidad: la realidad de la revolución permanente. Esta realidad la he conocido mirándola, más que nada, porque por mi ocupación debo ver las cosas para poder juzgarlas. He visitado ciudades y campiñas y he hablado con intelectuales y campesinos. Lo que he visto me ha comunicado intensamente la emoción de la renovación profunda que ha cambiado la estructura de un país. Y la emoción aún mayor de una reconstrucción en la que las razones morales e ideales son colocadas a un nivel por lo menos igual, si no más alto, que el

del logro de un bienestar material. Donde hay aunque sea unas pocas casas de campesinos, hay una escuela, hay un policlínico. Donde hay tierra, hay gente libre y los medios más modernos para poderla trabajar. Y se sabe muy bien lo que había antes y lo que no había en lo absoluto. He estado después un mes en Bolivia y un mes más en Perú. Y también en esos países he visto mucho, he ido por todas partes, me he acercado a la gente más humilde y necesitada para asir el sentido de la diferencia entre Cuba y esos países. Y he comprendido que no se trata solo de la voluntad firme de Cuba de querer terminar con toda esclavitud económica, sino sobre todo de su determinación de alcanzar la libertad a través de un proceso que es individual

y colectivo al mismo tiempo: la conciencia que cada uno debe tomar de la necesidad de ser libre. En pocas palabras, dar dignidad al hombre. Y es esto lo que ha hecho Fidel Castro, con tenacidad y con amor, en tiempo de guerra y en tiempo de paz, que para Cuba continúa siempre siendo tiempo de guerra. Y es esto lo que han hecho Che Guevara y sus compañeros muertos por la liberación de un continente. Y es esto lo que ha

hecho Camilo Torres. Y es esto lo que continúa haciendo en cada rincón de la América Latina quien combate por el mismo ideal. Y es esto lo que hacen los cubanos que luchan día por día, minuto por minuto, por no perder la libertad conquistada. Y es por esto por lo que Cuba es un ejemplo para todos.

El décimo aniversario de la Revolución Cubana es una confirmación y una esperanza.

JOSÉ EMILIO PACHECO

*Si cumpliste veinte años en el cincuenta y nueve
podrías comenzar tu arisca paginita diciendo
que la revolución cubana ha sido
tu juventud*

(por otro nombre tu esperanza).

*Y no obstante recuerda que tú eres
a humble member of the silent generation
que no has vivido en su belleza trágica
esta revolución.*

*Gracias a ella
nadie puede decir que es inocente
ni que el robo el saqueo la miseria
la corrupción las pestes y las hambres
el abuso de fuerza la violencia
terminarán mañana por un acto
de fe en los privilegios de la inercia
por una contrición búdica en quienes*

*devolverán poderes y riquezas
a pueblos expropiados
traicionados.*

*Pero tú, honestamente, nada has hecho
(se excluyen manifiestos y otros textos
contraataques verbales y defensas)
para tener un sitio en este día
de la celebración*

*cuando un gran pueblo
conmemora diez años
(ya cotidianamente son diez años
casi cuatro mil días que cambiaron
el mundo y nuestra América y la otra)
de ese terrible y admirable esfuerzo
de convertir sin tregua en real-concreto
lo posible anhelado.*

FERNANDO BIRRI

En tres palabras: la historia privada y pública de todo y cualquier latinoamericano no se puede

contar sin agregar A.R.C. o D.R.C. (ANTES REVOLUCIÓN CUBANA o DESPUÉS).

ROBERTO MATTA*

Retador de mares, de océanos, de universos, de metafísicas, no puedo entender tu telegrama, porque...

Hace tantos meses que te mandé cuatro páginas desde Londres, con mi respuesta.

Te decía cómo desde el sesenta, la Revolución Cubana me hizo amanecer.

Vi que la Revolución es construcción y que para construir hay que ser más despierto, más poeta: inteligencia de lo desconocido y que lo más importante es que no se nos desrevolucione el poeta (el creador) que cada uno lleva en sí.

Porque no solo esta construcción debe ser bien fundada y sólida pero habitable y no solo habitamos la tierra y una sociedad pero principalmente habitamos en nosotros mismos, y es en uno mismo, que se puede hacer la revolución, es decir que se puede construir un ser y hacer humano nuevo y es humano solo quiere ser humano (esta es la guerrilla interior, en uno mismo).

Que no se me desrevolucione el yo, y que amanezca un yo nuevo, un yo creador en vez del yo egoísta, aprovechador, mentiroso que me habían injertado en los huesos.

* En este caso reproducimos el texto tal y como aparece en el original.

Y así el amanecer en Cuba, me despertó, y al madrugar todo principia a iluminarse, a desnocharse, a verse, y cuando una cosa se ve aparece su realidad, se descubren los escondedores de la verdad y viene la GANA de crecer; de cambiar, de crear de la nada una nueva libertad, una nueva manera de vivir viviendo juntos, de crear una alternativa a la cultura burguesa que solo cultiva compradores y envidiosos, etcétera.

Todas estas te escribí en detalles, abriendo los cajones en sí mismo se llega fatalmente a la conclusión que sin vida creadora en común, sin un proyecto de construir una sociedad que nos guste, que hemos hecho nosotros mismos a la imagen y semejanza del entusiasmo, que se parezca más al amor, porque el amor es nuriciente, etcétera. (Se confunde troppo el amor con los tiritones sexuales, es como confundir las uvas con los vómitos del borracho).

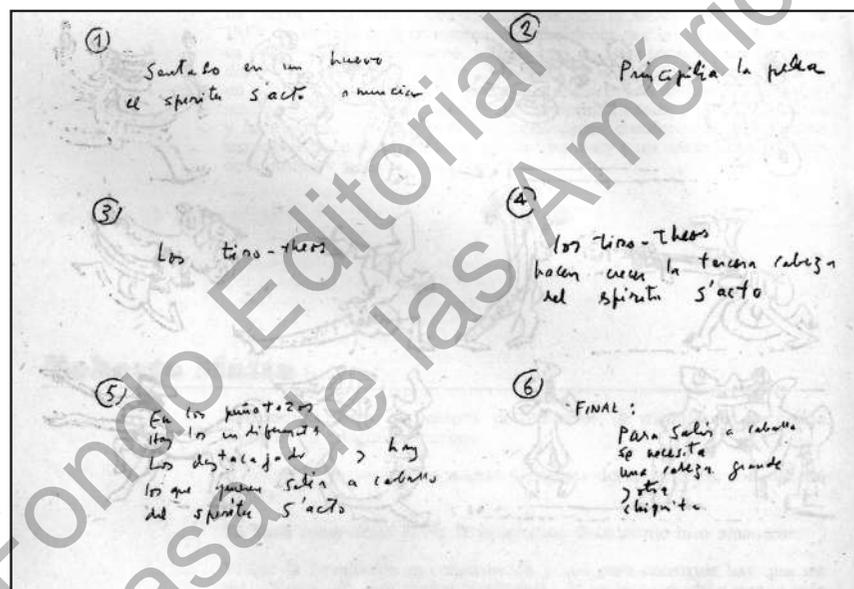
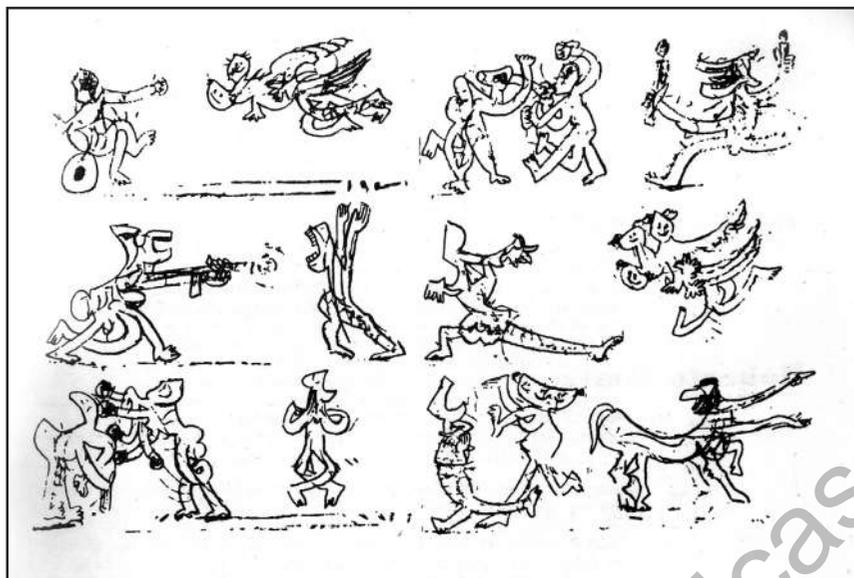
Sin este inventar y descubrir el profundo entusiasmo del yo, la vida vive muerta, etcétera.

Es decir la libertad «se transforma en estatua».

Encubar, la palabra que me despierta la historia de Cuba, desde el 26 de julio del 53, y sobre todo despierta una nueva dimensión de lo que es poesía, artista, es encubar un Yo nuevo.

Abrazos y besos

Matta



Yo sé que para leer mis cartas también se necesita una escalera grande y otra chiquita, (es por eso que las escribo).

Sácate a todo caballo el poetazo en ti, y descíframe la carta.

La leí de nuevo y aclaré algunas palabras...

Si supiera escribir, diría que para que la libertad no se transforme en estatua hay que tener de ojo ese yo que está en mí mismo, y para que no se

me despoete, desrevolucione el yo hay que tener alerta una guerrilla interior, en el ojo del corazón.

No basta darle la palabra [ha]y que darles la inteligencia poética creadora, il s'acto, el espíritu s'acto. «*L'esprit languit comme les fleurs*» (Apollinaire) *d'ou naissent les fruits savoureux*.

Basta
un abrazo

MANUEL GALICH

En realidad, es inabarcable la respuesta a lo que, para mí, ha significado la Revolución Cubana. Situado ante esa interrogante, no puedo sino responder desde mi doble condición de latinoamericano y de guatemalteco. Es claro que podría y debería agregar una calidad más: la de ser humano, la de individuo inmerso en la profundidad de este último cuarto del siglo xx, que tiene proporciones colosales, así en las grandiosas conquistas del hombre, en su capacidad creadora, como en la bestialidad del antihombre, en su insania destructora no solo de nuestra especie, sino hasta del mismo planeta que habitamos. Diría, entonces, que la Revolución Cubana es una de aquellas conquistas del genio creador del hombre y una gran derrota al maléfico genio destructor del antihombre.

Pero no pretendo profundizar hasta allí. Me quedo en aquella más modesta posición de latinoamericano y de guatemalteco. Dualidad que no supone una dicotomía, sino, al contrario, una identidad de ambas categorías, la una como integrante inseparable de la otra. De ningún modo, esta —la de guatemalteco— minimizando la perspectiva, recortando el horizonte mayor de lo latinoamericano. Hay un gran meridiano, bajo el cual estoy colocado, cuyo trazo inició el puño aplastante de Bolívar; concluyó la visión profética de Martí y está haciendo realidad vital la Revolución Cubana. «Nuestra patria es la América», dijo el primero; «Nuestra América», reafirmó el segundo, y «esta gran humanidad [que] ha dicho ¡basta! y ha echado a andar», dice la Revolución. Es mi meridiano: la América Latina y el Caribe. Desde él diré algo de lo que pienso cuando pienso en la Revolución.

Como joven guatemalteco, me inscribí, al nivel apenas un poco más que aldeano, entre los que deseábamos recuperar o conquistar para nuestro país y para nuestro pueblo, siquiera dignidad, decoro, ciudadanía, civismo, al menos. La Guatemala de hace cuatro décadas vivía una postración ominosa y revistaba dentro de la categoría de las seudorrepúblicas marcadas en la mejilla con el hierro humillante de «bananeras». Mi temprana conciencia de eso y la consiguiente vergüenza de ser humano y de guatemalteco me inscribieron en las filas de quienes quisimos salir —y salimos— de aquello. Mejor dicho, sacar a nuestra patria, y la sacamos de lo mismo.

Todo ese proceso que va de 1944 a 1954 nos enseñó, a mí, por lo menos, dos cosas: que el rescate no podía ser definitivo, como no lo fue, mientras estuviera viva la causa última y aplastante de nuestra postración, igual o similar a la de casi toda nuestra América —en aquel tiempo—, y que con solo divinas abstracciones como las mencionadas «dignidad», «decoro», «ciudadanía», «civismo» y otras no podíamos realizar el ansiado rescate definitivo. En suma, fui aprendiendo, con la experiencia, que la lucha no debía librarse solo al nivel ligeramente más que aldeano, sino integralmente latinoamericano; que esa lucha debía tener como objetivo estratégico y último, no los pequeños objetivos locales, tácticos ciertamente, sino la gran causa última: el imperialismo, y que al idealismo de las «divinas palabras» debía sobreponer una ideología que me señalara el camino correcto para penetrar en la entraña verdadera de aquella lucha. Y ella fue el marxismo-leninismo. Esta clarificación se operó en mí entre 1944 y 1954.

Pero, en el último de los mencionados años, el imperialismo aplastó nuestro intento reivindicador. Guatemala fue invadida y el viejo hierro candente le fue nuevamente marcado en la mejilla, con dolorosos agravantes. Grado más o grado menos, lo mismo pasó, entre 1954 y 1956, con otros que intentaron encontrar rutas de pueblo, de autodefensa económica, de no supeditación política, de palabra propia, nacional. No estoy diciendo necesariamente revolucionarios. Sino, al menos, respetuosos de sí mismos. Desligados de los hilos del gran titiritero. Pienso en la Bolivia del efímero intento nacionalista de 1952; en el Brasil de Getulio, suicidado en 1954, o en la Argentina del justicialismo, derrocado en 1955. En 1956, parecía que, tras ciento treintitrés años de monroísmo y sesentiséis de panamericanismo, la América Latina estaba, por fin, dentro del puño del «destino manifiesto», definitiva, irredenta, íntegramente. Eisenhower reunió a los presidentes de las entonces veinte repúblicas latinoamericanas y les impuso el collar humillante de la sumisión, que se llamó «de la democracia» y que era de oro y diamantes. Ellos, orgullosos. Pero, ¿y los pueblos? Parecía que el destino de la América Latina estaba irremediabilmente trazado: éramos provincia del imperio.

Fue entonces cuando se produjo el desembarco del *Granma*. No fue solo una hazaña de héroes multiplicada una y cien veces en la guerra contra la tiranía batistiana, desde la Sierra Maestra. Fue el principio de una nueva era histórica para nosotros, los latinoamericanos. Pienso, y así lo he repetido muchas veces en mi cátedra de Historia de América Latina, en la Universidad de La Habana, que nuestros pueblos solo han conocido dos grandes períodos en su devenir histórico: uno, aquel mutilado brutalmente en

los siglos XVI y XVII por la irrupción inmisericorde de las entonces potencias colonialistas europeas, que respondían a los imperativos del naciente capitalismo y con la cual terminó la vida autónoma de nuestros aborígenes. Y otro, el de la dependencia de las metrópolis, cuyas formas y amos variaron, desde la anacrónica dominación luso-española hasta el moderno salvajismo del neocolonialismo yanqui, entre mediados del siglo XIX y las postrimerías de este, con el interregno dominador del «imperialismo moderno» británico. En otras palabras, nosotros los latinoamericanos y caribeños nunca fuimos verdaderamente independientes desde el siglo XVI —y antes no existíamos como tales—, sino víctimas de diversos colonialismos y neocolonialismos, hasta hoy. En su discurso del XXV aniversario del Moncada, dijo Fidel Castro, refiriéndose al pueblo cubano, esto, perfectamente aplicable a toda nuestra América:

Nosotros tuvimos también nuestros amos. Tuvieron incluso nuestros antepasados aborígenes sus exterminadores; nuestros padres africanos, sus esclavizadores; los descendientes de unos y otros, y también de los amos, sus colonizadores; el pueblo cubano constituido ya como nación, sus neocolonizadores; nuestros obreros y campesinos, sus capitalistas y terratenientes explotadores; nuestra población negra y nuestras mujeres, sus discriminadores; nuestros niños, el analfabetismo, el hambre y las enfermedades; nuestros adultos, la ignorancia y el desempleo; nuestros ancianos, el desamparo y el olvido.

Ese cuadro terminó para Cuba en 1959. La Revolución hizo de la Isla el «primer territorio libre

en América». No fue una consigna. Fue una verdad histórica. Aquí y entonces empezó el tercer gran período para la historia de nuestros pueblos: el de la verdadera independencia. Independencia integral, no formal, ni nominal como en el resto. Veinte años de una lucha, como quizá no se haya visto nunca en los anteriores milenios de vida humana, han consolidado ya esa verdadera, total independencia. Y aun mucho más: constituyen el inicio de lo que inexorablemente será el mundo del futuro latinoamericano y caribeño. Futuro libre verdaderamente de colonialismos y neocolonialismos anacrónicos. Dije al principio que era inabarcable la respuesta justa a la interrogante de lo que ha significado para mí la Revolución Cubana. He dicho algo de mi pensamiento. Pero este no se deja condensar en unas cuantas páginas. Pienso lo anterior como latinoamericano y me regocijo de ello, porque estoy absolutamente convencido de su verdad histórica. Como guate-

malteco, no puedo sino mirar, en este gran proceso revolucionario, la concreción magnificada de lo que alguna vez soñé para Guatemala y —no puedo evitarlo— la derrota monumental del gran malhechor histórico, el imperialismo, que negó a mi pueblo el derecho a vivir libremente. Y que se lo sigue negando. Cierro este boceto de respuesta recordando lo que dijo hace algunos años alguien que vio a la Revolución Cubana en sus inicios, allá por 1962, expresión que cada día se hace más realidad: «Ver a la Cuba revolucionaria de hoy es como ver a la América Latina del futuro, y ver a la América Latina de hoy es como ver a la Cuba del pasado». Sigo convencido de que la Cuba revolucionaria y socialista prefigura nuestro gran mañana latinoamericano.

Por lo dicho y por mucho más que no alcancé a decir, amo a esta Revolución. Y la sirvo, si no con la eficiencia que quisiera, sí, al menos, con todo el fervor de que soy capaz.

JULIO CORTÁZAR

Querido Roberto:
A tu telegrama, mi telegrama y medio. Por el texto del tuyo, presumo que me escribiste hace tiempo, pero nunca me llegó tu carta; ahora, dada la premura que mencionas, tendré que limitarme a unas pocas frases, pero en el fondo no lo lamento, porque curiosamente las verdades más vividas, las revelaciones más auténticas, han sido casi siempre expresadas por la humanidad en simples aserciones o imágenes de una relampagueante brevedad. Si los rayos duraran media hora (pero aquí empieza precisamente una frase muy larga, de modo que la cierro y sigo).

A tantos años ya de ese otro rayo latinoamericano que partió en dos el monocorde y siniestro cielo de la década del cincuenta, puedo decir que la Revolución Cubana entraña para mí la entera acepción de dos palabras: *realidad* y *esperanza*. La realidad la viven los cubanos diariamente y no necesitan de mi descripción; por mi parte, yo hago lo posible por mostrarla a quienes no han podido o querido palparla más de cerca, y creo que es mi principal deber como escritor latinoamericano en el extranjero. En cuanto a la esperanza, contra cuya indestructible latencia se alzan hoy más que nunca las

negras armas de la reacción, del fascismo y del imperialismo, es esa certidumbre que guarda el corazón de los pueblos frente a sus tiranos, sus carceleros y sus explotadores, y que en la América Latina tiene su más evidente corroboración en el proceso histórico cubano, paso de la esperanza a la realidad, y de esta a una nueva esperanza más abierta y planetaria.

No creo en modelos pero sí en ejemplos; no creo en cristalizaciones sociales pero sí en una

dialéctica revolucionaria hacia la libertad y la felicidad del hombre. Para mí la Revolución Cubana no será nunca la montaña sino el mar, *siempre recommenzado*. Infinitas, petrificadas, las montañas de todo el resto de la América Latina verán alzarse a su hora el oleaje del mar humano, como ya lo vio Cuba el día en que el contenido de esas dos palabras casi siempre inconciliables, esperanza y realidad, se unieron en un solo presente. Ya ves, decir más sería empezar a decir menos.

MARIO BENEDETTI

Veinte años antes

*Desde el octavo piso de mi tercer exilio
veo el mar excesivo que me prestan
mercado viejo al norte donde el querosén
se llama luz brillante y al oeste
otro mercado el nuevo adonde llegan
pasos como de hormigas changadoras
y aquí y allá los nuevos colmenares
que las microbrigadas seguirán inventando*

*inmóvil exigente y memoriosa
la victoria me refiero a la nuestra
se quedó en el futuro
llegaremos a ella todos juntos
pero ahora frente al mar de alamar
pienso en la solidaria terrible dulzura
de este pueblo que sabe arrimar sus amparos
sin pedir cuentas cuando muere eligiendo
sea en vado del yeso o ñancahuazu
en maquela do sombo o en ogaden*

*antes de este paisaje con centellas
párpados o persianas de aluminio
vine sin calofríos pero helado de muertes
ojos hermanos se cerraron increíbles
hoy están en la noche bien ganada
dando su otra batalla a fantasmazos
mudos o parlanchines usando y abusando
de los silencios y los juramentos
bien quisiera asistir a sus tregüitas
cuando las pupilas se volvían emblemas
juicios a quemarropa nudos a resolver
anteproyectos para el fin del escarnio
antes de ese dolor con redenciones
hubo también el telón de blasfemias
el evangelio de las amenazas
el enemigo tras la mirilla o no
tras la cortina o no
tras el timbrazo o no
la polaroid o no
o sí*

*quién sabe
sí o no la monedita al aire
caramiedo cruzcoraje
barrio norte o la paternal
sótano o aeropuerto
amigos cardinales mujeres siempre aroma
abrazando futuro besando adiós*

*pero antes figura mi tierra mis terrones
árboles asustados por la pólvora
todo estalla inclusive almacenes y mitos
descreo del frágil corazón y hago cálculos
con la cabeza fría pero la pobre hierve
pueblo con rostro brindis pacto orgullo
como inocente hecho pedazos
también culpable de otro bienvenido universo
la realidad continuación del sueño
y libertad o muerte o suerte oh suerte*

*todavía antes recuperé la patria
que comejenes de la historia olvidaron
la del compa gervasio solo como un profeta
la del adolescente piantado y fervoroso
que hizo gritar los muros coloniales
y los contemporáneos no faltaba más
la fábrica el cuartel los galpones de fobia
y su alarido blanco como una garza invicta
puso la primavera en el mercado*

*montevideo esa línea de fuego
a veces era tensa y veloz como bala
otras ondulante como el amor sencillo
y mientras las consignas siempre amenazadas
brotaban rojas como rosas o sangre
y el escuadrón acribillaba a ibero
creyendo así librarse del candor
en el recto horizonte
las toninas rodaban como siempre*

*el cielo lejanísimo ni pestañaba
y los caballos blancos de las panaderías
comían el pastito nocturno en las veredas
fueron abriles fueron octubres de violencia
la derrota una opción y qué importaba
marchas de fantasía en calles reales
el solidario abrazo misterioso
pleamar de muchachos
obreros como bosque
pueblo de los rincones y explanadas*

*y ellos golpeando ciegos sordos mudos
en cráneos y praderas y carátulas
en cojones y úteros o sea procurando
destrozar el futuro en cada tallo
y el rostro porfiadísimo terquísimo mirando
a mera voluntad a solo decir no*

*ah pero antes de ese pampero
anduve a lomo de una isla machete
donde el coraje es fósforo y salitre
la sangre tuvo afluentes y regó los cultivos
y los gallos cantaron para siempre
y cuando el sol tan blanco hoy recorta las palmas
todo el mundo lo sabe pentágono incluido
los choznos de martí son del carajo
aquí hasta los cadáveres se enrolaron colmados
de flores y granadas y mangos y fusiles
y se los ve felices porque nadie
puede volverlos a morir
cómo no aprender de ese alegre rigor
oh generosidad escandalosa
de tantos escolares sembradores
de tantos campesinos posgraduados
de tanta libertad mundial y vecindaria*

*cómo no contagiarse de un fulgor infalible
en tiempos claramente tenebrosos*

*y no granjearse fuego lumbrecita
cómo no sentir ganas de ayudar a reunir
allá abajo a los tantos heridos y contusos
hostigados clandestinos jadeantes
reparables exánimes bravos menesterosos
enteros optimistas y bienaventurados*

*por eso pienso que mi historia desde antes
esta transformación privada y poca cosa*

*en verdad empezó en la noticia portátil
nada segura de aquel añito nuevo
hace ya veinte eneros poco más que un instante
cuando fidel se elevó como un árbol
como una flecha nueva o un misil
un cañón antiaéreo un exorcismo
o una simple cometa roja y negra*

ALFONSO SASTRE

La Revolución Cubana es un hecho muy importante de *mi* vida. Y no solo lo ha sido sino que lo es hoy mismo: sigue siéndolo cuando otros escritores europeos se han desembarcado de su primitivo entusiasmo por esa Revolución, tan cargado, en muchos de ellos, de idealismo populista y folclórico en aquellos primeros tiempos. Para mí la Revolución Cubana, junto a la heroica lucha del pueblo vietnamita, es ni más ni menos que una gran prueba contra el «posibilismo», contra la fetichización de las «condiciones objetivas» en el proceso revolucionario: una

revaloración del factor subjetivo en la empresa gigante de cambiar el mundo. Vietnam y Cuba nos han probado en su práctica que la revolución es posible hasta en los contextos históricos y geográficos más desfavorables.

En un poema de hace muchos años, describiendo mi poco cartesiano *Discurso del Método*, escribí esta cosa:

Existe Cuba, amigos.

Luego existo.

Y vuelvo a decirlo ahora, a los veinte años, con un abrazo grande de solidaridad.

ANTONIO SAURA

La Revolución Cubana significa para mí una forma inédita y la más cercana de concebir el socialismo. El ejemplo más hermoso del enfrentamiento de una pequeña nación al capitalismo imperialista. El triunfo de un pequeño país frente a una situación extrema de hostilidad, bloqueo,

invasión, conspiración y crimen. Una esperanza de cambio especialmente para los países iberoamericanos. Una nueva forma de concebir la personalidad de la América Latina. El conocimiento del esfuerzo desmesurado de todo un pueblo por lograr su independencia, afirmar su

identidad, combatir la explotación colonialista, concebir la vida bajo nuevos conceptos y construir un mundo mejor en el cual la desigualdad y la injusticia permanezcan abolidas. Un ejemplo sin igual de solidaridad para los pueblos explotados. La supresión del racismo, del analfabetismo, del hambre y la enfermedad. La seguridad de que la transformación de la sociedad es también posible de realizar en nuestros propios pueblos

bajo métodos inéditos y efectivos. La confirmación de la necesidad de combatir las estructuras de la sociedad capitalista y la obligación para el artista e intelectual de colaborar intensamente en el combate de las naciones sometidas o desfavorecidas hacia su independencia cultural y económica. El feliz encuentro con un pueblo concientemente protagonista de un momento clave de su historia. La amistad y la fraternidad.

ANTONIO CORNEJO POLAR

Otra historia comenzaba

Ciertamente no es fácil definir lo que significó el triunfo de la Revolución Cubana para quienes, desde los países del Sur, lo íbamos rastreando en los diarios, a pocos, sin una visión de conjunto, entre entusiastas y desconcertados. Creo que la sensación primaria era contradictoria: algo así como la certeza de que ese suceso espléndido no podía durar. Nos imaginábamos que en cualquier momento los periódicos anunciarían que la *normalidad* reinaba, otra vez, en Cuba. Es obvio que detrás de esta sensación estaban las tergiversaciones y las mentiras que comenzaban a emitir sistemáticamente las agencias de noticias, pero, sobre todo, estaba nuestro propio escepticismo. Aleccionados por una historia de frustraciones, hacia 1959-60 nos era difícil creer en el triunfo de una revolución verdadera, al menos en un triunfo consistente y estable. Por entonces era común una épica del fracaso en la que el heroísmo y la muerte parecían sinónimos inalterables. La Revolución

Cubana acabó para siempre con esta manera de entender nuestra historia. Digamos que nos cambió el sentido de lo realmente posible: ensanchó el mundo y ganó un futuro para nuestra América. Y lo hizo de modo entero, como para liquidar todas las dudas, proclamándose socialista a muy pocas millas de los Estados Unidos. Más no se podía pedir. Como ha dicho Benedetti, lo imposible se hacía posible. Otra historia comenzaba.

Después —pero un «después» que se hacía actual con velocidad vertiginosa— vinieron otras, muchas y decisivas lecciones. No me es posible reseñarlas. En todo caso, sí, mencionar algunas: que no hay revolución política sin revolución económica, que no hay nacionalismo sin ruptura real con el Imperio, que no hay democracia sin socialismo y que solo en una sociedad socialista la vida recobra su plenitud y su sentido. Algo más: que todo esto puede hacerse aquí, en nuestra América, con un rigor que no mata la alegría.

MARGARET RANDALL

En 1967 llegué a Cuba por primera vez: al Encuentro con Rubén Darío. Fue una experiencia que me iba a cambiar de rumbo, y en el intento de articular ese cambio –golpeante en su dimensión, entonces casi incomprensible– escribí en la solapa de un pequeño puñado de poemas: «En Cuba he muerto y vuelto a nacer...». Expresión poco adecuada y convincente, en su dramático desbordar. Pero es que fue muy grande el choque, muy totalizador. Y no resultó fácil traducir la experiencia para que fuese comprendida en un contexto ajeno. Lo que había pasado, básicamente, era que yo había tocado –con las manos, con los ojos, con ese pragmatismo natural de clase y cultura– una realidad hasta entonces abstracta, sí bien amada. Y buscaba, torpemente, la manera de hacerla entender a cuantos estuvieran dispuestos a escucharme.

La Revolución Cubana había sido importante –determinante– para nosotros desde sus inicios. En Nueva York, en los años 1959 y 1960, Cuba nos iba a mostrar de lo que era capaz un pueblo pequeño pero decidido, vecino inmediato del monstruo que apenas empezábamos a conocer... Algunos años después, Vietnam nos completaría la lección. Protestamos –con manifiestos, desfiles, gritos– contra la cobarde agresión por Playa Girón. Después, desde México, empezamos a conocer a los poetas cubanos, nos carteamos con ellos, aprendimos algo –a través de su obra– acerca de su nueva realidad. Pero no fue hasta 1967 cuando tuvimos el privilegio de palpar este mundo, comenzar el largo proceso de asimilación de la transformación política, económica, social y cultural capaz de liberar a una nación y cambiar radicalmente el futuro de su gente.

Después, la Revolución Cubana sería para mí muchas cosas. Sería la implacable dignidad de principios frente a tantas posiciones criminales. Sería la imagen repetida y otra vez repetida de dientes fuertes, claros ojos y cuerpos sanos de los niños campesinos golpeando el recuerdo imborrable de la lenta agonía sufrida por sus hermanos del Continente. Sería la realización de tantas obras irrealizables. Sería un pueblo muy serio, muy seguro y muy dispuesto dentro de un sentido de humor muy suyo –de interminables platos de chícharos y «marxismo en español»–. Serían los errores que enseñan tanto como los éxitos. Serían la modestia, el cansancio, una extraña energía, los pedacitos de porvenir en las manos. Sería Fidel. Sería el constante acercarse a nuevas formas y a un método nuevo: la posibilidad de tomar de uno, y de todo lo que le rodea, los caminos del quehacer propio que conducen a un futuro pleno para todos.

Para este extraño híbrido que es el intelectual, es también la posibilidad –difícil, confusa a veces, pero real– de sumergirse en el pueblo y poco a poco llegar a ser parte de él. De cambiar un destino de aislado, de desclasado, por el de trabajador –trabajador de la cultura como trabajador agrícola o fabril–. El que talla la metáfora como quien alza el puente o construye casas. Estos veinte años, para aquellos de nosotros que colocamos palabras en vez de ladrillos, han sido la posibilidad de aprender prioridades, aprender incluso a colocar ladrillos para luego escuchar la inconfundible resonancia de los ladrillos en nuestras palabras. Crecer con un pueblo que va descubriendo su cultura y pariéndola. Y, finalmente, llegado el momento, aportar en la medida

de sus posibilidades cuando ha llegado la justicia y se adelanta el arte.

Otro sinónimo de la revolución –palpable y palpitante en esos años– es el internacionalismo. El vivir entre un pueblo que ha llegado a sentir la injusticia ajena como propia, y que todos los días da un paso al frente para compartir lo ganado –hasta la sangre–, para entregar la mano compañera al prójimo. Argelia, Vietnam, Chile, Perú, Honduras, Nicaragua, Guyana, Congo, Angola, Etiopía, Yemen... Los nombres no caerán en el silencio mientras haya explotación, mientras haya necesidad. Y no es unidireccional esta lúcida energía humana: es el saber recibir como el saber dar, el saber agradecer la ayuda de la Unión Soviética y todo el creciente mundo socialista para convertirla no solo en logros propios sino en carreteras vietnamitas, complejos pesqueros guyaneses, ayuda médica en África y jóvenes maestros que enarbolan el nombre del Che. Y es todo esto traducido a diario en la orgullosa sonrisa de un vecino: «Martín salió para Angola...» o la voz de una masa escolar: «¡Todos los niños del mundo vamos una rueda a hacer...!».

La Revolución Cubana –como sus antecesoras y las que la seguirán– es la dura y compleja tarea de cambiar valores, una vez cambiada la estructura. Es la proletarización tanto de los gustos como de la economía –y el lugar y el latir de cada uno en este gigantesco mosaico de esfuerzos entrelazados–. Es el ver al hijo salir para Moa junto a otros jóvenes a trabajar en la construcción, o a la hija escribirle al padre: «...en junio cumplo catorce años. Como sabes, podré ser miembro del CDR y de la FMC. ¡Es muy bello!».

Y ¿la huella de estos veinte años –o de los nueve que hemos compartido físicamente– en mi propia vida? Me ha dado la posibilidad de

conocer la patria como anticipo de ese planeta sin fronteras por el cual luchamos. Mejor que tratar de formularlo de nuevo, regreso al poema escrito hace algunos años:

La patria

La patria...
nos suele llamar con grandes voces
como la madre al hijo
cuando sirve la cena
y este ha partido en busca del adorno
que le falta a la mesa

ANTONIO CASTRO

*La patria llama
y una nueva tierra nos nace dentro
nacimiento*

renacimiento

*Mi patria es América
del Río Bravo a la Patagonia
Mi patria era América al norte del gran río
es aún América del Norte
más allá de las leyes burguesas y de los
/ pasaportes*

*Mi patria es el coraje de Vietnam
el lamento de la quena de los Andes
las manos que amasan el nixtamal
ojos que ríen y lloran
el riachuelo donde el corazón de Caballo Loco
/ reposa ya dispuesto*

*la Ruta de las Lágrimas
el camino de Sojourner
el descubierto pecho y el brazo desnudo
/ de Sojourner
el hombro del Che en el aire húmedo de la
/ mañana*

*Micaela
Vallejo Vallejo tus huesos húmeros tu hambre*

*y el acento que pende del zapato
Cuando el combatiente se detiene en lo externo
/ de su vida
se vuelve y dice adiós a la mujer
que al contestar se va perdiendo en la distancia
mi patria es el guerrero que parte
y la mujer que permanece detrás
y cuando es la mujer la que se va
mi patria es también ella
ella que lleva al niño y la escopeta
Mi patria es verde y carmelita
amarillo brillante de tierra cocida
mi patria es rojo sangre
y banderas rojas
roja
y más roja aún
Mi patria es el río crecido
para sepultar la vida y aun la angustia*

*de los que no tienen nada y solo quieren algo
aquellos que trabajan en lo ajeno
que trabajan y trabajan en lo que siempre
/ pertenece a otro
y aún trabajan y aún cantan y aún pelean
Mi patria es la lucha
allí donde irrumpe y avanza
donde se da completa y se proyecta hacia
/ adelante
empuja y es empujada por la historia
Mi patria es el pueblo
la madre y su hijo
la búsqueda
y lo que finalmente adorna la mesa*

(La Habana, 8 de octubre de 1975)

¡Saludo entonces, abrazo a esta patria nuestra
en sus veinte años de futuro!

EDUARDO GALEANO

Yo tenía doce años cuando el asalto al Moncada, dieciséis cuando el desembarco del *Granma*, dieciocho cuando los guerrilleros entraron, victoriosos, en La Habana. Los hombres de mi generación hemos tenido la suerte de coincidir, en el tiempo, con la Revolución Cubana. Desde temprano se nos mezcló en la vida y se nos metió en el alma.

Junto a muchos millones de hombres, celebro esta revolución como si fuera mía.

Ella me ha transmitido fuerzas cuando me he sentido caer. Me ha contagiado energía, día tras día, año tras año, a lo largo del proceso que la puso a salvo de la derrota o la traición. Cuba

rompió en pedazos la estructura de la injusticia y confirmó que la explotación de unas clases sociales por otras y de unos países por otros no es el resultado de una tendencia «natural» de la condición humana ni está implícita en la armonía del universo. Muchas murallas se han llevado por delante este viento de buena furia popular. La colonia se hizo patria y los trabajadores dueños de su destino. La mujer dejó de ser una pasiva ciudadana de segunda clase. Se acabó el desarrollo desigual que en toda la América Latina castiga al campo a la par que hincha a unas pocas ciudades babilónicas y parasitarias. Se borró la frontera que separa el

trabajo intelectual del trabajo manual, resultado de las tradicionales mutilaciones que nos reducen a una sola dimensión y nos fracturan la conciencia.

No ha resultado ningún paseo esta hazaña, ni ha sido lineal el camino. Cuando son verdaderas, las revoluciones se hacen en las condiciones posibles. En un mundo que no admite arcas de Noé, Cuba ha creado una sociedad solidaria a un paso del centro del sistema enemigo. En todo este tiempo, yo he amado mucho a esta revolución. Y no solo en sus aciertos, lo que resultaría fácil, sino también en sus tropezones y en sus contradicciones. También en sus errores me reconozco: este proceso ha sido realizado

por sencillas gentes de carne y hueso, y no por héroes de bronce ni máquinas infalibles.

La Revolución Cubana me ha proporcionado una incesante fuente de esperanza. Ahí están, más poderosas que toda duda o reparo, esas nuevas generaciones educadas para la participación y no para el egoísmo, para la creación y no para el consumo, para la solidaridad y no para la competencia. Y ahí está, más fuerte que cualquier desaliento, la prueba viva de que la lucha por la dignidad del hombre no es una pasión inútil, y la demostración, palpable y cotidiana, de que el mundo nuevo puede ser construido en la realidad y no solo en la imaginación de los profetas.

ARIEL DORFMAN

Abecedario

*quisiera tener la sencillez del silabario para
/ deletrearlo
tener la boca limpia como a los seis años para
/ saber que es cierto*

*porque las cosas son claras y las cosas
/ son simples
pero en esta época cuesta aprenderlas bien*

*hay un país en América donde no hay mendigos
te das cuenta
hay un país en América donde no hay cesantes
pero te das cuenta
hay un país en América donde no hay prostitutas*

*es tan simple darse cuenta
hay un país en América donde no hay explotados
cualquier niño se da cuenta
déjame que te lo repita
hay un país en América donde no hay explotados
así de llanas
estas primeras palabras*

*abrir la voz como un recién nacido para cantarlo
resucitar la mirada clara para verlo y saber
/ que es cierto
sucede que las noches son largas en América
/ mucha cárcel en América*

Demasiada miseria y problemas
y problemas que
/ no sabemos resolver
sucede que despertamos desesperados en medio
/ de alambradas
despertamos en medio de fábricas ajenas que
/ nosotros construimos
en tierras ajenas que nosotros sembramos
/ despertamos en medio
de los cementerios donde todos los muertos son
/ nuestros despertamos

despertamos en las cloacas sabes
de América
sucede que la lengua se tuerce se ennegrece se
/ hace dura se cansa
sucede que nos violaron también las palabras
la voz pierde su raíz su rojo su verde

la respiración se corta y se complica
sucede que la soledad
sucede que la lucha es larga como la noche en
/ América

debería tener el cuerpo como un amanecer para
/ vibrarlo
tener la piel recién llegada tigre para saber que
/ es cierto

te das cuenta
un país que se mide por la alegría
cualquier niño se da cuenta
un país que se mide por la cantidad de alegría
por la cantidad de alegría que produce
pero déjame que te lo repita
antes que me digas que es imposible
un país que produce risa solidaridad coraje sol

como otras sociedades de nuestro continente
/ fabrican

tristeza

es tan simple darse cuenta

porque hay cosas que son tan claras y cosas que
/ son tan simples
y hemos olvidado cómo decirlas
y nos avergüenza tanta sencillez
sucede que despertamos en la mitad de un espejo
/ que se rompe
sucede que el exilio

que el hombre aquel con la
/ aguja que se acerca
que la cola para el trabajo
/ que las palabras
ándate no nunca jamás sucede que la puerta se
/ cierra despertamos en
la mitad de la puerta que se cierra y la llave que
/ desaparece
sucede que la cabeza se cierra despertar en la
/ lucha contra la
puerta que se cierra
despertar en medio del reflujo oscuro y feroz
y seguir en la lucha

como un niño que comienza
/ a andar
con la fe

de un niño que
/ comienza

a andar

despertar en América hoy
y entender que te robaron las palabras
con que deberías pronunciar este amor
con que deberías saber que es cierto
y buscar un ancla en la noche quebrada
una lenta ráfaga de certidumbre iluminada
como un pueblo invencible

o una ráfaga de niños escolares
en su primer día
/ de clases
o unos labios viejos
que aprenden lentamente a leer
y saber que no tienes las palabras
pero que es posible
un lugar de América
te das cuenta
un lugar de América donde manda el campesino
/ y que es posible
manda el obrero y que
/ es posible
y saber como un niño que comienza a hablar
con esa confianza en el
/ sonido
probar que se puede hacer
un lugar de América donde no manda el yanqui
/ y que es posible
cada niño nos dice que se puede hacer
un lugar de América donde manda el pueblo y

en la noche
/ que es posible
y que lo podremos hacer desde adentro de la
/ noche
y que es posible
y saber que es cierto
y querer decirlo
una y otra vez
tan claro y tan simple y tan posible
como un analfabeto que comienza a leer
tendría que haber nacido de nuevo
antes de escribir y merecer estas palabras
tan
sencillas,
tendremos que nacer de nuevo
te das cuenta
nacer de nuevo
en cada país de América
para saber
para saber que Cuba
/ es cierto.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Hace poco, en México, un amigo me preguntó de golpe:

—¿Cómo serías tú hoy si no se hubiera hecho la Revolución Cubana?

—No sé —le contesté asustado—. Es imposible saber cómo sería uno si fuera cocodrilo.

Más tarde, pensándolo bien, comprendí que la Revolución Cubana me puso a salvo de los horrores más altos y deplorables. En la medianoche del 31 de diciembre de 1958, a pesar de

las serpentinas, la música y el champán del Año Nuevo, yo no era más que un periodista de segunda fila en Caracas. Ya había publicado una novela y media docena de cuentos y disfrutaba de una cierta reputación entre mis amigos, pero aún creía que el pleito milenarío entre los pobres y los ricos podía resolverse con una elección presidencial cada cuatro años. La Revolución Cubana, simplemente, me enseñó que no, y esa fue la lección que me privó de tantos y tan funestos horrores.

De no haber sido por eso, hoy no sería solamente el escritor que soy, con cincuenta años que ya me parecen doscientos y con mis libros traducidos a veinticinco idiomas, sino que habría sido además embajador en algún país de muchas glorias, y sería miembro de la Academia de la Lengua y Caballero de alguna orden descomunal, y con un poco menos de timidez y un poco más de desvergüenza habría sido o estaría en peligro de ser presidente de la república. Pero los encargados de repartir

estas prebendas se han cuidado mucho de hacerlo conmigo, porque mi solidaridad descarada y terca con la Revolución Cubana me ha convertido para ellos en una especie de delincuente social, peligroso aunque inevitable (¿o ineludible?).

Por supuesto, otras cosas más importantes puedo decir de la Revolución Cubana, pero no las digo en voz alta ni por escrito, porque solo los bobos se atreven a explicar el amor. Yo no lo explico: lo uso (¿o lo abuso?).

JUAN GELMAN

*y entonces resucitábamos en cuba
y el imperialismo podía ser derrotado
y los pueblos triunfaban también por aquí
mi pueblo dolorido / castigado
miré sus rostros doloridos / castigados
y vi debajo la luz de la victoria posible
y era una luz como una mano de mujer
o calor en la noche
iluminando la noche bajo la represión
detrás del cansancio / del hambre
y había hambre de hambre y hambre de felicidad
y unos cuantos se unieron
y armaron su ternura
y le pusieron gatillo a su corazón
y eso es más difícil que ponerle gatillo a la luna
y empezaron a combatir
y el enemigo se volvió más feroz
no parecía posible pero el enemigo se volvió
/ más feroz
o sea que nunca pensó en irse o abandonar
y hay más hambre ahora
y más dolor y tortura*

*y hay más muerte ahora
y a mi alrededor silban los tiros
y seguirán silbando hasta que uno me dé
y cayó paco el suave
y cayó rodolfo el riguroso
y cayó haroldo el triste
y cayó mateo que organizaba la esperanza
y cayeron miles de compañeros más
bellos como una mano de mujer
y la patria se cubrió de sangre
y el chapoteo de la sangre no nos deja dormir
y también hay más luz ahora
y hay más hambre ahora y más sed
luz de victoria y sed de victoria
y rostros iluminados por el derecho a combatir
por la alegría del combate
por la alegría de la victoria posible
por la victoria posible que duerme en esta noche
y se levantará joven como una mujer
y suave y rigurosa y triste
y bella como mateo*

*y he aquí lo que ha significado para ti la Revolución Cubana
como una mano de mujer*

*o calor en la noche
vuelo o felicidad
sol mío*

HILDEBRANDO PÉREZ

Sol de Cuba

...que el sol abrasa!

NICOLÁS GUILLÉN

*C*andela
en la piel,
candela
en la loma,
candela
en la mar,
candela
en el son,
candela
en la Plaza,
candela
en la voz,
candela
en los ojos,
candela
en las manos,
candela
en la bala,

candela
en la candela,
candela
en las venas,
candela
en el cielo,
candela
en el bohío,
candela
en el amor,
candela
en la trinchera,
candela
en la victoria,
candela
siempre candela.

LUIS BRITTO GARCÍA

El día que un gobierno venezolano –hace ya tantos años– rompió relaciones con Cuba, salimos a la calle a demostrar con los actos que nuestros pueblos seguían siendo solidarios. La policía trató de pararnos con una balacera. Hubo heridos, quizá acobardados, pero esa marcha hacia el encuentro con Cuba sigue. Creo que nuestra generación, de una forma u otra, mide cada día por los pasos que ha dado

o dejado de dar en ella. Ya ha caído la argucia diplomática del bloqueo. Ojalá tengamos claridad, modestia y coraje para vencer todo lo que todavía nos separa de Cuba: la fuerza bruta del enemigo, pero también nuestra propia discordia, nuestra confusión o nuestro descorazonamiento. Llegar a Cuba, ser Cuba, ir más allá de Cuba, si es posible. Para nuestra América, Cuba es la medida del destino. **■**



ANÓNIMO: Baulito. Madera, latón y pasta policromada, 23 x 20 cm. Ayacucho

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Notas sobre América

En vísperas de los sesenta años
de la Revolución Cubana

A Ambrosio y Jorge Fornet,
a quienes tanto debe el destino
de estas palabras

Los más elementales libros de lógica enseñan que en un silogismo, si la premisa mayor es falsa, la conclusión no puede sino serlo también. Pienso en ello a propósito de algún que otro texto reciente en el que la premisa mayor es el deplorable libro (primero fue un artículo) del racista y reaccionario Samuel Huntington, quien, intentando robarles el trueno y aguar a autores como Oswald Spengler y Arnold Toynbee (y dando por sentado que los lectores superficiales a quienes se dirigía los ignoraban), se apareció con el presunto choque de civilizaciones, que no es más que el intento de cohonestar con lenguaje universitario (como corresponde a lo que Pierre Bourdieu llamara «la nueva Vulgata planetaria») las guerras coloniales en que Occidente, y en particular su país, llevan tiempo entregados. No es otra la razón por la cual centenares de miles de emigrantes asiáticos y africanos arriesgan morir (y mueren masivamente) en el Mediterráneo, con el fin de abandonar sus

Fondo Editorial
Casa de las Américas

países de origen, devastados por los horrores que las naciones metropolitanas, y muy en especial los Estados Unidos, han implicado y continúan implicando allí. Similar es el caso de cuantiosos latinoamericanos y caribeños en sus patéticos esfuerzos por ingresar en los Estados Unidos, huyendo de la miseria y los crímenes que en sus países provoca el imperialismo estadounidense, que hace un tiempo los lacayos de siempre daban por inexistente, y en consecuencia no empleaban el vocablo, lo que mucho disgustaba a antimperialistas cabales como Harry Magdoff, y nunca fue aceptado por alguien tan independiente como Edward W. Said, quien tituló su notable libro de 1993 *Culture and Imperialism*. No es extraño que Said haya impugnado, con erudición e ironía, la tesis de Huntington, en «The Clash of Ignorance» (*The Nation*, 4 de octubre de 2001), que pude leer gracias a Fernando Luis Rojas.

El libro de Huntington había sido antecedido por el historicista (también fue primero un artículo) de Francis Fukuyama (ya impugnado *avant la lettre*, como dije hace años, por Althusser, al limitarse aquel a repetir tesis de Kojève), cuya obvia finalidad era asegurar, con la burrada del fin de la historia, y por tanto del fin de la lucha de clases, el triunfo definitivo del capitalismo depredador (especialmente, claro, el de los Estados Unidos).

La América que fue colonia española nunca constituyó una unidad, y en cambio iba a ser más fragmentada: así ocurrió, por ejemplo, en el Río de La Plata y Centroamérica. A pesar de esfuerzos como los de Simón Bolívar, debido a razones muy concretas, espaciales y otras, no llegó a convertirse en una sola entidad, lo que a fines del siglo XVIII sí lograron las pequeñas y poco pobladas Trece Colonias del Norte. A propósito de ello, según información que debo a

María Luisa Laviana, el agudo Conde de Aranda (Pedro Abarca), Embajador de España en Francia, hizo llegar en 1783 al rey Carlos III su *Memoria secreta sobre América*, donde planteó que la República que eran los Estados Unidos había «nacido pigmea», requirió la ayuda de Francia y España para obtener su independencia, pero, añadió, «mañana será un gigante» y «después un coloso irresistible en aquellas regiones». Aproximadamente un siglo después, corroborando tales palabras visionarias, José Martí llamaría a aquella República, ya abultada por compras y robos, «cesárea e invasora».

Sobre la guerra que llevó al nacimiento de los Estados Unidos es necesario añadir algo. Durante mucho tiempo se dijo (yo también lo dije) que tal guerra para separarse de Inglaterra fue una noble hazaña, ejemplo para toda la humanidad. Pero recientes historiadores estadounidenses (encarnaciones de la valiosa y valiente intelectualidad de lo mejor de su país), así como el infaltable Noam Chomsky, han conjeturado que la causa de tal separación fue garantizar que los amos norteamericanos conservaran sus esclavos (a lo que no hace mucho se refirió nadie menos que Trump al pedir, para defender a supremacistas blancos, que se recordara que Wáshington y Jefferson tenían esclavos), pues en la Inglaterra de la época crecían vigorosamente proyectos abolicionistas que de triunfar dañarían obviamente los intereses de los colonos norteamericanos blancos. De hecho, el inicio de la famosa *Declaración de independencia* (1776), en la que se proclamó enfáticamente que todos los hombres «han sido creados iguales», etcétera, fue contradicho desde el primer momento. A los aborígenes, que ya estaban allí cuando llegaron los europeos, se los exterminó como a alimañas, según habían

venido haciendo sus antepasados desde que desembarcaron del *Mayflower*; y lo que combatió con energía y coraje Helen Hunt Jackson en su libro de 1881 *Un siglo de infamia*, cuyo subtítulo es *Un boceto de los tratos del gobierno de los Estados Unidos con algunas tribus indias*, libro muy estimado por Martí, pero del que supongo que nadie se acuerda hoy en los Estados Unidos, aunque me gustaría no tener razón en este punto, así como en otros.

Y a los descendientes de africanos se los mantuvo en el país como esclavos durante casi un siglo, hasta que tras la revolución industrial, que requirió nuevos esclavos que serían los obreros y no esclavos de tipo tradicional, «el leñador de ojos piadosos», como Martí llamó a Lincoln, decretó, en medio de una intensa Guerra Civil, el fin de la esclavitud de los negros. En cuanto a Lincoln, aunque no ignoro que es discutido, me gusta evocar que llevó su nombre la inolvidable Brigada estadounidense que combatió con las armas, precozmente, al nazifascismo en defensa de la agredida República Española, traicionada por los países occidentales «democráticos» de la época, que con excusa de neutralidad se negaron a venderle armas o a auxiliarla en cualquier forma. Ernest Hemingway escribiría, para una revista de izquierda estadounidense, el conmovedor epitafio de aquella Brigada, que tradujo al español. Tampoco puedo dejar de recordar que, en acuerdo con la conducta hacia la República Española de aquellos países occidentales «democráticos», los Estados Unidos, en la llamada Segunda Guerra Mundial (es decir, el segundo período de la Gran Guerra), dejaron intocado el régimen de Franco, hermano gemelo de Hitler y Mussolini gracias a quienes ganó la guerra «civil», y en consecuencia tan hostil al comunismo

como aquellos (Franco envió la Legión Azul española a combatir junto a los nazis contra la Unión Soviética), y como iban a serlo los propios Estados Unidos, de lo que el macartismo resultó ejemplo mayor, pero no único. No fue el macartismo el que acuñó la expresión «Imperio del mal» para referirse al país que, no obstante sus aspectos negativos, fue el que en medida incomparablemente mayor contribuyó a vencer al nazismo al precio de la muerte de muchos millones de sus hijos e hijas, en contra de lo que está de moda decir, sobre todo en los Estados Unidos. Añado que desde mi niñez (debido a que mis padres fueron fervientes partidarios de los que eran llamados entonces «los leales», como luego lo serían del Partido Ortodoxo al que perteneció Fidel y del Movimiento 26 de Julio) la causa de la República Española me ha sido muy importante, al punto de que en 1949, a mis diecinueve años, por contribuir a boicotear una farsa de poetas españoles franquistas, fui encarcelado junto con otros compañeros, y yo solía proclamar con orgullo que era de los últimos presos en América por defender la República Española, como lo habían hecho entre 1936 y 1939 más de un millar de cubanos y cubanas que fueron a combatir en España, no pocos de los cuales dejaron allí sus huesos.

Volviendo a lo anterior, la condición de los negros sigue siendo deplorable en los Estados Unidos, como tuve el bochorno de contemplar, sobre todo en el Sur, cuando siendo adolescente los visité por primera vez (el macartismo me impidió regresar a ellos durante casi diez años), y como hoy mismo son víctimas preferidas de la policía, y proporcionalmente el mayor conjunto humano de prisioneros en ese país, campeón mundial de las prisiones que a menudo son

empresas privadas. Por eso no me extrañó el libro *Hitler's American Model. The United States and the Making of Nazi Race Law* (Princeton University Press, 2017), de James Q. Whitman, nuevo ejemplo, por cierto, de lo mejor de la intelectualidad del país. Y a propósito de esto último, no puedo sino recordar con admiración y respeto a quienes, como Emerson y Thoreau, se opusieron a la agresión a México; William Dean Howells, William James, Charles Eliot Norton. Ambrose Bierce y otros objetaron la intervención en Cuba en 1898; y los que han defendido y explicado la Revolución Cubana, de C. Wright Mills y Leo Huberman y Paul Sweezy en 1960 hasta nuestros días.

Establecimiento de centenares de bases militares en el mundo entero, invención de hechos falsos que justificarían agresiones, invasiones de todo tipo, autorizadas y sobre todo no autorizadas por la Onu, destrucción de países como Yugoslavia, Iraq y Libia (se recuerdan todavía las carcajadas ante las cámaras de televisión con que Hillary Clinton, no Trump, saludó el asesinato del líder libio Gadafi, y su expresión robada de Julio César: «Llegamos, vencimos y matamos»), asesinatos a mansalva de la CIA (preferentemente de líderes populares: en el caso de Fidel trataron de hacerlo más de seiscientas veces) y con aviones no tripulados, golpes de Estado duros y blandos, cárceles para torturar (como ocurre en la base naval de Guantánamo ilegalmente impuesta en mi país, y en muchos otros países) y numerosas lindezas similares hacen de los actuales Estados Unidos, sin comparación posible, el país más mortífero del planeta.

Para que en nuestro Continente tuviera lugar una verdadera revolución social, como no ocurrió nunca en los Estados Unidos (pues si

su guerra de independencia fue una revolución política, se está tentado de llamarla una contrarrevolución social), hubo que esperar a la guerra de lo que fue el Saint-Domingue francés, al cual los independentistas del país donde a finales del siglo XVIII, por primera vez en la historia, fue abolida la esclavitud de los negros (quienes, por cierto, vencieron a tropas napoleónicas antes que en España y Rusia, lo que no se suele decir) llamaron a raíz de su triunfo, el primero de enero (fecha que iba a sernos familiar) de 1804, Haití, nombre indígena original. Dicho país, castigado de modo implacable por Occidente (en especial por la Francia napoleónica y posnapoleónica, pero también por los Estados Unidos, a los que Napoleón les puso esa condición para venderles la Luisiana), le han hecho pagar un precio monstruoso, que ha convertido al pequeño gran país pionero en el más pobre del Continente y uno de los más pobres del mundo.

Recordemos un par de criterios emitidos en el siglo XIX sobre la nación nacida de las Trece Colonias por figuras esenciales de nuestra historia. En 1829 Simón Bolívar escribió que «los Estados Unidos [...] parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad». (Retengamos esta última palabra). Y a finales de ese siglo, Martí, quien radiografió al país como no hizo ni hubiera podido hacer Tocqueville, llamó «imperialistas» a quienes empezaban a serlo. Y, a propósito: todo hace pensar que el cubano fue el primer antimperialista de la historia, lo que sin duda es una de las razones por las cuales, de Fidel en adelante, se lo ha considerado autor intelectual de la Revolución Cubana.

En cuanto a acontecimientos estadounidenses del siglo XIX, el ilustre Jefferson, autor de la famosa (y falaz) *Declaración*, proyectó para su país y

alguno de los nuestros, en 1809, lo que llamó con el oxímoron «un imperio para la libertad» (he ahí el destino de la palabra); la *Doctrina Monroe*, de 1823, fue reivindicada por el actual gobierno del país explicablemente: «América para los [norte] americanos» y «Hacer a América [los Estados Unidos] grande de nuevo» son consignas emparentadas; según denominación aportada por el oscuro John Louis O'Sullivan en 1845, el país iba a regirse desde entonces hasta hoy por la política del *Destino Manifiesto* (algunos mexicanos, ay, han considerado a Whitman poeta del *Destino Manifiesto*, porque aprobó la agresión contra México y, añadido, más tarde escribió que Cuba debía pertenecer a los Estados Unidos, mientras la agresión contra México, nuevamente ay, fue aprobada también por Marx y Engels); entre 1846 y 1848 ocurrió el robo a mano armada de la mitad de México (ya los Estados Unidos habían engullido Texas en 1837), y en 1898, azuzados por la naciente *prensa amarilla* de William R. Hearst y Joseph Pulitzer (este último ha dado nombre en los Estados Unidos a un destacado premio que de milagro no se llama como el auténtico ciudadano Kane), la intromisión en la que era guerra por la independencia de Cuba para birlarnos (con la excusa de la explosión del acorazado *Maine* en la bahía de La Habana: «el incidente del Golfo de Tonkín» de la época) tal independencia, por la que habíamos peleado durante treinta años, y convertir al país primero en territorio ocupado militarmente, y a partir de 1902 en su primera neocolonia hasta 1959. (Volveré sobre este punto).

Ya en el siglo xx, los Estados Unidos consideraron (y siguen considerando) al Caribe su *mare nostrum*, y lo hicieron víctima de la que con razón ha sido llamada Política del Garrote y las Cañoneras. Al principio de ese siglo, des-

gajándolo de Colombia para viabilizar su futura construcción del canal, se apoderaron de Panamá («I took Panama!», exclamó cínicamente Teddy Roosevelt), y poco después invadieron México, la República Dominicana (donde depusieron al presidente legal, que era el padre de Pedro Henríquez Ureña, lo que este no olvidó nunca y lo hizo hombre de izquierda), Haití, Nicaragua (en la cual encontraron la heroica resistencia de Sandino, defendido no solo por políticos de izquierda, sino por humanistas del calibre de Gabriela Mistral: Sandino, como se sabe, fue asesinado por el primer Somoza, a quien Franklin Delano Roosevelt reconocería como «hijo de puta», pero añadiendo que era «*nuestro* hijo de puta», y tras cuya ejecución, deplorándola, Ike Eisenhower llamaría gran amigo de la democracia y en particular de los Estados Unidos), Guatemala (donde una invasión urdida por la CIA, con el acicate de los hermanos Dulles, depondría al gobierno constitucional de Arbenz, cuyo pecado fue proponerse una modesta reforma agraria), Cuba de nuevo (a la que intentaron aplicarle la fórmula guatemalteca que había vivido en carne propia el joven médico argentino Ernesto Guevara, todavía no llamado Che, pero en la nueva ocasión fueron inolvidablemente vencidos en lo que los contrarrevolucionarios y sus amos llaman de Bahía de Cochinos, nombre de una derrota, y el pueblo cubano llama de Playa Girón, nombre de la victoria), otra vez la República Dominicana, a fin de impedir que regresara al gobierno para el cual había sido electo el valioso intelectual Juan Bosch: sin duda esa experiencia lo radicalizó, y lo llevó a escribir su espléndido libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial* (1970), de lectura imprescindible para entender, entre otras muchas cosas,

desde la Revolución Haitiana hasta su heredera la Revolución Cubana.

Desbordando el Caribe, en la década de los setenta del siglo pasado, cuando ocurrieron en nuestra América tantas cosas horribles, una de las peores, o la peor sin más, fue el sangriento derrocamiento del gobierno chileno de la Unidad Popular encabezado por el gran compañero Salvador Allende, quien, como el guatemalteco Arbenz y el dominicano Bosch, había accedido al poder tras elecciones convencionales. Debido a su audaz meta de arribar al socialismo por vías inéditas, lo que era salvajemente atacado por una prensa cavernaria que tuvo el disgusto de leer en el país, y que hoy, desde luego, campea por sus respetos, Allende fue llevado a la muerte en *nuestro* 11 de septiembre, de 1973. Aún no se ha aclarado el papel de los gobiernos de los Estados Unidos y la Arabia Saudita de entonces en el crimen, *otro* 11 de septiembre, de 2001, de las Torres Gemelas en Nueva York, que sirvió de excusa para terribles agresiones ya programadas, y tal vez no se aclare nunca, como el asesinato de Kennedy, en relación con el cual todo hace pensar que estuvieron involucrados elementos del *establishment* junto a la mafia y la contrarrevolución anticubana. El espanto chileno fue llevado a cabo siguiendo orientaciones de Richard Nixon (volveré a mencionarlo) y Henry Kissinger (el guerrillero que, para escarnio de quienes se lo otorgaron, recibió el Premio Nobel de la Paz) por la deletérea CIA, con la colaboración de la derecha y militares locales fascistas. Después de lo cual el país fue entregado a los *Chicago boys*, quienes implantaron allí, sobre incontables asesinatos, torturados y encarcelados, el primer proyecto neoliberal del área, que hay quienes siguen presentando como modelo exitoso. No

insistiré, por razones obvias, en las espantosas dictaduras militares del cono Sur americano, como tampoco en el no menos espantoso Plan Cóndor, unas y otro auspiciados por el Imperio.

Las fechorías de los Estados Unidos prosiguieron, y algunas eran, además de asesinas, ridículas, como la invasión con bombos y platillos a la minúscula Granada. Una realidad particularmente grave fue la de Nicaragua, cuya experiencia seguí de cerca (llegué al país por primera vez a menos de un mes de la victoria del Frente Sandinista de Liberación Nacional, y volví a visitarlo incontables veces). Su revolución estaba lejos de ser socialista. Pero ni eso, ni la existencia en el país de partidos y medios de oposición, ni la presencia en cargos importantes del gobierno de socialdemócratas tibios y mil hechos más evitaron que el Imperio hostigara a la revolución que nació tras la derrota militar de otro Somoza, hijo del anterior y también hijo predilecto de Washington. Los Estados Unidos le declararon al país una violenta guerra sucia. Para llevarla a cabo, además de hostigarlo y calumniarlo sin cesar, hicieron de la vecina Honduras una base de operaciones para contrarrevolucionarios (era corriente la expresión «la Contra»), se valieron de fondos procedentes de maniobras delincuenciales como el escándalo Irán-Contra, minaron el puerto de Corinto, y cuando Nicaragua llevó al Tribunal Internacional de La Haya este asunto y ganó su reclamación, el gobierno estadounidense no hizo el menor caso a la decisión de aquel Tribunal. Además quisieron amedrentar al pueblo nicaragüense sobrevolándolo con aviones que hacían un ruido infernal y escuché más de una vez. Pero hay que aceptar que el gobierno sandinista cometió dos errores graves (desoyendo opiniones, que llegué a conocer, de dirigentes

de otros países que simpatizaban en lo hondo con el Frente): envió a pelear a muchachos que cumplían el servicio militar obligatorio, no pocos de los cuales se contaron entre los millares de muertos en combate, lo que distanció a sus familiares; y organizó unas elecciones que no podía sino perder: el pueblo nicaragüense no votó en esas elecciones contra el Frente, votó por la paz y el respiro económico que solo podían garantizar los agresores Estados Unidos, triunfantes verdaderos en la contienda.

Al pasar debo mencionar otra invasión estadounidense al área: esta vez a Panamá, con la excusa de encarcelar al presidente de turno, que al parecer había colaborado con la CIA, a cuyo frente estuvo quien a la sazón presidía al país invasor, Bush el viejo. Todavía no se conoce el número de los millares de panameños asesinados durante la nueva agresión, en ejercicio de una sarcástica concepción de los derechos humanos.

Naturalmente, se está más familiarizado con lo ocurrido en la América Latina y el Caribe durante este siglo. A la radicalización del extraordinario Hugo Chávez en Venezuela siguió el establecimiento en otros países latinoamericanos de gobiernos antineoliberales muy esperanzadores, y la creación de organismos supranacionales de notable valor, como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (Alba-Tcp) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac). Pero en los años inmediatos varios de aquellos gobiernos fueron suplantados, de diversas maneras, por otros anuentes al Imperio que son bien conocidos. A su frente se hallan ejemplos de los que Martí, con su verbo pintoresco, llamara hombres tallados en una rodilla, mientras ¿judicialmente? se encarcela

o persigue a exgobernantes antineoliberales, así sean tan inocentes y populares como el gran dirigente brasileño Lula. Una institución en particular lamentable es la Organización de Estados Americanos (Oea), cuya sede está naturalmente en Wáshington, no se sabe quién la llamó por primera vez, con acierto, ministerio de colonias yanquis, y surgió en la estela de las dos conferencias panamericanas celebradas en Wáshington a finales del siglo XIX, cuando alboreó el imperialismo estadounidense y Martí las combatió y analizó minuciosa y memorablemente. La tal Oea, que no ha dicho una palabra sobre ninguna de las frecuentes invasiones estadounidenses a países de nuestra América, expulsó a la Cuba revolucionaria de su lenocinio, y está ahora sirviendo al amo yanqui en propósitos como el derrocamiento del gobierno legítimo de Venezuela, para lo cual el Imperio está buscando afanosa y vanamente un Pinochet venezolano, y no ha descartado la agresión militar directa. En el momento en que escribo, se ha dado a conocer que el secretario general de la Oea, el genuflexo uruguayo Luis Almagro, acaba de ser expulsado unánimemente del Frente Amplio, el cual gobierna en su país. Una buena noticia.

Voy a detenerme un momento, como anuncié, en el caso de la Cuba de 1959 en adelante. El primero de enero de ese año ocurrieron aquí dos cosas: el inicio de una profunda transformación política, social y económica a la que se llama Revolución Cubana, la cual asumiría carácter socialista y está a punto de cumplir sesenta años de compleja vida polémica, heroica y creadora, y la obtención de nuestra independencia, la cual, por insuficiente que fuera, había sido conquistada ya por la gran mayoría de los demás países latinoamericanos en el primer cuarto del siglo XIX.

Con la relativa excepción del de Jimmy Carter, sin duda una persona honrada (como se puso de manifiesto a propósito del canal de Panamá y la conducta patriótica del general Omar Torrijos), todos los gobiernos de los Estados Unidos, graciosamente llamados demócratas y republicanos, desde 1959 hasta hoy han combatido contra Cuba a través de calumnias, campañas de prensa, agresiones múltiples, creación de grupos contrarrevolucionarios y la abierta invasión, hechos que nos han significado millares de muertos y mutilados, guerra bacteriológica, sabotajes, una estación radial y otra de televisión, ambas ilegales, que enfangan el nombre de Martí, un criminal bloqueo comercial, económico y financiero hipócritamente llamado por el Imperio «embargo», que dura bastante más de medio siglo, provoca carencias de medicinas e incontables productos, nos ha costado muchísimos millones de dólares, implica multas gigantescas para entidades extranjeras que han osado mantener transacciones mercantiles con nosotros, y es tan escandaloso que año tras año es rechazado en la Asamblea General de la Onu por *todos* los países del mundo, con la vergonzosa excepción de los Estados Unidos y su compinche Israel, heredero de los nazis en relación con los palestinos dueños de su tierra. Esa suma de horrores solo se explica porque a los Estados Unidos se les iba de las manos su primera neocolonia, lo cual, a los ojos de muchos pueblos, era un ejemplo fatal para el Imperio. Ello fue sintetizado por el extraordinario pensador brasileño Darcy Ribeiro al escribir: «Ninguna de las dos guerras mundiales, ningún acontecimiento internacional tuvo [...] mayor impacto sobre Estados Unidos que la revolución cubana.» Esa es la realidad. Ahora bien: ¿era la única realidad posible?

Quiero recordar el enigmático viaje de Fidel a los Estados Unidos en abril de 1959, a menos de cuatro meses de la victoria el primero de enero, y muchos años antes de ir a la Unión Soviética. ¿Qué se proponía Fidel con ese viaje, que tanta sorpresa causó incluso entre revolucionarios? Muerto él, nunca lo sabremos. En todo caso, quien era entonces presidente de los Estados Unidos, Eisenhower, no lo recibió: prefirió irse a jugar golf, que es también el deporte favorito de Trump. Le correspondió recibirlo a quien era el vicepresidente, Richard Nixon. La historia de este caballero es bien conocida, pero vale la pena evocar algunas de sus virtudes: se inició como inquisidor cuando el macartismo, era llamado en su país *Dirty Dick* (por algo sería), fue el responsable mayor del crimen chileno y al cabo, tras el incidente de Watergate, sería vergonzosamente defenestrado. No cuesta trabajo imaginar cuál fue la naturaleza del informe que Ricardito el Sucio elaboró a propósito de su encuentro con Fidel. En todo caso, desde hace tiempo es conocido que a partir del propio 1959, cuando la Revolución Cubana ni se había proclamado ni era socialista, los gobernantes estadounidenses la condenaron a muerte, y se conocen también muchas otras cosas, aunque quedan algunas por saber.

Por hechos así es tan útil, tan necesaria una verdadera historia de los Estados Unidos, como la ofrecida por Howard Zinn en *A People's History of the United States: 1492 to Present*. Pero debo confesar que cuando, entre 1957 y 1958, fui profesor en la Universidad de Yale, compré un ejemplar usado de la sexta edición (1952) del libro *American Political and Social History*, de Harold Underwood Faulkner, y lo que el autor escribió allí sobre su país y el mío lo consideré bien ajustado a la verdad. Para este otro Faulkner,

Cuba prácticamente pertenecía a los Estados Unidos, lo que había sido dicho ya con todas sus letras por Leland Hamilton Jenks en su libro de 1928 *Our Cuban Colony*.

Vale la pena recordar que antes de que en 1902 los Estados Unidos inauguraran con el caso de Cuba su proyecto neocolonial, habían considerado otras variantes, como la condición cruda de colonia, que es la que hasta hoy impusieron a la hermana Puerto Rico, la anexión, como hicieron con Hawai, o el establecimiento de un imperio de tipo tradicional a la manera del británico, según estaba implícito en la obra en dos vastos tomos implacablemente racistas *Our Islands and their Peoples as Seen with Camera and Pencil* (introducida por el mayor general Joseph Wheeler), que apareció en 1899, a solo un año del atroz 1898, cuyo conocimiento debo a John Beverley y está ahora en la Biblioteca de la Casa de las Américas.

Para los pueblos de la América Latina y el Caribe, que han hecho suya la queja de origen mexicano según la cual estamos tan lejos de Dios –lo que no comparte la Teología de la Liberación– y tan cerca de los Estados Unidos, esa cercanía es fuente de enormes desgracias. Si bien en la segunda mitad del siglo xx la inexistencia de tal vecindad no impidió la bárbara agresión estadounidense a Vietnam, el cual ya había derrotado tropas de la humillada Francia colonialista como, para gloria de la humanidad, derrotaría también a tropas de los humillados Estados Unidos colonialistas. No es posible olvidar que se llegó al extremo de que un político yanqui que tenía mi nombre propusiera que se bombardease al país asiático hasta hacerlo regresar a la edad de piedra, lo que, según carta famosa que me enviara, escandalizó a Julio Cortázar y contribuyó a

radicalizarlo. Pero los integrantes más sanos del pueblo estadounidense, y señaladamente no pocos de sus intelectuales y estudiantes, rechazaron abierta y valientemente aquella guerra. En gentes así pensaba Martí cuando habló de la patria de Lincoln que amamos, como ciertamente la amo yo. Permítanme añadir que tuve la ocasión de conocer de cerca aquella guerra atroz, porque en 1970 estuve en Vietnam colaborando en la realización de un filme sobre tal guerra. Allí, además, escribí, mientras escuchaba bombardeos y cañoneos, mi poemario *Cuaderno paralelo*.

Debo mencionar los casos singulares de dos países no americanos. Uno es Rusia, que tras el caos que crearon Gorbachov por un lado y Yeltsin por otro, así como la sorprendente inacción de los pretensos revolucionarios en el que fuera integrante mayor de la hoy disuelta Unión Soviética, logró estabilizarse como país capitalista, pero fuera de la órbita de los Estados Unidos, que lo han hostigado insistentemente hasta hoy; y el otro es China, la cual sigue proclamándose socialista, en una evolución espectacular se ha convertido en la segunda economía del mundo, y también es hostigada por los Estados Unidos. Rusia y China estrecharían cada vez más vínculos entre sí, y han establecido relaciones, sobre todo comerciales, con países de la América Latina y el Caribe, para desolación de Washington.

En vez de apoyarse en obras endebles, cuando no además plagarias, de voceros letrados o semiletrados del *establishment* como Allan Bloom, Francis Fukuyama o Samuel Huntington, o dar por buenas calumnias como la existencia de racismo institucional en Cuba, calumnias propagadas astutamente desde uno de los países más racistas de la Tierra, es aconsejable leer a autores como, por ejemplo, Eric Hobsbawm, marxista

heterodoxo: lo que, paradójicamente, también fueron los propios Marx, quien confesó no ser marxista, y Engels. Pienso, por ejemplo, en dos obras suyas de 1994: el libro *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991* y el ensayo «Barbarism: A User's Guide» (*New Left Review*, 206). Me limitaré a citar algo sobre lo que anuncia el título del ensayo: la barbarie. Para Hobsbawm (quien, curiosamente, no tomó en consideración a las colonias, paraíso eterno de la barbarie, como observó Marx en uno de sus textos sobre la India que a diferencia de otros se menciona poco), la barbarie empezó a regresar con lo que consideró el inicio en 1914 del siglo xx, la llamada Primera Guerra Mundial: la cual, entre paréntesis, fue el primer período de una Guerra Mundial que conocería un segundo período y no es seguro que haya terminado, como ocurrió con la llamada Guerra de los Cien Años, que tuvo varios períodos, y por cierto duró más tiempo. Según Hobsbawm, «la barbarie ha ido en aumento durante la mayor parte del siglo xx, y no hay ninguna señal de que este aumento haya terminado». La observación es completamente válida avanzado el siglo xxi.

Aunque apenas citada por Hobsbawm (solo en el ensayo, al pasar y dentro de un conjunto), se impone recordar a la gran Rosa Luxemburgo, a sus temibles palabras según las cuales si el capitalismo no era sucedido por el socialismo, lo sería por la barbarie. Significativamente, para Hobsbawm, lo que llamó «el corto siglo xx» concluyó en 1991 con la implosión de la que había sido la Unión Soviética. Es decir, con el fracaso completo en Europa de lo que se había presentado como el socialismo real.

¿Cuál es el presente político de la humanidad? Al país más poderoso que nunca haya existido,

los Estados Unidos, lo desgobierna, junto con un equipo de similar calaña (formado en gran parte por generales guerrilleros y por multimillonarios como el propio presidente), un ser racista, xenófobo, sexista, mendaz, profascista, a quien he llamado «Calígula atómico», mientras el politólogo mexicano John Saxe Fernández ha hablado del «nacional trumpismo». Las cosas no son mejores en un número creciente de países europeos, y quien por supuesto es gran admirador de Trump, el también fascista Jair Bolsonaro, no esperó a tomar posesión como presidente de Brasil para recibir instrucciones de nadie menos que John Bolton, a quien puede ocurrírsele cualquier cosa siempre que sea negativa o, mejor aún, espantosa.

Tiempos malos para todos los pueblos, no solo para algunos. Imaginemos lo que habría ocurrido si Hitler hubiera tenido armas atómicas. Pues bien: Trump las tiene. ¿Qué destino es dable esperar, para un mundo sumido de modo creciente en la barbarie, de quienes, mientras consideran inferiores a etnias que no son la suya y como tales las tratan (así habían actuado los nazis), niegan cosas tan obvias y tan peligrosas para todos, incluso desde luego para los Estados Unidos, como el calentamiento global?

Concluyo con esa pregunta, y a pesar de la respuesta que al parecer se impone, volvamos a confiar en la Esperanza, que según Hesíodo fue la única que quedó en el vaso, detenida en los bordes, cuando todas las demás criaturas habían salido de él. En otros tiempos convulsos, tanto Romain Rolland como Antonio Gramsci mencionaron el escepticismo de la inteligencia, al que propusieron oponer el optimismo de la voluntad. Hace años conjeturé añadir a este último la confianza en la imaginación, esa fuerza esencialmente poética: la historia, dijo Marx,

tiene más imaginación que nosotros. Atendamos a criterios de esa naturaleza, y tengamos en cuenta hechos concretos que mucho entusiasman, como el reciente triunfo electoral, en país tan importante como México, de Andrés Manuel López Obrador. Que una vez más avance, así sea

en la sombra, lo que Marx llamó el viejo topo de la historia, y en algún sitio que quizá ahora no podemos prever está al salir a la luz.

La Habana, 21 de diciembre de 2018.

Año 60 de la Revolución 



De izquierda a derecha y de arriba a abajo:

ANÓNIMO: Máscara de «Los negritos de Acolla». Cuero pintado, 39 x 42 cm. Jauja

ANÓNIMO: Máscara de «Los Avelinos». Cuero pintado, 25 x 26 cm. Cáceres, San Jerónimo de Tunán

HILARIO MENDÍVIL: Máscara de Pashña (Danza de Pashña). Yeso moldeado, 21 x 17 cm. Cuzco

ANÓNIMO: Máscara (Danza de Chonguirada). Cuero pintado, 40 x 42 cm. Jauja

MICHAEL LÖWY

Walter Benjamin y José Carlos Mariátegui: dos marxistas disidentes de la ideología del «progreso»*

La ideología del progreso (con o sin comillas) pudo, en la época de la Ilustración, desempeñar un papel crítico y subversivo frente al oscurantismo clerical y el absolutismo monárquico. Es el caso, por ejemplo, de *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1793), de Condorcet, o de escritos socialistas utópicos de su discípulo Saint-Simon. Pero a partir de la década de 1820, con «Ordre et Progrès» de Auguste Comte, esta ideología se convirtió en una apología del orden industrial y científico burgués. Un ejemplo particularmente sorprendente de conformismo «progresista» es la doctrina «ecléctica» de Víctor Cousin, quien en su *Introducción a la historia de la filosofía* (1828) desarrolló una impresionante «filosofía de vencedores», que asociaba con admirable elegancia el éxito de los vencedores y el progreso de la civilización:

Yo absuelvo la victoria como necesaria y útil; yo comienzo ahora a absolverla como justa, en el sentido más estricto de

* Ponencia presentada en el Simposio Internacional en conmemoración del noventa aniversario de *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* organizado por la Cátedra José Carlos Mariátegui, dirigida por Sara Beatriz Guardia, que tuvo lugar en Lima los días 18 y 19 de octubre de 2018.

la palabra; me comprometo a demostrar la moralidad del éxito. Por lo general vemos en el éxito que el triunfo de la fuerza es una suerte de simpatía sentimental que nos lleva hacia el vencido; espero haber demostrado que como siempre hay un vencido, y que el vencedor es siempre el que debe ser, es necesario probar que el vencedor no solo sirve a la civilización, sino que es mejor, más moral, y que por eso es el vencedor. Si no fuera así, habría una contradicción entre moral y civilización, lo que es imposible, siendo que la una y la otra son dos lados, dos elementos distintos pero armoniosos de la misma idea.¹

La filosofía de la historia de Hegel representa una versión más dialéctica del dogma «progresista». Hegel reconoce que la historia aparece, a primera vista, como un inmenso campo de ruinas donde resuenan «las lamentaciones sin nombre de los individuos», un altar donde «se sacrificaba la felicidad de los pueblos [...] y la virtud de los individuos». Frente a esta «imagen aterradora», frente al «espectáculo distante de la masa confusa en ruinas», uno estaría inclinado a «un dolor profundo, inconsolable, que nada puede apaciguar», una profunda rebelión y aflicción moral. Sin embargo, debemos ir más allá de este «primer balance negativo» y superar esas «reflexiones sentimentales» para comprender lo esencial, es decir, que estas ruinas no son sino medios al servicio del destino sustancial, el «verdadero resultado de la historia universal»: la

1 Cousin: *Cours de philosophie. Introduction à la philosophie de l'histoire* (1828), París, Fayard, 1991, p. 242. Citado por Michèle Riot-Sarcey: *Le réel et l'utopie. Essai sur le politique au XIXème siècle*, París, Albin Michel, 1988, p. 44.

marcha de la Razón, la realización del Espíritu universal.²

Se encuentra un eco de este «ardid de la Razón» (*List der Vernunft*) hegeliano en ciertos textos de Marx: por ejemplo, sobre la colonización de la India. Por otro lado, el capítulo sobre la acumulación primitiva de *El capital* está muy lejos de esta visión de la temporalidad histórica como un Progreso inevitable. Esto no impide que predomine en el marxismo del siglo xx, ya sea en su forma socialdemócrata o comunista (estalinista).

Walter Benjamin, el judío de cultura alemana, y José Carlos Mariátegui, el brillante intelectual peruano, representan dos visiones disidentes en el campo del marxismo. Ambos pertenecen a universos geográficos, culturales e históricos muy diferentes, y cada uno ignoraba los escritos del otro. Benjamin no conocía nada sobre el marxismo latinoamericano, y Mariátegui conocía bien la cultura marxista europea, pero no leía alemán. A pesar de esta distancia, tienen muchos elementos comunes: podemos hablar de una verdadera afinidad entre sus pensamientos. Ambos comparten una crítica romántica de la civilización occidental moderna y un rechazo al dogma del progreso en la historia. Nos ocuparemos aquí especialmente de este aspecto, pero también tienen otras convergencias: adhesión (en una forma poco ortodoxa) a las ideas comunistas, simpatía por la figura de León Trotski, un gran interés por Georges Sorel, una verdadera fascinación por el surrealismo y una visión «religiosa» del socialismo. Esta afinidad es aún más asombrosa porque, como he señalado, no hay ninguna «influencia» de uno sobre el otro.

2 Hegel: *La Raison dans l'Histoire. Introduction à la Philosophie de l'Histoire*, París, 10/18, 1965, p. 103.

El objetivo de Walter Benjamin (1892-1940) es profundizar y radicalizar la oposición entre el marxismo y las filosofías burguesas de la historia, agudizar su potencial revolucionario y elevar su contenido crítico. Es con este espíritu que él define tajantemente la ambición de *Passagenwerk*, el proyecto *Passages parisiens*, reditado en la década de 1930, pero que dejó sin terminar:

También se puede considerar como meta seguida metodológicamente en este trabajo la posibilidad de un materialismo histórico que haya aniquilado (*annihiliert*) en sí mismo la idea del progreso. Es precisamente oponiéndose a los hábitos del pensamiento burgués que el materialismo histórico encuentra sus fuentes.³

Ese programa no implicaba ningún «re-visionismo», sino, como Karl Korsch había intentado hacer en su propio libro —una de las principales referencias de Benjamin—, un retorno al propio Marx.

En su último escrito, su «testamento filosófico», *Thèses sur le concept de l'histoire* (1940), Benjamin describe el Progreso como una tormenta catastrófica que nos aleja del Paraíso, acumulando ruinas y víctimas. Su enfoque consiste exactamente en revertir la visión hegeliana de la historia, desmitificando el progreso y fijando un registro marcado de un profundo e inconsolable dolor —pero también de una profunda revuelta moral— sobre las ruinas que produce. Estos no son, como en Hegel, los testigos de la «caducidad de los imperios» —el autor de *La Raison dans l'Histoire...* menciona los de Cartago,

Palmira, Persépolis, Roma⁴— sino más bien una alusión a las grandes masacres de la historia —de ahí la referencia a los «muertos»— y a las ciudades destruidas por las guerras: desde Jerusalén, arrasada por los romanos, hasta las ruinas de Guernica y Madrid, las ciudades de la España republicana bombardeadas por la Luftwaffe en 1936-1937. Contra la historia como el «cortejo victorioso de los vencedores», Benjamin propone «limpiar la historia hacia atrás», cepillar a contrapelo (*Gegen den Strich*), considerando el punto de vista de las víctimas del «Progreso», y de aquellos que, como Espartaco, lucharon por la emancipación de los oprimidos.

¿Por qué designar el Progreso como una tormenta? El término también aparece en Hegel, quien describe «el tumulto de los acontecimientos del mundo» como una «tormenta que sopla sobre el presente».⁵ Pero en Benjamin la palabra probablemente proviene del lenguaje bíblico, que evoca la catástrofe, la destrucción: es en una tempestad de agua que la humanidad se ahogó en el diluvio, y es por una tormenta de fuego que Sodoma y Gomorra fueron arrasadas. La comparación entre la inundación y el nazismo es también sugerida por Benjamin en una carta a Scholem de enero de 1937, en la que compara su libro *Deutsche Menschen* con un «arca —construida “según el modelo judío”— frente al aumento del diluvio fascista».⁶

Pero este término también evoca el hecho de que, para la ideología conformista, el Progreso es

3 Walter Benjamin: *Passagenwerk-Gesammelte Schriften* (GS), Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1974, p. 474.

4 Hegel: *La Raison dans l'Histoire...*, p. 54.

5 *Ibid.*, p. 35.

6 Gershom Scholem: *Walter Benjamin-Die Geschichte einer Freundschaft*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1975, p. 252.

un fenómeno «natural», gobernado por las leyes de la naturaleza y, como tal, inevitable, irresistible. En una de las notas preparatorias, Benjamin critica explícitamente este enfoque «naturalista» positivista del evolucionismo histórico: «El proyecto de descubrir “leyes” para la sucesión de eventos no es la única, y mucho menos la más sutil de las formas que ha tomado la asimilación de la historiografía a la ciencia natural».⁷

La crítica de la ideología burguesa del Progreso es, por lo tanto, inseparable para Benjamin de este positivismo. En una carta a Horkheimer, el 22 de febrero de 1940, escrita en francés, le explica a su amigo el objetivo de sus notas sobre el concepto de la historia: «establecer una escisión definitiva entre nuestra manera de ver y las supervivencias del positivismo que acechan, incluso, las concepciones históricas de la izquierda».⁸ El positivismo aparece así, a los ojos de Benjamin, como el denominador común de las tendencias que él critica: el historicismo conservador, el evolucionismo socialdemócrata, el marxismo vulgar (especialmente de factura estalinista).

La crítica que Benjamin formula al historicismo está inspirada en la filosofía marxista de la historia, pero también tiene un origen nietzscheano. En una de sus obras de juventud, *De l'utilité et de l'inconvénient des études historiques pour la vie* (citado en la epístola de la Tesis XII), Nietzsche ridiculiza la «admiración desnuda del éxito» de los historicistas, su «idolatría por lo factual» (*Götzerdienste des Tatsächlichen*) y su tendencia a inclinarse ante el «poder de la histo-

ria». Puesto que el Diabolo es el maestro del éxito y del progreso, la verdadera virtud consiste en levantarse contra la tiranía de la realidad y nadar contra la corriente histórica. Existe un vínculo evidente entre este panfleto nietzscheano y la exhortación de Benjamin a escribir la historia *gegen den Strich*. Pero las diferencias no son menos importantes: mientras que la crítica de Nietzsche al historicismo es en nombre de «La vida» o del «Ser heroico», la de Benjamin habla en nombre de los vencidos. Como marxista, este último se sitúa en las antípodas del elitismo aristocrático de la primera, y opta por identificarse con los «condenados de la tierra», los que yacen bajo las ruedas de estas majestuosas y magníficas carrozas llamadas Civilización y Progreso.

La protesta romántica contra la modernidad capitalista se formula siempre en nombre de un pasado idealizado, real o mítico. ¿Cuál es el pasado que sirve de referencia al marxista Walter Benjamin en su crítica de la civilización burguesa y las ilusiones del progreso? Si en los escritos teológicos de la juventud a menudo es una cuestión del Edén bíblico, en los años treinta es el comunismo primitivo el que desempeña este papel, como también en Marx y Engels, discípulos de la antropología romántica de Maurer, Morgan y Bachofen. La idea de un paraíso perdido —el comunismo primitivo de la teoría marxista, el matriarcado según Bachofen, la «vida anterior» de Baudelaire— atormenta los últimos escritos de Benjamin e inspira la idea de la utopía, de una sociedad sin clases, sin Estado y sin dominio patriarcal. Este último aspecto merece ser subrayado, en la medida en que era bastante raro en el marxismo de los años treinta.

El relato de Bachofen, escrito por Benjamin en 1935 (en francés), es una de las claves más

⁷ Walter Benjamin: *Über den Begriff der Geschichte* (1940), en *Gesammelte Schriften (GS)*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, t. I, vol. 3, 1968, p. 1231.

⁸ *Ibid.*, p. 1225.

importantes para entender su utopía de inspiración a la vez marxista y libertaria, romántica y «matriarcal». La obra de Bachofen, escrita basándose en «fuentes románticas», ha fascinado a marxistas y a anarquistas (como Elisée Reclus) con su «evocación de una sociedad comunista en los albores de la historia». Refutando las interpretaciones conservadoras (Klages) y fascistas (Bäumler), Benjamin se refiere a la interpretación, inspirada en Marx y Freud, de Erich Fromm. Subraya que Bachofen «había escudriñado en una profundidad inexplorada las fuentes que a través de las épocas alimentaron el ideal libertario que Reclus reivindicaba». En cuanto a Engels y Paul Lafargue, su interés también fue atraído por la obra del antropólogo suizo sobre las sociedades matriarcales, en las que habría existido un grado considerable de democracia e igualdad civil, así como las formas de comunismo primitivo que significaron una verdadera «agitación del concepto de autoridad».⁹ Es indudable que es en Bachofen en quien Benjamin piensa cuando escribe en *París capital del siglo XIX* (1935) que los sueños del futuro están siempre «casados» con elementos provenientes de la historia arcaica (*Urgeschichte*), es decir de una «sociedad sin clases» primitiva. Depositadas en el inconciente colectivo, las experiencias de esta sociedad, «en conexión recíproca con lo nuevo, dieron nacimiento a la utopía».¹⁰

Las sociedades arcaicas de la *Urgeschichte* son también las de la armonía entre los seres humanos y la naturaleza, destrozada por el «progreso». Un nombre representa para Benjamin

9 Benjamin: «Johan Jakob Bachofen», *GS*, t. II, vol. 1, 1935, pp. 220-230.

10 Benjamin: «Paris, die Hauptstadt des XIX. Jahrhunderts», *GS*, vol. 1, 1935, p. 47.

la promesa de una futura reconciliación con la naturaleza: Fourier. En su opinión, la obra de arte constituye un ejemplo paradigmático de la conjunción entre lo viejo y lo nuevo en una utopía que da nueva vida a los símbolos primitivos (*Uralte*) del deseo.¹¹

La propuesta de Benjamin —la historia a contrapelo— sugiere un nuevo método, un nuevo acercamiento, una perspectiva «desde abajo» que podría aplicarse en todos los campos de las ciencias sociales: la historia, la antropología, la ciencia política. Su punto de vista, sin embargo, sigue siendo eurocéntrico: el objeto de su reflexión es casi exclusivamente la historia europea. Una de las raras excepciones de esta limitación es una nota sobre Bartolomé de Las Casas y su lucha contra el exterminio colonial de indígenas en México.

Se trata de un documento muy breve, pero considerablemente interesante, que ha sido completamente olvidado por los críticos y los estudiosos de su obra: el informe que publicó en 1929 sobre el libro de Marcel Brion basado en el famoso obispo. El volumen de Marcel Brion es *Bartholomé de Las Casas. «Père des Indiens»*, París, Plon, 1928, y el comentario de Benjamin apareció en la revista alemana *Die Welt Literarische* el 21 de junio de 1929. La Conquista, primer capítulo de la historia colonial europea, escribe Benjamin, «transformó el mundo recién conquistado en una sala de tortura». Las acciones de la «soldadesca hispana» crearon una nueva configuración del espíritu (*Geistesverfassung*) «que no se puede representar sin horror (*Grauen*)». Como toda colonización, la del Nuevo Mundo tuvo razones económicas —los

11 Ídem.

inmensos tesoros de oro y plata de las Américas— que los teólogos oficiales trataron de justificar con argumentos jurídico-religiosos: «América es un bien sin propietarios; la sumisión es una condición de la misión; intervenir contra los sacrificios humanos de los mexicanos es un deber cristiano». Bartolomé de Las Casas,

un combatiente heroico en las posiciones más expuestas, luchó por la causa de los pueblos indígenas enfrentando, durante la célebre disputa de Valladolid (1550), al cronista y cortesano Sepúlveda, «el teórico de la razón de Estado», logrando finalmente obtener del rey de España la abolición de la esclavitud y de la «encomienda» (forma de esclavitud), medidas que nunca fueron efectivamente aplicadas en las Américas.

Aquí observamos, destaca Benjamin, una dialéctica histórica en el campo de la moral: «en nombre del cristianismo, un sacerdote se opone a las atrocidades (*Greuel*) que se cometen en nombre del catolicismo», del mismo modo que otro sacerdote, Sahagún, salvó en su obra la herencia india destruida bajo el patrocinio del catolicismo.¹²

Incluso si se trata de un pequeño informe, el texto de Benjamin es una aplicación fascinante de su método, interpretar la historia del pasado de América desde el punto de vista de los vencidos, utilizando el materialismo histórico. Es también notable su observación sobre la dialéctica cultural del catolicismo, casi una intuición de la futura teología de la liberación.

12 Benjamin: *Gesammelte Schriften*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, Band III, 1980, pp. 180-181.

El peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930) no es solo el marxista latinoamericano más importante y el más creativo, sino también un pensador cuya obra, por su fuerza y originalidad, tiene un alcance universal. Su marxismo herético tiene profundas afinidades con algunos de los grandes escritores del marxismo occidental: Antonio Gramsci, Ernst Bloch, Georg Lukács y especialmente Walter Benjamin. En el corazón de la heterodoxia mariateguiana, de la especificidad de su discurso filosófico y político marxista, se encuentra, como en Benjamin, un núcleo irreductiblemente romántico. Pero a diferencia de este último, rompe con todo el enfoque eurocéntrico: escribe desde el punto de vista de los indígenas de la América Latina, rechaza la visión de la historia del colonialismo europeo, y reclama un comunismo inca para pensar el socialismo indoamericano del futuro.

Fundador de la Confederación General de Trabajadores del Perú y del Partido Socialista del Perú (afiliado a la Internacional Comunista), es sobre todo conocido por su libro *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), pero su obra, que se reclama deudora de Marx y Sorel, de Miguel de Unamuno y André Breton, toca un conjunto de cuestiones de la cultura revolucionaria: la relación entre el socialismo, la ética y la religión, la conexión entre el pasado y el futuro del comunismo, el lugar del mito en las luchas emancipadoras, etcétera.

La cosmovisión romántica/revolucionaria de Mariátegui, tal como la formula en su célebre ensayo de 1925 «Dos concepciones de la vida», se opone a lo que él llama «la filosofía evolucionista, historicista, racionalista», con su «culto supersticioso del progreso», la aspiración de un retorno al espíritu de aventura, a los mitos heroicos,

al romanticismo y al «donquijotismo» (término que tomó de Unamuno). En este proceso, afirma ser un pensador socialista que, como Georges Sorel, refuta las ilusiones del progreso. Dos corrientes románticas que rechazan esta «plana y cómoda» ideología positivista, enfrentando en una lucha a muerte el romanticismo de la derecha, fascista, que quiere retornar a la Edad Media, y el romanticismo de la izquierda, comunista, que quiere avanzar hacia la utopía. Despertadas por la guerra, las «energías románticas del hombre occidental» encontraron su expresión en la Revolución Rusa, que logró dar a la doctrina socialista «un alma combatiente y mística». ¹³

En otro artículo «programático» de la misma época, «El hombre y el mito», Mariátegui se regocija ante la crisis del racionalismo y el colapso del «mediocre edificio positivista». Ante el «alma desencantada» de la civilización burguesa, que menciona Ortega y Gasset, hizo suya el «alma encantada» (Romain Rolland) de los creadores de una nueva civilización. El mito (en el sentido soreliano) es su respuesta a la *l'entzauberung der Welt* (Weber) y a la pérdida de sentido en ese asombroso pasaje, pleno de exaltación romántica, que parece prefigurar la teología de la liberación:

La inteligencia burguesa se entretiene en una crítica racionalista del método, de la teoría, de la técnica de los revolucionarios. ¡Qué incompreensión! La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza

del Mito. La emoción revolucionaria, como escribí en un artículo sobre Gandhi, es una emoción religiosa. Los motivos religiosos se han desplazado del cielo a la tierra. No son divinos; son humanos, son sociables. ¹⁴

Este es un enfoque único, que no tiene analogías con la propuesta de Walter Benjamin en sus Tesis de 1940, de restaurar el poder mesiánico y, por lo tanto, revolucionario del materialismo histórico mediante una asociación con la teología.

Es principalmente a causa de sus análisis y propuestas sobre el Perú que Mariátegui fue tratado por sus censores ideológicos como un pensador «romántico». En primer lugar, porque no aceptó la tesis de la Komintern según la cual una transformación «democrático-burguesa y anti feudal» —es decir, una forma de progreso capitalista— era una etapa necesaria para resolver los urgentes problemas de las masas populares, especialmente campesinas, en el Perú. Por lo contrario, consideraba la revolución socialista como la única alternativa a la dominación del imperialismo y de los terratenientes. Y sobre todo porque creía que esta solución socialista podría tener como punto de partida las tradiciones de la comunidad de los campesinos andinos, los vestigios del «comunismo inca», propuesta identificada por sus adversarios «ortodoxos» de la Komintern con la de los populistas rusos.

Charles Péguy, el eminente socialista «místico» y romántico, escribió:

Una revolución es un llamado de una tradición menos perfecta a una tradición más

13 Mariátegui: «Dos concepciones de la vida», en *El Alma Matinal*, Lima, Ediciones Amauta, 1971, pp. 13-16.

14 Mariátegui: «El Hombre y el Mito», en *El Alma Matinal*, 1925, pp. 18-22.

perfecta, un llamado de una tradición menos profunda a una tradición más profunda, un revés de tradición a un adelanto profundo, una búsqueda de sus fuentes más profundas, en el sentido literal de un recurso.¹⁵

Esto se aplica palabra por palabra a Mariátegui: contra el tradicionalismo conservador de la oligarquía, el romanticismo retrógrado de las élites y la nostalgia del período colonial, es necesario recurrir a una tradición más antigua y más profunda: la de las civilizaciones indígenas precolombinas. «El pasado inca entró en nuestra historia como una reivindicación no de los tradicionalistas sino de los revolucionarios. En este sentido constituye una derrota del colonialismo [...]. La revolución ha reivindicado nuestra tradición más antigua».¹⁶

Mariátegui llamó a esta tradición «comunismo inca». La expresión se presta a controversia. Debemos recordar, sin embargo, que la marxista poco sospechosa de «populismo» y «nacionalismo romántico» que fue Rosa Luxemburgo también definió así el régimen socioeconómico de los incas. En su *Introducción a la crítica de la economía política*, publicada (en Alemania) en 1925, que Mariátegui probablemente no conoció, califica la civilización inca como una formación social comunista. Celebrando las «instituciones democráticas comunistas de la Marca peruana», se regocija de la «admirable resistencia del pueblo indio en el Perú y de las instituciones

comunistas agrarias que se conservaron hasta el siglo XIX».¹⁷

Mariátegui no dijo otra cosa, excepto que creía en la persistencia de las comunidades hasta el siglo XX. Se podría comparar esta constelación entre el pasado y el futuro, el comunismo inca y el comunismo moderno, con el argumento de Walter Benjamin sobre el vínculo entre el comunismo primitivo prehistórico y las utopías socialistas y libertarias modernas. La diferencia consiste en que la relación con el pasado arcaico era para Benjamín una cuestión de recuerdo, mientras que para el marxista peruano se trataba de una tradición viva, en el corazón de la estrategia revolucionaria actual.

El análisis de Mariátegui se basa en la obra del historiador peruano César Ugarte, para quien el cimiento de la economía inca fue el *ayllu*, conjunto de familias unidas por parentesco que disfrutó de la propiedad colectiva de la tierra; y la marca, federación de *ayllus* que tenía la propiedad colectiva de aguas, pastos y bosques. Mariátegui introdujo una distinción entre el *ayllu*, creado por las masas anónimas a través de miles de años, y el sistema económico unitario fundado por los emperadores incas. Insistiendo en la eficiencia económica de esta agricultura colectivista y en el bienestar material de la población, Mariátegui concluye en sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928): «El comunismo incaico, que no puede ser negado o disminuido porque se desarrolló bajo el régimen autocrático de los incas, puede ser designado como un comunismo agrario». Refutando la concepción «progresista»

15 Charles Péguy: *Oeuvres en Prose*, París, Pléiade, 1968, pp. 1359-1361.

16 Mariátegui: «La tradición nacional» (1927), en *Peruanicemos el Perú*, Lima, Amauta, 1975, p. 121.

17 Luxemburgo: *Introduction à la Critique de l'Economie Politique*, París, Anthropos, 1966, pp. 141, 145, 155.

lineal y eurocéntrica de la historia impuesta por vencedores, sostiene que la conquista colonial «destruyó y desorganizó la economía agraria inca, sin reemplazarla por una forma superior».¹⁸

¿Idealización romántica del pasado? Puede ser. En todo caso, Mariátegui distinguió de la manera más categórica entre el comunismo agrario y despótico de las civilizaciones precolombinas y el comunismo de nuestro tiempo, heredero de conquistas materiales y espirituales de la modernidad. En una larga nota a pie de página, que constituye en realidad uno de los aspectos más destacados de los *7 siete ensayos...*, Mariátegui proporciona la siguiente precisión, que no ha perdido su relevancia noventa años después:

El comunismo moderno es una cosa distinta del comunismo incaico [...]. Uno y otro comunismo son un producto de diferentes experiencias humanas. Pertenecen a distintas épocas históricas. Constituyen la elaboración de disímiles civilizaciones. La de los incas fue una civilización agraria. La de Marx y Sorel es una civilización industrial [...]. La autocracia y el comunismo son incompatibles en nuestra época; pero no lo fueron en sociedades primitivas. Hoy un orden nuevo no puede renunciar a ninguno de los progresos morales de la sociedad moderna. El socialismo contemporáneo —otras épocas han tenido otros tipos de socialismo que la historia designa con diversos nombres— es la antítesis del liberalismo; pero nace de su entraña y se nutre de su experiencia. No desdeña ninguna

de sus conquistas intelectuales. No escarnece y vilipendia sino sus limitaciones.¹⁹

Esta posición, calificada de «socialismo pequeño burgués» por sus críticos, era básicamente la sugerida por Marx en su carta a Vera Zasulich (ciertamente desconocida para Mariátegui). En ambos casos encontramos la intuición profunda, en el contexto de las erradas visiones lineales de la historia, que el socialismo moderno, especialmente en los países con una estructura agraria, deberá enraizarse en las tradiciones vernáculas, en la memoria colectiva campesina y popular, en la supervivencia social y cultural de la vida comunitaria precapitalista, en las prácticas de autoayuda, solidaridad y propiedad colectiva de la *Gemeinschaft* rural.

Como observa Alberto Flores Galindo, la característica esencial del marxismo de José Carlos Mariátegui —en contraste con la de los ortodoxos de la Komintern— es el rechazo a la ideología del progreso y la imagen lineal y eurocéntrica de la historia universal.²⁰

Mariátegui fue acusado por sus críticos tanto de tendencias «europeizantes» (los apristas) como de «romanticismo nacionalista» (los estalinistas): en realidad, su pensamiento es un intento de superar dialécticamente este tipo de dualidad fijada entre lo universal y lo particular. En un texto clave, «Aniversario y balance», publicado en la revista *Amauta* en 1928, esta tentativa está formulada en algunos párrafos que resumen de manera sorprendente su filosofía política, y que parecen constituir su mensaje a las futuras

18 Mariátegui: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), Lima, Amauta, 1976, pp. 54, 55, 80. El libro citado por Mariátegui es *Bosquejo de la historia económica del Perú*.

19 *Ibid.*, pp. 78-80.

20 Flores Galindo: *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*, Lima, Desco, 1982, p. 50.

generaciones del Perú y de la América Latina. Su punto de partida es el carácter universal del socialismo:

El socialismo no es, indudablemente, una doctrina indoamericana [...]. Aunque nació en Europa, como el capitalismo, no es específicamente o particularmente europeo. Es un movimiento global, del cual no escapa ningún país que se mueva en la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y medios que ninguna otra civilización ha dispuesto, a la universalidad.

Pero insiste simultáneamente en la especificidad del socialismo en la América Latina, enraizada en su propio pasado histórico:

El socialismo está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista primitiva que registra la historia es la incaica. [...] No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra

propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.²¹

Aquí encontramos la constelación entre el pasado y el futuro, propia del romanticismo revolucionario, en desacuerdo radical con las doctrinas dominantes del movimiento comunista al que pertenecía.

Para concluir: Walter Benjamin y José Carlos Mariátegui representan dos formas muy diferentes –por su contexto cultural y su gramática filosófica– de ruptura en nombre del marxismo con la ideología del Progreso, el evolucionismo positivista, las concepciones lineales de la historia, como también en su forma burguesa aquella del «progresismo» de izquierda. Ellos contribuyeron, cada uno a su manera singular y atípica, a repensar en nuevos términos el curso de la historia, la relación entre pasado, presente y futuro, las luchas emancipadoras de los oprimidos y la revolución. ■

21 Mariátegui: «Aniversario y balance», en *Ideología y política*, 1928, pp. 248-249.



HILARIO MENDÍVIL: Fiestas tradicionales del Cuzco. Óleo/telas, 300 x 70 cm. Cuzco

 MARTÍN GAMBAROTTA

Asumiendo estar terminado me trepé...

*Asumiendo estar terminado me trepé
al carruaje de dos ruedas tirado por un buey
a buscar la estrella cáustica de la que vine.
Tomé la ruta uno, tomé la ruta dos
seguí la constelación de los cisnes sucios
dejando atrás edificios, blasfemando
en varias lenguas a los quince cielos.
El cielo infinitesimal, el cielo pre-nocturnal
el cielo Emerson Fittipaldi y doce cielos más.
En una laguna de aguas claras me detuve
a lavarme el cerebro.*

Dan a entender que podrías...

*Dan a entender que podrías llegar
a ser como ellos, te alientan a que
intentas ser como ellos, te tratan
como si fueras igual a ellos
porque saben que nunca
serás uno de ellos.*

Hijo etíope, seductor sueco, cuervo

*H*ijo etíope, seductor sueco, cuervo
tailandés, contra ofensivo, con
el contexto metido en la cabeza:
que todo te chupe un higo no quiere
decir que no seas delicado
a tu modo itálico
que no escuches la súplica
sécanos el sudor; sácanos
de este aprieto

No quieren que te quedés...

*N*o quieren que te quedés acá
a esta altura deberías saberlo
todo el mundo dice que
vayas para allá

*en el bulevar al que nadie quiere
ir pero al que todos terminan
yendo te están esperando.*

No quieren verte hacer...

No quieren verte hacer rotar
a toda velocidad un globo terráqueo
para detenerlo en seco con el índice ni
después soportar tener que verte teorizar
con los sesos que atesora tu testa en llamas
sobre un país señalado al azar, se podría
decir que directamente no pueden verte
sellar un pacto con la dureza de la nuez
que todo hombre lleva adentro
se podría decir que no quieren ni verte
pero no es así, dulce cabroncito, no es así
a ver si lo entendés de una buena vez
lo que quieren es verte muerto. ©



ANÓNIMO: Máscarita (Danza «Diablada»
Pasta policromada, 18,5 x 19 cm. Puno
ANÓNIMO: Máscarita (Danza «Diablada»
Pasta policromada, 19 x 16 cm. Puno

Arte poética final*

*T*enías razón, Eliseo Diego:
los muebles son animales fidelísimos.
*He aquí mis verdaderos y únicos utensilios
para no ser un número
una cifra, una entelequia más.*

*He aquí unos trastos que me sobrevivirán
certificando mi estancia en el mundo.
Muebles con miedo y asma
con fogosidades y ojerizas
con esquinas dudosas y marcas indelebles.*

*Tenías razón, viejo Eliseo:
imposible legado más legítimo.*

* Del libro inédito *Muebles de caoba*.

la ciudad de los locos*

*e*sta ciudad tiene locos ilustres
*poetas del escándalo
locos sin los que la ciudad no sería ella*

* Del cuaderno *Traficantes de oxígeno*, mención del Premio Casa de las Américas 2008 y publicado por Scripta Manent Ediciones en 2017.

*no pensemos en el Caballero de París
sino en esos pequeños
cotidianos transeúntes de la indiferencia
pensemos en el gordo que hace bailar un tanque de agua
de los grandes / en medio de las avenidas
pensemos en la vieja de las tetas enormes
que siempre pide centavitos de dólar
para arreglar su casa
y en el que lleva 21 años lavando carros
y tiene título de fregador
y es «socio fuerte» de Eusebio Leal
y en el que se disfraza cada día
de un cuerdo distinto
y en el que habla en voz alta con antiguos
jugadores de las Grandes Ligas
y en el que ladra y ríe / ríe y ladra
ladra y compra la prensa
y en el que saca la lengua gorda / blanca
cuarteada como tierra del desierto
y en el que le cobra a las turistas los piropos
y en la que lee los periódicos de atrás hacia adelante
y en el que recoge las colillas para luego venderlas
y en la que cree que es invisible
y en el que tose en alemán
y en el que se masturba sin tocarse el cuerpo
y en el que / bien vestido / va pensando en comer
cuando llegue a su casa
y en el que enamorado de mil mujeres a la vez
solo duerme con una
y en el que militante de diez partidos a la vez
solo vota por uno
y en el que fuma y fuma y fuma y fuma y fuma
para acabar con el tabaco
y en el que lee sus poemas en las paradas de las guaguas
y se cree Dios con espejuelos / sí / yo mismo*

doble blanco sobre doble nueve

*La gente sigue jugando al dominó como si no pasara nada
como si fuera la fórmula ideal de la supervivencia
durante horas los jugadores beben ron
fuman tabaco / mueven y tiran fichas / gritan palabrotas
y cada uno manosea a su mujer como si no pasara nada
en los portales de La Timba y en los portales de Miami
en las aceras del Diezmero y en los parques de la calle 8
en los pasillos de La Habana Vieja y en los casinos de Florida
en solares / pasajes / cuartos con barbacoa
porches de antiguos bodegones
suites / penthouses / chalés y dúplex adosados
todos jugando el mismo dominó como si no pasara nada
y las datas se repiten con una simetría escalofriante
y las figuras geométricas que dibujan las fichas
sobre los tableros son las mismas
un gran siete de nácar / una zeta de hueso
una culebra de madera
Pedro «se pega» en Luyanó
a la vez y con el mismo número
que Pedro lo hace en Tampa
Juan «tranca» la data en Marianao
con los mismos tantos que Juan en Cayo Hueso
Rolando grita «capicúa» y manosea a su mujer en La Timba
mientras Rolando manosea a su mujer y grita «capicúa» en Hialeah
ambos descorchan una botella y le echan ron al mismo santo
ambos rien / orondos / saben que son los héroes del momento
y detrás de cada uno / el «sapo» / a una velocidad de vértigo
cuenta los puntos de la data
y tras el «sapo» / Dios / que ve todos los juegos
sigue sumando los puntos de todas las mesas
a los dos lados del estrecho
pero en la matemática de Dios cada punto es un día*

*cada día es un sueño / cada sueño es un punto
(recordemos que Dios es circular y el círculo infinito)
tal vez por eso todos jugamos al dominó
como si no pasara nada
como si no pasara nada
como si no pasara nada
solo el tiempo*

Transeúnte*

a Juan Sánchez Lafuente

***h**oy / hace un rato
andando a pie por medio de Sevilla
me he puesto filosófico / trascendental
auto-psicoanalista y me dio miedo
que el tercer hijo de un albañil y una secretaria
decida por las buenas ser poeta
¿debe verse como un fallo
del sistema educativo cubano
o como un logro de la medicina revolucionaria?
que el tercer hijo de un carnicero
y una maestra de inglés
decida por las buenas ser poeta
¿es responsabilidad del delegado de circunscripción?
¿u otro complot de los enemigos de la patria?
que el tercer hijo de un carpintero repentista
ligón de barrio / borrachín de estraperlo*

* Del libro inédito *Carril bici*.

*hacedor de negritos más o menos simpáticos
(«tremendo tipo sí / yo recuerdo a tu padre»)
y de una oficinista lectora del Gabo y Maupassant
propensa a la diabetes
con los nervios siempre a flor de piel
y fan de las telenovelas brasileñas
decida por las buenas ser poeta
aunque se muera de hambre
aunque a nadie le importe
¿debe considerarse otra victoria pírrica
del capitalismo?
¿debe ser visto como un intento de suicidio?*

*que el tercer hijo de Albertina y Jesús
tercero de ocho hermanos
con sus tres hijos grandes ya
con una nieta incluso
pasados los 50
y sin vínculo laboral reconocido
siga perdiendo el tiempo
con esta cosa de la poesía
¿lo exonera de algo?
¿puede considerarse enfermedad?
¿puede acusársele de desacato
Subversión / yihadismo estético?
¿deberían abrirle un expediente de expulsión?
¿se le debe dictar orden de alejamiento
de sus seres queridos en edad productiva?
¿ponerle un localizador bajo la lengua?
¿mandarlo a «silenciar» sin que lo sepa nadie?*

*las sociedades avanzadas
tienen derecho a defenderse ¿no?
¿la sociedad del bienestar? ¡sí!
¿la civilización? por supuesto*

*Entonces ¿cómo permiten
que un tipo como yo
campee por Sevilla cada fin de semana
pisando un asfalto que ha sido echado
con impuestos de otros
y que se siente descaradamente
a escribir versos?*

*cuando me pongo así / filosófico
trascendental / auto-psicoanalista
me doy miedo
y lo mejor / lo único razonable
es llamar a mi amigo el antropólogo
e invitarlo a cervezas. ☐*



ANÓNIMO:
Papaya. Cerámica decorada,
34 x 34 cm. Quinua, Ayacucho

La noche del tren

Eran las ocho de la noche de ese 24 de diciembre en que yo cumplía dieciséis años, a principios de los sesenta, y apenas habíamos pasado Intiyaco cuando la tía Berta se irguió en su asiento, quitándose el sudor del cuello con un pañuelo mojado, y me dijo:

—No vamos a llegar a tiempo.

Veníamos de Buenos Aires en el «Estrella del Norte», pero habíamos salido de Santa Fe con una demora de cuatro horas y todo el pasaje, apiñado y sudoroso en esos doce vagones, parecía impulsar a esa máquina carcajeante, atosigada, para que se acelerara, aunque nadie tenía fe en que pudiéramos arribar a Resistencia antes de las doce de la noche.

Mi tía Berta y yo íbamos en el cuarto coche, y ella estaba muy malhumorada por el calor y por el cada vez mayor retraso, pues la locomotora bufaba, irregular, y no solo no recuperaba el tiempo perdido sino que se demoraba más y más.

—No vamos a llegar a tiempo —repitió, y yo no dije nada.

Ella tenía entonces treinta y dos años y una como mueca constante de acritud, quizá porque temía quedarse soltera y eso la preocupaba mucho. Aunque en realidad las que más se inquietaban por eso eran mamá y las tías mayores, que decían que Berta era demasiado neurótica y demasiado agria para su edad. Pero también era encantadora por su calidez y camaradería, y cuando estaba de buenas era muy divertida. Eso a mí me gustaba tanto como las tetas espectaculares que tenía. No era una mujer bella, pero eran lindos su largo pelo negro y su voz sensual, y su mirada a veces tenía un hermoso brillo pícaro, irónico, invitador a complicidades. Era yo, claro, muy joven todavía para saber que es casi un lugar común que los

adolescentes se enamoren de las tías. Pero no sé si yo estaba enamorado de Berta. Solo sé que disfrutaba con su compañía, que me fascinaban su desenfado y sus ironías, y que ese viaje había sido muy grato hasta Rosario, porque ella charló mucho, me preguntó si tenía novia, hizo chistes y me obligó a confesarle que me gustaba la hija de Romero, Laurita, pero que no me daba ni la hora. Se rió mucho y después me contó cómo las monjas del Colegio María del Socorro, cuando ella hacía la secundaria, le tocaban los pechos haciéndose las descuidadas para enseguida santiguarse con rubor. También jugamos a las cartas, hasta que súbitamente Berta volvió a agriarse, dejó de hablar y se dedicó a leer el «Para ti» y cada tanto a espiar la pampa por la ventanilla. Y después que salimos de Santa Fe tuvo el humor de un gato.

Cada hora el calor aumentaba, y ella, bufante, se veía inquieta e irritable. Cada tanto se sacudía la blusa y la tela se pegoteaba contra sus pezones, que eran oscurísimos. Yo la miraba, nomás, porque conocía su genio. Me divertía verla así, sentada como los hombres, con las piernas muy abiertas, de modo que la pollera se le deslizaba pegada a su sexo y resaltaba sus muslos, macizos como lapachos jóvenes.

—No vamos a llegar a tiempo —volvió a decir, y yo me pregunté a tiempo para qué cuando el convoy empezó a perder velocidad. No se frenó inmediatamente, pero de pronto se apagó el tronido de la locomotora y, al asomarme, vi que casi todo el pasaje de mi lado sacaba las cabezas para ver que la vieja máquina ya no echaba humo y parecía deslizarse sobre los rieles con el mero impulso de su inercia. Creo que en ese momento supe que iba a pasar un cumpleaños muy original.

Ya casi era noche cuando el convoy se detuvo totalmente y un guarda gordo y calvo, con el uniforme manchado de comidas y sudor, recorrió los vagones anunciando que habíamos sufrido un desperfecto mecánico y que si queríamos bajar podíamos hacerlo, pero que nadie se alejara mucho de las vías.

El paisaje era desolador, como siempre es el paisaje en el Chaco: se veía el monte cerrado y eso era todo. Malezales y espinillos por doquier, adonde uno mirara había algarrobos y uno que otro quebracho se alzaba sobre la fronda. La planicie era total y no había arriba ni abajo, de modo que la visión se hacía cortísima: a una docena de metros de las vías la vegetación se cerraba en el oscuro entretejido de la selva. Se tenía la sensación de estar en una especie de túnel, o en un pasadizo a cielo abierto en medio del monte.

Lentamente, como hormigas curiosas, la gente empezó a descender del tren.

—¿Bajamos, Berta?

—No, yo no —y negó también con la cabeza, fastidiada como si estuviera por faltar a una cita muy importante—. Andá vos, si querés.

Encendí un Fontaneres y me bajé a fumarlo entre la gente. Todos comentaban la mala suerte que nos tocaba y lamentaban las cenas de Navidad perdidas. Algunas madres apro-

vecharon para cambiar pañales y varios hombres se dirigieron, inútilmente interesados, hacia la locomotora, donde se veía a dos tipos con overoles azules que daban la impresión de estar completamente desconcertados. Otros, más optimistas, caminaron hacia el final del convoy como para ver si llegaba alguna zorra con mecánicos. Pero todos sabíamos que esa zorra tardaría horas en llegar, quizá un día entero, y que, en todo caso, lo peligroso sería el tren de la mañana siguiente, o algún carguero en sentido inverso, y que vinieran inadvertidos de nuestro percance. Enseguida se encendieron grandes fogatas un centenar de metros más allá de la máquina y del vagón correo que cerraba el convoy.

En la noche, era impresionante ese tren detenido a lo largo de medio kilómetro en medio de la selva, enmarcado por dos fuegos y a cuyos lados florecían fuegos más pequeños, alrededor de los cuales la gente se arracimaba para calentar agua y tomar mates, entibiar mamaderas y charlar mientras espantaba mosquitos, jejenes y, acaso, algún animal curioso. La luna brillante, en esa límpida noche navideña, parecía tan iluminadora como caliente.

Caminé, fumando, sin alejarme demasiado de nuestro vagón, y al cabo de unos minutos empezó a escucharse un chamamé en uno de los últimos vagones, de la Segunda Clase: era un rasgido monótono, más de bordonas que de primas, que acompañaba a un desfalleciente, desinflado bandoneón. Enseguida se improvisó un dúo para cantar: «Tirolpuéeee / blitoqueriiiiidoooo / rinconciiii / toabandonadooo / recordaaaan / domipasadoooo / yojamáaaaaas / teolvidaréeeee» y me llamó la atención el croar preciso de la típica segunda voz chamamecera, baja y llorona.

Alguna gente se separaba del tren y se metía entre la maleza, entre los primeros, no demasiado tupidos matorrales, en absurdas incursiones escatológicas pues en los vagones había baños. Sucios, pero baños. Sin embargo muchos preferían adentrarse en la intimidad de la arboleda, y era divertido porque cada uno que se sumergía en el bosque dejaba de campana a un familiar o amigo en el descampado, junto al tren, para orientarse al volver o para que escuchara su grito si aparecía algún animal peligroso o asustador.

El calor era agobiante, típico de diciembre. A cierta hora bandadas de insectos atacaron a la gente como minibombarderos, como Stukas mortíferos. Se oían palmadas en brazos, mejillas y piernas, y también algunas puteadas. En varios sitios surgieron minúsculos fuegos de bosta encendida. Como a las diez de la noche circuló el comentario de que un cura que viajaba en la Primera Clase iba a improvisar una misa de gallo. Y también se supo que en el vagón comedor habían decidido racionar el agua y las bebidas embotelladas, aunque ya era evidente que en varios grupos corrían, abundantes, la cerveza caliente y las damajuanas de vino.

Regresé a la ventanilla donde debía estar mi tía. No la vi, pero la llamé desde la caída del terraplén.

–Qué hay –me respondió sin asomarse. Su voz me sonó desagradable, como si yo hubiera importunado algo, un sueño acaso. Estaba muy nerviosa.

–Asomate –le pedí–, o bajá un ratito, aquí está más fresco.

Entonces sacó la cabeza por la ventana y me sonrió. Me pareció muy linda a la luz de la luna y de las fogatas, toda transpirada, con los pelos pegoteados en la frente y el largo pelo negro parecía más brillante por la humedad y el calor.

–Bajaron todos, ¿no?

–Sí, y ya están chupando. Y allá en la Segunda, cantan.

–Dentro de un rato van a estar todos borrachos.

–Y esto va a terminar en bailanta –me reí–. ¿Por qué no bajás?

Berta se mordió el labio inferior: parecía súbitamente divertida.

–No tengo ganas.

–Nos van a estar esperando –dije yo–. ¿En la estación les avisarán, no?

–Supongo.

Y se quedó así, con el mentón recostado sobre la ventana, mirando en derredor. Saqué un cigarrillo, se lo ofrecí y luego le di fuego. Encendí otro para mí.

–Qué Navidad vamos a pasar –dijo ella–. Y qué cumpleaños el tuyo. ¿Sabés qué fue lo que pasó?

No, no pregunté. Da lo mismo. Se habrá reventado la caldera o algo así.

–La que va a reventar soy yo: el calor es insoportable. Y los mosquitos. ¿No habrá algo de tomar? ¿Algo fuerte?

–Si querés, voy a ver si consigo un vino.

–Sí, dale –se le iluminaron los ojos–. Tomá –y metió la mano entre sus pechos, irguiéndose sobre la ventana, y sacó un billete. Yo me quedé mirando ese seno increíble, profundo, húmedo. Cuando me tendió el billete, ella también me miró. Lo tomé y me fui al coche comedor.

Se estaba organizando una especie de Navidad multitudinaria; acabadas las lamentaciones, y mientras sonaba «Puerto Tirol» por cuarta o quinta vez, la gente parecía recuperar el humor ante la idea de una Navidad bastante insólita. En el comedor la gente se anotaba, en una planilla improvisada, para recibir las bebidas de que se disponía. Lo único que no daban era agua, por si acaso, pues se reservaba para los niños. Había que regresar entre las diez y media y las once y media a buscar las botellas asignadas a cada grupo. A nosotros nos tocaría una botella de vino tinto, que dejé pagada. Y aparté también un paquete de «Criollitas».

Volví a nuestro vagón y encontré a Berta sentada en el andén, con las piernas colgando y apantallándose con el «Para ti» ajado. Mordía un tallito de pasto que tenía una diminuta flor amarilla en la punta. En la semipenumbra parecía más gorda, pero me excitó pensar en

toda la carne sudada que había debajo de su blusa y de su falda. Le expliqué la cena que tendríamos, se rió con una carcajada fresca, medio vulgar, y me dijo «bueno, falta más de una hora, vamos a caminar un rato». Y de un brinco bajó adonde yo estaba.

Berta era igual de alta que yo y se deslizaba moviendo las caderas excesivamente. Nunca supe si era un defecto de su modo de caminar o era que estaba muy cargada de carnes en las nalgas. Papá, siempre que jugaba al truco, juraba «por el culo de mi cuñada» como si dijera «por las barbas de Cristo». Anduvimos en silencio por el costado de las vías, sorteando a la gente, apiñada en círculos y sobre mantas o sábanas tendidas en el suelo. Algunos dormían, otros simplemente miraban el cielo estrellado como pidiendo una brisa fresca que no llegaba y que todos sabíamos que jamás llegaría. Pasamos la locomotora, que parecía muerta como los dinosaurios del museo de La Plata, y antes de alcanzar la enorme fogata final, sobre las vías, Berta cruzó los brazos sobre sus pechos, como si hubiese sentido un escalofrío, y dijo:

—Hay algo que me da miedo, esta noche.

Y se detuvo y miró hacia el monte, a nuestra derecha. Yo me quedé pensando en lo mucho que la deseaba. Ella siguió:

—Estoy toda transpirada; no me aguanto.

Y yo me dije que había adivinado mis pensamientos. Bajamos del terraplén por el otro lado. Había igual cantidad de gente, o acaso más porque el monte empezaba un poquito más lejos; era un claro como de treinta metros de ancho, a todo lo largo del convoy. Me pregunté si la gente no tendría miedo de que aparecieran las víboras; las yaraarâes se enloquecen con el calor.

En ese momento, Berta se colgó de mi brazo.

—Volvamos, Juancito, no sé qué me pasa.

Y caminamos así, yo imaginando que éramos como dos novios, ella mordiendo su pastito ya despedazado, hasta nuestro vagón. Sin decir palabra, se descolgó y subió al coche. Le dije que se iba a morir de calor y me replicó que le daba lo mismo, que ya estaba muerta, y nerviosa y cansada.

Me quedé abajo, mirando la tierra polvosa, el monte sucio y oscuro y ese cielo tan límpido como inalcanzable hasta que se hizo la hora de buscar nuestra cena. No sé por qué, se me ocurrió subir antes al vagón. Estaba completamente vacío y en la oscuridad solo se adivinaba la figura de Berta, acostada a lo largo de nuestro asiento, con las piernas recogidas contra los muslos. Parecía dormir, con la cabeza sobre el bolso de mano. Los pechos se le caían uno sobre el otro y los dos sobre el asiento de cuero, y parecían sobrar la tela liviana. Tenía las manos sobre su sexo y yo me excité muchísimo. Paralizado, no pude hacer otra cosa que mirarla con la boca entreabierta, reseca. Metí una mano en el bolsillo y acomodé mi erección. Mi corazón latía brutalmente, y latió aún más cuando observé que su mano

derecha en realidad acariciaba su sexo, suave, lenta, firme, sensualmente, y me di cuenta de que estaba despierta y era seguro que sabía que yo la estaba mirando.

Retrocedí en silencio, aterrado, diciéndome a mí mismo «enseguida vengo; voy a buscar la cena», y bajé del vagón completamente alterado.

En el coche comedor había una fila larga pero que avanzaba bastante rápido. Delante mío había dos tipos bien vestidos que comentaban, molestos, que no era posible que hasta en ese solitario paraje los negros de la Segunda Clase cantaran a los gritos la Marcha Peronista entre chamamé y chamamé. Y detrás, una señora joven y linda que vestía un vaquero flamante le contaba a otra, bastante mayor, lo fabulosa que había sido la última Navidad que pasaron en Córdoba, en la casa de Jacinta.

Cuando me entregaron las galletitas y la botella de «Toro Viejo» con dos vasos de cartón, y el guarda que ayudaba a dos mozos de camisas blancas en el reparto me dijo mecánicamente «que pasen feliz Nochebuena», me dio miedo volver al vagón. A la Marchita siguió, una vez más, «Tirolpuéeeee / blitoqueriiiiidooo», pero las risas de la gente no me quitaron el miedo.

Regresé veloz, de todos modos, tratando de ocultar mi turbación y de aquietar mis fantasías protagonizadas por los pechos de Berta y la seguridad de que se había estado masturbando. Subí al coche muy despacito, casi en puntas de pie, con la esperanza de verla en la misma posición.

Así fue. Y ya no me quedaron dudas de que Berta no dormía. Su mano me imantaba la vista, moviéndose como una culebra, ofidicamente, maravillosamente sensual sobre su sexo. Ella también se movía, excitada, y su cuerpo grueso parecía el de una maja ondulándose sobre el asiento de cuero que crujía con un chirridito exasperante. Me quedé tieso, absorto, mirando su mano que viboreaba y el alzarse rítmico de sus enormes tetas, y su boca entreabierta, por donde su respiración producía un silbidito que por un momento me pareció acompasado con la música que se oía a lo lejos. No sabía qué hacer, estático, con la botella en una mano y el paquete de galletitas en la otra, hasta que Berta abrió los ojos y me miró sin sorpresa, porque sabía que yo estaba ahí, parado, viéndola, moviendo los labios estúpidamente e incapaz de proferir palabra, y no sé si hizo un gesto, nunca lo sabré, o si fui yo nomás que dejé sobre el asiento de enfrente la botella y las galletitas, pero me tiré sobre ella y ella me recibió abriendo esas piernas robustas, fuertes, que toqué por primera vez sintiendo cómo mis manos se hundían en su carne, mientras ella buscaba mi bragueta y yo le besaba esos pechos magníficos que reventaron la blusa de tela liviana.

Después bebimos el vino y comimos las galletitas con excelente humor, deseándonos muchas felices navidades como esa, y muchos cumpleaños así. Volvimos a hacerlo y nos dormimos abrazados, sobre el asiento. La zorra llegó a la madrugada y el tren volvió a arrancar al amanecer. A media mañana arribamos a Resistencia, sin que me importara

el insoportable calor decembrino. Al bajar del tren, y después de besar a mamá, vi a un mendigo que pulsaba una guitarra frente a una gorra deshilachada, recostado contra una columna de la estación. Le pedí que tocara «Puerto Tirol» y en cuanto arrancó con las primeras notas deposité un billete en la gorra. Mamá y los demás parientes me miraron con extrañeza. A mí me pareció que la tía Berta sonreía. **C**



ANÓNIMO: Lagenaria burilada y quemada

Cuentan que arrojó el amor por la ventana

Flor y Dulce María en la memoria.

Invoco a Flor, inquisidora, digo de su permanente vigilia en la que fuera hogar de recién casada. Apenas treinta días de desencuentros de un amor que el general Enrique Loynaz creyera para toda la vida.

Alarmo a los visitantes de buen credo, pues afirmo que Flor se pasea por la casa en la alta noche, seguida por gatos y alaridos.

Travesura de la tercera edad. Invito para que visiten la que fuera capilla donde Flor elevaba sus plegarias al señor.

Con ella recé el ave maría, me sentí adolescente, seducido por las oraciones de la santa misa a la que asistía los domingos, apegado al mandato de los hermanos de La Salle.

Conocí a Flor Loynaz un día cualquiera del enero de los años ochenta. (Tomás Gutiérrez Alea me instó a conocerla). Entonces usted es poeta, me preguntó. En esta familia todos son poetas. Enrique ya no escribe porque está muerto, pero dejó maravillas. Yo tampoco porque

no soporto a los hermanos Castro. Solo Dulce sigue escribiendo. Mujer de cepa dura, nunca el llanto acudirá a sus ojos. Claro que a veces se pregunta, como en el Cantar del Mío Cid, quién descorrió las telas del corazón.

Me veo frente a una limosina descapotada, color crema, con seis perforaciones de balas. Nadie lo volvió a usar, me dijo, después del atropello de la policía de Machado en un desfile de carnaval. La Reina era yo.

De pronto miró el reloj con impaciencia. Debía salir para buscar leche a los gatos. Tengo que caminar, caminar y caminar para obtenerla, pues en estos tiempos no hay nada de nada. Al pasar por la sala, indicó un piano situado debajo de la escalera. Encima de ese piano un día cualquiera amanecieron borrachos Porfirio y Federico. ¿Sabe una cosa?, aún conservo, y bien guardados, los originales de 0. (Las flores y atenciones de Armando Hart suscriben su destino).

Al salir se encontró con el camión de equipos de filmación de Los sobrevivientes. Casa tomada, dijo, por culpa de Gutiérrez Alea. Heme aquí, alma en vilo, con los clamores de Flor para decir de Dulce María. Que es presumida, no lo creo –murmuró. (En los grandes poetas el empaque es guiño de ojo). Pienso en su coraje, dominio de sí, del verbo venerado, de los colmos del deslumbramiento.

*La Gabriela Mistral no le guardó silencio:
Sus palabras son pintura y escultura,
palabras que la dan a usted viva, vivísima.
Es el don de hacer ver y palpar.*

*Desparramada, franca, escrutadora.
Refinada porque la cultivaron desde
la infancia. Orfebre, artífice hasta
la maestría, dijo, tanto como el desenfado
para llegar a lo hondo, lo justo necesario.*

*Venturosa, secreta, agua pura vertical
—le escuché decir a un poeta.*

*No oculta sus verdades,
ni espanta a sus fantasmas,
ni teme los asaltos de la imaginación,
menos a las pesadillas del amor:*

*Si en verdad quieres mi corazón
¡por qué no lo enciendes!
Y si no lo quieres
¡por qué no lo rompes!*

*(También Dulce María
arrojó el amor por la ventana).*

*Nada en su palabra, nada
que no fuera ella.
Aflorando en sí misma.
La rosa dentro.*

*Castigó a la soledad, la increpó,
aunque le estrujara el corazón
¡Ay! le duele el alma, de sola.*

*Vencedora de la muerte en plena vida.
Aún tengo sangre para teñir una rosa,
acaso dijo a los pájaros, ella que
tantas veces no supo qué hacer con sus alas. ©*

Salida número catorce

Despertó con la sensación de que el incidente de anoche había sido un sueño. Como en los últimos siete u ocho años, asistió a una cena de la empresa con auténtica desgana y —creía— bien simulado entusiasmo. Clarissa se quedó en casa, para variar, ya no tenía caso fingir. Aceptaban que no necesariamente tenían que compartir siempre los mismos intereses, una regla esencial para la supervivencia de cualquier matrimonio. Habían alcanzado la madurez afectiva: esa etapa de amor pausado a la que solo se llega después de mucho tiempo y de resignar muchas cosas.

Ayer por la noche estaba charlando, copa de cava en mano, con una mujer alta y delgada, de pelo corto y rubio peinado con la raya en medio. Le recordaba a una *flapper* de la década de los veinte del siglo pasado, a una Betty Boop de pelo claro. Era, le dijo, la representante internacional de Catering Aéreo, proveedora de la aerolínea patrona que los congregaba en ese coctel. Por su parte, él representaba a una empresa contratista especializada en la fabricación de bulones de fibra de carbono para las aeronaves. En la despiadada carrera de la competitividad, había corrido el rumor de que otra compañía estaba haciendo experimentos de laboratorio para producir piezas de un polímero especial mucho más ligero y resistente. La amenaza de inminentes recortes, si no se avisaban, pendía sobre su cabeza y su equipo de trabajo. No eran tiempos felices para él. No, señor. En una junta de accionistas se lo había advertido: si perdía el liderazgo en el ramo, sufriría las consecuencias. Mientras conversaban, se consoló pensando que ella recibiría presiones similares. Era el pan nuestro de cada día en ese ambiente de trabajo. Admiró la precisión ejecutiva con que la mujer despachaba

asuntos de negocios con su *smartphone* de ultimísima generación. En ese mundo de tiburones no era improbable que ella estuviese entendiéndose en ese mismo momento con el corporativo que lo desbancaría. Aun así, le parecía encantadora. Hablaba un inglés casi nativo y se las arreglaba con gran soltura en francés y alemán. Metió de nuevo el aparato en su bolso de mano, se disculpó, todo era urgente. Él dejó su copa sobre una bandeja y aceptaron los canapés que les ofreció otro mesero de uniforme. Ella se apoyaba en una pared lindante con el balcón del *penthouse*. La puerta de cristal estaba cerrada porque era invierno, pero algunos habían salido a fumar un cigarrillo. A través del vidrio, más allá del reducido pelotón de fumadores, se extendía la vista portentosa de los rascacielos iluminados. La miró con una fijeza que le extrañó a él mismo, como si quisiera transmitirle la emoción de una vida por delante llena de gratificaciones. Se arrepintió de inmediato y desvió la mirada. Pensó que esa desconocida quizá fuera un poco más joven que Clarissa. Se preguntaba si no sería conveniente, para no lucir tan chaparro junto a ella, subir otro escalón del desnivel que dividía ese espacio de la amplia e impersonal sala casi desprovista de muebles. Sobre otros invitados que departían pesaba también la espada de Damocles. Subió, en efecto, un peldaño más, pero ella seguía sacándole unos centímetros. Lo desconcertó descubrir que no llevaba zapatos de tacon.

Venciendo la timidez, ensayó una broma de la que ella no pudo hacerse cómplice porque volvió a sonar el teléfono. Hubiera jurado que despachaba un negocio en ruso. La mujer tornó a disculparse, cerró la cremallera de su cartera y luego le dedicó una mirada franca que dejaba traslucir una tensión rudamente contenida. Se sintió fuera de lugar envuelto en ese incómodo silencio. Mejor se concentró en masticar su bocadillo de anchoa imaginándose el deleite inconmensurable que le depararía acostarse con semejante belleza, lo que sería vivir una imposible aventura extramatrimonial. Ella no le quitaba los ojos de encima, con una intención ambigua. Deslizó la mirada hasta el anillo de casado, y después recorrió su barriguita inexorable pese a las recientes sesiones de gimnasio. Y siguió por el tórax, y la corbata y el saco. Sin atisbo de vergüenza, examinó su mentón, la barba de candado recortada con meticulosidad. Descendió otra vez hacia su mano y el anillo delator, y posó los ojos en los suyos, sin pestañear. ¿Por qué no vamos a otro sitio?, estaba seguro que le preguntaría después de haber declarado, por cierto, que se llamaba Aurora Rodríguez. Tendría que llamar más tarde a Clarissa, inventarse cualquier excusa. Ella lo seguía mirando mientras sonreía manteniendo una segunda copa muy cerca de los labios. Sin embargo, en vez de proponerle que fueran a otra parte, precedidas por un tenue tic en la órbita ocular bajo las pestañas, cobraron sonoridad otras palabras. ¿Soy demasiado alta, no es cierto? Bajo cualquier estándar, añadió, y lo abrazó con fuerza unas décimas de segundo. Enseguida ella se desprendió y le pidió que sostuviera su copa. Era embarazoso, dijo. Le entregó una tarjeta de visita, él hizo lo propio. La acompañó a recoger el abrigo cerca de

la entrada, junto a un insípido bodegón, el único adorno en las paredes. Se despidieron de beso frente a la puerta abierta, otros también salían. Él se reincorporó a la congregación menguante, intercambió impresiones con algún desconocido y no se marchó sino hasta despachar el quinto cava.

Cuando sonó el despertador y manoteó para apagarlo no creía que nada de eso hubiera ocurrido realmente anoche. Ahora una ligera opresión en la cabeza amenaza con convertirse en jaqueca insoportable. Hace frío. Se arrebujaba bajo las sábanas y se percata de que Clarissa ya se ha levantado. Debe de estar abajo en la cocina calentando la leche a los niños, como todas las mañanas. Luego Clarissa desandarà el camino escaleras arriba y los pastoreará para que no hagan trampa y se laven los dientes, y venga otra vez a descender a cariñosos empujones mientras Silvia y Gerardo, todavía somnolientos, protestan y hacen muecas. En ocasiones, hasta se ponen a llorar. Como él no puede eludir la obligación de presentarse en su oficina, se decide a salir de la cama. Una veloz ducha y baja a tomar café, tostadas y un jugo de naranja. Dos grajeas de paracetamol complementan el desayuno. Clarissa, como casi siempre, le acomoda el cuello de la camisa, la corbata, también las solapas del saco. Los niños ya están listos y se dirigen encorvados hacia la puerta. Es ridícula la cantidad de cuadernos que deben cargar en las mochilas. Clarissa le da un beso de una frialdad mecánica y él no puede reprimir asociarlo al recuerdo cálido de Aurora Rodríguez, la desconocida gigante rubia con quien por la noche había compartido una cercanía irracional. Gerardo y Silvia se enzarzan a empujones en las inmediaciones de la puerta, la competencia obcecada por ser el primero en abrir. Pese a lo previsible y reiterativo del cuadro, él se altera. Les grita que ya basta y, como a través de una súbita calina emocional, se cuele el pensamiento de que necesita con urgencia un abrazo. De que todos necesitamos un abrazo, un abrazo que ni Clarissa ni tampoco los niños —ni siquiera Aurora Rodríguez— podrán brindarle. Repite ya ha dicho que es suficiente y, por alguna extraña razón, en compañía de su cólera soterrada, se siente abrumadoramente solo. Está por embestir a sus vástagos pero la mano curtida de Clarissa lo retiene por la muñeca. Se vuelve hacia ella, avergonzado por su reacción, a veces se comporta peor que los niños. Además por poco olvida el portafolios y el ligero refrigerio que el doctor le autoriza a tomar cada mañana. Cuenta con la mente hasta diez, en numeración progresiva y regresiva, abatido por vagos tormentos. Nota que ha conseguido serenarse. Los niños aguardan junto a la puerta con las cabecitas gachas y las manos empuñando los tirantes de las mochilas. Unos angelitos de ocho y seis años, la felicidad extenuante e inabordable. De espaldas a Clarissa, experimenta el imprevisto irradiar de la mano de ella sobre su hombro. El peso de su palma, el gesto cariñoso en que se traduce, lo embarga de nostalgia al recordarle hasta qué grado el lastre compartido del matrimonio domestica los antiguos fuegos. Ella retira el brazo. Cuando, de refilón,

él le dice que la quiere, la reminiscencia fantasmagórica de Aurora Rodríguez le toca otra fibra insospechada.

Conforme se dirige a la puerta entreabierta se hace más nítida la luz filtrada entre la bisagra y el canto. El haz se difunde sobre el umbral atrapando remolinos de polvo y baña de albor los uniformes de Silvia y Gerardo. Se detiene, palpa los bolsillos del saco y cambia sus anteojos por otros de sol también con aumento. Los tres salen al jardincillo que antecede al portón eléctrico del garaje. Hasta ellos llegan al trote, para ofrendarles el protocolario olisqueo de buenos días, sus fieles mascotas: el joven Collins, un border collie, y Lady Recogida, una marrullera veterana cruce de mil razas. Esa mañana repara en ello mientras guardan las cosas en el maletero y los chicos abordan el Mazda, los perros están demasiado nerviosos. Ladran mucho hacia la calle y aúllan de manera entrecortada, pero no se escucha ninguna ambulancia. Se quejan excesivamente, como cuando están enfermos. Se pone el cinturón de seguridad y Clarissa, quizá sospechando algo, abre la ventana de la cocina y grita si está todo bien. Cuando salen en reversa tiene que dar imperiosas órdenes por la ventanilla para que Collins y Lady Recogida no trasgredan las fronteras y se precipiten hacia fuera. Hay unos siete u ocho canes recostados contra la fachada de la casa de enfrente, del otro lado de la calle. Acciona el control remoto, el portón se cierra. Se estaciona junto a los perros. La mayoría son machos. De hecho, no detecta ninguna hembra que justifique ese agrupamiento. Lo miran con indolente indiferencia bajo los rayos tempranos de la mañana. ¡Ahja!, los aleja. ¡Fuera, largo! ¡Ushca!, les chista. Si se instalan ahí, a la larga tendrán que encerrar a Collins y Lady en el cuarto de servicio, en cualquier momento podrían escabullirse y trabarse en una pelea. Bate las palmas. Incluso baja del vehículo y amaga con agredirlos, pero si acaso dos o tres perros canela de la jauría, con pinta de mellizos, se yerguen sobre sus patas delanteras y, con la lengua de fuera y la típica respiración acelerada de los cánidos, se desplazan unos centímetros y vuelven a echarse como si nada. Le jode sobremanera. Está aturdido por los desaforados ladridos de sus propios perros y las inquisitivas preguntas de sus hijos, que no se pierden un solo movimiento desde el asiento de atrás. Fastidiado, decide regresar a su camioneta, ya resolverá el problema en otra oportunidad. Antes de arrancar ve a Clarissa en pijama detrás de los listones metálicos del portón. Collins y Lady Recogida, enredados entre las piernas de su esposa, ladran y ladran.

Camino a la escuela (Silvia y Gerardo no han parado de reñir atrás) le sorprende identificar, junto a los deportistas madrugadores de siempre, a numerosas cuadrillas de perros sin dueño que deambulan por las banquetas. Cruzan las calles con relativo orden y se detienen o sientan en las esquinas a la espera del cambio de luz del semáforo. Andan en grupos de hasta diez ejemplares, una cantidad exorbitante bajo cualquier criterio en una ciudad. Incluso los niños dejan de pelear y, perplejos, piden

permiso para asomarse a las ventanillas y contemplar ese inusual paisaje deslizante de pelajes. Los cuadrúpedos parecen regir sus rápidos meneos bajo el designio común de una voluntad superior, de un súper líder alfa. Al pasar los miran con absoluta, jadeante y perruna indiferencia. Las lenguas espumosas y rosáceas descendiendo y ascendiendo a ritmo regular por el hocico. Algunos son claramente callejeros. Otros llevan collar, lo que revela que se han escapado de casa. Otros pocos evidencian haber sido expulsados de un hábitat hogareño, pues lucen en el cuello desnudo la marca de un antiguo collar, cierta tersura en el lomo. Por el espejo retrovisor, en lontananza invertida, alcanza a distinguir cómo prosigue su marcha la marabunta canina, los escuadrones dispersos que se perfilan contra el recuadro urbano. Frente al parabrisas vienen muchos más.

¿Por qué hay tantos perros?, pregunta Silvia. Sí, papi, la secunda Gerardo. ¿Han crecido tanto los gatos (un adulto habría dicho: se ha multiplicado tanto su población) que ahora salen a cazarlos? Pero a él no se le ocurren respuestas. Es decir, no concibe ninguna explicación que no caiga en la imaginaria risible de los filmes de zombis o las series televisivas de vampiros. No obstante, continúan pululando a su alrededor. La camioneta en que viajan transita como una flecha lenta entre rachas cruzadas de perros. Las fauces abiertas, babeantes; la mirada torva o la cabeza agachada, pasan cerca de los espejos laterales mientras ellos siguen a vuelta de rueda. Algunos paran y les dedican un ladrido bravucón; otros, uno más festivo. Las colas variopintas: sus longitudes cambiantes, algunos apéndices cercenados. Las orejas alertas de unos; aquel otro se aproxima entre la multitud con las suyas casi a ras de piso, como una fragata vieja que ha resignado el velamen y se deja llevar por la corriente. Y esos pasitos de mecanismo robótico semiarticulado que comparten todos. Los más independientes tienden a apartarse de las manadas, se desvían hacia alguna bocacalle, hurgan en los botes de basura en busca de comida. Pero de inmediato son reconducidos por ovejeros reales e improvisados. Cuatro o cinco pretenden amotinarse, dan la vuelta y caminan en sentido opuesto, pero son absorbidos por la vorágine como un banco de sardinas. Al fin puede cambiar a segunda, pero tiene que clavar el freno para no arrollar a un antipático french poodle que se les atraviesa. Resuenan los bocinazos por todas partes, se ha formado un embotellamiento del demonio. ¡Largo, chucho!, ruge a través de la ventanilla bajada y varios perros que pasan se vuelven un poco y lo miran con la lengua de fuera. El caniche, de un blanco mugriento, los broches en los rulos del peinado, corre hasta la portezuela; planta sus uñotas en la pintura, escarba, se revuelve, comienza a ladrarle con jactanciosa fiereza a unos centímetros del antebrazo. Arranca y ahora es el de atrás quien hace rechinar las gomas frenando con violencia. Más pitazos, gritos. A todo esto, sus hijos se han cansado de acribillarlo a preguntas no respondidas a satisfacción. Los acaba de reprender por haberlo desobedecido en primera instancia, cuando les indicó que subieran *ipso facto* los cristales. No entiende lo que está sucediendo, tiene algo de aterrador. Como se ha ensimismado en un

silencio tenso al frente del volante y solo anhela romper la inercia de ese rodar de tortuga, Silvia y Gerardo comienzan a formular sus propias hipótesis. Algunos conductores lanzan objetos desde sus automóviles. Primero la previsible ZV. Pero coinciden en descartarla, pues si ese barullo de pulgosos estuviera compuesto de zombis y/o vampiros, tendrían los ojos en blanco o los colmillos chorreantes de sangre fresca. Se chamuscarían por efecto de la luz del día, o saldrían despavoridos ante la señal de los dedos en cruz que ellos les hacen. Licántropos definitivamente tampoco son. Salvo por la cantidad, parecen perros de lo más normalitos. Luego sopesan otras posibilidades que su progenitor escucha boquiabierto. Silvia sostiene, por ejemplo, que deben ser alienígenas en obvio camuflaje, debido a su extraña gravedad han caído de una de las galaxias recién descubiertas. En su clase de ciencia han estado estudiando el tema de los nuevos telescopios. Son muy potentes, podrán determinar con exactitud el punto desde donde se han desprendido. Su hermano se mofa de ella, sería más plausible (sí, dice «plausible») explicarlo como un caso de generación espontánea masiva, como antes se creía pasaba con las moscas. Es más razonable suponer, continúa, que se trata de un experimento encubierto orquestado por la CIA para extender su hegemonía sobre los países emergentes (y también dice «hegemonía» y «emergentes»). Silvia, a su vez, se burla de Gerardito, ha estado viendo demasiada tele, papá, mamá y tú deberían vigilar que respete el horario autorizado. Siempre hace lo que se le pega la gana. Su padre sigue el hilo de la conversación con los puños crispados. Se ha formado un embudo de automotores cerca del tope que precede el paso peatonal por donde cruza un enjambre de perros. Gerardo se coloca de rodillas sobre su sitio y se gira por completo para mirar las evoluciones a través de la luneta. Las torrenteras de pelambre continúan confluyendo desde distintos recodos. Allá va un labrador alegre; más allá, unos beagles giran desorientados; por acá, un salchicha salta como propulsado por minitransbordadores espaciales. La estampa gallarda de un bóxer se desdibuja en un trote ligero; un bulldog con aire de malas pulgas se afianza cansinamente sobre sus patas cortas. Una dupla de electrizados fox terrier, de pelo duro y moteado, lleno de ramas y hojitas, atestiguan el probable abandono de los amos al tirarlos en alguna carretera. ¡Miren!, grita Gerardo. Numerosos perros de casa, hartos del alboroto de sus propios ladridos, deciden saltarse las verjas y las tapias, sortear la altura de techos y balcones no muy eminentes para incorporarse al rebaño. La perrada que cruza por la cebra pintada en el asfalto se segmenta. Una parte retrocede y los envuelve antes de proseguir su misterioso itinerario.

Ellos avanzan hasta un semáforo y viran por una calle a la izquierda e, inmediatamente después, a la derecha. Se forman en la cola de autos frente a la entrada del colegio. Allí no se percibe nada anormal. Sin embargo, conforme se van acercando a la puerta detrás de una Voyager y esperan su turno para que los niños puedan apearse, se percatan de que el vigilante y las maestras no se limitan a recibir a los alumnos. El cuidador, armado de una escoba, se empeña en espantar a una corte de falderos que intenta colarse en las instalaciones.

Las docentes pegan gritos y pisotones para ahuyentarlos, y la directora de primaria incluso se desespera y sale a corretear una hembra para atizarle con un trapo. Destraza el maletero con la palanquita junto a los pedales. Gerardo y Silvia abren las puertas y él también baja para ayudarlos con las mochilas y darles un beso apresurado ante la impaciencia creciente de los padres de atrás. Nunca lo hace, pero esta vez los santigua. Como si se aproximase un huracán. Un huracán de perros.

En su trabajo el mostrador de recepción luce vacío. Karina estará maquillándose en los aseos o demorada en el café de la esquina comprando bocadillos. No le incumbe, que la despida quien tenga que hacerlo. Se dirige a los ascensores y pulsa el botón. Solo funciona uno, los demás están fuera de servicio por mantenimiento. Cree alucinar cuando se abren las hojas de acero. Adentro hay un san bernardo con todo y barrilito de rescate en la garganta. Titubea, oprime otra vez el botón pero las puertas continúan abiertas con el perrazo reflejado en las paredes de cristal. Entra trastabillando, dice estúpidamente «buenos días» y marca el décimo piso. Al principio, durante el ascenso, mantiene su distancia apartado en un rincón. Cuando pretende «sacarle conversación» y acariciarlo, el san bernardo pela los dientes y emite un gruñido grave y sostenido. Así, paralizado, oyendo de manera simultánea el timbre que anuncia cada piso en ascenso y la advertencia persistente del san bernardo, no podría describir esa experiencia. Llegan a destino, por así decir, y aunque al salir con la espalda pegada a los muros de la caja prevé lo absurdo de una fórmula de cortesía en esas circunstancias, no puede evitar despedirse murmurando «Hasta luego, que tengas buen día».

Enfila por el consabido corredor entre el laberinto de mamparas de vidrio opaco que compartimentan las oficinas. Suele ser de los primeros en llegar y hoy no es la excepción. Los escritorios aún permanecen desiertos, solo al fondo reconoce la cabeza de la contadora Morales nimbada por el resplandor del ventanal que mira hacia el *boulevard*. Podría preguntarle sobre el san bernardo, pero ella y él se han enfrascado en una guerra sorda a raíz de un rumor concerniente a cuál de los dos contará pronto con un despacho de alto ejecutivo. Tendrá que esperar a Mondragón, con quien comparte no lo que se dice una gran amistad sino la decrepitud atlética de los partidos de la liga de fútbol de padres de familia que promueve la misma empresa. La otra noche hubo otro infartado. Deja el portafolios y la lonchera sobre el asiento ergonómico que está todo vencido. Camina hacia la ventana mirando a intervalos las microcámaras colocadas en el techo. Imagina que el *staff* de seguridad proporcionará alguna explicación respecto al san bernardo, aunque tampoco vio a ninguno de ellos abajo.

Morales lo detecta y le dedica, a modo de saludo, un gélido asentimiento de cabeza. Se sitúa frente al vidrio a prudenciales metros de ella. Las miríadas de perros siguen enturbian-do el panorama. Son centenares. Muchos se detienen y mean los árboles del paseo. Runflas de exaltados pretendientes se baten a dentelladas para ganarse el derecho a copular con los ejemplares en celo. Otros forman escoltas tras el trote rítmico de los más vigorosos. Juraría

que ve salir del edificio al san bernardo, aunque no podría estar seguro, el acceso principal le queda en un ángulo ciego. Vuelve a su cubículo y enciende la computadora. Mientras sus compañeros comienzan a aparecer revisa su correo. La misma basura invasiva de costumbre. Una circular redactada con las patas convocando a una soporífera asamblea por la tarde, ya se lo había adelantado Mondragón. Los del piso de abajo están cagados en los calzones, nadie se salva de la «optimizante podadora», como le encanta repetir con nefando sadismo a Julio Santillán, el CEO. Desecha varias comunicaciones *spam*. Abre otra ventana en el buscador y consulta las noticias, pero los diarios no mencionan nada acerca de los perros. Se concentra de nuevo en su correspondencia. Encabezando los mensajes no leídos de la bandeja de entrada ubica uno de Aurora Rodríguez. Lo abre con un pálpito. «Me gustó mucho tu abrazo. ¿Quieres que hablemos de eso?». Y le propone reunirse a las cuatro de la tarde en una dirección específica de los suburbios. ¿Qué hacer?, se pregunta y, aún sentado, siente que se le aflojan las rodillas. Repica el teléfono fijo y él contesta, distraído. Sus pensamientos vagan en la fluorescencia que promete la fantasía de Aurora Rodríguez.

—¿Damián?, soy Clarissa—él reacciona como una oruga fumigada con insecticida—. Estoy tratando de comunicarme al celular desde hace rato. ¿Lo tienes apagado?

Se palpa el bolsillo y comprueba que se le ha olvidado encenderlo. Con todo el asunto de los perros. No puede parar de temblar.

—Escúchame. Estoy con los niños en la escuela. Llamó la directora. Van a evacuar la ciudad, lo acaba de confirmar Protección Civil por la radio.

A través del chisporroteo del auricular, se percibe una barahúnda de voces y ladridos.

—Damián, pon atención. Es urgente, me oyes, urgente que subas ahora mismo a la camioneta y te reúnas cuanto antes con nosotros en la salida número catorce.

De lo contrario, quedará atrapado en el cerco sanitario. Se ha decretado toque de queda a partir de la una y después nadie podrá entrar ni salir del perímetro acordonado. Las perreras municipales no dan abasto, muchos empleados han tenido que ser hospitalizados a consecuencia de las mordidas. En exclusivas zonas residenciales, bandas de encarnizados rottweilers, pitbulls y dogos argentinos se disputan el control territorial. Han matado y devorado a varias personas. No solo transeúntes anónimos y ocasionales, también a sus propios amos.

—La policía ya está interviniendo—silbatazos, el estruendo amortiguado de patrullas de policía, sirenas de ambulancia—. El ejército viene en camino, va a copar el centro histórico. Sal de inmediato.

Restallan unos clics y teme que vaya a cortarse la llamada. Para contener la tembladera ha tenido que hacer ejercicios de respiración escudado en la mano que ahora tapa el micrófono.

—¿Damián, sigues ahí?

—Sí—retira la mano del teléfono—. Aquí sigo.

–Te paso con Silvia, no entiendo qué quiere decirte.

–¿Pa?

–Sí, hija. Dime.

–Lo bueno es que no se transforman.

–¿Cómo?

–Los mordidos. No se convierten en el mismo agente que los ataca, como las víctimas de los zombis y los vampiros en las películas.

–...

–Por supuesto, quedan expuestos a la rabia y a muchas otras infecciones. O a quedar amputados, pero no se transforman en perros.

Clarissa ordena a Silvia que le devuelva el aparato. Discuten algo y luego la voz de Gerardo resuena por los orificios de plástico.

–Solo para despedirme rápido –dice sobreponiéndose a una recia secuela de ladridos–, mamá está muy nerviosa.

–Cuídalas, Jerry. En mi ausencia tú eres el hombre de la casa. Los veré más tarde.

–¿Papi?

–¿Qué?

–No te *queba* la menor duda –pese a su florido vocabulario Gerardo aún no ha aprendido a conjugar correctamente el verbo *caber*.

–¿De qué hablas?

–La CIA está detrás de todo esto. Siempre es culpa de la CIA.

–¡Basta ya de sandeces! –a Damián no le cuesta imaginar el aspaviento perentorio con que Clarissa ha arrebatado el móvil a Gerardo–. Te esperamos entonces, Damián. Salida catorce. Mejor apúntalo, te noto muy distraído. Han asignado los números de salida de acuerdo a los códigos postales. Te pedirán tu identificación para cotejarlo. No te vayas a equivocar.

–Espera –casi grita Damián contra el renovado bullicio de fondo–. Collins y Lady Recogida, ¿están con ustedes?

–No –Clarissa rompe a llorar–. Después te explico –y cuelga.

Damián se pone el saco, toma el portafolios y la lonchera. Lo gobierna una calma extraña y repentina, un bálsamo a la angustia atroz que parecía rajarle en canal el pecho durante la reciente conversación con Clarissa y los niños. Mira a su alrededor. Los que acababan de llegar, se han largado. Se apresura hacia el ascensor, con suerte ya no encontrará al san bernardo. Sin saber a ciencia cierta por qué, de pronto se apiada de Morales y vuelve sobre sus pasos para prevenirla. Cuando ya está cerca del rectángulo de claridad entre los paneles, y la silueta de la aborrecible compañera se perfila a contraluz inclinada sobre su escritorio, repiquetea el teléfono. La contadora atiende y, a un tiempo, hace un resuelto

ademán para indicarle que se detenga. No suele ser susceptible, mucho menos tratándose de Morales. Supone que algún pariente o amigo la estará poniendo al tanto de lo que ocurre, aunque le resulta difícil aceptar que Morales pueda tener parientes e imposible concebir que alguien sea su amigo. Gira sobre sus talones y se precipita a zancadas hacia el rellano.

Cruza corriendo el vestíbulo absolutamente desierto, pero al intentar trasponer la puerta giratoria se queda atascado con un mastín napolitano gris que lo tumba a lengüetazos. Se acurruca, muerto de pánico, para defenderse entre el vidrio y la alfombrilla del cilindro, levantando el portafolios. Pero su nuevo amigo, de imponente alzada, no depona la actitud cariñosa y le deja unos pegajosos colgajos de baba en los anteojos. La bestia ladea la cabezota con sus ojillos de por favor adóptame. Le lame a conciencia las orejas y a él le vuelve el dolor de la resaca de anoche. Se le intensifica a tal grado que teme su cerebro vaya a desintegrarse. Se incorpora o, mejor dicho, el mastín se aparta de encima y lo arrastra detrás suyo al empujar la hoja para salir. Afuera, el contacto con el aire caliente le trasmite una sensación de asfixia. Termina de ponerse en pie, maldice, se sacude y limpia con un pañuelo desechable. Ve pasar a un precioso setter negro. Y a muchos otros perros. Más lejos, tres galgos, los diminutos cráneos en los lomos curvados, emprenden una veloz carrera y en cuestión de segundos rebasan a todos. Receloso, rodea el edificio y baja por una puerta excusada al estacionamiento. Solo hay tres autos, incluido el suyo y el de Morales. No tiene idea de quién será el otro. Enciende el Mazda y las luces. Hace rechinar los neumáticos cuando sube por la rampa y sale disparado. Salida número catorce. Salida número catorce, no debe dudar.

¿O Aurora Rodríguez? Esa perfecta desconocida de brazos y piernas largos. ¿Estará también ella huyendo en esos precisos instantes de los perros, nuestros miedos más tangibles? ¿O aguardará a que él acuda puntual a su cita? En cualquier caso, ¿por qué no tomar un breve desvío? Clarissa y los niños estarán bien. Con seguridad los conducirán a un enclave aislado y protegido, adonde no tengan acceso los perros, como en las películas ZV. Si viera antes a Aurora, podrían aclarar el asunto (¿cuál?). ¿Tenía las uñas pintadas, Aurora? No logra recordarlo. Pero... ¿en qué mierda está pensando? Salida número catorce. Salida número catorce. ¿O Aurora Rodríguez, solo un momentito? La puta que lo parió. Hay que cuidarse de los perros. Hay que cuidarse de los abrazos.

Ingresa al periférico y pisa a fondo el acelerador. A la derecha, un letrero anuncia la salida número catorce. La boca está flanqueada por vehículos policiales y del ejército. Poco más adentro, han instalado un retén con costales de arena y armas de repetición. Esparcidos en la cuneta hay varios cadáveres de perros. Damián sigue de largo y viola a sabiendas los límites de velocidad. Restriega las manos en el volante. Las lágrimas se le agolpan.

Deja atrás, a la izquierda, otro letrero: RETORNO. 

En la pared del camarote había dos trajecitos de corte marinero (punzó-n)

a M.M. y S.G.
a cada lado del agua

I. Playa de espera: ¿ballestrinque?

*M*a^{re}/cada por el perfume del Colonia express
–agua de avispas/ agua de rosas–
caída de un (a)tajo/ traída por un tal Horacio
en canoa tejida para laguna Huarpe
con siete piedras del desierto bala(n)ceando su lastre
en mi morral
remé/ soplé/ refluí con mis fiebres de rama (ojerosa) del invierno
garfio/ anzuelo en la boca rajada
emplaste de grumo de dulce de leche
caliente sobre la herida invisible
del río que baja hacia poniente
separando con quilla
Argentina /de/Uruguay.

Volteada
la cara
de veleta girándula
torciendo en una sola dirección
–cucharilla varada en el café
negándose/ negada a dibujar lunas completas–
y encima del mantel (volcán) del mar

*mi lengua cortada y envuelta en un pañuelo
 colocada/ colgada suavemente
 en la cesta del pan del desayuno
 acompaña por el cantar de un gallo ponedor
 –cresta muy blanda: jalea de durazno–
 presto a anidar en la palma de la mano
 con que me borras dos veces
 –despí/ren diéndonos–
 conspirando para destrenzarnos como estrellas meteóricas
 que resbalaran por la cortina del cielo
 en res-quebradas equi-distantes avenidas contraria(da)s.
 ¿Norte o Sur? ¿De Este a Oeste?
 ¿A/Occidente u Oriente entreverad/os?*

*Imanes polarizados
 que aunque las manos se tuerzan
 acér/er/ándose
 no se (arre)juntan
 queman
 cuando el sol-mandarina
 que por diciembre late en los eriazos
 rebrilla
 manchando el lomo del corcel de la tarde
 –sedándolo como se ali/vi a una butaca de pana–
 pespuntes -----
 remates argentados
 en el espinazo del rosedal.*

II. ¿A cubiert^a/_o?: as de guía

Por las aguas de hierro
 (v)aguada de pasajeros disuelta
 entre garúas y aguarrás
 –cangrejos–
 y yo: entre temeraria
 al entregara sus pinceles –pinzado–

el sedazo del anca
y temerosa al entremeter los dedos
en la pelambre de dientes de león
por las bisagras-rieles
que abiertas con la proa
se expanden rebotando/ fugando
sobre^e/altadas al crujido
del a^b/raque y la ^c/ó^p/ula
para después (acaso)
cruzarse bajo las rápidas corrientes
y sobre el lecho dⁱ/stendido del río
reflotando como en virado de plata –linfa–
¿domesticadas?
ocultas en un grabado de corredillas durmientes
donde ^{esp}/_{ab}ejean

zunzunes

cocuyos

crines

coliflores ^{fosforescentes}

^{fluoresciendo}

en el zigzag de un zíper
–que se a^{br}/jó y se ^e/_se^{rr}/ó–.

Olas atontadas/ atolondradas
desabotonando/ desasiendo desafiantes
el sueño/ la pesadilla de las pestañas
de una peineta ^r/_c/a.

Colonia express
partió zumbando como un viento sonda
y la punta del buque
era un cuc^h/illo
–de canto–
que se volvía a matar
tan grácilmente.

III. ¿Mate co^s/c_oido?

—**C**amarote otra vez: vuelta de escota—

*Dos medias lunas mordisqueadas
parecíamos
miraditos de lejos
contra el re^s/a^r/o de la noche silente
juguetes de Gurvich horneados
cabizbajos
que ahuy(ent)an su penita/ su in-decencia
tras cortinajes de yuyo y henequén.*

Reseca

*(dr^a/gada por el sol que siempre vuelve
a bailarse en los bañados)
la boca que no besa
no se sacia. **C***

ANÓNIMO:
Jarra. Cerámica vidriada
parcialmente, 37 x 27 cm.
Santiago de Pupuja,
Pucará, Puno



SERGIO MARELLI

Oswaldo Bayer, el anarquista que tomó el cielo por asalto

Oswaldo Jorge Bayer nació en Santa Fe, Argentina, el 18 de febrero de 1927. El apellido familiar era Payr, pero sucede que el abuelo alemán comprendió que podría ahorrar buena parte de su tiempo si, en lugar de hundirse en interminables e infructuosas aclaraciones, se decidía a cambiar el apellido. «Bayer, como las aspirinas», dijo en el Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires y los Territorios Nacionales, y con este apellido fue conocido ese nieto, que se hizo historiador para luchar contra la desmemoria, honró el oficio de periodista, escribió ensayos, numerosos guiones cinematográficos, poemas, una novela, tradujo a Franz Kafka, Bertolt Brecht, Karl Jaspers y Thomas Mann, entre otros; y mantuvo una ética solidaria con todas las batallas del ser humano por su dignidad. Ese es el hombre que murió el 24 de diciembre de 2018. Sobre ese hombre diremos algunas cosas.

Los primeros ladrillos de una identidad

En su juventud quería estudiar Filosofía, pero pensó que mejor es conocer primero el cuerpo humano, por eso comenzó estudios de Medicina. Cuando quiso entrar a la Facultad de Filosofía esta había sido entregada por el gobierno peronista a la iglesia

católica. «Yo no estaba dispuesto a estudiar solamente a Santo Tomás de Aquino. Entonces me fui a Alemania en 1952, pero allá estudié historia en la Universidad de Hamburgo», dijo en una de las primeras entrevistas que le hice, a mediados de los ochenta. Mientras tanto, de 1952 a 1956, comenzó a ejercer el periodismo, enviaba a la *Revista Continente*, de Argentina, sus crónicas sobre la desolada Alemania de posguerra, cuando las ciudades eran ruinas. De regreso a su país trabajó en el diario *Noticias Gráficas* —con Rogelio García Lupo, Pedro Orgambide y Raúl Scalabrini Ortiz, entre otros—, donde cubrió los últimos movimientos anarquistas que aún resistían en el gremialismo argentino, dominado entonces por la ortodoxia peronista. En 1958 se radica en la ciudad patagónica de Esquel y funda el periódico quincenal *La Chispa*, que se autodenominó «primer periódico independiente de la Patagonia», y llevaba como subtítulo: «Contra el latifundio. Contra el hambre. Contra la injusticia». Solo duró ocho números, pues, a raíz de una denuncia de robo de tierras a la comunidad mapuche por parte de latifundistas, comerciantes y diputados de la zona, se cerró el periódico y Bayer, a punta de pistola, fue expulsado de la provincia. Reinstalado en Buenos Aires, a instancias de García Lupo, ingresó en el diario *Clarín*, donde trabajó doce años, llegando a ser secretario de redacción. Paralelamente, de 1959 a 1962, fue secretario general del Sindicato de Prensa.

Si bien alimentó la pasión por el periodismo durante toda su vida —desde 1987 hasta su muerte escribió en el diario *Página/12*—, tuvo una temprana vocación por la investigación histórica, demostrada en obras rigurosas que llegaron a un gran público, y muchas de ellas fueron adaptadas al cine con guiones escritos por él mismo.

La Patagonia rebelde

Como dijera Walter Benjamin, «[l]a huella del narrador queda adherida a la narración, como las del alfarero a la superficie de su vasija de barro», y quizá en ninguna obra estén tan claras las huellas de Osvaldo Bayer como en *La Patagonia rebelde*. La película se estrenó el 13 de junio de 1974, dirigida por Héctor Olivera, y protagonizada por Héctor Alterio, Luis Brandoni, Pepe Soriano, Federico Luppi y Franklin Caicedo, entre otros. Como curiosidad, digamos que Néstor Kirchner aparece como extra, haciendo de obrero huelguista. La película ganó el premio Oso de Oro del Festival de Berlín.

Está basada en una investigación publicada en cuatro tomos —entre 1972 y 1974—, sobre la huelga de los peones patagónicos de 1921-1922, sangrientamente reprimida al costo de mil quinientos peones fusilados, a los que previamente se les obligó a cavar sus tumbas. No hubo juicios ni actas. Los obreros querían hacer cumplir un convenio firmado meses antes por el propio militar que luego los reprimiría, el coronel Héctor Benigno Varela. Los huelguistas eran trabajadores de la lana. Exigían cien pesos por mes —una suma que apenas cubría las necesidades básicas—, que las instrucciones del botiquín estuvieran en castellano y no en inglés, que se les diera un paquete de velas por mes y otros reclamos idénticamente modestos.

La investigación la comenzó en los años sesenta. Era un tema que durante su infancia formaba parte de las conversaciones familiares, ya que sus padres habían vivido en Río Gallegos —Santa Cruz—, muy cerca de la cárcel en la cual fueron encerrados algunos huelguistas. Las versiones divergían. Su padre recordaba ensombrecido los

acontecimientos, en tanto la madre relativizaba el dramatismo de lo ocurrido influida por la versión oficial. Osvaldo Bayer partió de esos testimonios, y de unos panfletos y documentos que encontró en su casa familiar, y, desde ahí, comenzó una búsqueda obsesiva, solitaria y riesgosa, que le llevó más de siete años. Era un tema muy poco trabajado, apenas se había escrito un libro, *La Patagonia trágica*, de 1928, de José María Borrero, inocuo por su falta de rigor; y la novela *Los dueños de la tierra*, de David Viñas, publicada en 1958, en la que alude a su padre, Ismael Viñas, juez enviado por el gobierno de Hipólito Yrigoyen para interceder durante la primera etapa del conflicto. Los primeros resultados de la investigación fueron publicados en la revista *Todo es Historia*, dirigida por el historiador y poeta Félix Luna.

El libro y la película le costaron, a Osvaldo Bayer y a su familia, ocho años de exilio. Pero ahí está ese testimonio del crimen más atroz de la historia obrera cometido en Argentina. No hubo un solo juicio o documento histórico que desmintiera esa minuciosa investigación. Jamás creció una flor en las tumbas masivas de los fusilados; solo piedra, mata negra y el eterno viento patagónico. Bayer permitió que el recuerdo de esos hombres siguiera floreciendo contra el tiempo y contra el silencio.

Una lección de ética

Entre las muchas historias entrelazadas en ese vasto mural escrito por Bayer, no es un capítulo menor esa lección de ética dada en un burdel, por esas mujeres heroicas cuya rebelión aún espera la película que las celebre.

El 17 de febrero de 1922 había llegado el momento de descanso para los soldados. Tenían

cosas para olvidar. Quien más o quien menos recordaba el horror de esas caras al momento de formarse el pelotón de fusilamiento, el silencio pesado sin súplicas ni perdones. Ya había pasado todo y ahora los soldados estaban en el puerto, esperando el barco que los volviera a Buenos Aires. El teniente coronel Varela había aflojado un poco la disciplina, y les permitía ir al prostíbulo a sacarse las ganas acumuladas entre tanto macho. Las cosas se hicieron de manera organizada: previamente se informó a la dueña del prostíbulo la hora en que iba a ir la primera tanda de soldados, para que tuvieran listas a las pupilas. Así se enteró Paulina Rovira, dueña de la casa de tolerancia *La Catalana*. Cuando la primera tanda de soldados se acercó al prostíbulo, la madama salió presurosa a darle la mala nueva al suboficial: las cinco putas del quilombo se negaban. Los soldados, heridos en su orgullo, trataron de meterse en patota en el lupanar. Pero las cinco pupilas armadas de escobas y palos salieron a enfrentarlos al grito de «¡asesinos!, ¡porquerías!», «con asesinos no nos acostamos».

La palabra «asesinos» dejó helados a los soldados, quienes, aunque amagaron sacar la charrasca, retrocedieron ante la decisión del mujerío, que no cesaba de repartir golpes. El alboroto fue grande. Los soldados perdieron la batalla. Confinados en la vereda de enfrente, escuchaban: «cabrones malparidos» y –según el acta policial–: «también otros insultos obscenos propios de mujerzuelas».

«La picazón en las ingles» –escribe Osvaldo Bayer– «se ha convertido en un amargo sabor en la boca. Ya no tienen ganas de nada sino de emborracharse, de pura rabia». Pero el orden tiene que ser restablecido, interviene la policía y las cinco rameritas son llevadas por dos agentes

entre las sonrisas burlonas de los hombres y el desprecio de las mujeres honestas.

Gracias a una paciente investigación, Osvaldo Bayer pudo conocer la identidad de esas cinco mujeres. Los únicos seres que tuvieron la valentía de calificar de asesinos a los militares fusiladores de los gauchos patagónicos. Las nombraremos con la filiación policial tal cual el autor las encontró en los amarillentos papeles de un archivo que sin su intervención hubiera sido devorado por el olvido: Consuelo García, veintinueve años, argentina, soltera, profesión: pupila del prostíbulo *La Catalana*; Ángela Fortunato, treinta y un años, argentina, casada, pupila del prostíbulo; Amalia Rodríguez, veintiséis años, argentina, soltera, pupila del prostíbulo; María Juliache, española, soltera, siete años de residencia en el país, pupila del prostíbulo; y Maud Foster, inglesa, soltera, treinta y un años de edad, con diez años de residencia en el país, de buena familia, pupila del prostíbulo. Jamás ningún político de ningún color partidario fue a poner una flor en las tumbas de esas mujeres dignas. Solo este poeta metido a investigador, este reparador de injusticias, este obrero de la memoria histórica.

El idealista de la violencia

En marzo de 1973, Julio Cortázar regresa a Argentina para promocionar su novela *El libro de Manuel*. Osvaldo Soriano lo entrevista para el diario *La Opinión* y le pregunta por los escritores argentinos recientes que más le interesan, Cortázar menciona dos: Rodolfo Walsh y Osvaldo Bayer, y aduce que ambos han hecho de la literatura de testimonio «un arma ideológica formidable en América Latina». Al día siguiente,

el director del suplemento cultural de *La Opinión*, Tomás Eloy Martínez, llamó a Bayer para invitarlo a almorzar con Cortázar, quien quería conocerlo. Bayer llegó al restaurante diez minutos antes de la hora convenida. Cuando Cortázar entró, miró para todos lados, porque no conocía personalmente a Bayer, quien se levantó y lo saludó, agradeciendo la generosa referencia que había hecho de él. Entonces, Cortázar le confesó:

Osvaldo, yo he cometido un grave error. Una de esas cosas que no se pueden hacer. Soriano me preguntó cuáles creía yo que eran los mejores escritores jóvenes. Y como no podía decirle que en ese momento no me venía ningún nombre, recordé que una vez me había visitado Paco Urondo en Francia con tu libro sobre Severino, y se me ocurrió contestar que para mí los dos mejores eran Walsh y vos. Pero te tengo que decir la verdad, yo no he leído tu libro.

¿Qué hubiera encontrado Julio Cortázar en el *Severino di Giovanni, el idealista de la violencia*, de haberlo leído? Pues en ese libro, cuya primera edición es de enero de 1970, habría encontrado una acuciosa investigación histórica –en base a una muy sustanciosa documentación, expedientes, archivos y declaraciones de testigos de la época–, reconstruyendo la vida de ese anarquista italiano, que vivió tan solo veintinueve años, que apenas pasado los veinte emigró a la Argentina junto a su esposa, Teresa Masciulli. En Argentina protagonizó una larga serie de atentados y expropiaciones, fundó revistas y periódicos –*Culmine* y *Anarquía*, entre otras–, y publicó libros. Fue un antifascista –venía de la Italia de los Camisas negras–, y estaba convencido de que la única manera de responder a la violencia de arriba era

con la violencia de abajo. Sus atentados fueron siempre contra entidades fascistas o norteamericanas: cuando se supo de la condena a muerte de los héroes proletarios Sacco y Vanzetti. Sus escritos hablan de su lucha por un socialismo en libertad. Sus asaltos tenían por objeto conseguir dinero e imprimir sus publicaciones, para la edición de libros anarquistas y para mantener a familias pobres de presos políticos de ideología libertaria. La policía lo sorprendió cuando salía de una imprenta. Su huida por las calles de Buenos Aires tuvo el ritmo propio de una persecución cinematográfica. En el tiroteo cayó una niña y, por supuesto, le adjudicaron a él esa muerte pese a que al poco tiempo se comprobó que el calibre de la bala pertenecía a un arma policial. En el escritorio de Severino la policía encontró, debajo del vidrio, esta frase: «Estimo a aquel que aprueba la conjuración y no conjura; pero no siento nada más que desprecio por esos que no solo no quieren hacer nada, sino que se complacen en criticar y maldecir a aquellos que hacen». Se le hizo un juicio militar y fue condenado a muerte. A las cinco de la madrugada del domingo primero de febrero de 1931, en un patio de la penitenciaría nacional, resonó un grito: «¡E viva l'anarchía!», y luego una descarga cerrada. Roberto Arlt presenció el fusilamiento y escribió un aguafuerte con el título: «He visto morir». Luego, cuando las balas escribieron la última palabra en el cuerpo del reo, Arlt describió la escena:

El rostro permanece sereno. Pálido. Los ojos entreabiertos. Un herrero a los pies del cadáver. Quita los remaches del grillete y de la barra de hierro. Un médico lo observa. Certifica que el condenado ha muerto. Un

señor, que ha venido con frac y zapatos de baile, se retira con la galera en la coronilla. Parece que saliera del cabaret. Otro dice una mala palabra. Veo cuatro muchachos pálidos como muertos y desfigurados que muerden los labios. Son Gauna, de *La Razón*, Álvarez, de *Última Hora*, Enrique González Tuñón, de *Crítica*, y Gómez de *El Mundo*. Yo estoy como borracho. Pienso en los que se reían. Pienso que a la entrada de la penitenciaría debería ponerse un cartel que rezara:

—Está prohibido reírse.

—Está prohibido concurrir con zapatos de baile.

León Rozitchner dijo de este libro:

Oswaldo Bayer reconstruye, desde el olvido, a un hombre. Junta sus pedazos dispersos, vuelve a darles sangre, nos hace sentir nuevamente el ardor de su cuerpo, le devuelve la vibración de su palabra, abre el espacio de una época olvidada para ubicarlo. Y recupera la tragedia de un hombre que no es ejemplar de una especie sino una figura única, impredecible, allí donde el desprecio la había aniquilado.

Encuentro con el Che

En La Habana, apenas a un año de la Revolución Cubana, un pequeño grupo de periodistas y sindicalistas argentinos tuvo un encuentro con el Che Guevara. En esa reunión escucharon de labios del Che la teoría foquista revolucionaria y su aplicación en Argentina. La certeza de que la forma de cambiar el régimen argentino, estructuralmente injusto, era con la guerrilla de los jóvenes, que debía iniciarse en las sierras

de Córdoba, en el centro del país. Luego vino la discusión, preguntas y respuestas, entusiasmos y críticas. Bayer escuchó todo en silencio. Pocas horas antes había estado con Rodolfo Walsh, quien por entonces vivía en Cuba, y se había manifestado partidario de la misma metodología de lucha. Al final, Bayer se atrevió a decir algo, llevado por una necesidad de alertar, un intento de llamar la atención ante el peligro. Dijo:

Las fuerzas de represión en la Argentina no son las de la Cuba de Batista. Son muy poderosas y están bien informadas: si no pueden vencer con las policías provinciales, lo harán con la federal; si no pueden con esta recurrirán a la gendarmería, el ejército, la aviación, la infantería de marina...

Guevara lo miró con profunda tristeza y contestó: «son todos mercenarios». Al silencio inicial siguió un aplauso encendido para el Che. Tiempo después, el recuerdo de esa escena despertaría en Bayer la siguiente reflexión:

Ahí comprendí todo, me dije: evidentemente, para ser revolucionario no hay que empezar por analizar los impedimentos, sino que hay que creer en las propias convicciones y lanzarse a combatir la injusticia haciendo uso de la rebeldía, ese don de los dioses para quienes creen en el altruismo y la solidaridad. Pero no pude con mi genio, y cuando las teorías del Che fueron convirtiéndose en realidad en las calles de la Argentina seguí alertando que ese camino iba a terminar en la muerte, y en el retroceso. Aunque al mismo tiempo que alertaba iba creciendo mi comprensión y mi solidaridad para con los perseguidos.

Ese encuentro tendría un componente amargo para Bayer, ya que trajo como consecuencia su alejamiento de Cuba por casi treinta años. Susana «Pirí» Lugones –quien por entonces era la pareja de Rodolfo Walsh– se «coló» en la reunión privada con el Che, pretextando ser la esposa de Bayer. Cuando la Seguridad del Che detectó que la nieta de Leopoldo Lugones se había infiltrado en el encuentro, se imputó a Bayer ser culpable de un acto que eventualmente habría podido poner en riesgo la seguridad del Comandante. A raíz de ese incidente, Osvaldo Bayer se vio privado de regresar a la Isla hasta que, en 1995, pudo volver a Cuba a instancias de Roberto Fernández Retamar, quien lo convocó como jurado del Premio Casa de las Américas.

Exilio

En octubre de 1974, durante el gobierno de Isabel Perón, la organización terrorista paraestatal, las Tres A, emite un comunicado condenando a muerte a Bayer y dándole veinticuatro horas para abandonar el país. Se negó a irse. Pero estando obligado a vivir clandestinamente y sin posibilidad alguna de trabajo, decidió exiliarse en Alemania. Llegó al aeropuerto escondido en el asiento trasero del automóvil de la Embajada alemana en Buenos Aires. Unas horas antes, recibió un mensaje amenazante del brigadier Santuccione en el aeropuerto de Ezeiza: «Usted jamás va a volver a pisar el suelo de la patria». Recién pudo regresar a Argentina el 22 de octubre de 1983, días antes de las elecciones presidenciales.

Fue en el exilio que se enteró de «que habían salido unas mujeres a Plaza de Mayo, que eran madres de desaparecidos», y ahí creyó ver una especie de luz en el cielo negro. En Alemania

conoció a las Madres que visitaron ese país en el marco de su lucha por la defensa de los derechos humanos, y trabó con ellas una amistad indestructible. Bayer siempre recordaba con orgullo que las Madres eligieron como residencia su humilde departamento de Berlín antes que un lujoso hotel. «Yo les cocinaba pollo al horno con papas», se jactaba. Una vez regresado a la Argentina, comenzó a colaborar en el periódico *Madres de Plaza de Mayo*, a través de una columna bautizada «Ventana a la Plaza de Mayo».

En marzo de 1984 la editorial Legasa publicó un volumen escrito conjuntamente por Juan Gelman y Osvaldo Bayer bajo el título *Exilio*. Un libro nacido de una profunda amistad: «Soñabas con el fin del capitalismo» —evocaba Bayer a Gelman. «Cuántas veces discutimos hasta la madrugada en aquel café de Uruguay y Corrientes que hoy, lástima, no existe más. Vos por la dictadura del proletariado; yo por la igualdad en libertad. Pero, por encima de las discusiones, nuestra amistad, muy fraternal, por cierto». Le gustaba a Osvaldo que su amigo se llamara Juan, con nombre de albañil de brocha gorda, de peón de campo, de plantador de nogales. Juan, nada más que Juan. Esa amistad nacida en Buenos Aires, se consolidó en los años del exilio, tan cargados de tristeza, tan empapados del recuerdo de los que uno a uno iban siendo arrancados de la vida. Así nació ese libro que decidieron escribir entre los dos. La poesía de Gelman y la prosa de Bayer dándose un abrazo. Un libro que tiene el doloroso espesor de la experiencia del destierro, escrito con un lenguaje tan dolido como la tierra de la que fueron expulsados. Un libro hecho de notas al pie de una derrota, bajo una lluvia ajena, escrito quizá para no volverse locos o volverse otros. Una manera de hacer un

fuego contra la intemperie de la nostalgia. «Yo no me voy a avergonzar de mis tristezas, mis nostalgias. Extraño la callecita donde mataron a mi perro, y yo lloré junto a su muerte, y estoy pegado al empedrado con sangre donde mi perro se murió, existo todavía a partir de eso, soy eso, a nadie pediré permiso para tener nostalgia de eso», escribió Gelman. En tanto Bayer, en un texto escrito ante la tumba de Elisabeth Kase- mann, cuenta la historia de esa joven socióloga, recibida en la Universidad de Berlín, que en 1969 se trasladó a la América Latina, donde trabajó como asistente social. En Argentina realizó su tarea en villas miserias y fábricas. El 8 de marzo de 1977 fue secuestrada y asesinada de dos balazos en la espalda. En esa muchacha, Bayer ve personificada la solidaridad internacional. Y cuenta su historia para no dejar la última palabra a los verdugos.

Bayer siente la necesidad imperiosa de enarbolar la memoria como arma para defender el futuro. Cuanto mayor es la distancia, más cercanos siente a sus amigos asesinados. Por eso siempre Paco Urondo y Haroldo Conti rondan sus solitarias noches alemanas.

Paco era el prototipo del hombre fino, se vestía de forma muy atildada. Era el que mejor se vestía de todos los que conformaban la redacción del diario *Clarín*. Tenía una sonrisa que parecía la forma natural de sus labios. Era muy simpático, tenía gestos de bonhomía y le gustaban los chistes. Era agradable en las conversaciones y se podía hablar de diversos temas. Nunca lo vi enojado ni jamás lo escuché hablar mal de nadie. Era muy culto y de conversación tranquila. Puedo decir que lo conocí en un período en que era un hombre muy afecto a la cultura y a la

literatura, le gustaba discutir sobre escritores: era una especie de izquierdista moderado ilustrado. Como periodista era muy bueno, bien calificado por los secretarios de redacción.

Y también evoca al padre de *Mascaró, el cazador americano*, el rapsoda del Paraná embarrado de equívoca mansedumbre:

A Haroldo Conti lo conocí cuando fui a llevar una nota a la revista *Crisis*. Él estaba ese día y nos fuimos a tomar una cerveza, era verano y tuvimos una larga charla. Me habló casi exclusivamente del Delta, con tanta intensidad que se le dibujaban los mapas en la cara a medida que relataba.

El muro de Berlín

Osvaldo Bayer fue testigo tanto de la construcción como de la caída del Muro de Berlín. El 12 de agosto de 1961 no pudo dormir por el ruido de camiones que pasaban —uno tras otro— por la histórica avenida Unter den Linden, en el centro del Berlín-Este, capital de la República Democrática Alemana. El día siguiente, a la mañana, el secretario de prensa del gobierno comunista alemán hizo una convocatoria en el *hall* de un hotel, a la que Bayer concurrió, y allí se enteró de que iban a presenciar la construcción de un muro que dividiría Berlín, al Este del Oeste, separando la parte comunista de la capitalista. Veintiocho años después, en la noche del 8 de noviembre de 1989, estaba cenando en el barrio de Kreuzberg, en el Berlín occidental, cuando la radio transmitió una noticia increíble: el gobierno comunista alemán había abierto el Muro y todos los orientales podían visitar los barrios

occidentales. El Muro había caído. Bayer salió apresuradamente de su domicilio y se dirigió al Muro. El espectáculo que vio fue inaudito: un río interminable de peatones que venía del este y, también, una larga fila de pequeños autos que recibían una especie de «bautismo de fuego» por los occidentales, que los balanceaban como si fuesen góndolas. Los recién llegados compraban Coca-Cola en todos los puestos callejeros que se habían abierto repentinamente, y hacían durar la bebida en sus botellas para mostrarlas como una posesión preciosa. Los luchadores de Leipzig, aquellos que querían las mismas leyes sociales, pero en libertad, fueron desilusionados. Osvaldo Bayer, también. El muro de cemento había caído. Los muros invisibles continuaban.

El novio de Marlene Dietrich

Es sabido que Osvaldo Bayer era el novio de Marlene Dietrich. El hombre al que ella le fue más fiel. Cada noche, cuando se acostaba y se disponía a dormir, Marlene le besaba suavemente los ojos y los labios, y le susurraba una canción hasta que Osvaldo se extraviaba en los laberintos del sueño. Sí, Marlene Dietrich, la rea, la turra, la buena, la linda, la hermosa, la diosa, la Diosa, todas las noches se acercaba a la cama de Osvaldo Bayer. Poesía de piel, de ojos, de olores, de pestañas que se cierran y se abren sonriendo, de labios que... sí, sí, que besan en la frente y pueblan los sueños del elegido de imágenes que van desde las noches navegadas por el Paraná a los campos santafesinos sembrados del lino azul o los ecos de la voz de Loreley por el Rhin, mientras se oyen los remos que se meten en el agua.

La noche del 23 de diciembre de 2018, ella, que lo amó como no amó a ninguno de los numerosos

hombres de su agitada vida, se inclinó sobre él y lo besó en la frente, en los ojos y, con mucha ternura, apenas como una brisa tibia, en los labios. Y Osvaldo durmió feliz.

La memoria que no cesa

Bayer asumió que el deber del intelectual es la de ser un agitador. Ser el orador de la esquina del barrio, como lo eran aquellos héroes obreros que él tanto admiraba, los que enfrentaban a la policía y el ejército, instando a los trabajadores explotados de las fábricas a luchar por las ocho horas, como los mártires de Chicago, ahorcados por el sistema del egoísmo. Quizá no haya otra forma de definirlo que aquellas palabras que Madame Staël dedicó a Schiller: «La conciencia es su musa».

En su casa tenía una foto de Thomas Mann, a quien admiraba profundamente no solo por sus novelas –podía hablar durante horas de *La mon-*

taña mágica o *Los Buddenbrook*–, sino también por su pensamiento político: «La democracia tiene una única existencia moral en la forma del socialismo», porque, como Rosa Luxemburgo, pensaba que no hay democracia sin socialismo ni socialismo sin democracia. «No hay democracia cuando hay hambre, villas miserias, represión a los que sufren y reclaman por sus derechos», se le escuchó decir hasta el final de sus días.

Alguna vez escribió: «Con la palabra es posible desnudar la banalidad de lo perverso, la pornografía de las armas y la obscenidad del privilegio». No dejó un solo día de creer en ello.

Gracias a él, el olvido ya no será tan fácil. Sus gauchos patagónicos que se alzaron en toda la estatura de su dignidad seguirán golpeando las puertas de la memoria. Y los sueños no se quedarán afuera, ni las palabras que seguirán iluminando el combate por la dicha. Porque la muerte no impedirá que Osvaldo Bayer siga dando lo que interminablemente tiene para seguir dando. **C**



ANÓNIMO: Conjunto de gallos, palomas y toros. Cerámica

Aprender de un progresismo al siguiente

Los acontecimientos pronto han demostrado que lo que hoy llamamos *progresismo* –fenómeno político que según las particularidades de cada pueblo a inicios de este siglo brotó en varias latitudes de la América Latina– no fue un simple «ciclo» ni ha concluido. Y que tampoco fue mero efecto de un cambio del precio internacional de las materias primas. La evolución de nuestros pueblos es más compleja que eso; su comportamiento político no oscila según los vaivenes del comercio, pues las relaciones entre economía y sociedad no son así de pueriles.

Como recordamos, al inicio de los años noventa la acometida neoconservadora abanderada por Margaret Thatcher y Ronald Reagan se potenció con el derrumbe soviético. Eso, además de imponer un viraje de las políticas económicas que prevalecían, determinó, asimismo, un *tsunami* ideológico que unas izquierdas divididas y perplejas mal pudieron enfrentar. No obstante, ni esas políticas ni los efectos culturales de aquel *tsunami* han finalizado. La crisis global que emergió en 2008 desenmascaró al neoliberalismo, pero sin que todavía hayamos creado las propuestas necesarias para remplazarlo.

Con todo, en menos de diez años las prácticas neoliberales causaron daños e inconformidades populares suficientes para

levantar protestas y movimientos políticos que dieron pie a una significativa marea progresista. Este fenómeno, más expresivo de un vasto repudio que de nuevos proyectos factibles, animó los primeros tres lustros de este siglo, incluso allá donde no pudo elegir gobiernos. Y donde sí lo consiguió, además de realizar destacados avances contra la pobreza y la inequidad, aportó significativos progresos de la autodeterminación nacional y la solidaridad de nuestros países.

Obviamente, al hacerlo todavía en tiempos de crisis de las izquierdas y restauración de la democracia liberal, no había entonces bases sociales, político-culturales ni organizativas suficientemente desarrolladas para emprender revoluciones factibles y sustentables. Caso por caso, eso deparó oportunidades para acceder al gobierno, no para tomar el poder. Y por el lado opuesto, las elites criollas, aunque forzadas a ceder la administración del gobierno, pudieron hacerlo sin perder sus recursos económicos fundamentales.

Aun así, durante ese período millones de latinoamericanos salieron de la marginalidad y adquirieron ciudadanía, empleo, educación y salud, y sus naciones alcanzaron mayor dignidad. Patrias y gentes pudieron ensayar nuevas expectativas. Incluso sin revoluciones propiamente dichas, esa era una agenda de izquierda y fue peor que ingenuo suponer que los progresos sociales y políticos alcanzados en esos años pudieran repetirse sin causar, a su vez, una fuerte contraofensiva del imperialismo y de las elites locales.

Con sobrados respaldos económicos, socioculturales y mediáticos, la derecha tuvo condiciones y tiempo para renovar objetivos, remozar imagen, reactualizar métodos y reconstruir imagen política. Ya no solo para volver a Palacio a recuperar hegemonía, sino para emprender un

roll back más ambicioso: revertir las conquistas populares cedidas desde los años cincuenta a la fecha. De la estructuración y fines de ese contrataque ya me ocupé entonces.¹

¿Quién nos hace vulnerables?

Mas no todos los éxitos después conseguidos por la contraofensiva reaccionaria pueden achacarse a las artimañas y al poder financiero y mediático de las derechas locales, ni a la coordinación y patrocinio del imperialismo. Estos son factores reales, pero no suficientes para explicar sus logros. Los reveses de este progresismo deben atribuirse también a las permisividades, omisiones y errores de sus liderazgos y gobiernos, que minusvaloraron la indispensable coparticipación crítica de sus partidos y de las organizaciones populares, y relegaron el diálogo y acuerdo con las comunidades locales.

Poco útil es atribuir el consiguiente reflujó del apoyo popular solo al poderío económico, la

¹ Ver, por ejemplo, «¿Quién es la “nueva” derecha?», en *Alai* del 14 de abril de 2009; «Una coyuntura liberadora... ¿y después?», en *Rebelión* del 23 de julio de 2009; «Una liberación por completar», en *Alai* del 17 de agosto de 2009; «La brecha por llenar», premio del concurso *Pensar a contracorriente*, La Habana, febrero de 2010; «El reto de las izquierdas latinoamericanas», en *Rebelión* del 27 de abril de 2012; «¿Por qué y para qué son progresistas estos gobiernos?», en *Rebelión* del 20 de julio de 2012; «Las disyuntivas progresistas y la contraofensiva de las derechas», en *Rebelión* del 1 de diciembre de 2014; «La contraofensiva de las élites dominantes», en *Alai* del 2 de diciembre de 2013; «La contraofensiva de las derechas y las opciones de las izquierdas», en *Rebelión* del 5 de noviembre de 2014; «Combatir errores y sumar nuevas fuerzas», en *Alai* del 24 de octubre de 2016 y «Convertir indignación social en militancia política», en *Alai* del 14 de noviembre de 2016.

vileza y los medios de comunicación de la clase dominante, y el respaldo de sus mentores foráneos: estos medios han sido tan eficaces como se lo facilitan las deficiencias de los liderazgos que con tales fallas y errores los hicieron más vulnerables.

Entre estos, los errores en política económica. El primero, característico de los procesos más radicales: propiciar un rápido incremento del gasto social y el consumo popular para resolver sus principales urgencias, con una celeridad muy superior al crecimiento de la producción y la productividad, y de la mejora de eficiencia institucional y la capacidad de obtener nuevos recursos económicos. Con las conocidas consecuencias de desabastecimiento, endeudamiento y pérdida del valor efectivo de los salarios. Acelerar el desarrollo nacional —el de las fuerzas productivas— es costoso; exige formar recursos humanos, asimilar tecnologías, crear infraestructuras. Eso exige exportar recursos valiosos para adquirir insumos caros, en mejores condiciones de intercambio, o contar con potente ayuda foránea.

Pero en la presente coyuntura el error de política económica que los críticos señalan con mayor acritud es el de haber justificado o hasta propiciado el extractivismo. Se responsabiliza a los gobiernos progresistas de valerse de las empresas extractivas —minerías, agrícolas u otras— como fuentes de ingresos para resolver necesidades sociales e inversiones en infraestructura y desarrollo. Y se los acusa de hacerlo sin restringir sus actividades con las necesarias fiscalizaciones, penalidades y compensaciones por los daños socioambientales que generen.

No obstante, la crítica al extractivismo, tal como algunos articulistas suelen abrazarla, puede exhibir la frivolidad de una moda y conducirlos a

disparates. La extracción de materias o productos sin elaborar es una actividad común a muchas economías de distinto sello. La primera cuestión es si la política económica de cada país busca incrementar el valor agregado de esos productos mediante su transformación por empresas y trabajadores nacionales, o si favorece un saqueo colonial o neocolonial que exporta esos recursos primarios para elaborarlos en el extranjero. ¿Esa extracción contribuye a desarrollar y valorizar la respectiva economía y sociedad nacionales, o solo es un modo de explotar su mano de obra barata reproduciendo el subdesarrollo del país?

La otra cuestión está en si las autoridades nacionales vigilan eficazmente que la regulación y control de las actividades extractivas se prevén, conceden y realizan garantizando los menores daños ambientales y su mejor compensación y restauración, así como la suficiente protección y provecho para las comunidades aledañas y los sectores nacionales afectados.

Este asunto siempre ha estado entre las principales reivindicaciones de los movimientos de liberación nacional y de las izquierdas en general. Con una excepción: mientras prevaleció el modelo soviético (incluida su variante maoísta), primó el afán por forzar a toda costa el crecimiento económico, con devastadoras consecuencias en materia ambiental, hasta el colapso de ese modelo. Pero aun así el estalinismo no fue un pecador solitario, puesto que ni el liberalismo clásico ni el neoliberalismo han sido inocentes de esa misma práctica, que estos prosiguen por razones mucho peores.

De hecho, nada justifica el dislate de atribuirle al actual progresismo una índole necesariamente extractivista, ni alegar que la izquierda y el progresismo son diferentes porque la primera se

opone a esa práctica, mientras que cometerla es un atributo constitutivo del progresismo. Como tampoco la simpleza economicista de suponer que el progresismo obedeció a un ascenso del precio internacional de las *commodities*, y su supuesta extinción a que este bajó; *ergo*, que no resurgirá hasta que estas vuelvan a encarecerse.

Antes bien, durante gran parte del siglo xx y lo que va del XXI, el progresismo –como noción incluyente vinculada a las luchas por la liberación nacional y el desarrollo social– ha sido la manifestación más visible de las izquierdas latinoamericanas. Y ahora, una vez depurado de las deficiencias de su pasada ofensiva regional, hay sobrados motivos para prever que volverá a serlo. Esa anterior experiencia no fue la primera ni la única en que las izquierdas han tenido errores.

Para evitar que estos se repitan, una de las mayores aportaciones de sus críticos será idear mejores modos de que los próximos gobiernos progresistas o revolucionarios puedan resolver el imperativo de financiar su lucha contra el subdesarrollo, y solucionar necesidades populares, sin recurrir a formas incorrectas de obtener los recursos indispensables para ello.

Dado que consolidar un gobierno nacional-liberador y sus posibilidades de proyectarse a objetivos de mayor alcance exige tanto superar el atraso como asegurar el desarrollo humano y material de las fuerzas productivas, Fidel Castro dedicó al tema gran parte de su pensamiento. A proponer y debatir estrategias y alternativas de combate al subdesarrollo, así como formas de concertación y cooperación de los países del Tercer Mundo y de Latinoamérica para cambiar las injustas condiciones del comercio y el financiamiento internacionales, en defensa de los intereses de sus pueblos, incluso sin que las

diferencias de régimen político fueran obstáculo para colaborar en ese objetivo común.

En el caso concreto de Cuba, ese reto desde el comienzo ha sido extraordinariamente agravado por el bloqueo estadounidense. En la primera época de la Revolución el respaldo económico y militar soviético fue importantísimo para resistir y avanzar. Pero luego de esos tiempos, los procesos progresistas, liberadores o revolucionarios de otros países no pueden contar con ese tipo de solidaridad. Así, su capacidad real para adquirir recursos tecnológicos y económicos para el desarrollo es una dificultad objetiva de sus posibilidades reales. Tan grande que al parecer sus críticos más severos prefieren no mencionarla.

De nueva cuenta, la mesa está servida

La experiencia de los tres lustros progresistas que iniciaron nuestro siglo XXI debe discutirse examinando todas sus aristas, lo que necesita hacerse con autocrítica responsable. No para imputar responsabilidades personales, sino para sacar conclusiones sustantivas sobre cómo prever, castigar y erradicar tales deficiencias, e imprimirle más robusta y eficaz consistencia ética, política y estratégica a nuestra participación en la próxima ofensiva popular. No apenas para agregar más análisis diagnósticos, sino enfocándose en proponer mejores opciones para vencer los anteriores problemas y los que ya cabe prever.

Entre otras, hay fallas que ya es habitual señalar, pero que reclaman mayor análisis. Una, la insuficiencia y hasta el abandono del trabajo político y organizativo que siempre debe sustanciar cada gestión administrativa de las izquierdas, no solo en el ámbito laboral y sectorial, sino igualmente en el barrial y comunitario, *que es*

donde habitan, conviven y votan los necesitados y sus familias.

Otra, el acomodamiento y hasta la permisividad con los vicios del poder burocrático, que llegan hasta admitir indicios de corrupción en algunos dirigentes devenidos en funcionarios, desmintiendo así la calidad moral de la organización y del proceso político que ellos representan. Y aún más, reducir unos partidos y movimientos surgidos de la rebeldía, la lucha y la creatividad política, a la mera condición de aparatos relectorales. Al extremo, incluso, de hacerlos «comprender» arreglos con operadores de la política tradicional, a despecho de los principios cuya práctica nos hace gente de izquierda y nos identifica como tales.

La corrupción es un vicio políticamente asimétrico: salvo ocasionales excesos, en la derecha es parte de una vieja cultura y se da por sentada. Pero a la izquierda se la elige para combatirla, y tolerarla entre sus filas constituye una afrenta que pone en entredicho los demás valores que la gente le reconoce a los dirigentes de una organización progresista. En la izquierda, sin importar la magnitud del delito, sus implicaciones políticas le dan trascendencia y, aunque el castigo sea mayor, el conjunto del liderazgo demora en recuperar el necesario liderazgo moral.

Como también debe censurarse la bobada política de suponer que, si un gobierno progresista cumple su deber elemental de solucionar demandas populares, sus beneficiarios automáticamente le concederán una interminable gratitud de electores cautivos. Resolver los problemas de la gente no es un favor, sino la misión de los funcionarios. Cumplirla no supone un contrato electoral. Si el voto popular echó a la anterior administración porque ella incumplía sus debe-

res, esto no conlleva que los electores pasen a ser deudores de quien sí los realice.

Al revés, son los funcionarios –mucho más si asumen la tarea a título de progresistas o revolucionarios– quienes a diario deben volver a ganar confianza ciudadana. En política electoral, son los funcionarios quienes siempre están en deuda, pues el pueblo tendrá cada vez nuevas demandas pendientes. Los electores no votan para atrás sino hacia adelante: no sufragan por lo que ya se resolvió, sino fiándole cierta confianza temporal a quien se compromete a solucionar lo que falte. Quien recibe ese voto asume el deber de honrar este compromiso para seguir mereciendo esa confianza.

Aun así, dicho compromiso no concluye al entregar soluciones, sino al darles sentido perdurable. Su adecuada interpretación, uso y mantenimiento deben reproducirse más allá de la entrega. Cosa que también requiere promover la conciencia y organización que aseguren el buen aprovechamiento y preservación de lo recibido. La entrega solo culmina cuando sus beneficiarios se asuman como sus responsables y defensores. Esa conciencia y organización participativa –y no una vasalla gratitud– es lo que da significado político a los beneficios entregados.

Uno se hace revolucionario porque se indigna frente a una realidad injusta y decide contribuir a cambiarla. Por consiguiente, la integridad ética es la principal exigencia de la condición de revolucionario. Aún más que la astucia o la habilidad de maniobra, que algunas veces también han servido para encubrir al oportunismo o la pérdida de integridad moral y credibilidad ciudadana. El proyecto revolucionario es estratégico, no coyuntural. En este sentido, en ocasiones más vale perder solos que ganar mal acompañados, si con

esto robustecemos la identidad, el ascendiente político y el liderazgo sociocultural que deben diferenciar a la opción revolucionaria.

Por lo tanto, transcurrida la pasada marea progresista, la experiencia de esos tres lustros de logros y errores ofrece ahora un acervo continental de extraordinario valor, que ya toca revisar con autocrítica responsabilidad. Y lo que da sentido a examinar este caudal es obtener las conclusiones requeridas para erradicar las deficiencias y potenciar los aciertos de esa experiencia, a fin de garantizarle mejor armazón ética, cultura política, organización popular y eficacia a nuestras prácticas, y concretarlas en el liderazgo de la venidera ofensiva popular.

Mientras los loros bizantinos olvidan los procesos de emancipación nacional y popular, y especulan sobre «ciclos», progresismos, reformas o revoluciones, otra ola de protestas sociales ha empezado a rodar. Las barbaridades de Macri y similares vuelven a exhibir los abusos, incompetencias y fracaso de las viejas o «nuevas» derechas como alternativa.

Como señala João Pedro Stedile, aunque Bolsonaro use todo el tiempo la represión y el amedrentamiento, y libere todas las fuerzas reaccionarias presentes en la sociedad para dar libertad al capital con un programa neoliberal, esa opción es inviable, no da cohesión social y no resuelve los problemas concretos de la población. Eso, continúa Stedile, aunque complazca a los bancos, agrava las contradicciones y genera un caos social que lleva a los movimientos sociales a retomar la ofensiva.²

Los despropósitos neoliberales causan inconformidades populares que, a su vez, demandan

liderazgos y proyectos confiables. La sólida votación obtenida por Gustavo Petro, las expectativas que ya levantan frentes como Brasil Popular y Pueblo Sin Miedo y una izquierda rencauzada, así como la aplastante victoria electoral de López Obrador, están entre sus nuevas manifestaciones palpables. Al propio tiempo, por su lado, en Washington D.C. los dislates de un paquidermo arrogante evidencian que el sistema de dominación imperial sigue perdiendo capacidad para proveerse de visión, eficacia y liderazgo estratégicos.

Así pues, de nueva cuenta la mesa de las condiciones objetivas suficientes para comenzar otra ofensiva progresista está servida. Una ofensiva que no solo es de segunda generación sino distinta, mejor dotada de experiencias, ideas y expectativas. Con lo cual el asunto ya no radica en si los procesos progresistas, de liberación nacional o con vocación socialista han amainado o concluyeron, sino en cómo corresponde liderar sus próximas aspiraciones, para que en las nuevas circunstancias su acometida sea más abarcadora y asuma objetivos sostenibles de mayor alcance.

¿Cuánto hemos aprendido de nuestra anterior experiencia? ¿Cómo actualizar, compartir e instrumentar sus lecciones en las actuales condiciones? La pasada ofensiva brotó en unas condiciones socioculturales que las izquierdas afrontaron no solo fragmentadas, sino también aún sin madurar una comprensión de la crisis del modelo soviético, ni de sus puntales políticos e ideológicos, como tampoco del cambio de las circunstancias internacionales, ni de las opciones que estas podrán deparar.

En aquella coyuntura fue posible captar el voto, más que la adhesión, de unos pueblos

² Ver João Pedro Stedile: «Tenemos que retomar el trabajo de bases», *Brasil de Fato*, 30 de octubre de 2018.

exasperados pero aún cohibidos por la sombra de la hegemonía imperial y recientes dictaduras. Y por eso culturalmente inhibidos de aspirar a mayores expectativas, aún percibidas como riesgosas. En tales condiciones, ese crédito electoral posibilitaba acceder al gobierno, no al poder.³

En contraste, hoy, en vísperas de otra ofensiva progresista, toca asumir dos misiones previas ante una situación que ya no es la misma. Por una parte, colaborar con amplia parte del pueblo –con la diversidad de sus comunidades concretas– para superar rezagos político-culturales y organizativos, tanto en el sector laboral como en sus asentamientos locales. Por otra, ofrecer nuestras propuestas como parte del esfuerzo para superar la fragmentación conceptual y política de las izquierdas. Es decir, promoviendo vías de diálogo y cooperación para juntar fuerzas y hacerle camino a nuevas posibilidades, no solo proponiéndose ir más lejos, sino articulando las fuerzas necesarias para lograrlo.⁴

3 Una parte de las izquierdas entró así al Órgano Ejecutivo, al elegir presidente sin ganar la mayoría en los comicios parlamentarios, estatales y municipales, ni influencia en el Órgano Judicial, tal como unos treinta años antes ocurriera con Salvador Allende y la Unidad Popular.

4 Entre las izquierdas todavía pesa una mala forma de discutir, en la que el debate no busca desarrollar ideas sino descalificar al contrincante. Hace falta diferenciar tiempos y objetivos. Marx contra Proudhon, Engels ante Dühring o Lenin frente a Kautsky respondieron a otra circunstancia: la de tres polemistas geniales en el momento de zanjar puntos críticos de una decisión estratégica. Su ejemplo no vale para dirimir controversias tácticas, ni mucho menos para suplir la falta de mayores argumentos. Lamentablemente, desde el siglo XIX –y en particular en períodos de descomposición política como el estalinismo, el maoísmo y sus secuelas– no faltan publicistas más dados a denigrar a posibles interlocutores que a generar conocimiento y propiciar cooperaciones.

Es malsano ignorar la pluralidad que dinamiza a cada pueblo y cada clase social embrollando el concepto de unidad con el de su acepción monolítica. Como, asimismo, equiparar a los sujetos políticos y sus vanguardias con escuadrones militares, extrapolando una metáfora didáctica de tiempos de la guerra civil en Rusia. Es indispensable apreciar las diversidades, una vez que la unidad es un proceso que se construye entre diferentes, puesto que sin diferencias no haría falta construirla.

Mientras se deja alargar discrepancias, las contraposiciones resaltan sobre todo lo que haya en común. Sin embargo, entre corrientes de izquierda y progresistas la mayoría de las veces será más –y de mayor rango estratégico– lo que ellas comparten, aunque se deje de reconocer. Esto recalca lo acertado de la propuesta de empezar por poner sobre la mesa los respectivos proyectos y hallar en qué campos coinciden (con lo cual no pocos prejuicios irán descartándose).

No es necesario lograr unidad en cada uno de los aspectos conceptuales y propuestas, sino allí donde ya es posible coordinar colaboraciones. Como proceso que es, la unidad se construye *haciendo camino al andar*, pues al propiciar acercamientos donde ya cabe cooperar, se amplían las posibilidades de coincidir en otras áreas y perspectivas. La fertilidad de la estrategia *frenteamplista* consiste en que se empieza por lo mínimo esencial y las convergencias crecen en tanto se lucha en común por objetivos que lo ameriten, sin que las diferencias obstruyan la marcha. Lo que, asimismo, es prueba de buena fe.

Para abrir camino

En tiempos en que prevalecía el marxismo dogmático, una de las primeras lecciones de Fidel Castro

y la Revolución Cubana fue sobre la efectividad de la acción y la experiencia conjuntas como medio para producir organización y pensamiento compartidos. El Movimiento que salió a la luz el 26 de Julio de 1953 se inició tras convocar a jóvenes honestos y patrióticos –martianos– con base en una condición, sin detenerse a discriminar su pluralidad de ideas políticas y orígenes sociales. La condición moral mínima de estar dispuestos a tomar las armas contra la dictadura para erradicar la política corrupta, hacer efectiva la independencia nacional y erigir una democracia socialmente comprometida. Propuesta que poco después sería argumentada en *La historia me absolverá*, un proyecto de liberación y desarrollo nacionales. Desde esa condición inicial, combatir juntos y compartir las vicisitudes populares sustentó la formación ideológica de esos jóvenes y de la mayor parte del pueblo cubano, más que cualquier catecismo doctrinario.

Doctos analistas hoy calificarían ese proyecto de reformista, desarrollista, socialdemócrata o progresista, dictaminando que no pasa de proponer un adecentamiento del capitalismo, no una propuesta revolucionaria. Pero en su condición de proyecto de liberación nacional, ese del Moncada se fundó en poderosas convicciones patrióticas y de solidaridad social, y tuvo gran capacidad de convocatoria no solo por sus argumentos sino por el ejemplo cívico de sus militantes. Proyecto que, a partir de 1959, avivado por su rápida ejecución y por el hostigamiento norteamericano, en vísperas de Playa Girón hizo posible darle piso popular efectivo a la vocación socialista emanada de su matriz nacional-liberadora y desarrollista.

Esa experiencia debe recordarse ante los encabezados con que algunos hoy pontifican

sobre el progresismo en la América Latina. Califican este fenómeno latinoamericano y actual apelando a clichés estáticos y excluyentes como los de *reforma o revolución*, o de intención *antineoliberal o anticapitalista*, que reducen el análisis a las taxonomías con que la lógica formal disecciona *un objeto* aislado y estático. Y así eluden la fatiga de discernir e interpretar la red de contradicciones con que la lógica dialéctica opone y asocia una diversidad de factores, en el trabajo de comprender y explicar *un proceso*.⁵

En la actual situación de las naciones de la región y su contexto continental y global, somos parte activa de una transición histórica distinta de la confrontada en 1962, cuando la Segunda Declaración de La Habana, o durante la retracción, crisis y derrumbe del modelo soviético, y bajo la ofensiva neoconservadora y el apogeo del neoliberalismo, o en medio de la primera oleada progresista iniciada por Hugo Chávez. No pocas veces, los esquemas o clichés verbales que en uno o más de esos períodos parecieron útiles para entenderlo no son apropiados para comprender las potencialidades de otro. En situaciones tan modificadas, los anteriores modos de concebir y alcanzar las metas deseadas pueden dejar de ser eficaces, y tocará calificarlos con otros adjetivos.

Para abrirle camino al otro futuro posible, durante esta transición no solo es deseable y necesario ir más allá que en la anterior oportunidad, sino indispensable articular y formar

5 Al fin y al cabo, reforma y revolución no son dos puntas incompatibles de una disyuntiva estática sino polos de una interrelación dialéctica, así como la lucha contra el capitalismo comienza por derrotar a su extremo neoliberal.

las fuerzas requeridas para emprender camino, ampliarlo y sostenerlo. En la inminencia de esta nueva marea de inquietudes populares, urge capacitar esas legiones, al tiempo que luchar para revertir la contraofensiva de la derecha y discutir qué objetivos proponernos al recuperar iniciativa, y cómo avanzar a corto y mediano plazos en esa dirección, con los destacamentos sociales que efectivamente lo pueden hacer posible.

Son estas fuerzas reales las que determinarán cuánto y hasta dónde se puede hacer y sostener en la práctica política, no los juegos de palabras más sutiles, ni menos una campaña de caza y lapidación de presuntos reformistas. Las indignaciones organizadas de la gente atizan el

acontecer mejor que las exhibiciones verbales, donde algunos articulistas malgastan sus pericias intercambiando sentencias y entierros políticos en vez de aportar ideas que resuelvan problemas y despejen caminos.

Porque si de fuerzas se trata, hay que formarlas. Por lo pronto, tal como Frei Betto resume la actual perspectiva, antes de que se haga tarde «solo le queda a la izquierda volver al trabajo de base, organizar a las clases populares, promover la alfabetización política del pueblo».⁶ 

⁶ Ver Sergio Ferrari, entrevista a Frei Betto: «Volver al trabajo de base, promover la alfabetización política del pueblo», en *Sur y Sur*, 22 de agosto de 2018.



ANÓNIMOS: Conjunto de caballos y jinetes. Cerámica

LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN

La vida en dos semanas

A la doctora Doris

Integrando una delegación para representar a Cuba en el Sila (Salón Internacional del Libro de Argel), partí con destino a Argelia, acompañada de varios colegas, para permanecer allí durante dos semanas. La ciudad capital, hermosa, bañada por el Mediterráneo, con una gran avenida llamada Che Guevara, nos recibió con amabilidad. El grupo cubano se sintió –nos sentimos– muy bien acogido, y las actividades propias de la Feria resultaron todo lo fructíferas que cabe imaginarse, teniendo en cuenta la dificultad del idioma. En un momento nos acompañó una traductora argelina. La mujer, tan gentil como todo ese pueblo, nos hizo reír más de una vez: simpática y solícita, se desempeñó estupendamente con nosotros como una especie de cicerone fugaz y fundamental, excepto para asuntos de traducción *per se*. Si la directora de Arte Antiguo decía, por ejemplo: «Esta pieza es del siglo VIII antes de Cristo», la traductora nos miraba y con total seguridad afirmaba: «Esto es de 1980». Y en otra visita, la guía dijo: «Estamos en presencia de un documento del período otomano», lo que la traductora interpretó como: «Vean el período romano». Entendíamos cifras, fechas, palabras sueltas en francés, y por ello nos percatábamos de los errores.

Los anfitriones nos mostraron palacios, jardines, ruinas romanas, sitios de retiro, y hasta se nos permitió entrar a una

mezquita, descalzos y con el cabello cubierto. Impresionante templo de oración, cuyos altavoces llaman a orar cinco veces al día, comenzando a las cinco de la madrugada.

Visitar la Casbah merece más de unas pocas líneas. En apretada síntesis, debo decir que es la parte más antigua de Argel, situada en el lado oeste de la bahía, sobre una colina de unos ciento veinte metros de altura. Ahí se levanta la construcción urbana que tuvo un gran desarrollo en torno al siglo XVI. Básicamente, es una ciudadela islámica donde perviven antiguas mezquitas, palacios otomanos, y un conglomerado de calles estrechas en las que el blanqueado de las paredes permite cierta luminosidad. Por sus méritos culturales fue seleccionada por la Unesco, en 1992, Patrimonio de la Humanidad; sin embargo no se han iniciado todas las reparaciones de rigor, y su estabilidad arquitectónica peligra. Se considera que la actual Casbah de Argel es el resultado de la prosperidad de la ciudad bajo la dominación turca, que siguió a las invasiones de los cartagineses, los bereberes, los romanos, los bizantinos. Su parte más elevada, La Ciudadela, se ubica estratégicamente dominando todo el panorama de escaleras y estrechas vías que constituyen la parte más baja, o Casbah como tal. El término, al parecer, tiene varias acepciones. Indagué por su significado con la responsable de la maqueta del lugar, y su respuesta me satisfizo. «Casbah quiere decir casas que se comunican entre sí». Vista desde lo más alto, se comprueba que todas las moradas se entrelazan, y que los pasillos separadores son mínimos, como vasos comunicantes. Históricamente, es el sitio donde los argelinos organizaron la rebelión contra la dominación francesa, siendo imposible sofocar conspiraciones. A manera de un panal, la Casbah

tuvo un papel central durante la lucha por la independencia de Argelia (1954-1962). Fue el epicentro de la insurgencia planeada por el Frente de Liberación Nacional (FLN), que les dio un lugar seguro para planear y ejecutar ataques contra las autoridades opresoras francesas y agentes del orden público en la Argelia del momento. Con el fin de contrarrestar los ataques, los franceses tuvieron que centrarse específicamente en la Casbah. De ahí que la famosa película *La batalla de Argel*, del director italiano Gillo Pontecorvo, se filmara justamente en dicho lugar.

Una vez concluida nuestra actividad en el Sila durante la primera semana, fui invitada por el Jefe de la Misión Médica Cubana a visitar los hospitales donde galenos nuestros prestan servicio en la zona del Sáhara (dicho así en castellano, y no Sahara, a la manera británica). Confieso mi reticencia inicial: han transcurrido treinta años desde que formé parte de una brigada médica internacionalista en África, y la posibilidad de que se removieran viejas y mal cicatrizadas heridas me hizo dudar. La obstinación de quien es el representante de los Servicios Médicos Cubanos en Argelia y la insistencia de nuestra embajadora terminaron por convencerme. Y entonces, cumplida ya la primera parte de la razón de mi presencia en el país más grande del continente africano, comenzó el verdadero periplo por zonas profundas. Un recorrido intenso, apasionante, sin el cual me hubiera perdido las jornadas más fascinantes del viaje.

Considerado el desierto cálido mayor del mundo, y el tercero más grande después de la Antártida y el Ártico, con más de nueve millones sesenta y cinco mil kilómetros cuadrados de superficie, el Sáhara abarca la mayor parte de África del Norte, ocupando una extensión casi tan grande como la de China o

los Estados Unidos. Sus temperaturas oscilan entre cincuenta y nueve grados y catorce bajo cero. Interrumpida la inabarcable extensión desértica por wilayas o provincias, donde laboran casi novecientos colaboradores cubanos, la travesía resultó tan asombrosa como extenuante, aunque el cansancio físico era fácilmente vencido ante la magnificencia del trato que recibíamos por parte de nuestros colegas y de las autoridades locales, quienes mostraban una hospitalidad digna y, por consiguiente, altamente agradecible. En total, hay cuarenta y ocho wilayas o provincias argelinas. En el viaje que me tocó por fortuna, visitamos seis de ellas en cinco días, quedándonos con deseos de encontrarnos con más compañeros, a quienes, por cuestiones de tiempo y de seguridad, nos fue imposible llegar. Djelfa, la primera wilaya donde nos detuvimos, bajo temperaturas heladas, tiene uno de los hospitales más grandes diseñados por Cuba, donde trabajan cerca de ciento treinta colaboradores. Nos acogieron con simpatía, y pernoctamos allí, entre cuentos criollos, risas, fraternidad de hermanos. Supe que el gran escritor Max Aub estuvo en el mismo sitio entre 1941 y 1942, apresado por los nazis y condenado a trabajos forzados en un campo de exterminio, hasta que, ayudado por árabes, logró escapar por Marruecos a través de Casablanca, de donde llegó a México, donde pasaría las tres últimas décadas de su vida, con alguna visita a Cuba. Fue en esta wilaya donde pasamos la noche, donde Max Aub vivió la traumática experiencia que evocaría en su libro de poemas *Diario de Djelfa* (1945). Luego visitamos Ghardaia y a la brigada de veintisiete trabajadores cubanos de la salud (cuyo almuerzo nos repuso fuerzas, y cuyas risas nos infundieron ánimos para seguir camino), atravesamos Laghouat, más adelante

Ouargla, con noventa colaboradores, y detuvimos el convoy en Toumour, que no posee categoría de wilaya, donde repusimos alimentos y agua, para seguir la ruta y llegar a la provincia El Oued. Allí tuve la que quizá sea la mayor conciencia de cuánto nos necesitamos los cubanos unos a otros, unas a otras. La última noche de nuestro viaje la pasamos en dicha hermosísima localidad, cuyo nombre significa «río», y que también es conocida como «La ciudad de las mil cúpulas». Distante de Argel unos mil cincuenta kilómetros, casi la totalidad de la extensión de Cuba de este a oeste (mil doscientos cincuenta kilómetros), posee la peculiaridad de encontrarse a unos cuarenta metros por debajo del nivel del mar. Entre muchas cosas novedosas, quedé hechizada por las dimensiones que alcanzan las rosas del desierto, que ya habíamos visto en wilayas anteriores. Increíbles formaciones calcáreas de arena, cuyas formas recuerdan rosas, son enormes en El Oued. Las doctoras con quienes más conversé me llenaron de curiosidad: una cría tres tortugas como si fueran perritos amaestrados, otra abraza el islamismo, la internista de la brigada declama muy bien, y además tuvo la deferencia de mostrarme páginas escritas por ella, sobre su misión anterior, en Haití. A todos los integrantes de todas las brigadas les agradezco la bondad, el detalle de recibirme y de apaciguar mis inquietudes ante lo desconocido. En la madrugada del cuarto día emprendimos el retorno a la capital. Nos quedó pendiente (o sea, me queda como deuda) visitar Adrar, Tamanrasset, Taleb-Larbi y el campamento Tinduf. En todos los sitios encontré hostilidad climática y consagración por parte del personal médico cubano. Asombra tener a mano el dato de que en cincuenta y cinco años se han cumplido seiscientos mil misiones internacionalistas en

ciento sesenta y cuatro países, en las que han participado más de cuatrocientos mil trabajadores de la salud.

Visitar Argelia, en fin, es un suceso mágico, enigmático y cautivador, a lo que se añade el cierto alivio que representa confraternizar con compatriotas. Es como tomar un respiro entre pasmo y pasmo, entre un «Salam Aleikum» y el consiguiente «Aleikum Salam». La vida,

que suele ser monótona, a veces se convierte en una tormenta de emociones que, aunque se limite a dos semanas, deja huellas para el resto del tiempo que estaremos de este lado de la luna. Luna, por cierto, que es particularmente inmensurable cuando se le contempla desde el desierto. Del Sáhara, por ejemplo.

Noviembre, 2018. 



ANÓNIMO: Ánfora. Cerámica vidriada, 15 x 13 cm. Santiago de Pupuja, Pucará, Puno

Un escritor que siempre se reinventa

Con apenas veintiséis años y un libro de difícil clasificación estremeció el ambiente literario. Escritores e historiadores, etnólogos y periodistas, editores y críticos tanto en Cuba como fuera de ella coincidían en admitir que, con *Biografía de un cimarrón* (1966), Miguel Barnet había marcado un hito. Entre atónitos y fascinados, los lectores de entonces le dieron un reconocimiento unánime.

Más de cincuenta años después Barnet, quien como los buenos escritores no ha dejado de reinventarse, acumula decenas de títulos, ediciones y traducciones de ese libro –incluida la edición que la Casa de las Américas ofrece en su colección de clásicos de la Literatura Latinoamericana y Caribeña–, y de títulos como *Canción de Rachel*, *Gallego*, *La vida real*, *Oficio de ángel*, *La sagrada familia* (poemario galardonado, dicho sea de paso, en el Premio Casa en 1967), y muchísimos volúmenes más de poesía, narrativa, fábulas, ensayos y crónicas.

No es extraño que la Casa de las Américas dedicara una Semana de Autor a quien ha dejado una singular huella en la literatura latinoamericana de las últimas décadas. A la lectura del propio Barnet, los sorprendentes acercamientos a su heterogénea obra, un documental sobre su vida, una exposición bibliográfica y la ya mentada redición realizada por nuestro Fondo Editorial, se sumó la presentación de un nuevo volumen de su poesía preparado por Ediciones Matanzas: *En el humo inasible de los idos*.

Síntesis y evocación de aquellos días, este dossier está integrado por poemas inéditos de Barnet así como por algunas de las intervenciones de quienes hablaron entonces. 

MIGUEL BARNET

A Kavafis

*Siéntate alguna vez a conversar conmigo
Muerde tus labios y concéntrate en mí*

*Ya sé que la púrpura de la belleza
no es eterna*

*Y que el amor es una quiebra del espíritu
pero siéntate a hablar de no sé qué
en cualquiera de tus múltiples lenguas*

*La idea de no escuchar tu voz
turba mi mente*

*Espero que no seas la invención
de los poetas malditos*

No te estoy pidiendo la luna

*Solo quiero que me cuentes
cómo pudiste sobrevivir a la mordedura del deseo*

Los días de la semana

*Entran los lunes cabizbajos
como escribió el poeta y tenía razón
porque el martes levanta la cabeza
con la ayuda de una grúa Caterpillar
para que el miércoles que pasa inadvertido
porque es el día del medio*

*desayunemos con pan de centeno y mermelada de arándanos
Los jueves, bueno, los jueves hay casi siempre
una mala noticia porque la semana
no puede pasar incólume
Pero cuando llega el viernes
florece todas las flores
y hay quien se estrena una peluca roja
y se pinta los labios de color violeta
El sábado es el día del Señor;
el Sabbat famoso de los judíos
y los candelabros se encienden hasta caer la noche
que siempre trae sorpresas
y frases como no te dejaré de amar
y mátame si quieres
pero no me dejes nunca
Los domingos no se los deseo a nadie*

El Tiempo

*No me he puesto totalmente de acuerdo
con el tiempo
Unas veces me le he adelantado a zancadas
y otras simplemente me he quedado atrás
y es absurdo porque todos vamos a resucitar
del mismo modo
El tiempo como dijo Albert Einstein es relativo
Pero más relativo aun es el capricho humano
Ni la víbora es tan víbora
Ni la oveja es tan dócil
Todos los cementerios están llenos de cadáveres
que lucharon contra el tiempo
Solo los perros solitarios que merodean
las tumbas no envejecen con los dictados del tiempo
Solo ellos son rehenes de la inmortalidad*

Qué rara situación

El anverso y el reverso
en el borde de la hoja

JOSÉ LEZAMA LIMA

*Qué rara situación esta
de no coincidir nunca
en el borde de la hoja
Y es que hay algo superior a mis fuerzas
un magisterio que está por encima
de la luz y de la sombra
del anverso y del reverso,
es una fuerza indetenible
íntima y visceral
que encierra en su caracol
la opulencia del brío*

La noche

*En vilo veo caer la tarde
andrajos del verano
quejumbres del día
Hijo soy de la noche
que vaticina la inocencia
y despierta los sentidos
La noche es como el azar
parece que tuviera un tesoro escondido
y está siempre cubierta de velámenes
Roca de Patmos, Majestad,
gracias le doy al día
por derramar sobre mi vida
el tibio paño de la noche*

Soñar

*S*oñé que me bebía toda la noche
La noche no era negra del todo por lo estrellada
Era una noche fría, nada común para el trópico
pero yo aun así me la bebía a trocitos
No sabré nunca si esto fue un sueño
o una pesadilla
Pero al despertar me alegré de que no fuese cierto
aunque desde entonces todo me resulta leve
Todo me sabe a neblina
a escarcha helada golpeando mi cabeza
a relámpagos, a serpientes enroscándose
en mi cuerpo, a escalofrío
La dura y concreta realidad
es que desde entonces no he visto la luz
Y como el prisionero encerrado en su celda
no he podido diferenciar
la negra y estrellada noche,
del día

En materia de dolor

*E*n materia de dolor
nadie ha dicho la última palabra
Y es que el dolor nubla la mente
y ensombrece el espíritu
Un niño llora junto a su juguete
y nadie sabe verdaderamente por qué llora
pero el llanto del niño es tan puro
como el rocío y fecunda una brisa melodiosa
Pero cuando un viejo llora

*en el banco de un parque
un alud de piedras porosas cae sobre nosotros
con el peso de todo el dolor del mundo
¡Ay! cómo duelen entonces las lágrimas del viejo.
He ahí por qué digo yo que en materia de dolor
nadie ha dicho nunca la última palabra*

Aires del Levante

*T*engo que esconder mi tristeza
en la simetría de un jardín japonés,
entre piedras distantes que persisten en la eternidad
Mi tristeza puede estar en un vaso de porcelana
/ francesa
o en el polvo húmedo de la casa
Para calmar mi vida ella no es necesaria
por eso lleva antifaz
y como el péndulo de Foucault escapa a la razón
Mi tristeza vive en el linaje de otros tiempos
con silbidos decadentes y aires del Levante
Apocalíptica ciudad donde acuno mi tristeza
sálvame de vivir atado a la ventura
de los felices ☪

ABEL PRIETO

Las respuestas del edecán

Quiero empezar saludando a mi hermano Roberto y a la Casa de las Américas y, en particular, esta iniciativa de dedicar su prestigiosa Semana de Autor a Miguel Barnet, uno de nuestros clásicos indiscutibles. Gran poeta, por encima de todo lo demás, y un estudioso relevante de las raíces de la cubanía, un creador que nos ha ayudado decisivamente a entender qué somos, de dónde venimos y a vislumbrar hacia dónde vamos; es decir, a entender el itinerario de la nación, su pasado, su sentido, su perfil, su destino, todo eso junto. Hijo de Fernando Ortiz, sin ninguna duda; pero también hijo de Lezama, de Nicolás y de la poderosa tradición poética cubana.

Quiero dividir esta intervención en tres partes:

1

La primera tiene mucho que ver con el otorgamiento a Miguel por la Universidad Central de las Villas del título de Doctor *Honoris Causa*, en el aniversario cincuenta de su *Cimarrón*, y con el privilegio que tuve entonces de encargarme allí de lo que llaman «las palabras de elogio».

En aquella ocasión, me concentré, por supuesto, en el libro cumpleaños, una obra capital de la literatura y de la cultura cubanas, que fundó un género, la novela-testimonio, y nos iluminó acerca de un personaje clave de la historia de Cuba y

nos dio pistas muy certeras en torno a una pieza clave, ineludible, obligada, del rompecabezas de nuestra identidad.

Esteban Montejo viaja de la mano de Miguel desde lo singular de su experiencia vivida hasta una dimensión simbólica trascendente. En las páginas de este libro nos topamos con un individuo que ha tenido una trayectoria vital extraordinaria y también con algo tanto o más revelador: el cimarronaje como rasgo básico de nuestra cultura de la resistencia; el acto de romper todas las trabas para irse al monte y levantar allí un reducto, una trinchera, un pedazo salvaje de utopía; el salto, por encima de todos los obstáculos imaginables, hacia un espacio de libertad plena que nadie podrá arrebatarlos; una pirueta semejante al vuelo licantrópico de Mackandal, vencedor del fuego y de la muerte.

Siempre se ha dicho, con razón, que en la cultura las efemérides no adquieren sentido por una celebración, sino cuando sabemos valernos de ellas para promover el estudio de una obra, de una figura, y acercarnos a la marca que ha dejado esa obra o esa figura o ese acontecimiento en nuestra memoria cultural. Por eso me permití recomendarles a los profesores y estudiantes que participaban en aquel acto de la Universidad Central que aprovecháramos a fondo el cumpleaños cincuenta del *Cimarrón* de Miguel para releerlo con el mayor rigor y –sobre todo– para disfrutarlo, para adentrarnos en sus páginas y recibir directamente, sin intermediarios, el legado en términos históricos, poéticos, y también anticoloniales, éticos, ajenos a toda retórica, de este libro esencial.

Desde los rituales y dioses que trajeron consigo los esclavos, desde la visión mágica del mundo –ingenua y sabia a la vez– de Esteban

Montejo, desde las tácticas de supervivencia material y espiritual que practicaron los cimarrones en cerros, cuevas y montañas, hasta el ingreso en el ejército libertador de aquel hombre rebelde por instinto, que no aceptó jamás el látigo y el barracón, todo, absolutamente todo en este libro, nos habla de una manera nueva, desconocida, inesperada, de hechos y procesos de nuestra historia que conocíamos de manera muy parcial, desde fuera.

Moreno Fragnals asegura (a partir de haber consultado toda la documentación sobre los ingenios cubanos en el siglo XIX) que «el relato de Esteban Montejo se ajusta exactamente [...] a la verdad que es posible reconstruir con las citadas fuentes [...]. Solo que en la *Biografía de un cimarrón* el hecho está vivo», dice Moreno, muy lúcidamente, y alaba el «increíble poder de observación» de Esteban Montejo y «ese análisis de cosas mínimas que únicamente desarrolla quien ha vivido terriblemente solo y en quien la soledad es un modo de persistir».

Por su parte, en sus apuntes sobre este libro, Alejo Carpentier utiliza sagazmente, para referirse a Barnet, la denominación de «investigador poeta» y se asoma así a uno de los misterios centrales de *Biografía de un cimarrón*: la gestación poética de un mito a partir del testimonio obtenido de una persona real.

Ángel Luis Fernández explica de modo inmejorable cómo se construyó ese texto tan deslumbrante y tan verídico, donde, como dijo Moreno, «el hecho está vivo»: «Trasmitir el discurso exacto de Esteban [...], tal como lo registró la grabadora Tesla y lo anotó Barnet en sus hojas de papel, no habría rebasado el estatus de un documento etnográfico; lo habrían leído los especialistas [...] y nadie más».

El caso es que la opción de Barnet fue diferente: quiso dejar *el discurso de Esteban*, pero filtrado a través de su sensibilidad personal de poeta, al cabo de una intensa e íntima unión hipostática de la que él mismo salió tan cimarrón como el propio Montejo. Y se pregunta quién le va a cuestionar «a Barnet entrar transido dentro de la piel cimarrona de Esteban, para hablarnos como desde un rito de posesión espiritual».

De esa comunión entre el investigador poeta y Esteban Montejo, nace una criatura compleja, a un tiempo mítica y real, muy convincente, cargada de la historia más palpitante y de la espiritualidad más imaginativa y libre. Todo lo que nos cuenta esa criatura pasa por el prisma de su sentido ético, de su sabiduría muy añejada y de una filosofía de la vida muy personal.

«En mi caso particular (alega Esteban) no digo que el baile y la rumba no me gusten, lo que pasa que a mí me ha dado por ver las cosas de lejos». En otro pasaje se autocalifica de «separatista», es decir, de solitario. Más adelante, cuando contempla con tristeza el saqueo por los americanos de la República, dice:

Yo soy un poco pensativo a veces. Aunque por gusto no pienso las cosas. Ellas vienen a mí y para sacármelas tiene que pasar un terremoto.
// Lo que más me ha salvado es que me he callado, porque no se puede confiar. El que confía mucho se hunde solo.

Este cimarrón pensativo, amante de la soledad, capaz de sobrevivir sin depender de nadie, que prefiere ver las cosas de lejos, desde una distancia juiciosa, filosófica, desconfiada, a veces muy crítica, se hace verosímil como narrador de la doble epopeya, fabulosa e histórica, de la

nación. Su palabra deja de ser individual para crecer y convertirse en una voz mayor, digna de los profetas, casi bíblica. Por esta razón, cada anécdota que cuenta, cada conclusión que desliza, sorprenden, resplandecen, y es que se refieren, al decir de Moreno, a *hechos vivos*.

Biografía de un cimarrón nos instala en una zona de la cubanía que la República neocolonial –tan groseramente racista– había desdeñado y marginado, con una visión blanca, europeizada o yancófila, que la Revolución heredó y contra la que tuvo que batallar. Y Miguel, inspirado por su maestro Fernando Ortiz, estuvo en la primera línea de esa batalla. Y una de las armas más formidables de la labor descolonizadora, antirracista, de apropiación plena y altiva de nuestra herencia africana, fue este libro. En él redescubrimos una cosmología que –como decía Lezama– rebasa «la causalidad aristotélica» para revelarnos conexiones que Occidente ignora y hasta fórmulas de entenderse a sí mismo y a su entorno practicadas por el cubano desde que dejó de ser «criollo» para ser otra cosa.

En medio del torrente de estereotipos y trivialidad que caracteriza el clima cultural o seudo-cultural del presente, la voz de Esteban Montejo, con tanta fuerza, con tanta autenticidad, con tanta fe, adquiere un peso y una gravedad emocionantes. Y le creemos, sí, le creemos todo lo que dice, porque habla desde el sitio incommovible de sus certidumbres más hondas.

Creemos, con él, que hay que cuidarse del pequeño y rápido chicherekú, porque está «ligado con mayombe y con muerto» y «es peligroso»; que es posible conquistar a una mujer a través de tabaco molido y mezclado con «una mosca [...] verde»; que los majases «duraban mil y pico de años» y luego «se volvían serpientes y se iban

a hacer vida de mar como cualquier otro pez»; que «la calvicie la trajeron a Cuba los gallegos»; que «el alma en el sueño se va para afuera» y «[l]o deja a uno vacío»; que lo más importante en materia espiritual es «el Ángel de la Guarda», que «está por arriba del alma y del corazón, siempre al pie de uno, cuidándolo a uno y viéndolo todo. Por nada del mundo se va». Y, por supuesto, sabemos que no se aparta ni un milímetro de la verdad cuando hace explícito su orgullo por la valentía de su tropa, «que sirvió de ejemplo»: «Nosotros tuvimos coraje y pusimos a la revolución por arriba de todo. Esa es la verdad».

Miguel y Esteban Montejo lograron construir a partir de sus diálogos este monólogo eterno, que es la primera novela-testimonio. Sí, no lo dudo, pero es sin ninguna duda más que eso. Hay algo en este libro que lo aproxima a un extenso poema de fundación, sagrado, legendario, épico e íntimo a la vez. El denso y rico componente espiritual del texto, la ancha mirada del protagonista sobre lo visible y lo invisible de la Isla, sus juicios, sus vivencias, sus máximas, que caen, aquí y allá, como tajos, fundan un paisaje que tiene que ver con rasgos medulares de lo que fuimos y de lo que somos.

Hasta la primera noticia de Esteban Montejo llega al joven Barnet con cierto halo mágico. No lo descubrió rebuscando en el Archivo Nacional ni en ningún legajo empolvado. Lo vio, casi por casualidad, según atestigua el propio autor, en un periódico, y le llamó la atención que confesara haber sido cimarrón y en particular le atrajeron sus ojos, «unos ojos grandes, muy expresivos [...], aquella mirada, tan incisiva». Cuando Esteban Montejo le hace saber que se aproximaba su cumpleaños (el 26 de diciembre, día de San Esteban), se estrena una nueva complicidad entre ellos: «Después de todo [dice Miguel], sus

mecanismos de defensa y los míos no eran tan diferentes. Cada uno por razones distintas era un solitario, y por qué no, un cimarrón. Y eso nos identificó a la larga. No fue el Tarot, no fue la astrología, fue la vida la que nos unió».

Miguel no solo encontró en Esteban un personaje luminoso: halló, con él, otro modo de contar la historia, otra cronología, conectada con la subjetividad popular. El propio Miguel nos explica cómo se le ocurrió la forma de organizar el libro en el largo viaje en guagua desde el Hogar del Veterano, en la Vibora, hasta su casa en El Vedado. Así, nos dice,

organicé un libro linealmente. Una historia cronológica, pero cuya cronología estaba marcada, no por fechas históricas, sino por hechos y acontecimientos sociales que estaban dentro de la leyenda, dentro de la mitología, dentro de un sistema de valores muy diferentes al sistema que habían empleado tradicionalmente los historiadores. Me basaba en los hechos, repito, que habían dejado una marca poética en la gente.

Resulta especialmente impresionante el tratamiento que se le da en el libro a un hecho muy dramático, que dejó una huella definitiva en Esteban, en sus contemporáneos y en las generaciones que vinieron después: la intervención del Imperio yanqui en la guerra y la ocupación de Cuba. Hace más intensa y apasionante la descripción del momento el punto de vista que se adopta: el de un mambí negro sin formación política alguna, que ha luchado por la libertad de su país desde sus impulsos más puros y contempla la jugada canallesca de los interventores, no a partir de una visión antimperialista madura y meditada, sino de la mirada limpia, instintiva, sencilla, de un combatiente que percibe

la infamia. Para Esteban, lo que «los americanos... querían era cogerse lo mejor del pastel...».

Después la mayoría de la gente dice que los americanos eran lo más podrido. Y yo estoy de acuerdo; eran lo más podrido. Pero hay que pensar que los blancos criollos fueron tan culpables como ellos, porque se dejaron mangonear en su propia tierra. Todos, los coroneles y los limpia pisos. // ¿Por qué la población no se rebeló cuando lo del *Maine*? Y nada de cuentos de camino, aquí el más pinto sabía que el *Maine* lo habían volado ellos mismos para meterse en la guerra. Si ahí la gente se hubiera revirado, todo hubiera sido distinto. No hubieran ocurrido tantas cosas. Pero a la hora de los mameyes nadie echó cuerpo ni palabra. Máximo Gómez, que para mí que sabía algo, se calló y se murió con el secreto. En mi interior yo pienso así y que me caiga muerto si digo mentira.

Resulta turbadora y punzante la pregunta que se hace, desde su visión, desde su punto de vista, un mambí como Esteban Montejo: ¿la historia de Cuba podría haber sido otra? Hay advertencias sobre los yanquis en *Biografía de un cimarrón* que lanzan Miguel y Esteban Montejo hacia el futuro, hacia este presente que estamos viviendo. Un momento particularmente riesgoso, en que se estructura de manera evidente el neofascismo más agresivo y apunta sus armas contra Cuba y contra toda causa digna de nuestra América y del mundo.

2

En esta segunda parte, quiero hablar un poco de Miguel como editor de libros y revistas, como

promotor cultural, como dirigente en el campo de la cultura. Y es que, aparte de sus novelas, de sus cuentos, de su poesía, de sus ensayos, este creador, este investigador-poeta, ha ido entregándonos una obra de muchísimo valor con su trabajo al frente de la Fundación Fernando Ortiz —nacida en 1995—, que ha cubierto un campo que ninguna institución había atendido en realidad en toda su dimensión. Resulta imposible comprender los fundamentos, los ingredientes, que han nutrido al ser cubano, que lo conforman en ese proceso dinámico en perpetuo movimiento y renovación que es nuestra identidad, sin acudir a la espléndida colección de libros *La fuente viva*, a la revista *Catauro* y, en general, a las publicaciones de la Fundación. Miguel formó un equipo pequeño de colaboradores y en pocos años ha levantado una catedral admirable. La cultura contemporánea cubana cuenta, gracias a la Fundación Fernando Ortiz, con un verdadero paradigma, un modelo, asociados a la coherencia, a la hondura, a la seriedad, al culto a la tradición y a la memoria y al propio tiempo a una mirada alerta hacia los fenómenos más recientes. Y esto se debe en primerísimo lugar a la visión tan clara que ha tenido Miguel y a su liderazgo.

Entre aquel joven que fue al Hogar del Veterano a conocer a Esteban Montejo y el intelectual ya premiado y reconocido nacional e internacionalmente que creó la Fundación Fernando Ortiz, pasaron obviamente muchos años y muchas aventuras vitales e intelectuales; pero entre los dos, entre el Miguel de 1963 y el de 1995, hay un núcleo común que se ha mantenido inalterable y que sigue hasta hoy, hasta este 2018, donde conviven en él la avidez del investigador por llegar más y más al fondo de su objeto de estudio, el anhelo del cazador de sueños, del poeta, que toma

sin titubeos los caminos hacia donde apuntan sus percepciones, el amor por Cuba, por sus secretos, por sus héroes con nombres y apellidos y por sus héroes anónimos –como lo era Esteban Montejo hasta que se convirtió en el Cimarrón por antonomasia–, por su historia, por su pueblo.

Ese amor por Cuba llevó también a Miguel a situarse, sin medias tintas, muy tempranamente, en la vanguardia intelectual revolucionaria. Aunque sufrió aquellos años de distorsión de la política cultural trazada por Fidel en *Palabras a los intelectuales*, jamás permitió que nada ni nadie lo alejara de la causa emancipadora que había abrazado desde que era un adolescente. Ha detestado invariablemente, por principios, las actitudes quejosas y de autocompasión. Ha puesto siempre, como la tropa mambisa de Esteban Montejo, «la revolución por arriba de todo». Su lealtad hacia la Cuba renacida en 1959 no ha conocido dudas ni vacilaciones. Con valentía, con brillantez, con su indiscutido prestigio literario, Miguel ha defendido a nuestra patria en los más complejos escenarios internacionales, en aquella manipulada Comisión de Derechos Humanos de la Onu, en el Comité Ejecutivo de la Unesco, en la Cumbre de Panamá, en el Foro de la Sociedad Civil, donde estuvimos juntos.

Tuve el privilegio de trabajar muy cerca de él, con Graziella [Pogolotti], con Enrique [Núñez Rodríguez], con otros compañeros muy queridos, cuando, a finales de los ochenta, se constituyó la comisión organizadora del IV Congreso de la Uneac, y luego, durante buena parte de los noventa, en aquella etapa tan difícil, de tanto desconcierto, en medio de una situación tan dramática, bajo las consecuencias económicas y morales del derrumbe del llamado «socialismo real». Nos tocó presenciar el *show* de oportunistas y arrepentidos,

de los que querían marcar distancia de la Revolución, de los que cambiaron de casaca. Hubo que hacer un esfuerzo tremendo, desgastante, para intentar que no se rompiera la comunicación con la vanguardia intelectual y artística; inventamos las *plaquettes* a falta de libros y aquel movimiento de los coordinadores municipales; inventamos miles de cosas, algunas útiles, otras no sé; rescatamos *La Gaceta* de la Uneac y sus concursos de cuento y poesía; recorrimos el país de una asamblea a otra, tratando de ayudar en alguna medida a «salvar la cultura», como nos pedía Fidel, cuando parecía que nada podía salvarse; vivimos días de incertidumbre; y nos ayudó mucho, enormemente, la cercanía de Fidel.

En esa coyuntura conocí mejor la faceta de Miguel más propiamente ética, que tiene que ver con su radical compromiso revolucionario. En esos días tan tensos lo admiré y lo quise más.

3

Esta tercera parte es, digamos, más exótica. Tiene que ver con una pausa extraña, sorpresiva, en medio de aquellos tiempos turbulentos de principios de los noventa, y que sirve para acercarnos a otras facetas de Miguel y del Esteban Montejo que lo acompaña a todas partes. Estábamos en la Uneac, juntos, reunidos, abrumados, sin electricidad, tomando té de caña santa, a falta de otra cosa, cuando se presentó de pronto un viaje a China, a una especie de Festival de las Artes Folclóricas. Aquí, en Cuba, un viaje al extranjero siempre ha sido recibido como una buena noticia, como un guiño benévolo del destino; pero en aquellos momentos venía a ser un regalo incalculable de la providencia. («El respeto al viaje ajeno es la paz», decía por entonces Codina).

La Federación china que organizaba el evento invitó a una delegación de la Uneac que integramos Miguel, una compañera de Relaciones Internacionales, el Trío Taicuba y yo. Allí conocí bien a Cataneo, que era una fiesta, más allá de la música, por su gracia natural, por su sentido del humor. Al principio andábamos un poco acomplejados; porque las demás delegaciones llevaron grupos folclóricos multitudinarios, con gente muy joven, trajes vistosos, lentejuelas, aparataje escénico, trompetas, serpentinas, tambores inmensos, y nosotros teníamos a Cataneo y a los otros dos compañeros de Taicuba, con sus guayaberas pálidas, muy lavadas, y sus muchos años.

Pero el ángel de la jiribilla vino a salvarnos una vez más: Taicuba interpretó en la inauguración «La paloma», que en China todo el mundo se la sabe (o se la sabía en esa época) y todos creen que es cubana. La corearon, fue una locura. Recuerden que esa canción habla de un hombre que salió de La Habana y lo acompañó una «chinita». Y la canción dice «ay... vente conmigo, chinita, adonde vivo yo», etcétera. Esta canción, que es una habanera, según supe después, la compuso un músico vasco, Sebastián Iriarte, y la popularizaron el Trío Los Panchos y un montón de gente más. El caso es que los más aplaudidos de todo el festival fueron nuestros músicos, y, cuando se acabó el evento, y Miguel y yo y la compañera de Relaciones Internacionales regresamos, Taicuba se quedó y recorrió toda China con «La paloma» como estandarte (yo les sugerí que no se pusieran a aclarar que no era una canción estrictamente cubana).

En China vimos muchas cosas grandiosas, increíbles, pero pensamos todo el tiempo en Cuba. En la Cuba sola y bloqueada y hostigada que empezaba a adentrarse en el Período

Especial. Allá comprendí cuánto del Cimarrón habitaba en Miguel. Y es que él fue reclamando protección para Cuba a todos los dioses de China y del Oriente, a San Fan Kong (el changó chino), a Confucio, a Lao Tsé, al poeta Li Tai Po, al yin y al yang. Lo hizo de pie sobre la piedra sagrada de la Ciudad Prohibida, desde donde elevaban sus plegarias los emperadores; lo hizo tocando a las puertas de templos budistas, taoístas, de cualquier religión, en la Muralla China, en cualquier parte. Y siempre, siempre, en aquellas oraciones de Miguel, el primer convocado, el mediador por excelencia entre el mundo de acá y el ámbito de los inframundos recónditos, era el espíritu de Esteban Montejo (quien, por cierto, hace continuas referencias a los chinos en su biografía y es, como dice Miguel en el texto ya citado de 1997, «un espíritu que me acompaña»).

(Descubrí también otra cosa: aunque Miguel, que es un viajero empedernido, decía que aquel era su primer viaje a China, ya él, quizá en una reencarnación anterior, había estado allí. Se sentía demasiado cómodo entre jardines, pagodas y jarrones milenarios. Se compró, incluso, con unos derechos de autor que le pagaron, una réplica de las túnicas de seda que usaba el primer emperador legendario de la Dinastía Han. Una curiosa anticipación de este regalo que se hizo Miguel a sí mismo lo encontré en su poema «Memorándum IV», donde confiesa que «*ahora mismo lo único que se me ocurre / es defender el kimono azul de Julián del Casal / y la libertad de sus garabatos japoneses*». Recuerdo que Miguel se estrenó la túnica en una reunión informal de la delegación, y le causó una verdadera conmoción a la compañera de Relaciones Internacionales, que estaba tratando de comprar unos zapatos baratos, los más baratos, para su

nieto. No podía comprender, en su obsesión, lo que pudiera llamarse «el refinamiento de lo inútil» que exhibía Miguel).

Hubo un solo desencuentro, digamos, gastronómico-cultural, entre Miguel y China: la comida era deliciosa, pero no existían los postres. La propia palabra «postre» no existe en ninguno de los idiomas que se hablan en ese país asiático. Después de muchos reclamos, le trajeron, de algún rincón de la cocina del hotel, una panetela ininteligible, con cierto sabor azucarado muy distante. Miguel la probó e hizo un comentario muy propio de Esteban Montejo (donde lo pragmático y lo mitológico se juntan a menudo en un chispazo genial): «Si me dejaran poner aquí en Pekín una dulcería, iba a vender arroz con leche, dulce de coco, casquitos de guayaba, y me hacía millonario».

En Shanghái nos llevaron a un circo antiguo. Un anfiteatro circular, todo de madera. A mí nunca me gustó demasiado el circo, ni siquiera de niño; pero aquel espectáculo tenía algo de prodigioso, acróbatas que flotaban en el aire durante largos minutos, contorsionistas anudadas sobre sí mismas de un modo inigualable, cabriolas insólitas. (Por cierto, Esteban Montejo siente una curiosidad particular por lo que él llama el «teatro de chinos», donde «hacían murumacas y se encaramaban unos arriba de los otros». También alude a unas fiestas de chinos en Sagua la Grande en que podían convertir un papel quemado, hecho cenizas, en «cintas de colores» y otras maravillas. Y concluye: «Yo sé que los chinos hipnotizaban al público. Ellos siempre han tenido esa facultad. Es el fundamento de la religión en China»).

Creo que el número final en el espectáculo del circo de Shanghái era el del mago. Hizo colgar

una jaula cuadrada, de barrotes, en el escenario, a tres metros de altura, donde estaba encerrada una muchacha; envolvió la jaula con un paño; gesticuló sobriamente y emitió en chino algún conjuro (parece que los magos chinos no usan varitas); haló el paño desde abajo y, no sé cómo, todos vimos que la muchacha se había convertido en un gigantesco perro muy lanudo. Yo me quedé preguntándome, mientras el público aplaudía, de pie, frenéticamente, cómo, por dónde, por qué vía secreta, podía haber salido la muchacha de aquella jaula colgante, rodeada por miles de ojos, y cómo había ocupado su lugar el perro. Le pregunté a Miguel cuál pensaba él que sería la explicación racional para aquel milagro, y me respondió: «Hay una sola explicación racional: la muchacha se convirtió en perro». Esteban Montejo habría respondido lo mismo, o quizá nos hubiera dicho que habíamos sido víctimas de la hipnosis.

Quiero leer precisamente uno de sus poemas chinos, un poema bellísimo, donde Miguel reconstruye libremente sus diálogos con el traductor que nos acompañó durante todo el viaje. Sus preguntas, como es obvio, no son las propias de un turista; sino, como diría Alejo, de un investigador poeta:

Pregunté qué fruta era esa / que colgaba en ramos de un árbol / tan fino como las venas de la princesa Fu Peng / —Ciruelas, me contestó el edecán. // Pregunté si la grulla esculpida / a las puertas del Pabellón de las Bodas / era de jade legítimo / —No hay otro, me contestó el edecán. // Pregunté a la hora de la cena / si la raíz de loto era realmente / la comida preferida de la emperatriz / —Lo era, me contestó el edecán. // Pregunté, al pie de la muralla, / si la sangre derramada

*allí por millones de hombres / que dejaron
sus casas enlutadas no era un monumento /
a la historia de China. /—Lo es, me contestó,
grave, el edecán. / Pregunté si aquel dragón
tallado en la piedra / era un símbolo imperial
/—Lo es, me contestó el edecán. // Pregunté
si era un dragón con cabeza de león / o un
león con cabeza de dragón /—Lo es y no lo
es, me contestó con ironía el edecán.*

¿Es el *Cimarrón* una novela? Lo es y no lo es,
contestaría el edecán. ¿Es un libro testimonial?
Lo es y no lo es. ¿Es un canto, un poema, el dic-
tado de un espíritu? Lo es y no lo es. ¿Y qué es
finalmente el autor homenajeado hoy por la Casa
de las Américas? ¿Poeta, etnógrafo, demiurgo,
médium superdotado, un tenor afinadísimo (el
mejor intérprete de «Una rosa de Francia»)? Lo
es, todo eso lo es, contestaría el edecán. **C**



HILARIO MENDÍVIL: Fiestas tradicionales del Cuzco. Óleo/telas, 300 x 70 cm.

Cuzco

NANCY MOREJÓN

Miguel Barnet y los laberintos de la fraternidad

*No es que las cosas me sean indiferentes
pero ya no juzgo.¹*

MIGUEL BARNET

La escritura de *Biografía de un cimarrón* (1966) fue una experiencia inigualable, nutridora, de la que salieron después todos los modos y estilos de la literatura de Miguel Barnet (La Habana, 1940). Sin embargo, la esencia más pura de la expresión poética de Barnet había nacido tres años antes, al aparecer su primer poemario *La piedrafina y el pavorreal* (1963), en donde afloran los primeros rasgos de lo que llamo «los laberintos de la fraternidad».

Como se sabe y ha sido reconocido en numerosos ámbitos literarios, Roberto Fernández Retamar aclamaba aquella poesía desnuda, clara, que ponía, ante todo, el acento sobre el habla coloquial de sus compatriotas así como los sustratos expresivos de esa fuerza telúrica que había llegado a la Isla, en las bodegas de los barcos negreros, con los africanos traídos a la fuerza para ser vendidos, revendidos, como objetos de uso, en un holocausto que todavía hoy observamos y estudiamos a diario.

Decía Roberto, en 1963, en la nota de contracubierta de la edición príncipe de *La piedrafina...*:

¹ Miguel Barnet: «Cuaderno de París», en *Itinerario inconcluso*, pról. y sel. de Gaetano Longo, La Habana, Ediciones Unión, 2007, p. 186.

De los poetas surgidos con posterioridad a la Revolución, con la cual se halla desde luego estrechamente identificado, Barnet es uno de los primeros en encontrar voz propia. En sus poemas las preocupaciones concretas que animan también sus estudios sobre el país, unidas a un penetrante lirismo directo, le permiten una mirada *cubana*, según su voluntad, dentro de una línea que puede ya considerarse característica de la expresión nacional.

En aquellos poemas, el poeta logra trazar para el lector común un discurso literario cuyo eje central era un fresco inaudito de personajes y escenarios, los más populares de la ciudad, que constituirían la base de su amor por el prójimo y donde anclara esa mirada suya.

Así que la tradición oral fue la columna vertebral del tratamiento del lenguaje, el cual, sin duda alguna, se alimentaba de recursos literarios provenientes de un estilo que legitimaba las más puras aspiraciones de toda una generación que ponía en práctica un arte poética que abogaba por la inserción en su cuerpo de elementos coloquiales ya emblemáticos en la obra, digamos, de José Zacarías Tallet.

El precepto de Tonde, oriundo de Palmira —un pequeño pueblo de la actual Cienfuegos, en el centro de nuestro archipiélago—, marcaba la diferencia de un cosmos en donde las culturas negras alcanzaban el protagonismo que, en siglos anteriores, habían obviado o negado los estudiosos y pensadores de la época. De Jack Blossom a Tonde se dibuja un arcoíris de fraternidad humana, de comprensión y de canto a la naturaleza tan ecológica como humana. Barnet se afiliaba a aquel precepto, en su raíz: «El cielo es inmenso, pero no pare yerba. / La tierra, la cosa está en la

tierra». Es como si, ahora mismo, escucháramos el parecer de un campesino ante las montañas de los Andes. La suerte estaba echada. Era nuestro destino.

«La sombra tranquila de las piedras»,² como evoca en su precursora imagen de la Isla, armaron el camino que ha recorrido el poeta para amasar un discurso literario siempre latente, siempre sobreviviente, en el musgo de las cosas cotidianas, en el sabor de la calle parlera, silbante, enardecida por los tambores de Miami, el solar contiguo, hasta alcanzar la libertad más transparente en medio de una de las poéticas más originales de su generación.

A partir de entonces asistimos a la creación de una poesía que se inserta por derecho propio en los vericuetos de una expresión coloquial, aquella que alimentara nada menos que «Conversación a mi padre», el extraordinario poema del autor de *Doble acento*, Eugenio Florit; o, por otra parte, la que propicia un cambio radical en nosotros, la que nace de los *Poemas de amor* de Nicolás Guillén y, tiempo después, la experiencia de Retamar en ese arco suyo que va desde «Palacio cotidiano» a «Felices los normales» en la historia contada y reconocida como antigua en su versión existencial.

Ese arco, esa elección de un arte poética volcada hacia las esencias no solo sociales del país, distinguen su oficio, el cual alcanza un esplendor inusitado en su segundo poemario, *La sagrada familia* (1967), cuya característica es fundar una cierta mirada crítica hacia sus propios orígenes de clase y, mediante un lenguaje depurado, establecer los presupuestos de lo que en esa misma

2 Ver Miguel Barnet: *La piedrafina y el pavorreal*, 2da. edición, La Habana, Ediciones Unión, 2013, p. 47.

década iba a reclamar el famoso Manifiesto de los doce, del primer *Caimán Barbudo*. Por otra parte, junto a *Enlloró* (1967), de Excilia Saldaña, y *Un arcoíris para el Occidente cristiano* (1967), del haitiano René Depestre, *La sagrada familia* renueva imágenes y, sobre todo, siembra la necesidad de observar nuestra identidad inseparable de su componente africano explorado, descubierto, establecido y defendido por la voluntad y el genio de don Fernando Ortiz quien, mucho antes, ya había propiciado espacios a los poetas de la tercera década del siglo xx junto a esos dos inmortales declamadores (que hoy serían sublimes *performers*) como lo han sido, en el siglo pasado, Eusebia Cosme y Luis Carbonell.

Miguel Barnet es un poeta del siglo xx con asombrosa conciencia de su pertenencia a un fantástico mundo habanero, ese que de alguna manera hemos compartido con Lourdes Casal (1938-1981) en su poemario *Palabras juntan Revolución* (Premio Casa de las Américas, 1981). Al igual que en los presupuestos estéticos de Lourdes Casal en este, su único poemario, Barnet despliega en su poética una fijación que se bifurca entre la ciudad de La Habana y el tránsito por ella de una mitología que no podía ser otra que la de los santeros cubanos. Los orishas alcanzan aquí un esplendor inusitado pues, por primera vez, están en el centro de una expresión poética marcada por los fuegos y las esperanzas de una convulsión que se instalara, por derecho propio, en la Isla y en el corazón de la mayoría de los cubanos. La Revolución del primero de enero nos puso ante un espejo para encontrar el perfil definitivo de nuestra identidad.

Entre dos categorías estilísticas –la adivinación y el olvido– ha transitado buena parte del arte poética de Miguel Barnet si las aplicamos de

forma exclusiva a sus poemas, lo cual, por otra parte, es la función principal de estas reflexiones escritas al amparo de la presente Semana de Autor, que propicia el acercamiento a prestigiosas figuras literarias de alcance continental.

Lo más importante que puedo afirmar hoy es que la escritura de Miguelito se ha ido forjando, afincándose en ellas, con una sorprendente libertad expresiva que lo impulsa a trasgredir caducos valores insertados en todo un mundo que fue desplomándose –lenta o vertiginosamente– a lo largo de seis décadas de cambios, convulsiones, adelantos, retrocesos y, de nuevo, adelantos.

Dinosaurios, cimarrones, niños con (sus) delirios a cuestas, nuevas banderas patrias, integran el imaginario de esas, sus poéticas.

Casi todo nació de *La piedrafina* y *el pavorreal* en todas las dimensiones posibles e imposibles. Hace unos días, en esta misma sala, escuché a una conferencista peruana que asistía al evento de lenguas indígenas; la colega afirmaba que «una lengua es una visión del mundo». Una oración sencilla pero contundente me retrotrajo a mi primera lectura de *La piedrafina...* Aquel título, asombroso en su original cubanía, nos puso delante la esencia del fenómeno religioso en nuestra cuenca regional. De sus entrañas, ya desacralizadas, brotaba una tabla de valores como la fuente viva de nuestra idiosincrasia. Así lo revelaron los estudios del haitiano Laënnec Hurbon ya en la década de los noventa.

El pensamiento por imágenes que irradiaba aquella poesía, recién nacida, nos adentraba no solo en los misterios de la creación sino en los de la adivinación en el sentido que enuncié anteriormente. Somos un crisol compuesto, básicamente, por elementos hispanos y africanos, inmersos en un complejo proceso de transculturación tal

como lo vieran Bronislaw Malinovski y Fernando Ortiz. No hay que descuidar en nuestra identidad un factor discreto pero firme como lo conformaron las migraciones de *coolies* llegados a Cuba, sobre todo, a fines del siglo XIX. Traídos mediante una trampa legal, integraron la desigual pirámide social del sistema esclavista; fueron una silenciosa alternativa que no los sacó de la condición de esclavos.

Los avatares de la charada china –oriunda de La Habana–, su mitología, su doble código de comunicación, alimentan, como incesante surtidor, uno de los títulos más hermosos y sensacionales de la poesía nacional durante la segunda mitad del siglo XX. El poeta escoge una señal del imaginario popular habanero, a la secreta cábala, enunciada en dos de los números más cotizados de un juego intransferible, solo intercambiable en los bares, las plazoletas, en los callejones circulares del barrio chino. Miguel nos instaló en las verdaderas raíces de la cultura popular habanera hasta reclamar sus raíces urbanas para irse transformando en un trotamundos que no ha parado de buscar su lugar, su rostro, en el planeta.

Andando el mundo, el poeta se entrega a la contemplación de la belleza histórica de monumentos pero sobre todo busca la leyenda aprendida en las aulas, en la inquietud, en la búsqueda de un lenguaje artístico que fuera el resumen de la huella europea, entre nosotros, a través de España, Italia y Francia. Como se sabe, en los años treinta, aparece el mito de la Ciudad Luz que cobijara la hermandad de nuestros poetas –en su vanguardia armónica– porque supieron defender una España inmersa en una lucha sin cuartel contra el fascismo. París no era tan solo una fiesta sino una entrega de compromiso

renovado. No por azar hace suyos los versos de Roberto Fernández Retamar cuando medita acerca de lo que es París:

*En cuanto veo un paisaje
ya lo quiero abandonar
y en el abandono*

me abandono yo mismo

*Escribió el poeta [RFR]: abandonar París es
abandonarse*

*En mi terca vocación de peregrino
hice de piedra esta verdad³*

El ejemplo de César Vallejo, Pablo Neruda y Nicolás Guillén alentó poemas y, más allá de la experiencia literaria propiamente dicha, trazó el diseño de una imagen del poeta en la avanzada a favor de la solidaridad y el mejoramiento humano. El poeta venía a ser alguien que convocaba las buenas conciencias para intentar fundar un mundo mejor. Junto a los tres nombres continentales, Barnet atendió y consideró en gran medida la lección ética de un poeta como Nazim Hikmet o el sacerdote trapense Ernesto Cardenal en su Solentiname irreversible.

Para terminar evocaré, en su totalidad, porque permaneció inédito hasta hoy un texto escrito en 2002 cuando le dedicaran a su obra la Feria del Libro en La Habana. Afirmaba yo:

Desde su planeta de seda, con un garbato rojo y negro, Miguel Barnet ha trazado ese hermoso camino hacia sí mismo, hacia nosotros mismos, que habíamos emprendido ya el largo camino hacia la Vía Láctea para llegar, de

3 Ver Miguel Barnet: «Cuaderno de París», en *Itinerario inconcluso...*, p. 192.

nuevo, a los claros del bosque en San Lorenzo y Alegría de Pío, buscando la sombra húmeda de los llanos occidentales. Ese camino suyo ha transitado por extraños lugares marcados por aguaceros a veces cálidos, a veces fríos, en donde nos hemos bañado los dos, como jimaguas traviosos, bajo el aliento de la piedra-fina y el pavorreal, dos signos imborrables del ingenio cubano. La buena estrella de Miguel Barnet duerme bajo la luna.

Generaciones enteras sucumbieron al sabor simultáneo de la jarana y el paseo inteligente. Un paseo inteligente no es más que un recodo habanero donde aparece la charada china como un telón de fondo para que intercambiamos abrazos, versos, bromas, risas, semblanzas, fuegos fatuos y prosas... En ese sitio amplio, se bifurcan los ánimos de las coristas –que no están preparadas para la muerte– cerca del Teatro Alhambra y, de cada zarzuela adormecida, va saliendo un silbido inmortal, el rumor de la densa manigua –con su espumoso Monte Carulé–, ya desbrozados con su talento de explorador incansable, con sus chaquetas cuatricolor, su trémula bufanda y la lengua que le ha prestado el fantasma risueño de Rita Montaner.

Anoche mismo fuimos al Prado y en medio de un torbellino ecuatorial, esperando los dos el paso de los Dandys, o el carretón nocturno de Mamá Perfecta, *Iñale bambolé, Iñale bambolé, Iñale bambolé*, me confesó abiertamente lo que, minutos antes, frente a una golondrina, le había confesado Albert Camus a René Char: «Siempre he puesto en lo que escribo toda mi vida y toda mi persona. Ignoro lo que puedan ser puros problemas intelectuales».

La buena estrella de Miguel Barnet duerme bajo la luna, bajo la fronda de Esteban Montejo. Por eso su letra fiel no es otra cosa que una flor de los vientos asida por la tierra, los astros y la Isla de Cuba. Por eso su letra incomparable sigue siendo la nube más blanca, la favorita del sol, la preferida de mis sueños...⁴

Puedo suscribir estas palabras, como aquella tarde, porque soy testigo de que con la obra de Miguel Barnet, se iniciaron, se colmaron, los laberintos de la fraternidad.

El Cerro, 25 de octubre, 2018 

⁴ Leído en San Carlos de La Cabaña el 8 de febrero de 2002.

El cimarrón revisitado

Nunca había escrito sobre *Biografía de un cimarrón*. En diversas ocasiones había comentado acerca de las cualidades de este libro, de su carácter fundacional; en conversaciones con amigos y, sobre todo, con jóvenes narradores en nuestros cursos de técnicas narrativas, siempre lo hemos mencionado como un paradigma dentro de lo que se dio en llamar, en la década del sesenta, el género testimonio, sobre todo porque desde su aparición todas las opiniones en Cuba y en el extranjero habían coincidido en que se trataba de un libro excepcional, verdaderamente insólito, como si de pronto la historia, las páginas muertas, detenidas en un tiempo congelado, hecho de palabras, volvieran a la vida gracias, precisamente, a la magia de esas mismas palabras. Yo había leído su primera edición, aquel libro humilde y rústico de tapas moradas, en el propio 1966, y su lectura había quedado de alguna forma grabada en esa suerte de archivo literario mental que cualquiera de nosotros va conformando desde los primeros estudios.

Digo de alguna forma, porque si bien aquella primera lectura me había impresionado vivamente, no creo que mi nivel de formación literaria en aquellos momentos me permitiera valorar una obra de estas características con la debida profundidad. De este libro yo recordaba, por supuesto, la personalidad de Esteban

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Montejo, difícil de olvidar por demás, pues ilumina literalmente cada una de sus páginas, y el episodio de Cayito Álvarez, relacionado con la Guerra de Independencia, que me ofrecía una zona muy poco explorada en nuestra literatura de campaña y completaba algunas historias que en mi niñez yo había escuchado de labios de mi abuelo mambí. Unos años después, si la memoria no me engaña, en el documental *Hombres de Mal Tiempo* vi su imagen de viejo cimarrón reviviendo momentos de aquella batalla, en algunas memorables escenas recreadas (todavía recuerdo la del prisionero español que le llevan a Esteban para que él decida su suerte).

Pero los años van desdibujando los recuerdos, creando vacíos en la memoria literaria, borrando impresiones, atenuando detalles, y con el tiempo aquellas doscientas veinte páginas llenas de vida, sangre, dolor, soledad y rebeldía, fueron convirtiéndose para mí en solo dos nombres, Miguel Barnet, Esteban Montejo; y en una imagen: la de un negro solitario y hablador, esclavo primero, cimarrón después. Lo otro ya lo sabía: el libro fue, desde su aparición, un modelo, un clásico, parte del canon.

Entonces, recientemente, cayó en mis manos una nueva edición cubana de *Biografía de un cimarrón*, y sentí –misterios de la literatura o de las afinidades electivas– un invencible deseo de releerlo. Y no voy a andar con rodeos, o lo que es lo mismo, no voy a hacer literatura con lo que sucedió: quedé sencillamente deslumbrado.

Sé que no estoy diciendo nada nuevo, que con seguridad esto lo han dicho centenares, miles de lectores en todo el mundo. Pero yo quiero añadir mi testimonio personal, y sobre todo aquí, en esta Semana de Autor, justamente dedicada a Miguel

Barnet, y compartir con ustedes algunas reflexiones que esta nueva lectura, esta nueva visita a sus páginas, más de cincuenta años después de la primera edición, me han suscitado: reflexiones relacionadas con las técnicas narrativas empleadas en la escritura y composición del libro, y que pueden explicar –personaje o anécdotas a un lado– parte del encanto y del demoledor poder de persuasión de este libro.

Conversando con mi maestro Ambrosio Fornet hace algún tiempo, y haciéndolo partícipe de este entusiasmo renovado por *Biografía de un cimarrón*, yo le decía: en primer lugar, la elección del narrador en primera persona, puede parecer fácil: es decir, si Esteban Montejo es el que habla, si es su voz la que se oye, nada más sencillo que usar la primera persona, la persona típica –ya lo sabemos– para «testimoniar», para desnudar el yo autor, para ofrecer de manera directa, sin intermediarios, el mundo íntimo, emotivo, incluso sensorial, del personaje protagonista. Ahora bien, ¿este «yo» de la novela es Esteban Montejo? ¿Esa voz que narra en primera persona corresponde al Esteban Montejo grabado en la cinta magnetofónica, en las interminables entrevistas que sostuvo con él Miguel Barnet? Por supuesto que la respuesta es negativa. El propio Barnet ha asegurado que aunque la palabra de Esteban Montejo es «real», él tuvo que ordenar el relato, eliminar partes de este, e inclusive, en muchos casos, parafrasear lo dicho. O en otras palabras, ha tenido que traducir el discurso del cimarrón, lo que significa que la lectura que nosotros hacemos del libro es una lectura en segunda instancia, a pesar del relato en primera persona en el que el autor parece estar ausente.

Explicado así, es inevitable que surja la pregunta: pero, entonces, si el narrador no es estricto-

tamente Esteban Montejo, ¿es Miguel Barnet? Y tendríamos también que responder negativamente. Tampoco es estrictamente Miguel Barnet. Luego se trata de un narrador híbrido, o mejor, un narrador que se halla a medio camino entre el narrador real Esteban Montejo y el narrador ficticio Miguel Barnet (que la teoría llama «autor implícito» y que no debe confundirse con el escritor Miguel Barnet a quien dedicamos este panel). Manejar literariamente este narrador a lo largo de más de doscientas páginas, en perfecto equilibrio, es un verdadero *tour de force*. La operación ha consistido en cederle la voz al personaje eliminando parte de la individualidad del autor –sello distintivo de la ficción– y darle un sitio en la escritura a una voz que nunca lo tuvo. Al despersonalizarse el autor, al despojarse parcialmente de su individualidad, el relato gana en su carácter testimonial, es decir, se acerca a lo histórico en la medida en que se aleja de la ficción. De ahí que, analizada desde este punto de vista técnico, la elección del narrador, del punto de vista espacial, elemento absolutamente decisivo en la composición de la historia, tenemos que concluir que la denominación de novela-testimonio que le da Barnet a este tipo particular de relato es acertada.

¿Cómo lograr ese equilibrio? ¿Qué parte debe ser testimonial, qué ficción? ¿Qué fórmula seguir para obtener esa fusión sin costuras? ¿Cómo saber exactamente qué dijo en este libro el testimoniante y qué dijo el autor? Creo que las respuestas pertenecen a ese terreno difícilmente definible, a esa alquimia no codificada en ningún manual, que se denomina talento.

El secreto tal vez esté, me recordaba Fornet, en algo que Miguel Barnet escribió en *Canción de Rachel* (cito de memoria): «Esta es su histo-

ria, tal como ella me la contó a mí y como yo se la conté después a ella». En otras palabras, la técnica parece consistir en apropiarse del discurso del testimoniante, en apropiarse de la Historia, pasarla por el filtro de la sensibilidad y la imaginación del autor, es decir, por su poética, y devolverla transformada en material literario. Si la balanza se va de un solo lado, el resultado será o bien una obra del llamado género testimonio; o bien, una novela. Si se mantiene ese raro equilibrio que, como hemos visto, Miguel alcanza en *Biografía de un cimarrón*, estaremos en presencia de lo que él ha bautizado como novela-testimonio.

En cualquier caso, trátese de novela, testimonio o novela-testimonio, el siempre necesario poder de persuasión se obtiene en primer lugar mediante el tratamiento del lenguaje, elemento esencial de la forma. Y ya otros lo han dicho: el lenguaje escrito del cimarrón es tan convincente, reproduce con tal veracidad su discurso, lo caracteriza de forma tan eficaz, que a pesar de que el lector intuye que no es una copia fiel de lo grabado en la cinta, le llega con una eficacia abrumadora. La mano del autor, a pesar de que está ahí permanentemente (qué son si no las cursivas, las comillas, las notas al pie, además de la propia composición, selección y descodificación del relato), aparece como diluida en el tono, el ritmo, en la armonía de las frases. Es posible que en la historia de la literatura existan muchos ejemplos del empleo de un lenguaje que sin acudir al gastado expediente de los localismos y coloquialismos del habla popular, caractericen una personalidad, un pueblo, toda una cultura. En la literatura latinoamericana yo solo había conocido lo que hicieron José María Arguedas con el protagonista

quechua de su gran novela *Los ríos profundos*; Juan Rulfo con sus campesinos mexicanos de *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*; Guimarães Rosa con sus yagunzos de *Gran sertón: veredas*, y Onelio Jorge Cardoso con los campesinos y pescadores cubanos que cobran vida en sus mejores cuentos. A esta lista de colosos hay que agregar, con todo derecho, a Miguel Barnet con su *Biografía de un cimarrón*.

No puedo, por supuesto, agotar en un texto como este todos los recursos de los cuales se vale Miguel para dotar al relato de su inmensa carga persuasiva. Pero antes de terminar quisiera referirme a otro procedimiento técnico que mucho tiene que ver también con el manejo maestro del punto de vista. Ya hemos visto cómo la elección de la primera persona fue un acierto evidente, derivada de la propia naturaleza del material narrativo. Sin embargo, sabemos que el empleo de un solo punto de vista durante todo el relato resulta, muchas veces, aburrido y puede convertirse en un recurso monótono que conspira contra su eficacia. En *Biografía de un cimarrón*, sin que en ningún momento se abandone el punto de vista elegido, se produce una variedad de matices en la voz narradora que hacen pensar en el empleo de mudas del narrador que no se producen en la realidad. Veamos un ejemplo:

Cada vez que un africano hacía algo, lo hacía bien. Traía la receta de su tierra, del África. De lo que a mí más me gustaba, lo mejor eran las frituritas, que ya no vienen por vagancia. Por vagancia y por chapucería. La gente hoy no tiene gusto para hacer eso. Hacen unas comidas sin sal y sin manteca, que no valen un comino. Pero antes había que ver el cuidado que ponían, sobre todo las negras viejas, para

hacer chucherías. Las frituritas se vendían en la calle, en mesas de madera o en platones grandes que se llevaban en una canasta sobre la cabeza. Uno llamaba a una lucumisa y le decía: «Ma Petrona, Ma Dominga, venga acá». Ellas venían vestiditas todas de holán de hilo o de rusia muy limpias y contestaban: «El medio, hijito». Uno le daba un medio o dos y a comer frituritas de yuca, de carita, de malanga, buñuelos... veinte cosas más. A todas esas comidas les decían granjerías. Los días de fiestas salían más vendedores a la calle que en otros días. Pero si uno quería comer chucherías siempre había una vieja en un rincón con su anafe listo.

El ponche lo vendían igual en la calle que en la bodega. Más bien en la calle, los días de fiestas. Aquel ponche no se me podía olvidar. No tenía naranja, ni ron, ni nada de eso. Era a base de yemas de huevo puras, azúcar y aguardiente. Con eso bastaba. Se hacía metiendo todos los ingredientes en un depósito de barro o en una lata grande y batiéndolos con una maza de madera en forma de piña, a la que se le daba vueltas con las manos. Se removía bien y se tomaba. No se le podía echar claras, porque lo cortaba. A medio vendían el vaso. ¡Baratísimo! En los bautizos era muy corriente el ponche. Entre los africanos no faltaba nunca. Lo tomaban para alegrarse aunque la verdad es que los bautizos antiguamente eran alegres de por sí. Se convertían en una fiesta.

Los africanos tenían la costumbre de bautizar a sus hijos a los cuarenta días de nacidos. Entonces para ese día empezaban a recoger medios y más medios. Los niños tenían sus padrinos. Y los padrinos eran los llamados a llevar medios al bautizo. Cambiaban cente-

nes, doblones y demás monedas por medios. Cuando ya estaban abarrotados de medios empezaban a hacer unas cinticas de colores verde y punzó para amarrárselas a los medios, que tenían un huequito en el centro. Las muchachas eran las dadas a ensartar esas cintas. El día del bautizo llegaban muy risueños los padrinos con los bolsillos repletos de medios. Bolsillos parados como los de las esquifaciones. Después del bautizo y la comelata se iban al patio y allí llamaban a los niños, que salían corriendo como diablos. Cuando estaban todos reunidos, los padrinos tiraban los medios al aire y los pillines se volvían locos tratando de agarrarlos. Esa era otra gracia de aquella época. En Remedios se daba siempre. De ahí viene la frase: «Padrino, el medio». Yo fui padrino dos veces, pero no me acuerdo de mis ahijados. Todo se revuelve en la vida y unos se acuerdan de unos y otros no se acuerdan de otros. Así es. Contra eso no se puede hacer nada. La ingratitud existe y existe.

Este fragmento es característico de la variedad de enfoques que logra Barnet con el punto de vista del *Cimarrón*. El fragmento comienza con la descripción de la costumbre de las frituras y otras chucherías que se consumían en los días de fiesta. Obsérvese cómo en la segunda oración, se marca el punto de vista: «De lo que a mí más me gustaba». Después, el tono se va despersonalizando, tal parece que comienza a narrarse en tercera persona, por el tono objetivo, casi didáctico con que cuenta; esto se refuerza con el empleo del pronombre indeterminado *uno* en varias oraciones consecutivas. En medio de esa aparente narración en tercera persona (ya sabemos que no es así), cuando

describe la forma de hacer el ponche, todo de manera objetiva, introduce la exclamación: «¡Baratísimo!», que no es más que una variante del empleo del estilo indirecto libre, que nos acerca, sin penetrar en ella, a la intimidad del personaje narrador. Es decir, de la aparente tercera persona, se aproxima al terreno de la primera como para recordarnos que Esteban sigue siendo el narrador. El relato continúa en esa extraña primera-tercera persona, hasta que, a punto de volverse monótona esa descripción cuasiobjetiva, Barnet restablece el equilibrio cuando Montejo cierra el párrafo diciendo: «Yo fui padrino dos veces, pero no me acuerdo de mis ahijados». Y para hacer aún mayor la variedad de voces, introduce el llamado plano o nivel retórico para terminar con una sentencia: «Todo se revuelve en la vida y unos se acuerdan de unos y otros no se acuerdan de otros. Así es. Contra eso no se puede hacer nada. La ingratitud existe y existe».

El empleo de esta variedad de voces (dentro de un solo punto de vista) es una de las hazañas técnicas de este libro y se convierte en un verdadero sistema de composición. Como se ve, también desde el punto de vista técnico, *Biografía de un cimarrón* es una obra maestra.

Como temo que, si continúo con estas reflexiones, corro el riesgo de convertir mi intervención en un estudio académico —lo cual está muy lejos de mi intención— y como no quiero de ninguna manera agobiarlos, deseo solamente agregar que este texto es mi pequeña contribución al homenaje que hoy le rendimos a Miguel Barnet en esta Semana de Autor, y el testimonio de mi admiración en esta nueva visita a *Biografía de un cimarrón*, un clásico de la literatura cubana del siglo xx.

Miguel:

Hace ciento sesenta y cinco años, el 14 de agosto de 1853, Gustave Flaubert, después de apropiarse de la oscura historia de una suicida llamada Delphine Delamare, en carta a su amante Louise Collet escribe, a propósito del personaje protagonista de su obra maestra: «Madame Bo-

vary soy yo». Creo que por la misma razón que Flaubert, por haberle devuelto a tu personaje, enriquecida por tu talento y tu imaginación, la historia que él te contó, y por regalarnos para siempre a la literatura cubana y sus lectores una verdadera obra maestra, puedes decir con toda justicia: «Esteban Montejo soy yo». ©



ANÓNIMOS: Conjunto de iglesias y capillas. Cerámica modelada y engobada

Miguel Barnet, ¿también un hombre de cine?

Aunque el espacio es ideal y el tema bien interesante, existe un enemigo que impone su voluntad a toda costa: el tiempo. Por tal motivo, no me queda otro remedio que ser breve, pues en unos pocos minutos tendré que responder la pregunta que da título a mi intervención: *Miguel Barnet, ¿también un hombre de cine?*

Un collage en blanco y negro de imágenes en movimiento me hace recordar ahora el año 1963: ciclón Flora, muerte de Benny Moré, atentado al presidente John F. Kennedy, revuelo mundial de los Beatles con su disco *Please Please Me* y la publicación de un revelador poemario: *La piedrafina y el pavorreal*. He ahí el primer libro de Miguel Barnet, quien en aquel momento tenía veintitrés años. Lo traigo al ruedo para fijar, con toda intención, que estamos ante un escritor que tuvo, tiene y tendrá siempre en la poesía su emblema dominante. Para mí, y como parte de un proceso integrador ascendente, es la lírica el elemento sustancial que lo define. El Barnet poeta, dueño de un contenido síquico que lo hace orgánico desde la raíz, está en todas partes, donde alcanzan vuelo después los otros Migueles: el narrador, el etnólogo, el ensayista, el folclorista, el fabulista, el periodista y el promotor cultural por excelencia.

Decía Miguel hace ya varias décadas:

*Hay gentes como tú
 que se pasan la vida amando o maldiciendo
 Haciendo muecas y hablando solos
 en los pasillos oscuros
 Que toman un taxi
 se quejan, comen frutas y pájaros secos
 Dicen que la vida es algo terrible
 / o maravilloso
 No leen un poema
 pero se acarician el pelo y la cintura
 Gentes que devoran la Biblia,
 sin embargo,
 el Manifiesto Comunista acaso
 y un día se levantan
 con los estruendos habituales,
 dan un manotazo en la puerta,
 una víscera o un poco de ternura
 y mueren
 para que la Revolución no sea un montón
 de papeles y comience de nuevo.*

Y es así como el joven poeta, en el mismo 1963, hace su primera incursión en el cine: asesor del documental *Cuentos del Alhambra*, de Manuel Octavio Gómez. Tres años más tarde, convertido ya en un intelectual de alto calibre, escribe y publica *Biografía de un cimarrón*, una novela-testimonio que es hoy un auténtico mito literario, como también lo son, para gloria de la narrativa cubana, *Cecilia Valdés o La loma del ángel*, de Cirilo Villaverde; *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier; *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante; y *Paradiso*, de José Lezama Lima.

En el cine cubano de los años sesenta existía un hervidero intelectual sin precedentes, visualizándose una realidad de especial significado: muchos hombres de cine eran también hombres

de letras y muchos hombres de letras eran también hombres de cine. ¿Cómo no pensar entonces que Miguel Barnet continuaría acercándose a ese mundo? Su presencia en todo aquel universo irreplicable se hacía lógica, y yo diría que hasta necesaria, lo que me lleva a formular la siguiente pregunta: ¿fue solo una cuestión del azar que el rostro de Miguel Barnet apareciera en la película *Memorias del subdesarrollo*? Hablo de la antológica escena de la *mesa redonda*, presidida por Salvador Bueno y Edmundo Desnoes. La cámara, auxiliándose en los poderes de un paneo lento, muestra un plano del público asistente. Y es allí, con espejuelos casi oscuros, donde aparece Miguel Barnet, sentado a la derecha de otro muy talentoso joven: Ambrosio Fornet.

Memorias del subdesarrollo marcó el encuentro de Miguel Barnet con el cine. Porque ese año, dígase 1968, se estrena como guionista en el documental *Hombres de Mal Tiempo*, del realizador argentino Alejandro Saderman. De allá para acá, suman cincuenta años de un sostenido vínculo con el séptimo arte. Pero este vínculo hay que analizarlo en tres vertientes:

—Su trabajo directo como guionista, asesor o colaborador de documentales y largometrajes de ficción.

—La obra literaria de Barnet como soporte esencial de documentales y largometrajes de ficción.

—Elementos narrativos que le permiten a directores y guionistas de cine versionar su obra literaria.

Cuando analizamos la primera vertiente, hay un elemento cardinal que llama la atención: los directores con los que ha trabajado. Además de los ya mencionados Manuel Octavio Gómez y Saderman, aparecen otros de indudable valía:

Tomás Gutiérrez Alea, Juan Carlos Tabío, Enrique Pineda Barnet, Luis Felipe Bernaza, Sergio Giralt, Oscar Valdés, Mario Rivas, Miguel de los Santos, Jorge Perugorría y Rolando Almirante, este último como director del excelente documental *Miguel Barnet, un animal de sueños* (2008), de obligada referencia si de Migueles se trata.

En estos cincuenta años se cuentan más de quince colaboraciones directas; y, ajustándonos a la primera vertiente, no hay ninguna década que se quede vacía. Para demostrar un poco más lo que afirmo, recordaré algunos títulos:

–1969, documental *Boniteros*.

–1971, largometraje de ficción *Una pelea cubana contra los demonios*.

–1981, documental *El tercer descubridor*.

–1997, documental *Rita*.

–2011, documental *Cimarrón, historia de un esclavo*.

Viendo en el tiempo la segunda vertiente, se hace necesario detenernos en tres largometrajes:

–*Gallego* (1987), de Manuel Octavio Gómez, basado en la novela homónima, publicada en 1983.

–*La bella del Alhambra* (1989), de Enrique Pineda Barnet, basado en la novela *Canción de Rachel*, de 1969.

–*Fátima o El parque de la fraternidad* (2014), de Jorge Perugorría, basado en el cuento de igual nombre, aparecido en 2006.

Pero ya en la tercera vertiente, concentrada en aquellos elementos narrativos que le permiten a directores y guionistas de cine versionar la obra literaria de Miguel Barnet, se hace necesario explicar, desde mi propia experiencia, algunos aspectos que resultan determinantes. ¿Cuáles son entonces los principales elementos seduc-

tores? Habría que comenzar por la singularidad y originalidad que tienen los personajes protagónicos de Miguel Barnet. Para un director (o guionista) eso es fundamental, pues se trata de interlocutores que, además de sinceros e imaginativos, no son para nada predecibles. Sobre esos protagónicos recae siempre el interés psicológico de la obra. Sobre esos personajes recaen los rasgos psicológicos dominantes, y corresponde al director (o guionista) otorgarles un tratamiento dramático más extenso.

Miguel Barnet es un maestro en el arte de mantener la intensidad del conflicto a través de la acción, y es precisamente a través de esa acción que él va, poco a poco, caracterizando a sus personajes; algo que puede llegarnos a través de una disertación monológica, de un soliloquio o de un diálogo en cualquiera de sus variantes: discursiva, narrativa o telescópica. Por ejemplo, ¿puede existir un personaje más seductor que Esteban Montejo, o que Rachel, o que Fátima, o que Julián Meza? Este último es el protagonista de *La vida real* (1986), una novela que, de cumplirse los compromisos contraídos, también tendrá su versión cinematográfica el próximo año.

Director y guionista quedan hechizados con la armonía que Miguel Barnet le imprime al tiempo cronológico (y también al psicológico) de la historia, lo que a la vez permite al realizador de cine acudir a la retrospectiva en función de ir colocando en su lugar vasos comunicantes, patrones de cambios, datos escondidos, resúmenes y saltos cualitativos.

Si ya mencionamos como un elemento seductor los tiempos de la historia, también debemos referirnos al tiempo de la acción, que en el caso de Barnet nunca padecerá los

rigores de la eternidad plástica. Al director (o guionista) le fascina el ritmo, el movimiento, el poder contar una historia donde lo que impere sea el rugir enamorado de un tiempo específico y circular, única forma de tocar con las manos la llamada ley del interés: un comienzo que atrape, un punto medio que abra los márgenes

de la sugerencia y un final que permita el inicio de otra historia.

Pienso que a estas alturas ya está respondida la pregunta que le da título a mi intervención. Quede entonces registrada en esta sala una última frase: Miguel Barnet, el joven poeta del inicio, es también un hombre de cine. ■



ANÓNIMO: Cruz de techo. Latón pintado, 150 x 60 cm. Huancayo, Junín

Barnet radical

Antes incluso de leer este trabajo en el homenaje a Miguel Barnet en la Casa de las Américas, ya lo acompañaban murmuraciones. El título, escueto y tal vez chocante, tuvo la dicha de la curiosidad pero también el defecto de la sospecha. ¿Qué predicaba el adjetivo acerca del homenajeado en este dossier, el imprescindible Miguel Barnet? Le faltaba el tradicional subtítulo académico que aclara las cosas, que concreta el análisis. No dejé de advertir el peligro de una palabra espinosa —«radical»— que en lugar de llevarme a la raíz de los problemas, podía hacer que me fuera por las ramas. ¿Por qué, en la Cuba que discutía entonces la reforma constitucional, discutir sobre radicalización a propósito de la literatura testimonial? Comencé, por tanto, de forma inductiva, para mantener el tono de intriga que mi comunicación había despertado hasta entonces entre los compañeros de la Isla, descartando primero posibles explicaciones que podían intuirse o presuponerse en el título.

Radical fue, por ejemplo, la espontánea toma de la Escuela de Publicidad en enero del 59 y con brazaletes del 26 de Julio por Barnet y su amigo Frank Pérez,¹ quizá porque, como dicen

¹ El testimonio de este asalto por sus protagonistas se encuentra en el documental de Rolando Almirante *Miguel Barnet: un animal de sueños* (2008).

Julián y Miguel en *La vida real*, «una idea en dos cabezas no hay quien la pare».² Radical ha sido también la creación de una obra en prosa tan personal a base, paradójicamente, de reconstruir las voces de otros, de *impostarlas* —entendido este verbo en su pleno sentido musical. Quizá el hecho de haber sido solista de coro explique su maestría para controlar el nivel y la intensidad de las voces a las que presta escritura. En la biografía y la escritura de Miguel Barnet, por tanto, nos topamos con sendas ideas de lo que significa radical, probablemente no complementarias entre sí, pero no por ello dejamos de estar de acuerdo con la radicalidad de ambas. Cada una presupone una concepción casi espacial de lo radical, una topología diferente en cada caso. Afirmamos que la toma de la Escuela es un acto radical porque lo imaginamos como al extremo de un *continuum* de formas de la acción política; presuponemos ese *continuum* de posibles acciones e ideas desde lo menos «atrevido», digamos, a lo más radical o «extremo», una visión de clara impronta liberal y parlamentaria —de la derecha a la izquierda— que favorece el centrismo aristotélico y moralista del *aurea mediocritas*. Pensar desde esta topología no me interesa, porque tiene en su interior una lógica que la obra en prosa del propio Barnet contribuyó a desplazar.

No es, pues, en lo biográfico que encuentro una radicalidad necesaria y elocuente para nuestro presente. Por su parte, mucho se ha hablado, brillantemente en ocasiones, sobre la radicalidad de la obra de Barnet; de la importancia de *Biografía de un Cimarrón* y el ciclo de la llamada novela-testimonio. Se ha discutido acerca de

2 Miguel Barnet: *La vida real*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1986, p. 204.

si inauguró o no la literatura documental en la América Latina; sobre su hibridez discursiva y sobre su pertenencia disciplinar, al ofrecer verdad y ficción, historia y literatura; sobre la novedad de sus temas, de los testimonios tratados como arquetipos de lo cubano: ¿cómo entender si no el ciclo de textos sobre el exilio revolucionario en que se inserta *La vida real*, como los textos del Grupo Areíto o la publicación de la poesía de Lourdes Casal por esta Casa?³ ¿Leeríamos igual los relatos de *Recuerdos secretos de dos mujeres públicas* de Tomás Fernández Robaina, sin la publicación anterior de *Canción de Rachel*? Todas estas discusiones apuntan sin duda a un Barnet que sería radical en tanto que *original*, iniciador y rompedor a un tiempo. Una radicalidad que arranca de cuajo las raíces de lo establecido. Ambas palabras, al fin y al cabo, *origen* y *radical* ostentan la paradójica polisemia de significar a un tiempo el regreso y la ruptura; la confirmación de los principios y la persecución incondicional de los fines defendidos.

Sin embargo, esas mismas discusiones críticas parecen indicar una dificultad para aceptar una originalidad total, incuestionada. De hecho,

3 En 1978, la Casa de las Américas otorgó el Premio Extraordinario de la Juventud en Nuestra América al testimonio *Contra viento y marea*, de miembros de la revista neoyorquina *Areíto*. Tres años después, y como homenaje póstumo, la institución premió y publicó *Palabras juntan revolución*, de Lourdes Casal, otra exiliada en los Estados Unidos acosada por su explícita simpatía con la Revolución Cubana. Para la notoriedad y animadversión política y creativa alcanzadas por esta comunidad, ver el capítulo «Writers and Scholars in Exile», en María Cristina García: *Havana USA: Cuban Exiles and Cuban Americans in South Florida, 1959-1994*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 1996, pp. 199 y ss.

la misma proliferación de los debates en torno a la obra de Barnet parece tener como primera pregunta determinar esa originalidad. Ya en «El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica», de Carlos Rincón, se hablaba de «síntomas» que habían presagiado al *Cimarrón*.⁴ Formalmente –voz narrativa, temas, estructura– es difícil declarar una novedad absoluta en esta novela-testimonio; de hecho, es precisamente esta falta la que permitió la construcción de un paradigma identitario latinoamericano al interior de la historiografía de la literatura en la región que rescataba el testimonio, la crónica, la carta de relación coloniales, etcétera. como géneros ligados formalmente en una genealogía que desembocaba en la *Biografía* y el «boom» del testimonio. Por lo mismo, entonces, tampoco apelando a la categoría de tradición literaria (o de su ruptura) hemos podido concretar, creo, la radicalidad de Barnet.

Ni forma ni género ni genealogía, pues, han sido categorías de análisis que acierten a encontrar el lugar de una originalidad que todos reconocemos y celebramos en este dossier. Debemos probar con la segunda discusión crítica más productiva, espoleada por la obra de Barnet. Al fin y al cabo, la originalidad o radicalidad de una obra también se mide por las preguntas y desconciertos que genera a la teoría que hasta ese momento podía explicarla.

Esta es, sin dudas, la pregunta por la *legitimidad*. *Biografía de un cimarrón*, *Canción de Rachel*, *Gallego* o *La vida real* nos presentan voces y relatos apropiados por Barnet. La legitimidad del relato no se reduce solo a la veracidad

4 Carlos Rincón: *El cambio actual de la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

de los hechos testimoniados sino también al carácter de representación por Barnet de la voz de los personajes, en lo que ha sido un problema conceptual y ético para la disciplina por décadas, alcanzando su pico en las conocidas diatribas contra el testimonio de Rigoberta Menchú y el trabajo crítico e ideológico de John Beverly en la academia norteamericana.⁵

En esta dificultad explicativa de la teoría *radical*, literalmente, la originalidad de Barnet. Pero tan erróneo ha sido complicarse con problemas categóricos como con problemas de legitimidad, pues estos últimos presuponen la voluntad *representativa* de los textos de este autor. No han ayudado, en mi opinión, sus declaraciones respecto a la labor de dador de voz a la «gente sin historia», al mismo tiempo que se escogen, como afirmó en una entrevista, «personajes típicos de la cultura nacional en diferentes tiempos». ⁶ A pesar de esto, no considero obvio que las novelas de Barnet tengan una voluntad representacional o, mejor dicho: no creo que el éxito de ellas mismas en su recepción, lugar indiscutible de esa sensación de originalidad, esté basado en un horizonte de expectativas representacionales.

En las últimas décadas, el filósofo Jacques Rancière se ha preocupado por profundizar en

5 La disputa en estos términos entre el antropólogo David Stoll y el crítico John Beverly fue resumida y discutida en detalle por este último en el capítulo «¿Nuestra Rigoberta? Autoridad cultural y poder de gestión del subalterno» de su libro *Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural*, trad. de Marlene Beiza y Sergio Villalobos-Ruminott, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2004, pp.103-126.

6 Jorge L. Bernard y Juan A. Pola: *Quiénes escriben en Cuba: Responden los narradores*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985, p. 69.

las coincidencias entre política y estética, y, especialmente, en la verdadera impronta de la segunda sobre la primera. Partiendo de un problema de filosofía del lenguaje tan complejo y tan transitado como la mereología, Rancière propone el concepto de *distribución de lo sensible* como la función principal de la política y de la estética a un tiempo: «Un sistema de hechos evidentes de percepción sensorial que simultáneamente devela la existencia de algo en común y las delimitaciones que definen las respectivas partes y posiciones en su interior».⁷

La estética [nos dice en otro lugar] puede entenderse [...] como el sistema de formas *a priori* que determinan qué se presenta a la experiencia sensible [y qué no]. Es una delimitación de espacios y tiempos, de lo visible y de lo invisible, de lenguaje y ruido [...]. La política –por su parte– gira en torno a qué se ve y qué puede decirse acerca de ello, en torno a quién tiene la habilidad para ver y talento para hablar, en torno a las propiedades del espacio y las posibilidades del tiempo.⁸

Rancière nos ofrece, entonces, indirectamente una respuesta a los debates sobre la legitimidad de la obra barnetiana recolocando la discusión de este problema en los orígenes del pensamiento occidental y en la universalidad del acto de escribir. Para Platón la escritura «disturba una partición clara de identidades, actividades y espacios», ya que «vagando sin meta, sin saber a quién

7 Jacques Rancière: *The Politics of Aesthetics: The Distribution of the Sensible*, trad. de Gabriel Rockhill, London-New York, Continuum, 2004, p. 12. Todas las traducciones al español son mías.

8 *Ibid.*, p. 13.

hablar o a quién no hablar, la escritura destruye todo fundamento legítimo de la circulación de palabras, de la relación entre los efectos del lenguaje y la posición de los cuerpos en un espacio compartido».⁹ Este problema –platónico y, como vemos, contemporáneo a mucha de la crítica de la obra de Barnet– es solo tal problema dentro de un determinado «régimen» de distribución de lo sensible. Rancière, preocupado desde los ochenta por cuestiones de democracia,¹⁰ entiende que estos regímenes «estructuran la manera en que las artes pueden ser percibidas y pensadas como formas artísticas y –el énfasis es de Rancière– como formas que inscriben un sentido de comunidad».¹¹ Para Platón, entonces, fue inaceptable el democratismo antijerárquico de la página escrita; para Rancière esto prueba que la política y lo político son formas de la estética, ya que las figuras de comunidad existentes en la historia son diseñadas estéticamente.¹² La pregunta por la relación entre estética y política, entre texto y radicalidad, se sitúa, entonces, «en el nivel de la delimitación sensible de qué es común a la comunidad, las formas de su visibilización y de su organización». La obra de Miguel Barnet, así pensada, formaría parte de un profundo cambio en la distribución de lo sensible en que nuevas

9 *Ídem.*

10 Después de su *La Leçon d'Althusser* en la década del setenta, Rancière comenzó a indagar en los problemas de representación filosófica e historicidad del objeto representado en los libros *La Nuit des prolétaires* (1981) y *Le Philosophe et ses pauvres* (1983), preocupados fundamentalmente con la relación entre representación y autoemancipación; el mismo tema que, en el dominio de la pedagogía, reaparece en *Le Maître ignorant* (1987).

11 Rancière: *ob. cit.*, p. 14.

12 *Ibid.*, p. 18.

voces se escuchan entre lo que antes fue ruido, y nuevas formas de ser en común son visibles entre lo que antes eran consideradas diferencias sociales intraducibles.

Sin embargo, no es tan sencillo vincular las novelas-testimonio de Barnet a la radicalidad política y social del contexto revolucionario en que han sido escritas. Sería demasiado fácil leer a Miguel Barnet con las ideas de Rancière; hoy Barnet nos debe interesar más precisamente por lo que cuestiona al propio Rancière, por las sospechas sobre el segundo que levanta la radicalidad del primero.

A pesar de la lectura canónica de su obra, no considero que la de Barnet sea una de representación de voces de lo cubano, marginalizadas por la historiografía burguesa. Al menos, o más allá de esto, niego la importancia de la representatividad ostentada por estas voces de la realidad cubana. Si fuera el caso, tampoco aquí encontraríamos la originalidad que buscamos casi obsesivamente. No en lo literario sino en lo histórico o antropológico, el ciclo que abre *Cimarrón* se anuncia como la continuación de un proyecto investigativo comenzado y teorizado por Fernando Ortiz en otra mereología: la metaforizada con «el ajíaco cubano» en que el todo se descubre a través del estudio de sus partes. *Los negros brujos*, por ejemplo, y *Gallego* serían contribuciones a ese proyecto erudito de definición ontológica. Leer las novelas de Barnet desde esta perspectiva pierde de vista su horizonte radical por caer en la misma trampa lógica en que cae Rancière: ligar la distribución social del derecho a participación, a presencia y voz, con la categoría de representación como en una relación de igualdad. Barnet, afirmo, fue más allá de esta identidad engañosa, y esa radi-

calidad ofrece una respuesta muy productiva al pensamiento del francés.

Tomemos por ejemplo *Canción de Rachel* del año 1969, la más radical de las novelas-testimonio de Barnet. ¿A qué grupo social cubano representa la voz de una corista en las primeras décadas de la República? ¿No es en el testimonio de una mujer *extra-ordinaria* que se sitúa el enorme interés que ha despertado el libro y sus adaptaciones a otros medios? No puede decirse, por tanto, que su radicalidad esté en dar voz a un componente enmudecido de la sociedad cubana, como sí podría decirse, en principio, de *Cimarrón* y Esteban Montejo. Sin embargo, esa radicalidad existe. Pensemos por un momento qué impacto, qué consecuencias habría tenido para la etnografía y para el campo literario cubanos si Barnet hubiera publicado *Canción de Rachel* en 1969 sin haber aparecido antes *Biografía de un cimarrón*. ¿Cómo se habría recibido?

En el texto, la voz testimonial de Rachel, como en ninguna otra novela-testimonio de Barnet, se coloca en *contrapunteo*, podríamos decir, con muchas más, anónimas la mayoría, testimonios orales y textos periodísticos, canciones populares y citas de anuncios en afiches de las funciones de Rachel. No es, de nuevo, que fuera este recurso a paratextos, a notas al pie y a intertextos con bibliografía secundaria nuevo en la literatura y, sin embargo, los efectos que producen siguen siendo de una fuerza enorme.

En la segunda mitad del «Capítulo III», especialmente, comprobamos esta fuerza. El apartado lo encabeza la reproducción de un afiche del circo «Las maravillas de Austria» en su paso por Santiago de Cuba en 1912, al que siguen comentarios sobre la composición racial del público en los espectáculos en que participaba

Rachel; brillantemente se cerrará con la cita de una reseña del espectáculo en que se define a la protagonista, de entrada, como «[b]lanca, muy blanca, bella, muy bella».¹³ En medio, se tratará la llamada «Guerrita de 1912» que tenía lugar simultáneamente al paso del circo por Santiago.

En varios pasajes, Rachel muestra conservar en su vejez una visión de la guerra contra el Partido de los Independientes de Color marcada por los discursos racistas y paternalistas esgrimidos durante los acontecimientos. En ninguna otra parte del libro se colocan a Rachel y a su testimonio tanto contra las cuerdas, y diría que en ninguna otra novela de Barnet sucede algo parecido. Tras concluir Rachel su testimonio del conflicto con el categórico «los negros quedaron aplastados, por ambiciosos y por racistas»¹⁴ se lee una voz poderosa y contestataria que amenaza: «el que venga adonde estoy yo a decirme que si el racismo, que si los negros eran sanguinarios, le voy a dar un soplamocos que va a saber quién es Esteban Montejo».¹⁵ Tan radical resulta esta serie de réplicas al relato general de Rachel que nada de esto pasó, por ejemplo, a la adaptación filmica *La bella del Alhambra* (1989), que presenta una Rachel y un teatro épicos en medio de tiempos difíciles. Y, sin embargo, no me parece que este momento sea uno de excepción en la narrativa de Barnet, sino precisamente la muestra más explícita de su originalidad estética y de su radicalidad política.

No se trata solo de un contrapunteo, como dije, o una forma de dialogismo narrativo. Incluso en *Gallego*, por ejemplo, en que las notas son expli-

cativas y refuerzan el relato y la perspectiva del *yo*; o en los testimonios referidos como en cajas chinas en *La vida real*; o las otras voces o los pasajes más poéticos que se incluyen en *Oficio de Ángel*, contribuyen a la construcción de una obra que ataca, precisamente, el prejuicio lector de lo arquetípico de estos personajes y su importancia social e histórica en la ontología de la nación.

La radicalidad de Barnet se sitúa, más allá de las intenciones que guiaron la escritura de sus obras, en contestar el apriorismo de que la delimitación de lo que es común a una comunidad está en los elementos que la representan. Su figura estética no es el arquetipo o la alegoría, sino la antítesis; no importa tanto la forma en que se compone el todo como las oposiciones posibles entre las partes. Las novelas de Barnet no muestran lo que contribuyeron a la cultura cubana los grupos sociales a los que los sujetos de las autobiografías pertenecen —como si Barnet fuera solamente (lo cual ya sería enorme logro) un continuador de Ortiz agregando al ajiaco del negro, el blanco y el chino, el lumpenproletariado habanero, el exilio prerrevolucionario, los esclavos cimarrones, la clase media o los desclasados gallegos. Al contrario de esta visión representativa de lo político y de lo estético, Barnet da voz a sus personajes para indagar cómo los afectó a ellos la condición ya dada de ser cubanos. La distribución de lo sensible no es un régimen representativo sino un campo de lucha entre voces antagónicas. Cuando leemos por primera vez el *Cimarrón* no nos sorprende la imposible determinación de la veracidad del *yo* ni la cubanidad de la experiencia cimarrona, sino un constructo formal e ideológico que cuestiona todavía hoy profundamente el valor de la representatividad en la narración de la experiencia común. Es como si el testimonio casi

13 Miguel Barnet: *Canción de Rachel*, La Habana, Instituto del Libro, 1969, p. 77.

14 *Ibid.*, p. 74.

15 *Ibid.*, p. 75.

único de un negro cimarrón superviviente o de una *vedette* dijeran más de la realidad cubana que los elementos tradicionalmente representativos. La lectura de Barnet devuelve a los discursos identitarios, históricos y políticos la dimensión real y constante de antagonismo que cierta literatura testimonial y cierta etnografía necesitan suprimir para poder teorizar y abstraer; es decir: para poder ser representativas.

Me gustaría concluir con un ejemplo más que es, también, el rescate de una obra singular de Barnet. Se trata de una colaboración de mayo de 1981 en un especial de *Revolución y Cultura* dedicado a la historia de las revistas en Cuba. Al contrario de otras colaboraciones suyas en esta revista, no fue recogido en ningún volumen de ensayos, quizá por la novedad de su formato.

Lleva por título «La fotografía: testigo cómplice de la historia», y pocos dudarán de la pertinencia de calificarlo como un texto «radical». Acompañando las catorce fotografías de quienes podrían haber sido compañeras de oficio y gusto de Rachel, el artículo se compone de sendos comentarios efrásticos.

«Detrás de estas perlas del Rhin, ¿qué iniquidad se esconde, cuántas barrigas vacías ha costado la tiara de brillantes y esmeraldas que lleva sobre su frente María Teresa, la opulenta esposa del diplomático cubano?».¹⁶ En esta obra

16 Miguel Barnet: «La fotografía, testigo cómplice de la historia», *Revolución y Cultura*, No. 105, mayo de 1981, pp. 13-18.

de aún más explícita distribución de lo sensible, entre lo visual y lo lingüístico, se encuentra efectivamente la preocupación de Rancière por lo que se ve y lo que no se ve. Sin embargo, estos testimonios gráficos provocan unos textos completamente opuestos a una función de representación. La forma más productiva para nuestra contemporaneidad no es leer el texto de Barnet literalmente como una crítica al medio fotográfico como «testigo cómplice», como injusto distribuidor de quiénes representan la historia en un momento determinado. Es más urgente notar la fricción entre la imagen y el texto, entre la «voz», diríamos, de la fotografía y de las fotografiadas, y la propia voz de un Barnet que no duda en afirmar que su generación supo dar a esta «bella época», «a tiempo, el tiro de gracia», restableciéndole a estas imágenes históricas –por cierto, de nuevo parte del imaginario cubano en estos últimos años– los antagonismos políticos y estéticos que llevan inscritos.

No trato de ofrecer una clausura a las lecturas de Barnet, sino de celebrar su vigencia con nuevas discusiones de mayor radicalidad que hagan honor a la suya. Dejemos por un tiempo de leer al más poético de los etnógrafos de la cubanía para leer al más radical de los rompedores de esquemas de representación política y estética. Al fin y al cabo, si la escritura de Barnet pertenece a la Revolución Cubana no es por confirmar los atributos del hombre cubano, sino por meter el dedo en la llaga de las contradicciones de este para abrir camino al hombre nuevo. **C**

CAMILA VALDÉS LEÓN

Imaginar la nación*

País que se imagina, sueña, invoca. Nación forjada como las armas, a fuego y golpe, en una batalla que pareciera última y triunfó siendo la primera. Geografía de la memoria que se carga a cuestras y se acuna en dulzura. Haití: país natal, país exilio, país oxímoron, país memoria, país olvido, país del nombre y del sin-nombre: país-poema.

La antología *Ayiti Cheri. Poesía haitiana (1800-2015)* nos presenta una selección de ciento setenta poemas de setenta autores. Algunos con solo un texto, otros con una amplia muestra son todos alumbrón de aquel incendio inextinguible: el de la voz poética haitiana. Antecedida la selección por varias introducciones (entre las que destaca el extenso ensayo valorativo de dos

*Yasmina Tippenhauer (ed.): *Ayiti Cheri. Poesía haitiana (1800-2015)*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2018.



siglos de poesía haitiana «Breve historia de la poesía haitiana de 1804 a la actualidad»), se nos muestra cómo esta antología ha sido un trabajo paciente y continuado de muchas voluntades lideradas por la editora, compiladora y traductora, Yasmina Tippenhauer.

Si bien la ordenación de los textos sigue la cronología dada por las fechas de nacimiento de los autores incluidos, ellos se agrupan de cierta manera a partir de generaciones y movimientos que signan la historiografía literaria haitiana: del siglo XIX a la contemporaneidad del XXI se transita por la escuela indigenista, los poetas alrededor de *La Ruche*, el grupo Haïti Littéraire o los propulsores del espiralismo. Atraviesa a todos los autores lo que la compiladora nombra Libertad «bajo diferentes formas –moral, física, cultural, política, espiritual» (p. 29) y que se constituye en el hilo conductor de la selección. Indudablemente toda antología es un proyecto de

lectura, un muestrario de opciones, una brújula de navegación. Por ello esta busca la representatividad, la catalogación y marcación, y también se piensa didácticamente en función de dar a conocer y ayudar al conocimiento en español de esta poesía. De ahí el valor que se le otorga a la traducción de textos originalmente en francés o creol,¹ a la búsqueda de primeras ediciones, versiones y grafías y a los necesarios anexos en que se recogen las fichas bibliográficas y la bibliografía general utilizada.

La nación haitiana ha sido imaginada sin pausa. Los esclavos fueron libres por su propia conciencia y empuñaron las armas por una nación que no sabían aún que ya soñaban. Tras la guerra, en 1804 —al inicio de esa otra guerra por la afirmación y la constitución de sí como Estado independiente en un mundo de dueños de esclavos y capital tinto en sangre humana—, se escucharon las voces, nombrando y renombrando la realidad de lo sucedido, la indudable novedad del presente y apostando por la osadía de un futuro hecho a la medida, sin referentes. Y a esa travesía del verdadero descubrimiento se lanzó el barco de la nación sin timonel cierto.

Desde la invocación de Bois Caiman, conservada y respetada en la tradición oral y religiosa, a los inúmeros cantos a Dessalines, Louverture,

1 Tan solo el poeta haitiano-dominicano Jacques Viau escribe originalmente en español y su obra es traducida entonces al francés. Rareza, que por suerte cada vez lo es menos, la de este poeta mártir, poeta guerrillero que muriera antes de sus tres décadas de vida y que la Casa de las Américas, tan tempranamente publicara en 1974 junto a Jacques Roumain y Pedro Mir en *Poemas de una isla y de dos pueblos*. Fue precisamente en esa edición, a la que han seguido otras ya en el siglo XXI, donde se presentaba su obra de manera bilingüe y la infinita honestidad y ternura batallante de su obra que fue igual que su vida.

Pétion o Christophe, la poesía haitiana ha estado transitada, desde sus orígenes, por una profunda conexión y reflexión sobre las relaciones entre Estado y nación, sobre la base del concepto libertad (esas formulaciones del proyecto moderno, conceptualmente esquivas e ideológicamente marcadas desde los lugares donde se enuncien). Mucho se ha escrito (y se ha actuado) a todo lo largo de estos dos siglos en el pensamiento haitiano a partir de esos elementos. Desde la intuición poética, comprometida con una realidad desbordante, transida por una voluntad de interpretación de las claves de su tiempo, se han hecho escuchar los poetas que se unen a ese concierto de imaginar e idear la nación.

♦ Hablo aquí de una poesía intencionadamente política en el sentido extendido de lo político como accionar de la razón pensante del ser en un colectivo social que lo contiene y explica: poesía que es un canto simple y hondo a la libertad en voz de Boukman y una crítica satírica de jerarquías socio-raciales en Oswald Durand, una ironía soberana en Morisseau-Leroy («no tomes mi retrato, turista», p. 283) y Émile Roumer («gracias por la usura suya, espantosos criollos Békés», p. 219), una alianza humanista y transregional en Jacques Roumain («Y henos aquí de pie / Todos los parias de la tierra / todos los justicieros / marchando al asalto de sus cuarteles / y de sus bancos / como un bosque de antorchas fúnebres», «Malditos negros»), p. 239, un cuerpo de memoria revolucionaria en manos de Anthony Phelps o Lyonel Trouillot.

La dimensión política de la poesía haitiana (de su cultura, en sentido general) no deja lugar a dudas sobre su naturaleza tremendamente batallante: de una parte, por afirmarse y extender ante el mundo —que lo ha mirado de reojo— un

legado de transformación radical; de la otra, por moldear el Estado a la manera en que se imagina la nación, heredera de una génesis gloriosa y única. A su vez, hace parte sustancial de una crítica del etnocentrismo del pensamiento occidental y su buena conciencia moral de sí, de las formas de la colonialidad del poder incrustadas en la arquitectura axiológica de estas sociedades, de la construcción de la idea de la raza y su rentabilización en la producción de capital en condiciones de explotación física, política y cultural, de la dependencia económica forjada por la necesidad de los poderes hegemónicos de mantener un *status quo* de inestabilidad política a la par de represión social. Y todo ello no será apretado empaque en versos sino, e insisto, se aprecia desde la intuición y síntesis de la sentencia poética que en muchos casos encierra, como ningún tratado, la fuerza de tales ideas. Dice Paul Laraque: «Pueblo encallado en tu leyenda / y para el que conocemos / las alambradas del racismo blanco / en la carne de nuestros hijos / de ayer a mañana pueblo de la revolución / sálvanos de la barbarie / y que se abran las puertas de la patria» («Balada del exilio», p. 307).

El ser haitiano está hecho de acendrado particularismo y asombrosa universalidad, no siendo ambas características opositivas ni excluyentes. Su historia intelectual ha mostrado ese mirarse hacia dentro para lanzarse fuera. La aquí recogida no es poesía de *frangipan* de atrezo y color-caimito costumbrista, sino intenso recogimiento que busca las palabras imantadas de una realidad deslumbrada y deslumbrante, surrealmente realista. (Ya el propio Breton callaba ante tal visión que no podría encerrarse en un manierismo de nombre y forma poética, pues se hace de desmesurada acumulación de

humanidad). Dialogante también es esta poesía, en el sentido de hablar consigo, de hablarle al mundo, de verdades que se van haciendo por la fuerza con que se les piensa y desgrana sobre la tierra fértil del otro que escucha.

Hecha de topónimos y recordados mapas, de ciudades caníbales y ciudades descoloridas, del estar y el recordar, la imago de la nación se reconstruye desde ese inexistente locus geográfico de la memoria y la incuestionable extranjería del exilio. Hacia los finales de la antología se percibe con mayor intensidad ese masticar los fragmentos del país que se carga a costas, impactado por la tremenda fuerza de las migraciones de cariz político y económico a raíz de la dictadura de los Duvalier y la inestabilidad política que siguió a la huida de Jean Claude en 1986. La errancia, que no es nueva como experiencia ni como tema en la literatura haitiana, se vuelve omnipresente, insoslayable y se crece esa dimensión de *mon pays* que solo se hace propio una vez que es nombrado, (re) creado en poema. «Qué soy yo. Un alma errante expulsada / por mi pasado sobre esta otra vertiente / donde mi presente no reconoce nada / ni mi cuerpo original ni el barrio / donde antaño nací. / Este plano de calles que se cruzan / y se entrecruzan / esta superficie dispareja de asfalto grisáceo / no está en ningún lugar», dice Janine Tavernier («Voluntad 2», p. 375), y se le une Anthony Phelps: «Es la noche de los invertebrados / sombra plenaria sobre el silencio de los prófugos. / Caribeños de fuerte cepa y largo linaje / lenguaje de rascacielos hablamos ahora / palabras de escarcha y vocablos de nieve» («La noche de los invertebrados», p. 345). Con ellos Edwige Sylvestre-Ceide: «nuestros cuerpos se retuercen esperando el regreso a nuestro país

natal, nuestra única esperanza [...]. El exilio se instaló en nuestras vidas. Nuestro cuerpo es una sucesión de exilios» («Diáspora, departamento 11», p. 649) y Jean Philippe Dalember

no se deja este país / no se deja / ni se va siquiera // un día la esperanza y desesperanza fundidas como ayer y mañana a más no saber / como esos ecos del día en el sueño / perpetuados a más no poder / esos retazos de memoria / tonadas de la infancia en la noche de la estrella / no se deja este país / ni se va siquiera / de esta tierra [«On my mind haiti», p. 571].

Cierto que son doscientos años de poesía, dos siglos de coyunturas, un país todo imaginándose en metáfora, clarificándose en imágenes, interrogándose con dureza. Hay variedad rica y contradictoria en las páginas de esta antología, pero destaca dentro de ese necesario concierto de voces una voluntad que seduce, en su repetición y en su resonancia, de poeta a poeta, de verso a verso. Tal vez es ello lo que Tippenhauer refiere como Libertad.

Indudablemente trascenderá para el mundo hispano este catálogo en dos idiomas (trilingüe si pensamos en que allí se encuentran textos en francés o creol y su traducción al español), con las cuidadosas notas a pie de página y la amplia referencialización de todos los textos poéticos usados, citados o estudiados. A quienes nos conmueve la pluralidad inagotable del recontar de nuestra experiencia de pueblos caribeños, mucho nos cuesta reunir sus fragmentos, dispersos entre lenguas y herencias imperiales, librerías y circuitos comerciales. Lejos muy lejos, se ubican unas de otras voces de importancia que

no siempre se escuchan con igual resonancia. Sin embargo, aun cuando pareciera lejano, basta acercar la oreja al suelo para escuchar el fragor del combate. Auscultando el sonido de la batalla de la literatura caribeña por el nombrarse, por el ser y el estar, sentimos que retumbamos nosotros desde Cuba como recibiendo un eco que nos hermana. Es por ello que no es esta selección de voces haitianas mero grupo de poemas que deslumbrarían en superficie y desfallecerían luego exánimes en trasfondo: es cercanía con la poesía nuestra también, con las ansias nuestras y con nuestras dudas insomnes. **C**

Fuga hacia dentro. Las otras lecturas de la tradición y la ruptura*

*Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo xx. Filiaciones y memoria de la crítica literaria,*¹ de la académica y ensayista Alicia Ortega Caicedo, es un notable y lúcido estudio que se propone examinar, a partir de un corpus constituido por treinta y nueve novelas de autores ecuatorianos del siglo pasado, los diversos momentos, tendencias y giros que la novelística nuestra ha enfrentado en diferentes etapas de su devenir. Un devenir en el que está inscrita la crítica, ejercida en algunos de los casos por ciertos autores como los de la década del treinta (Alfredo Pareja Diezcanseco, José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara y Ángel F. Rojas), quienes en paralelo también desplegaron –ocurrirá lo mismo posteriormente– un importante y fundamental trabajo novelístico.

Varias son las preguntas que Ortega se plantea en este amplio estudio, y quizá la búsqueda de unas posibles respuestas no siempre conclusivas ni cerradas son el mayor desafío que entra-

* Alicia Ortega Caicedo: *Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo xx. Filiaciones y memoria de la crítica literaria*, Buenos Aires, Corregidor/Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2017.

¹ Este libro obtuvo el Premio Nacional de Ciencias Sociales Isabel Tobar Guarderas 2018, otorgado por el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.



ñan estas páginas. Esas preguntas parten por desempolvar, lo que es todo un descubrimiento, aquellos debates que se dieron entre los intelectuales y creadores luego del proceso inaugurado con la Revolución liberal de 1895, que se convierte en un parteaguas para quienes integraban la escena cultural de finales de siglo XIX e inicios del nuevo; período en el que emerge, entre el costumbrismo, una expresión clave para lo que se daba y sobrevendría poco tiempo después: el realismo, que Ortega examina a la luz de las «Cosas de la tierra» de José Antonio Campos. Otro relato pionero, dentro de esta tesitura, es «La mala hora», de Leopoldo Benites Vinuesa, hasta llegar a dos textos que se encuentran y desencuentran: *A la Costa*, la novela inaugural de Luis A. Martínez y el cuento «El Guaraguao», uno de los textos más desconcertantes y conmovedores de Gallegos Lara. Aparecen en ellos temas como la búsqueda de lo nacional a través de una cultura que exprese, sin muchas diferencias, los matices, las paradojas y contradicciones de una sociedad que estas historias examinan en claves y ciframientos que se transforman en los primeros indicios de una modernidad que con el advenimiento de las vanguardias tendrá plena irradiación. Ortega disecciona ese momento en el capítulo «Novelistas y críticos literarios en la primera mitad del siglo XX». Arranca con el examen de lo que son las «novelas de la tierra» y cómo, dentro del marco latinoamericano, esos textos dialogan con los que corresponden a esta

instancia y que son los de algunos autores de la Generación del 30 como José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert y Ángel F. Rojas.

Los relatos de estos autores, sin duda, son parte y expresión de la vanguardia andina y latinoamericana que se produce entre las décadas del treinta hasta mediados del cuarenta, a los que Ortega vuelve, considerando lo que la crítica canónica ha trazado sobre ellos, para interpelarlos desde las nuevas sensibilidades y percepciones de los tiempos y vientos de la posmodernidad, por tanto desde nuevas claves y estrategias de análisis y lectura. De ahí que su examen no se quede en el recuento sino en la resignificación, es decir, la reinterpretación de estos textos fundamentales de nuestra tradición a los que hay que sumar (Ortega los ubica en la sección «Retórica del mestizaje: Estéticas indigenistas y posindigenistas») *Huasipungo* y otras novelas de Jorge Icaza; *Los hijos* (1962), de Alfonso Cuesta y Cuesta; *Por qué se fueron las garzas* (1979), de Gustavo Alfredo Jácome, y *Bruna, soroche y los tíos* (1973), de Alicia Yáñez Cossío.

Hay que subrayar que como parte de las «filiaciones y memoria de la crítica literaria», Ortega nos ofrece las diversas posturas de los críticos y ensayistas que emergen en cada uno de estos períodos. De ahí que nos haga partícipes de los planteamientos de molde eurocéntrico e hispánico en Gonzalo Zaldumbide, Augusto Arias, Remigio Crespo Toral y el padre Aurelio Espinosa Pólit, pasando por los hermeneutas de la nueva literatura que se gesta en la década del treinta, a quienes se identifica como parte de la «crítica nacionalista»: A. F. Rojas y Benjamín Carrión, hasta desembocar en la crítica —desde

la sociología de la literatura— de Agustín Cueva, Alejandro Moreano, Fernando Tinajero y otros como Miguel Donoso Pareja, para quien, en las últimas décadas del siglo xx, va a contar y pesar «la hora del texto».

En la segunda parte del estudio, que considera los textos que circulan desde los años cuarenta y cincuenta hasta finales del siglo xx, Ortega los examina teniendo en cuenta las búsquedas, las construcciones de nuevos abordajes y motivos dentro de los proyectos narrativos de algunos de los autores de la tradición de la ruptura como Gallegos Lara, Pareja Diezcanseco y los nuevos nombres y voces que se suman, dentro de esa línea, con esas preguntas perturbadoras que los procesos de modernidad a los que se verá sometida la sociedad y la cultura del país, les formulaban a los narradores Pedro J. Vera, Arturo Montesinos Malo, Alejandro Carrión y César Dávila Andrade (de la llamada transición que se opera en los cincuenta). Transición que dará paso a la década siguiente en la que el tablero se verá alterado por sucesos internacionales (la Revolución Cubana, las lucha anticolonialistas en África, el Mayo del 68, la contracultura en los Estados Unidos, etcétera), por lo que la literatura y la política de agitación tendrán sus rituales desde la propuestas parricidas de los tzántzicos y la crítica cultural y literaria de filiación marxista de Agustín Cueva.

Fuga hacia dentro... se cierra, en este segundo momento, con los subcapítulos «Aventura intelectual y novelística. Segunda mitad del siglo xx» y «La última década del siglo xx: Encuentro y desencuentros del sujeto con la historia». En el primero, Ortega pasa revista a un par de novelas centrales publicadas en la década del setenta (*Entre Marx y una mujer desnuda*, de Adoum; y *Polvo y ceniza*, de Eliécer Cárdenas), en las que

repara en lo que denomina «Conciencia intelectual e inspiración revolucionaria». En relación al «desencanto y la experiencia del fracaso», a los autores de este período los hace converger con la «década perdida» (según los brujos del neoliberalismo) de los ochenta. La estudiosa desmonta los textos de los setenta y ochenta desde lo que considera las «Modalidades de la conciencia cínica y la afirmación festiva»: *Ciudad de invierno* (1979), *Sueños de lobos* (1986), de Abdón Ubidia; *Nunca más el mar* (1981), de Miguel Donoso Pareja; *El rincón de los justos* (1983), de Jorge Velasco Mackenzie; y *La cofradía del mullo del vestido de la virgen pipona* (1985), de Alicia Yáñez Cossío. En lo relacionado al momento final, la crítica se concentra en los «Encuentros y desanclajes del sujeto con la historia».

Resulta muy reveladora la manera en la que Ortega titula cada acápite dedicado a las «novelas de los 90»: «Azulinaciones (1990) de Natasha Salguero. Des-aprendizajes y afirmación femenina»; «*El devastado jardín del paraíso* (1990) de Alejandro Moreano. Encuentro del sujeto con la historia»; «*El otro lado de las cosas*, de Francisco Proaño Arandi. Ocupación del espacio, fratricidio, la memoria que sobreviene»; «*Resígnate a perder* (1998) de Javier Ponce. Violencia, culpa, deseo homosexual»; «*El viajero de Praga* (1996) de Javier Vásconez. Exilio interior y desanclaje de la historia»; «Crisis de masculinidad, sujeto letrado y humor. *El deseo que lleva tu nombre* (1989) y *Una niña adorada* (1993) de Carlos Carrión»; «Interpelaciones al presente. *Hoy empiezo a acordarme* (1994) de Miguel Donoso Pareja»; «*Ciudad sin ángel*, de Jorge Enrique Adoum. *Acoso textual* (1999) de Raúl Vallejo».

Descriptor y guiños que establecen de manera ágil y acertada las señas particulares con las que la crítica construye entradas para desmontar la máquina de sentidos que cada uno de estos textos propone. No hay duda de que no se trata de un inventario que clausure las posibilidades de incorporar a otros autores y autoras cuya obra, dentro de este período, es muy significativa.

En las conclusiones, Ortega retoma algunos de los elementos que se han diseminado en todo su libro. Centra su discusión en destacar aquella pregunta que tiene que ver con «¿desde dónde nos leemos?»; confronta algunas visiones críticas, polémicas, que parten por reivindicar la libertad del escritor ante ciertas «cargas» como lo identitario y la relación con lugar de origen; o esas diversas aperturas que la narrativa vanguardista de Palacio desata y que se contraponen a los postulados del realismo limitado y limitante, supuestamente, de Icaza, cuya obra también coparticipa de todo lo que es la revuelta vanguardista de los treinta. En su reflexión, Ortega contrapone a esos planteamientos lo expuesto por el crítico Alejandro Moreano en su ensayo «Entre la permanencia y el éxodo» (2008), en el que trata sobre el «llamado a romper con la Generación del 30 como un matricidio», formulado por algunos escritores más jóvenes, quienes dialécticamente buscan poner en cuestionamiento aquellos discursos con los que no tienen ningún tipo de convergencia. Otro aspecto en el que la autora insiste es el de desmitificar la idea, manejada sobre todo por los escritores de los setenta y ochenta, respecto a convertir a Palacio y su obra como un único referente de la modernidad de nuestra literatura. Pero, como bien anota Ortega: «Una tradición literaria se empobrece cuando se busca construir su canon

a partir del reconocimiento de un “guía”, en singular».

Además, en este cierre se pasa revista a otras posturas que van desde lo eurocéntrico, las debilidades coloniales y poscoloniales de algunos críticos y escritores quienes en pos de la universalidad olvidan –lo señaló en su momento el maestro José de la Cuadra– que la aldea que habitan es su universo; posturas que Ortega rebate con argumentos que ratifican que *Fuga hacia dentro...* es un libro que convoca a la reflexión y el análisis crítico, siempre necesario en torno a la tradición y las rupturas que se han operado, tanto en nuestra narrativa como desde las concepciones críticas en un país donde los permanentes lamentos de que «no tenemos crítica» nos ponen ante la idea de cuán necesario es continuar y ahondar en esa «fuga hacia dentro», en ese –como diría Lezama Lima– volver a «los orígenes». Una «fuga» que este documentado libro de Ortega explora entre una y otra etapa del siglo XX; texto que se inserta por derecho propio dentro de la constelación de títulos fundacionales de la crítica nacional como *La novela ecuatoriana* (1948), de Ángel F. Rojas; *El nuevo relato ecuatoriano* (1951), de Benjamín Carrión, y *Los grandes de la década del 30* (1985), de Miguel Donoso Pareja.

Le sobra razón a la autora cuando señala que «[e]s tarea de la crítica devolver el hecho estético a su ámbito original, en el que coinciden lo cognitivo, lo ético-político y lo estético». Pues esa premisa se cumple a cabalidad en este estudio que, a la vez, es parte de un redescubrimiento que a propios y extraños dejará repletos de preguntas y revelaciones motivándolos, si no lo ha hecho ya, a buscar y adentrarse en todos los textos que se exploran en este viaje alucinante

por las encrucijadas de la novelística y los avatares de la crítica ecuatoriana del siglo XX donde, valga anotar, sin renunciar al rigor académico, nunca se atenta contra la intensidad y fluidez de la escritura, vitales en la práctica del ensayo y la crítica actuales. 

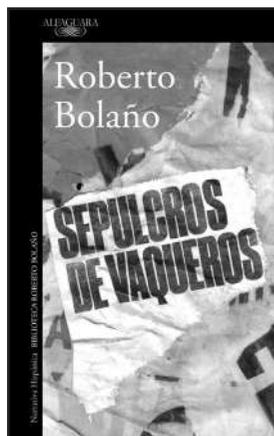
Bolaño en las catacumbas*

La discusión interminable. ¿Hablar un poco más sobre las ediciones póstumas de Bolaño, desde aquellas de Anagrama (2666, ya sin dudas la obra maestra de su autor, *El secreto del mal*, *El tercer Reich*, etcétera) hasta las más recientes de Alfaguara (*El espíritu de la ciencia ficción*, *Sepulcros de vaqueros*), junto a la redición de buena parte de su bibliografía? Hay muchas maneras de abordar este tema y, sin duda, siempre estarán entre nosotros los puristas dispuestos a poner el punto final de la obra en 2002 con *Una novelita lumpen*, pero creo, sinceramente, que es fácil desmontar cualquier argumento a favor de esta opción y también de otras similares y más moderadas. Hipótesis: *Sepulcros de vaqueros* nos lo permite de una manera de por sí interesante.

Mientras tanto. ¿Cuándo va a salir una biografía? ¿Cuánta gente tiene que ponerse de acuerdo? ¿Cuánto dinero tiene que fluir y hacia dónde? Supongo que son preguntas ingenuas.

Sepulcros de vaqueros. Primero una descripción del libro. Consta de tres segmentos, ninguno de ellos un texto a todas luces terminado por su autor. El primero, «Patria», fue escrito entre 1993 y 1995; el segundo, «Sepulcros de vaqueros», entre 1995 y 1998. Finalmente, el

* Roberto Bolaño: *Sepulcros de vaqueros*, España, Alfaguara, 2017.



tercero, «Comedia del horror de Francia», queda fechado entre 2002 y la muerte del autor, lo cual lo convierte en algo así como el «último Bolaño»: una escritura posterior a 2666.

La ruptura de los proyectores. En alguna entrevista (estoy casi seguro de que lo cita Pablo

Capanna en su libro *Idios Kosmos*) Philip K. Dick habla de su obsesión por Beethoven. Reconozco que muy bien puedo estar inventándome esto (o puede ser un recuerdo de un universo paralelo: un efecto Mandela literario), pero vale la pena traerlo a colación. Decía Dick que se había puesto a estudiar a fondo a Beethoven, en particular a su etapa llamada «tardía» (la de los últimos cinco cuartetos y la «Gran Fuga», la de las Variaciones Diabelli, la de la Novena Sinfonía y la Misa Solemne), y había entendido esa etapa como clausurada y que Beethoven se dirigía a un cuarto período. Pero a la hora de imaginarlo, decía Dick, le resultaba imposible. No había manera de saber cómo iba a sonar Beethoven en esta etapa truncada por su muerte, porque el proyector de la mente de Dick (sus términos), al intentar concebir esa etapa inexistente, alternativa o ucrónica, «se rompía». Como las obsesiones de Dick se convierten fácilmente en las obsesiones de todos sus lectores, cabe señalar (y no estoy siendo original) que el cuarteto para cuerdas nº16, op. 135 esconde varias pistas al respecto, se rompan o no se rompan los proyectores (la frase de Dick, por cierto, resuena con la «ruptura de los recipientes» de la cábala).

Bolaño tardío. Qué fácil, qué tentador, decir que gracias a *Sepulcros de vaqueros* podemos plantearnos si se nos rompe o no el proyector al imaginar hacia dónde se movía Bolaño en los estadios finales de la escritura o corrección de *2666*. Tenemos la mejor pista, es decir, en «Comedia del horror de Francia», un texto cuyo final no puede sino movilizar al lector: hay que saber qué pasa después en esta historia tan plena en los tópicos bolañianos (poetas jóvenes en general y surrealistas en particular, el caos de las grandes ciudades, el «destino latinoamericano», la vida al margen) como extraña, diferente, *nueva*. El surrealismo no murió, leemos: se escondió en las catacumbas, a la espera de la orden final y última para... ¿tomar definitivamente el mundo por asalto? ¿Hacer volver a los Grandes Antiguos?

Entonces... Si alguien viene a decirme que está cansado de estas ediciones prácticamente anuales del Bolaño inédito, por más que quede tan bien denunciado el ansia de lucro de sus familiares y editores y quienes sean, yo diré que no me importa, que tomen mi dinero, porque el amor a la obra de Bolaño baña todo en una luz dorada y, ante cualquier duda, basta con leer «Comedia del horror de Francia».

La trama secreta. Algún día quisiera sentir que podría pasarme todo el tiempo que fuese necesario no solo releendo a Bolaño sino haciéndolo como leen los teóricos de las conspiraciones, a la vez que tocándome el corazón lyncheano a cada página que paso. La red de catacumbas que conecta *2666* con los cuentos, que delinea a Benno von Archimboldi desde *Los detectives salvajes* y *2666* hasta *Los sinsabores del verdadero policía*, que repite el desierto de Sonora y el cementerio de aquel año del siglo XXVII, todo esto habrá de salir a la luz. Y

allí, por qué no, podría jugar un papel especial la articulación de «Patria» (el más autónomo, por decirlo de alguna manera, de los textos de *Sepulcros de vaqueros*) con *Estrella distante*, *Los detectives salvajes* y *La literatura nazi en América*, por no mencionar cuentos como «Últimos atardeceres en la Tierra». Y ahora que lo pienso, ¿se puede, a estas alturas, *se debe*, leer a Bolaño de otra manera, bajo otra convicción?

Tumbas en el oeste. En cierto modo, «Patria» y el texto central del libro, «Sepulcros de vaqueros», parecen (no digo que lo sean ni que estaban pensados para serlo: habría que consultar más apuntes de Bolaño, habría que hablar con quienes lo frecuentaron esos años, en fin, todo eso que podríamos aprender de una biografía) ofrecerse como piezas que encajan. En un mundo paralelo, Bolaño terminó y publicó «Patria» en algún momento de la década de 1990; en otro, fue «Sepulcros...» el texto que quedó integrado a una novela o *nouvelle* publicados. Y, a la vez, esos hipotéticos libros terminados, fantasmales, hauntológicos, que se miran desde universos alternativos, se parecen demasiado entre sí como para no resultar deliciosamente inquietante. «Patria» es la primera parte de un libro y «Sepulcros», digamos, la segunda de otro: hay un narrador casi compartido, que resuena con los Arturos Belanos de otros libros y bien podría contar *así* su historia. Estos dos primeros tercios de *Sepulcros de vaqueros* (me refiero ahora al libro publicado, no a su pieza central) sugieren un libro que no es el que el lector tiene en sus manos, pero que de alguna manera queda proyectado. Y en este caso el proyector sobrevive a su ruptura: es fácil verlo, imaginarlo, lamentar su ausencia.

Family Plot. ¿Será *Sepulcros de vaqueros* la pieza que faltaba para que podamos ensamblar

ese proyector? Probablemente no: faltarían unas cuantas, y no parece probable que estén por ahí. Tampoco sabemos muy bien cómo sería el rompecabezas, ni cuántos rompecabezas tenemos entre nosotros, ni si tenemos piezas completas, pedazos de piezas, borradores de piezas. La lectura conspiranoica de los libros de Bolaño, esa búsqueda de indicios conducida por nosotros en tanto detectives jamás tan salvajes como quiéramos, nunca será resuelta, como tampoco podremos «interpretar» satisfactoriamente *Twin Peaks* (y ahí siento mi mano en el corazón lyncheano, ese que tan ruidosamente late en 2666). Pero leer este último libro póstumo, por momentos, hace sentir esa posibilidad más cercana, más posible. ■

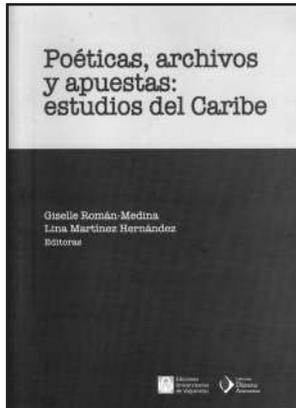
ALEJANDRO AMARO SEGUÍ

Una mirada actualizada a las poéticas y archivos del Caribe*

Continuar la desmitificación del Caribe es el objetivo principal de esta antología de ensayos. Los autores aquí recopilados por Giselle Román-Medina y Lina Martínez Hernández comparten el rasgo común de negar las imágenes que estereotipan al Caribe como un espacio ahistórico, que bien es un paraíso terrenal o un infierno.

La primera sección del libro corresponde a autores ya consagrados en el pensamiento caribeño, como Sylvia Wynter o Édouard Glissant, por ejemplo, con una línea de tiempo seleccionadora bien definida, al incluir estudios que en su mayoría son posteriores a la década de los ochenta; listón que para la segunda sección es levantado hasta el nuevo milenio, en búsqueda de un contrapunteo entre ideas que muestren el camino recorrido en esta área de estudios, así como problemáticas —como es el caso de la definición de una *identidad*— que aún se revelan inasibles por razones que se han debatido durante décadas.

* Giselle Román-Medina y Lina Martínez Hernández (eds.): *Poéticas, archivos y apuestas: estudios del Caribe*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2017.



El primer ensayo es un fragmento de un discurso de la ya mencionada pensadora jamaicana Sylvia Wynter, cuyo título es «La incompleta “victoria verdadera” de 1492...», en el cual la también novelista analiza el proceso mediante el cual la

presencia negra e indígena en América y el Caribe llevó a la conceptualización de un «nosotros» por parte de la comunidad europea blanca y colonizadora en contraste con los «otros» en un contexto posreligioso, en el cual la raza pasa a explicar esta diferencia entre los sujetos libres y los subyugados.

La delimitación del «otro» es llevada a cabo por el ente dominante no solo a través de la raza, o credo, sino también mediante la caracterización sexual y la punición de lo que se salga del esquema heteronormativo. Esto ha causado a lo largo de la historia caribeña lo que Manolo Guzmán denomina como «sexilio», que, como indica el neologismo, es cuando una persona se ve obligada a exiliarse por causa de su orientación sexual. Desde el punto de vista de las minorías sexuales es entonces que Yolanda Martínez-San Miguel origina su texto, al analizar casos del mundo literario como su compatriota Luis Rafael Sánchez o el cubano Reinaldo Arenas.

Entre estos dos textos, los cuales encabezan los dos segmentos en los que las editoras dividen el libro, «Fundamentos» y «Derivas», aparecen recopilados otros cuatro de destacadísimas figuras en los estudios caribeños. Entre ellos, la clásica pero ineludible introducción de Antonio Benítez Rojo a *La isla que se repite*, en el cual

el autor inserta la teoría del caos y a Deleuze y Guattari en un texto que no escapa a lo caótico ni a lo poético en su afán de construir un modelo epistemológico, donde Benítez Rojo batalla con definir «una cierta manera» de ser caribeño.

El jamaicano Stuart Hall interviene con su ensayo «Negociando identidades caribeñas» (1993), en el cual, en continuidad con su trabajo teórico de más de tres décadas, *despliega* los mecanismos de negociación que median en la definición del sujeto caribeño. Estos mecanismos, ejemplificados en el ensayo en la figura de Aimé Césaire y del rastafarismo, están enfocados hacia el siglo XXI y proponen un camino descolonizador que no desecha el rol en la cultura autóctona de la influencia metropolitana y que tampoco rememora el pasado, ubicándolo tras una vitrina de museo. Su intención es la de propulsar nuevos empoderamientos y que el sujeto caribeño asuma activamente su papel como agente transformador y creador de la cultura.

Otro clásico de gran calibre antologado es el ya mencionado Édouard Glissant, de quien las editoras han seleccionado un fragmento de *El discurso antillano*, «Un discurso fragmentado», que se centra en el uso del creol como lengua de archivo y como herramienta de resistencia. Por Glissant, más que por su compatriota, toma partido el cubano Román de la Campa en «El Caribe y su apuesta teórica» (2011), ensayo que, desde una perspectiva más reciente, analiza las limitaciones de *La isla...* y se decanta personalmente por el pensamiento de aquel como sistema ontológico para el estudio de la cultura caribeña.

En esta selección del pensamiento caribeño contemporáneo tampoco podía faltar la presencia de los estudios desde y referentes a Haití, de la pluma de Michel-Rolph Trouillot y Sibylle

Fischer, respectivamente. Del antropólogo haitiano las autoras escogieron un capítulo de su trascendental libro *Transformaciones globales. La antropología y el mundo moderno*, en el cual Trouillot, como otros en la antología, persigue un análisis de la identidad caribeña, una definición un poco más asible de ese «otro lugar» (Benítez Rojo diría «de otra manera»). En su conclusión, declara que el Caribe ha estado determinado siempre por la modernidad, una modernidad «alter-nativa», producto de las dinámicas simbólicas y materiales que el colonialismo acarrea consigo.

Por su parte, Fischer –en «Haití: fantasías de nuda vida», el séptimo ensayo seleccionado– insiste en que el ojo moderno hasta el día de hoy visualiza los cuerpos negros, y, en especial, los haitianos, como salvajes. «Inmersa en el vudú y brutalizada por sus gobernantes, [Haití] es un país donde la vida humana es barata y los animales difícilmente son dignos de vida», este es el fragmento del prólogo al libro de fotografías de Bruce Gilden titulado *Haití* y publicado en 1996. El crudo realismo de las fotos, sumado al escueto y desinformativo prólogo, no hacen sino perpetuar la visión de Haití como carente de historicidad y humanidad. Este mensaje es el que Fischer va analizando en las imágenes del mencionado libro, a la vez que no puede parar de recalcar el rol que las potencias han desempeñado para mantener a ese país en tal estado y reforzar este ideario fatalista.

De la fotografía, la antología nos traslada hacia la salsa con el texto de Juan Carlos Quintero Herencia, «Tercer movimiento: el paraíso de la dulzura», en el cual el autor alerta sobre el reduccionismo al que es sometida la cultura popular cuando se la observa bajo la mirada que busca la definición de una identidad como parte de una agenda descolonizadora. En otra línea

de pensamiento, Quintero desarrolla su texto a medio camino entre el ensayo y la crónica para concluir, someramente dicho, que los tropos patrióticos y caribeños no representan un mensaje que se quiere transmitir, sino que se subordinan a la libertad gozosa del ritmo y la música.

El penúltimo ensayo de la antología pertenece a Deborah Thomas. En él, la autora discute el proceso de formación de campos dentro de los estudios caribeños en relación con la construcción de archivos, así como los tropos dominantes sobre la región y las personas que la han habitado. En este sentido, los archivos de violencia ponen de relieve los límites del enfoque anticolonial y poscolonial en la nación-estado como el lugar principal de reivindicación. También nos alienta a dirigir nuestra visión hacia las esferas geopolíticas transnacionales que constituyen el marco de referencia para los primeros internacionalistas y los panafricanistas.

Como nota de cierre, la antología adolece de la exclusión del Caribe continental o el holandés al debate, así como de ofrecer un panorama crítico actual más amplio, aunque las editoras declaran estar concientes de esto y plantean al libro como una apertura a interrogantes, más que una compilación de cabecera. No obstante, la selección de textos clásicos –y por ello aún relevantes– es recomendable, y el diálogo entre ellos es uno de los puntos fuertes de la antología. La puntualidad de los textos de la segunda parte actualiza, a la vez que reivindica, los ensayos fundacionales con que inicia el libro. Sin dudas, es un volumen de obligada consulta tanto para los que se adentran en el estudio del área caribeña por vez primera como para los veteranos que verán nuevos vasos comunicantes entre los consagrados y los estudios más contemporáneos. **C**

A un siglo del asesinato de Rosa

El estudioso cubano Félix Valdés García, colaborador de Casa de las Américas, ha redactado la nota siguiente para nuestra revista, en recordación del centenario del asesinato de Rosa Luxemburgo:

Hace cien años, el 15 de enero de 1919, Rosa Luxemburgo fue asesinada en Berlín. Soldados de los «Cuerpos Libres» o *Freikorps* la humillaron, golpearon y, sin dilación, le dieron un tiro a quemarropa en la cabeza para después lanzarla al canal Landwehr, en el río Spree, cerca del puente Cornelio en Berlín. Esa noche fue asesinado por las mismas huestes su compañero de lucha Karl Liebknecht. Días más tarde, Leo Jogiches fue asesinado en Berlín mientras angustiosamente investigaba la muerte de Rosa, su amiga y la mujer a quien había amado. En el mes de mayo se encontró el cuerpo de una mujer junto a una esclusa del canal, y se aseguraba que podían ser reconocidos los guantes de Rosa, parte de su vestido y un pendiente de oro. // El poeta Bertolt Brecht, con solo veintiún años,

escribió: «La Rosa roja ahora también ha desaparecido. / Dónde se encuentra es desconocido. / Porque ella a los pobres la verdad ha dicho / Los ricos del mundo la han extinguido». Aquellos tiempos, como los actuales, conocieron del pavor de la violencia y la traición, el ajuste de cuentas con una causa que es mejor silenciar, ahogar, matar, pero eso sí, no permitirle convivir. Fue Friedrich Ebert, adalid del partido socialdemócrata en el cual había militado Rosa, quien no reparara en poner fin a líderes del movimiento obrero alemán, para garantizar la estabilidad del poder y para quitar de delante esa idea de la revolución. Para ello se valió de fuerzas paramilitares, atizadas por ideales nacionalistas y anticomunistas, compuestas mayoritariamente por jóvenes exsoldados desmovilizados de la guerra, con quienes ejecutó y sofocó a las fuerzas revolucionarias, a los consejos de obreros y soldados que seguían el ejemplo ruso, así como a la recién creada República Soviética de Baviera, gobernada por el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, una escisión del SPD. Desde entonces, la ruptura entre la izquierda más radical, los espartaquistas (el partido comunista) y los socialdemócratas, ha marcado

la realidad política posterior. Y sobre todo estos últimos, con su traición y sus miedos, allanaron el camino al nazismo que irrumpió en la vida política en 1933. Hoy se considera que esta quiebra aún permanece viva en Alemania. // Rosa Luxemburgo –la rosa roja, como la llamara el poeta– fue una infatigable luchadora y teórica del marxismo, una pensadora crítica y revolucionaria, para quien todo era sujeto a debate y nada era definitivamente aprehendido. Fue conocida por su defensa de los derechos de la mujer y como sensible ser humano. Según Annelies Laschitzka –estudiosa de su obra y editora de sus *Cartas completas* (Berlín, 1984)–, la rosa roja de la revolución fue siempre apasionada de la lectura, amante de las plantas, la poesía, la música, los viajes, la pintura. En una selección de sus cartas de amor, la autora dice que impresionaba por su consecuente militancia política, su capacidad de estudio, su convincente escritura, su agudeza para el debate y su capacidad oratoria. Pero todas estas aptitudes fueron desarrolladas –como Rosa misma dijera– «en medio de la tormenta...», esa que hace que «lo que se aprende con ardor, se arraiga profundamente» (*Cartas...*, ob. cit., t. 5, p. 196). Y fue la práctica

teórica y militante a la que se entregara, fue el acto revolucionario con su fuerza ígnea, lo que hiciera renacer en ella a esa mujer cada vez renovada, o dicho con palabras de Ernesto Che Guevara y Frantz Fanon, que en ella floreciera esa «mujer nueva» que germina del acto de la revolución. // Rosa Luxemburgo nació en 1871 de padres judíos en Polonia, cuando su país era parte del Imperio ruso. A finales de los ochenta fue a estudiar a Zúrich (Suiza), para evadir la situación política y su temprano involucramiento con el partido polaco izquierdista «Proletariat». Con tan solo veintisiete años llegó a Alemania para militar en el ala izquierdista del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), y desde entonces enfrentó el ritmo y la dinámica de sus dirigentes, a los inveterados marxistas alemanes, líderes de la Segunda Internacional, quienes ante sus ojos constituían unos intolerantes machistas que con ojeriza la aceptaron en la organización partidista y le concedieran encargarse de la «cuestión de la mujer», algo para ellos fútil en apariencia, apuntalado en la tradición patriarcal que constituía un rasgo cotidiano y naturalizado, no superado por la militancia partidista. Pero Rosa, con su agudeza teórica, estudiosa de Marx, supo enfrentarlos y restarle importancia a lo superfluo, a aquello que la lucha de clases solucionaría. Una vez entre ellos, objetó con su libro *¿Reforma social o revolución?* (1899) la publicación de *El socialismo evolutivo*, de Eduard Bernstein, reconocido «heredero literario» incontestable de Marx y Engels. Solo le bastó estar un año en Berlín. // El torbellino de la revolución rusa de 1905 la llevó de vuelta

a Polonia, y ello le permitió ver mucho más allá de lo percibido en Alemania. Los *soviets*, la espontaneidad de las masas, la radicalización de las demandas obreras, el papel de las huelgas generales, le pusieron fin a un tiempo y ensancharon sus modos de ver, de concebir la organización, la participación, al sujeto del cambio, las estrategias de lucha y los decursos ulteriores. A ello le siguió su participación en el Congreso del Partido Bolchevique de Londres en 1907, su polémica y ruptura con Karl Kautsky, su rechazo al parlamentarismo, su enfrentamiento a los acomodados del SPD. Fue muy aguda ante el silencio y la complicidad de este ante la incursión de cañoneras alemanas en Marruecos en 1911 y la aceptación de participar en la contienda mundial. Se reconoció entonces por sus posiciones antimperialistas, antibelicistas, y sus enfrentamientos al revisionismo de los líderes marxistas alemanes y su oportunismo a ruedo. // Tras los convulsos días de inicio de la Primera Guerra Mundial y el fin de la Segunda Internacional –sucesos muy difíciles para ella–, se dedicó al estudio del imperialismo y sus raíces económicas, tratando de llegar hasta donde Marx no pudo, en torno a la acumulación del capital. Una estudiosa de su obra, la marxista norteamericana Raya Dunayevskaya –cuyo estudio ha sido publicado recientemente en Cuba (*Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución*, La Habana, Editorial Filosofi@.cu, 2018)–, exalta la prueba intelectual de Luxemburgo, de su aventura teórica. Aquella que le hiciera vivir –como lo reconoce la propia Rosa–, «sus días más felices», no obstante las frustra-

ciones de jornadas anteriores. Igualmente, la marxista norteamericana valora su oposición a la autodeterminación de las naciones, su modo de enfrentar la idea utópica del nacionalismo y el modo de estimularlo, lo cual consideró un rédito burgués, no consecuente con las luchas obreras de polacos, rusos, alemanes, pues para Luxemburgo nacionalismo e internacionalismo son dos opuestos absolutos. Su rechazo a la autodeterminación, así como su crítica a Lenin sobre la organización, la llevaron a algunas polémicas con él, a quien consideraba un gran amigo. No obstante hallarse ambos en diferentes «longitudes de onda», los unía la idea y el acto de la revolución. Y es que para Luxemburgo «la revolución lo es todo, lo demás son minucias». Alemania y su posible revolución fueron esperanza para la joven república soviética. A un año del triunfo de la Revolución de Octubre, la idea del socialismo, de la revolución proletaria, se convertía en esperanza, o se presentaba como el fantasma que entorpecía la salida de la crisis. Sus enemigos potenciaban su horror y lo demonizaban. Tras la derrota del ejército alemán en la contienda mundial, la abdicación del káiser Guillermo II tiene lugar el mismo día en que Rosa era liberada de la cárcel donde había permanecido los años de la guerra mundial. El país era un hervidero. Se encontraban dos posibilidades: o la creación de una república socialista y las propuestas de la Liga Espartaco bajo el liderazgo de Luxemburgo y Liebknecht, o la república que promete la paz y el restablecimiento del orden, encabezada por F. Ebert y la socialdemocracia alemana. // El gobierno socialdemócrata, temeroso del auge

de los consejos de obreros y soldados, de las revueltas y de la insurrección espartaquista, optó por matar a sus líderes, por asesinarlos sin más. Entonces fue una campaña abierta y una decisión impostergable. Aquella idea de Rosa sobre la libertad como libertad «siempre y exclusivamente... para aquel que piensa de manera diferente» no funcionaba para sus enemigos declarados, su exalumno de la escuela partidista, Ebert, y compañía. Habidas cuentas, era preferible sacarles de delante, como si fuera la cura de una dolencia, para garantizar el poder. Entonces la ejecución violenta, el asesinato fue la solución. // Hoy no estamos distantes de semejante voto, aunque se pueda judicializar, inculpar, construir campañas difamatorias y *fake news*, valerse de noticias falsas montadas y repetidas en campaña orquestada, o también matar. A Berta Cáceres se le asesinó espantosamente. La frialdad de la lógica inhumana del cálculo del poder puede hacer tirar del gatillo. A cien años no se está a salvo del crimen que llevó a Rosa a desaparecer y acallar su voz, pues «los ricos del mundo la extinguieron, porque ella a los pobres la verdad ha dicho», como dijo Bertolt Brecht. La barbarie que Rosa anteponía al socialismo no deja de ser latencia.

Gracias, médicos cubanos. Hasta pronto

Estas palabras de Fernando Moraes fueron publicadas en el diario Granma, como agradecimiento del escritor brasileño a los médicos cubanos que regresaron de su país como respues-

ta a las ominosas condiciones que pretendía imponer el presidente Jair Bolsonaro:

Hace unos cuarenta años más o menos, en 1977, yo estaba haciendo un reportaje en África, en la frontera de Mauritania, en camino a la República Saharaui, y en una de las paradas escuché a un grupo de personas en una aldea, junto a un pequeño oasis. Una fuente en una aldea que sería comparable a una favela brasileña, yo oí gente que hablaba español y fui hasta allá con mi guía árabe, vi que eran personas vestidas de blanco y les pregunté si eran médicos y me respondieron: «sí, somos médicos, médicos cubanos». Les pregunté: «¿cómo?, ¿qué están haciendo aquí?», y me respondieron: «estamos trabajando aquí en África, ayudando países pobres». Fue la primera vez que yo vi al médico cubano trabajando por el mundo. País que puede pagar, paga, país que no puede pagar, no paga. Así funciona lo que se llama el internacionalismo proletario. Entonces, al ver al gobierno brasileño forzando a Cuba a tomar esa decisión que tomó, una actitud digna, una actitud que nos hace estar orgullosos de ser amigos de la Revolución Cubana, al mismo tiempo nos deja profundamente melancólicos porque sabemos que quien va a pagar eso son los pobres que están esparcidos por millares de ciudades en los confines brasileños; y que los médicos olorosos y limpiecitos que hacen cursitos caros en facultades caras aquí en el Sudeste, jamás aceptarán poner sus pies allá. // Esa gente, la mayoría de esas personas nunca había visto un médico en la vida. Hay documentales,

hay películas, nosotros mismos hemos pasado un documental. // La decisión de Cuba... Bolsonaro pensó que bastaba mostrar los dientes a los cubanos e iban a bajar la cabeza, es que no sabe con quién se está metiendo. Cuba ha aguantado durante sesenta años frente a la mayor potencia bélica, militar, la más agresiva que la humanidad ha conocido. Cuba aguantó agresiones diplomáticas, económicas y militares durante sesenta años, del otro lado del Estrecho de la Florida, y resistió. No ha de ser un gobierno como este de Brasil el que va a hacer a Cuba bajar la cabeza. // Yo me despido de mis amigos médicos cubanos que se van y quiero decirles a ustedes que nosotros estamos en este momento muy avergonzados de ser brasileños. Un abrazo apretado, no solo mío, de millones y millones y millones de brasileños que tienen con ustedes una deuda que el dinero no va a pagar. Muchas gracias.

El hombre mediano asume el poder

Es el título del artículo de la analista política brasileña Eliane Brum que publicara el 3 de enero el diario madrileño El País. Por el interés que merecen sus valoraciones las reproducimos parcialmente para nuestros lectores:

Desde el día 1 de enero de 2019, Brasil tiene como presidente a un personaje que jamás había ocupado el poder por el voto. Jair Bolsonaro es un hombre que no pertenece a la elite ni ha hecho nada excepcional. Ese

hombre mediano representa a una gran parte de los brasileños. Hay que aceptar el desafío de entender qué hace ahí. Y con qué segmentos de la sociedad brasileña se ha aliado para diseñar un gobierno que reúne fuerzas distintas que se disputarán la hegemonía. Aunque existan varias propuestas y símbolos del pasado en la elección del nuevo presidente, la configuración que encarna Bolsonaro es inédita. En este sentido, él es una novedad. Una novedad difícil de tragar para la mayoría de los brasileños que no lo votaron, que eligieron al candidato opuesto o votaron en blanco, nulo o simplemente no fueron a las urnas. Bolsonaro también encarna el primer presidente de extrema derecha de la democracia brasileña. El «desto» está en el poder. ¿Qué significa eso? // Cuando Luiz Inácio Lula da Silva llegó al Palacio del Planalto por primera vez, en las elecciones de 2002, después de tres derrotas consecutivas, fue un hito histórico. Los que estuvieron presentes en el discurso de la victoria en la Avenida Paulista, hubieran votado a Lula o no, entendieron que aquel momento marcaba un antes y un después [...]. // Jair Bolsonaro, hijo de un dentista formado en la práctica del interior del estado de São Paulo, oriundo de una familia que podría definirse como de clase media baja, no representa solo a un estrato social. Representa más bien una visión de mundo. No hay nada de excepcional en él. Cada uno de nosotros ha conocido a varios Jair Bolsonaro en su vida. O tiene un Jair Bolsonaro en la familia [...]. // Lula fue una excepción. Y Bolsonaro es una excepción. Pero representan dos opuestos. No solo por

uno ser de centroizquierda y el otro de extrema derecha. Sino porque Bolsonaro rompe con la idea de excepcional. En lugar de votar al que reconocen como detentor de cualidades superiores, que lo habilitarían a gobernar, casi cincuenta y ocho millones de brasileños eligieron a un hombre que se parecía a su tío o su primo. O a sí mismos. // Esa disposición de los electores fue bastante explotada por la exitosa campaña electoral de Bolsonaro, que apostó por la vida «ordinaria», falseando el día a día prosaico, la improvisación y el apaño en la comunicación del candidato con sus electores por las redes sociales. Bolsonaro no debería parecer mejor, sino igual. No debería parecer excepcional, sino «común» [...]. // Su gran hazaña fue ser elegido diputado y conseguir que lo siguieran eligiendo diputado. A continuación, poner a todos sus hijos en la senda de esta profesión sumamente rentable y con muchos privilegios. La «familia» Bolsonaro se ha convertido en un clan de políticos profesionales que, en estas elecciones, ha conseguido un número asombroso de votos. Pero no por tener proyectos e ideas excepcionales. El nuevo presidente de Brasil se ha pasado casi tres décadas siendo un político de lo que en el Congreso brasileño se denomina «el bajo clero», un grupo que hace bulto pero que no tiene influencia ni planea las grandes decisiones [...]. // En los últimos años, los diputados del «bajo clero» del Congreso han descubierto su fuerza y también cómo enriquecerse uniéndose a favor de los intereses que les benefician. O simplemente chantajeando con su voto. Bolsonaro es de esa estirpe. Si ocupaba algún lugar en el

Congreso, era el de bufón. Hasta hace un año, pocos creían que podría ser elegido presidente. Parecía imposible que alguien que decía las barbaridades que decía pudiera ocupar el cargo máximo del país. // Lo que se dejó de percibir fue que casi todos tenían un tío o un primo exactamente como Bolsonaro [...]. Lo «políticamente correcto», que Bolsonaro y sus seguidores tanto atacaron en las elecciones, se ha interpretado como una agresión directa a los privilegios que se consideraban derechos. // Para un hombre pobre, ya sea blanco o negro, despotricar contra los gays y/o las mujeres en el día a día puede ser la única prueba de «superioridad», mientras enfrenta la masacre diaria de una jornada extenuante y mal pagada. Bolsonaro lo entendió muy bien. En su discurso para la población aglomerada en la Plaza de los Tres Poderes [...], el presidente recién investido presentó el combate a lo «políticamente correcto» como una de las prioridades de su gobierno. No la espantosa desigualdad social, que hasta los presidentes conservadores creían que era bueno citarla, sino la necesidad de «liberar» a la nación del yugo de lo «políticamente correcto» [...]. // Excluidos de las elites intelectuales, presionados a ser «políticamente correctos» porque los otros sabían más que ellos, ridiculizados en su masculinidad fuera de época, atemorizados por las mujeres incluso dentro de casa, reaccionan. Como se sienten débiles, reaccionan con una fuerza desproporcionada. // Estos brasileños no quieren un hombre mejor que ellos en la presidencia. Lo que quieren es un hombre igual que ellos en el gobierno.

En una época en que hasta las metáforas se literalizan, Bolsonaro les devuelve –literalmente– lo que sienten que se les quitó. Al asumir el poder, Bolsonaro muestra que el orden del mundo vuelve a la «normalidad». // Bolsonaro se convierte entonces en aquel que «no tiene miedo de decir lo que piensa» o «el que dice la verdad». Bolsonaro se convierte en héroe porque enfrenta lo «políticamente correcto» y libera los sentimientos reprimidos de sus iguales. Ellos, que empiezan a sentirse unos mierdas ante mujeres cada vez más asertivas y negros que ya no aceptan ocupar un lugar subalterno, pueden volver a mentir diciendo que los privilegios son derechos y afirmar que esta es «la verdad». Bolsonaro predica «transformación», pero solo ha resultado elegido porque su propuesta de «cambio» trabaja con la ilusión del retorno. Esta «nueva derecha» entiende muy bien los deseos de una parte de los hombres desesperados de esta época. // En el intento de volver a un pasado que ya no puede ser, incluso con Bolsonaro en el poder, los privilegios perdidos se tildan de «ideología». Los que lo ideologizan todo, incluso la orientación sexual y las religiones ajenas, culpan a la ideología de todo. // Si no les gustan los hechos, como el calentamiento global, los transforman en «ideología marxista». Convierten lo «políticamente correcto» en una palabrota. Cualquier límite se convierte en un ataque a la libertad, en especial la libertad de ser violento. Llamen «comunistas» o «izquierdistas» a todos los que indican la necesidad de establecer límites, como si ambas palabras significaran una especie de pecado capital. // Como se

sentían oprimidos por conceptos que no entendían, los bolsonaristas descubrieron que podrían dar a las palabras el significado que les conviniera porque el grupo los respaldaría. Y, gracias a las redes sociales, el grupo los respalda. El significado de las palabras lo da la cantidad de «me gusta» en las redes sociales. Vaciadas de contenido, historia y consenso, vaciadas incluso de las contradicciones y las disputas, las palabras se convierten en gritos, en fuerza bruta. // Y, así, un hombre mediocre como Bolsonaro se transforma en «mito». Amenazados con perder la diferencia que les garantiza privilegios que ya no pueden tener, Bolsonaro y sus seguidores corrompen la realidad y afirman su mediocridad como valor. Macho. Blanco. Todo un hombre [...]. // Como todo mediocre, Jair Bolsonaro se llena la boca de ignorancia como si fuera sabiduría. Pero, también como todo mediocre, en el fondo, muy en el fondo, sospecha que es mediocre. Y busca desesperadamente la aprobación de los adultos. Por ahora, Bolsonaro está encantado de tener a un intelectual de la Escuela de Chicago que le dice lo especial que es. A un héroe de la Operación Lava Jato que lo elogia. Y, principalmente, a generales que saludan a un capitán. Pero la realidad es implacable con las ilusiones [...]. // El experimento de Brasil que ahora empieza es fascinante. Aunque solo si viviéramos en Marte y si la mayor selva del planeta no estuviera amenazada. En algún momento, Jair Bolsonaro se mirará al espejo y verá solo a Fabrício Queiroz, policía militar y exasesor de su hijo, que no consigue explicar de dónde viene el dinero que ingresó en la cuen-

ta de la primera dama. En algún momento, Jair Bolsonaro podrá mirarse al espejo y solo verá la imagen más exacta de sí mismo. Perseguido por la verdad que no podrá denominar *fake news*, correrá hacia las calles para oír a los Queiroz que gritan: «¡Mito! ¡Mito! ¡Mito!». Pero los gritos se los puede tragar la realidad de los días. Entonces sabremos, en toda su magnitud, qué significa Bolsonaro en el poder.

Ante el desgaste, la lectura

Con el subtítulo de «deseo navideño» publicó La Jornada de México, el 25 de diciembre, la nota de Claudio Lomnitz de la que reproducimos fragmentos:

Vivimos en la era del desgaste. No queremos sino hacernos del micrófono. Transmitir, transmitir y transmitir. Pregonar. Cacarear el huevo. Adherirnos a la causa. Felicitar... Lo de hoy es una especie de versión «Era Digital» del horror al vacío que privó durante el barroco, solo que ahora aborrecemos no tanto al vacío, como a desaparecer. A no estar. A no figurar. // Hace como un mes empecé a usar Twitter, y todavía no lo manejo demasiado bien, pero ya estoy notando que lo reviso demasiado seguido. Y peor, que tener Twitter implica estar pensando en oportunidades para comunicar. El deseo de comunicar va naciendo del Twitter, en lugar de preceder su lectura. ¿Es bueno estar pendiente de todo eso? No lo sé. Imagino que los que usen Facebook o

Instagram estarán más o menos en las mismas. Estar en las redes es también vivir para las redes. // Solo así alcanzo a intuir el amor que veo hoy por hacerse *selfies*. Veo en la televisión a fanáticos del fútbol grabándose a sí mismos en el momento en que cantan el gol, y me va quedando claro que a esos aficionados les importa más que sus amigos sepan que están cantando el gol a estar viviendo el momento del gol. Todo el tiempo nos estamos viendo a nosotros mismos desde el otro, hecho que se refleja también en la angustia de los políticos por no dejar de figurar ni por un solo minuto. Hoy, la soledad del expolítico ya no es soledad, sino vacío. Ha dejado de existir, porque existía solo para los demás [...]. // Vivir siempre pendiente del otro es vivir en el desgaste personal. Vivir pendiente significa resignarse a ir perdiendo la interioridad. Es vivir reaccionando. Tanto así, que valdría la pena actualizar la palabra «reaccionario», porque hoy somos todos cada vez más «reaccionarios». Le damos prioridad espiritual a la reacción antes que a la experiencia y, ante todo, reaccionamos. Lo que vamos dejando atrás es la interioridad que fue el corazón mismo del romanticismo, aquel amor por la autonomía que tuvieron por igual Kant, Beethoven o Emerson. La valoración y el culto del punto de vista que tuvimos desde la Ilustración. La reacción perpetua está peleada con la interioridad, y la falta de interioridad, es lo contrario de la autonomía. Desde ahí, no hay pensamiento posible. Todo son ocurrencias, y todo son aplausos. // Pensando en esto, me percaté que cada vez me está costando más trabajo leer libros enteros. Lo vi, y lo sentí.

Sentí la carencia, y me puse a leer [...]. // La lectura es duración. Es tiempo. Es un diálogo sostenido con el libro. // No casualmente, la duración es, justamente, la clave para la construcción de la interioridad. Solo entregándose a actividades que duran podemos combatir nuestra propensión a la reacción continua. Hoy, leer libros significa dejar de consultar Facebook o Twitter durante al menos una hora (o cinco). En eso, leer libros es un ejercicio que puede compararse también con lo que se gana con ciertos deportes –correr, por ejemplo, o nadar. Correr es pura duración. Es entregarte tiempo, y darle la espalda a las demandas del otro. // Hoy debemos saber luchar en contra de la presión a adherirnos a debates que no nos importan. Dejar de estar pendientes de las ocurrencias de políticos que solo buscan dominar la noticia. Resistir la obligación de vivir respondiendo. Domar el horror al vacío de nuestra época: el horror a desaparecer. // Mi deseo navideño para todos nosotros es el de recuperar los libros. Recordemos que son nuestros amigos y no un reto que hay que «dominar». Recordemos que antes de leerlos, los hemos escogido, y si los hemos escogido, es porque nos acompañarán. Y, sí, nos ayudarán.

Un pensamiento desconectado de la realidad

Así titula Emir Sader una crítica a la izquierda intelectual en la América Latina, cuya traducción ha circulado

en Rebelión el 1 de diciembre, la cual publicamos parcialmente:

La separación entre teoría y práctica fue algo que acompañó a la izquierda a lo largo de casi un siglo. Quedaron atrás los momentos en que los grandes dirigentes políticos de la izquierda eran, a la vez, grandes intelectuales. Marx, Lenin, Trotski, Rosa Luxemburgo, Gramsci, fueron ejemplos determinantes de aquel momento en que teoría y práctica se imbricaban mutuamente. // A partir de la estalinización de los partidos comunistas y del abandono, por parte de la socialdemocracia, del anticapitalismo, la teoría [...] tendió a quedar recluida en las universidades y centros de estudio, sin tener ninguna relación con la realidad; teorías sin trascendencia práctica. Mientras que la práctica política se fue amoldando a las estructuras existentes de los sistemas políticos, sin análisis más profundos de la realidad y sin capacidad de diseñar futuros alternativos. // Latinoamérica tiene una larga tradición de pensamiento crítico, que tiene en Mariátegui [...] a su fundador. En este siglo, la intelectualidad crítica vivió nuevos desafíos frente a la ola neoliberal [...]. // En un primer momento se trató de resistir a la ofensiva neoliberal, defendiendo las empresas públicas de las privatizaciones, los derechos de los trabajadores, las regulaciones estatales, la soberanía externa. Ello exigió solamente firmeza de principios [...]. // En un segundo momento [...] fue el tiempo de construcción de gobiernos alternativos al neoliberalismo, con protagonismo de los nuevos liderazgos (Chávez, Lula, Néstor y Cristina, Pepe Mujica, Evo,

Rafael Correa). Solamente una parte de la intelectualidad latinoamericana ha comprendido el carácter profundamente antineoliberal de esos gobiernos, que respondían concretamente a los desafíos de construir alternativas al neoliberalismo. // Otros han mantenido puntos de vista críticos y distancias, cuando no oposición frontal. Unos [...] no veían cómo la Venezuela de Chávez era radicalmente distinta a la que él había heredado. Ni cómo el Brasil de Lula era absolutamente distinto, comparado con el país que Cardoso le había dejado. Ni que la Argentina de Menem era un país frontalmente diferente al que los Kirchner habían reconstruido. Ni que los gobiernos del Frente Amplio uruguayo habían cambiado radicalmente la sociedad del país. Ni que entre los gobiernos anteriores y el de Evo Morales había un abismo de diferencias. Ni tampoco que el Ecuador de Rafael Correa era otro país respecto a los gobiernos anteriores. // Otros han tratado de descalificar a esos nuevos gobiernos, caracterizados como modelos primario exportadores, dilapidadores de la naturaleza, sin darse cuenta de las transformaciones económicas, sociales y políticas que esos países han tenido, por ejemplo, en comparación con países como Perú y México, que habían mantenido políticas neoliberales. Son intelectuales que se han alejado de la ola progresista que se había producido en el Continente [...]. // Gran parte de la intelectualidad de esos países ha votado por esos gobiernos, pero bajo la forma de un consenso pasivo [...], sin participar activamente en la construcción de las nuevas políticas y muchas veces sin siquiera participar

en el intenso debate ideológico. // Un tercer período fue el del retorno de la ofensiva conservadora y crisis de gobiernos progresistas, sustituidos en varios casos –Argentina, Brasil, Ecuador– por gobiernos de restauración neoliberal o sometidos a duras ofensivas de la derecha, como en los casos de Venezuela, Bolivia e incluso Uruguay. // En este período, la distancia entre la práctica intelectual y los desafíos políticos concretos de la realidad latinoamericana ha sido más evidente. Los líderes políticos de la izquierda, los partidos y los movimientos populares no cuentan, en general, con contribuciones de intelectuales que puedan ayudar a hacer balances, ubicar las debilidades, apuntar hacia su superación y comprender el nuevo período político que tenemos por delante; estos líderes y colectivos tienden a sufrir el aislamiento respecto a la intelectualidad, a sufrir la falta del debate de ideas pertinentes con los desafíos concretos y los nuevos horizontes a dibujar y a encarar. // Una tendencia a encierro en las universidades, centros de estudio, instituciones, con los correspondientes procesos de despolitización, de burocratización en los medios intelectuales. Rasgos típicos de épocas de reveses, de repliegue, de pérdida de iniciativa de la izquierda, y de ofensiva de la derecha. En el período actual es notoria la falta de participación de la intelectualidad en los debates públicos, la pérdida de perfil de la presencia de gran parte del pensamiento social latinoamericano, mostrando un período de retroceso en la creatividad teórica y el compromiso político. // Las tendencias críticas, que no valoran las conquistas de este siglo

tienden a predominar; el alejamiento de partidos y movimientos populares, la adhesión a otras alternativas. Pero, principalmente, la despolitización, el refugio en temas e intercambios académicos, lejos de las prioridades y las urgencias políticas de sus países, del continente y del mundo [...]. // Es muy significativo que Álvaro García Linera, que fue considerado el más importante intelectual latinoamericano, reciba manifestaciones de rechazo en el medio intelectual del Continente. Que Rafael Correa no sea reivindicado también por el medio intelectual, como si él no fuera, además de gran líder político, un importante intelectual latinoamericano [...]. // Solamente la comprensión de la perspectiva histórica en que se ubica Latinoamérica, la naturaleza de los problemas que enfrenta la izquierda, el carácter de los reveses actuales, la dimensión de los nuevos retos, los elementos de continuidad con la lucha antineoliberal y los elementos nuevos, que exigen readecuaciones por parte de la izquierda, permiten un nuevo ciclo de compromiso de la intelectualidad latinoamericana con la historia contemporánea de nuestro Continente [...] // Sin teoría, la práctica se vuelve impotente. Sin práctica, la teoría se vuelve inocua.



Adioses

El 31 de diciembre murió el sociólogo guatemalteco Edelberto Torres Rivas (1930), reconocido por sus estudios de sociología política y especialmente de los procesos

democráticos en su país. Durante el gobierno de Jacobo Arbenz, Torres Rivas fundó la Alianza de la Juventud Democrática. Se exilió en México tras el derrocamiento de ese gobierno, y en 1964 obtuvo su título de Maestría en Sociología en la recién fundada Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), de Chile. Años después llegaría a ser secretario general de la propia institución. Fue encargado del Programa Centroamericano de Ciencias Sociales, del Consejo Superior Universitario Centroamericano, en Costa Rica, y formó parte del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso). Dirigió el proyecto de historia y sociedad en Centroamérica, cuyos resultados fueron seis tomos de Historia General Centroamericana. Entre sus libros se encuentran *Las clases sociales en Guatemala* (1964), *La posible democracia* (1987), *La piel de Centroamérica: Una visión epidérmica de setenta y cinco años de su historia* (2007) y *Revoluciones sin cambios revolucionarios. Ensayos sobre la crisis en Centroamérica* (2011). En 1984 fue jurado del Premio Literario Casa de las Américas de ensayo de tema histórico-social.

El poeta, narrador, ensayista y editor uruguayo Saúl Ibargoyen Islas, radicado en México desde 1976, falleció el pasado 9 de enero a los ochenta y ocho años de edad. Nacido en 1930, Ibargoyen recibió el Premio Iberoamericano Bellas Artes de Poesía Carlos Pellicer para obra publicada en 2002, y obtuvo el Premio Nacional en los XXXIV Juegos Flores de San Juan del Río (2004) por el volumen

¿Palabras? Recibió, además, reconocimientos del Ministerio de Instrucción Pública y del Ayuntamiento de Montevideo, y en 2008 se convirtió en miembro de la Academia de las Letras de Uruguay. Autor de unos setenta libros, entre ellos figuran *La sangre interminable*, *Soñar la muerte*, *Toda la tierra extranjera*, *Exilios*, *Erótica mía: escribiré en tu espalda* y *Noche de espadas*. Su obra cuenta con traducciones al inglés, francés, alemán, ruso, portugués y árabe. Fue editor de *Plural* y de la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, y cofundador de *Archipiélago*, así como profesor en la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México. Integró el jurado de poesía del Premio Literario Casa de las Américas en 1974.

Ladridos limeños

Así tituló Atilio Boron una nota del 10 de enero sobre la declaración agresiva e inaceptable de los gobiernos oligárquicos que han tenido la venialidad de denominarse como «Club de Lima»:

En una batalla sin cuartel para ocupar el lugar del lamebotas mayor del imperio, un grupo de gobiernos latinoamericanos ha resuelto desconocer la legitimidad del proceso electoral que consagró la reelección de Nicolás Maduro como presidente de la República Bolivariana de Venezuela, y fijar sanciones contra sus ministros y altos funcionarios. Los autoproclamados integrantes del Grupo de Lima, cuyo nombre más apropiado,

debido a la fuerte presencia del narco en casi todos esos gobiernos, sería el «Cartel de Lima», compiten para lograr la anhelada presencia otorgada por la Casa Blanca. Un supuesto que une a estos obsecuentes es que cuanto más servil sea un gobierno ante Wáshington tanto mayor será la recompensa (económica, financiera, diplomática, etcétera) que recibirá a cambio. Pero como todo imperio, el norteamericano respeta el *dictum* clásico según el cual «Roma paga a los traidores, pero los desprecia». De éstos está repleta la historia latinoamericana, pese a lo cual nuestros pueblos siguen sumidos en la pobreza, la desigualdad y la ignorancia. Los traidores que se pusieron al servicio del emperador no lograron otra cosa que enriquecerse. Sus pueblos, nada. //Algunos de los escribas del Cartel dicen que las elecciones en Venezuela fueron fraudulentas. Desoyen a sabiendas la sentencia de James Carter cuando aseguró que: «de las noventa y dos elecciones que hemos monitoreado, yo diría que el proceso electoral en Venezuela es el mejor del mundo», superior, por supuesto, al de los Estados Unidos. Mienten cuando hablan de la escasa representatividad del nuevo gobierno debido a la elevada abstención registrada en esa elección: 54%, en medio de una infernal guerra económica, sabotaje a los transportes y todo tipo de inconvenientes para concurrir a votar. Sin embargo, la abstención del 53.4 % que hubo en Chile meses antes, y que consagró la reelección de Sebastián Piñera, no generó inquietud alguna ni en la Casa Blanca ni entre sus sumisos lacayos. Se pliegan con entusiasmo a tan infame campaña el

actual gobierno brasileño, remate final del «golpe blando» que destituyó a Dilma Rousseff, y surgido de un fraudulento proceso en donde el candidato que encabezaba las encuestas fue encarcelado e impedido de postularse en las elecciones. La estafa mereció las felicitaciones de eminentes demócratas, como Donald Trump y Benjamin Netanyahu. También participa del Cartel el corrupto e inepto gobierno de Mauricio Macri, cuyo incumplimiento de todas y cada una de sus promesas de campaña ya figura en los libros de ciencia política como uno de los fraudes postelectorales más escandalosos de la historia. O el presidente Juan O. Hernández, de Honduras, surgido de unos comicios tan corruptos y viciados que fueron objetados por la mismísima Oea, y que el Departamento de Estado demoró casi un mes en reconocer. Pese a ello, Hernández no se arredra, y se erige como un campeón de la democracia latinoamericana. Como Iván Duque, peón de brega de Álvaro Uribe, asesino serial de líderes políticos y sociales en Colombia, lúgubre coleccionista de fosas comunes, y siniestro creador de los «falsos positivos» que exterminaron a miles de jóvenes campesinos inocentes en todo el país para demostrar la supuesta eficacia de su criminal política de «seguridad democrática». // En suma, estos malos gobernantes han montado un espectáculo que sería cómico si no fuera por la tragedia que ocasionan día a día a nuestra gente. Con sus errores, y sufriendo toda clase de arteros ataques, desde dentro y fuera del país, la Revolución Bolivariana acabó con el analfabetismo, entregó a su pueblo más de dos millones y

medio de viviendas, y se emancipó del yugo colonial al que están deshonrosamente sometidos sus críticos, que nada hicieron por sus pueblos salvo mentirles y oprimirlos. Impertérrita, la patria de Bolívar y Chávez sigue su curso. «Ladran, Sancho, señal que cabalgamos», dicen que dijo el Quijote. Más allá del debate actual sobre si lo dijo o no, flota en la obra del gran Miguel de Cervantes Saavedra la idea de que «cambiar el mundo, amigo Sancho... no es locura ni utopía, sino justicia». Dejemos que los paniaguados del imperio ladren y que la Revolución Bolivariana continúe avanzando con más bríos que nunca, corrigiendo errores y profundizando los aciertos.

Declaración de La Habana sobre idiomas indígenas

Resultado de los aportes de los participantes en el III Coloquio Internacional de Estudios sobre Culturas Originarias de América celebrado en octubre pasado, el Programa de Estudios sobre Culturas Originarias de América de la Casa de las Américas hace pública esta declaración, en un 2019 que ha sido declarado por la Organización de Naciones Unidas, Año Internacional de las Lenguas Indígenas:

Desde la tierra taína, en Cuba, uno de los primeros territorios de nuestro hemisferio que se resistió a la conquista y colonización europea, sabiéndonos herederos y deudores de las culturas originarias que habitaban Abya Yala y la Isla Tortuga antes de la

llegada de los colonizadores europeos, valorando el rol que deben desempeñar los intelectuales indígenas y no indígenas en la difusión de las lenguas y las epistemologías indígenas como parte del necesario proceso de descolonización cultural del mundo, y reconociendo la oportunidad que representa, para la reflexión y la acción, la declaración, por Organización de Naciones Unidas (Onu), de 2019 como Año Internacional de las Lenguas Indígenas, en el marco del III Coloquio Internacional de Estudios sobre Culturas Originarias de América «Lenguas Indígenas de América: expresiones, traducciones, recuperación y revitalización» –celebrado en la Casa de las Américas, en La Habana, Cuba, entre los días 9 y 12 de octubre del año 2018–, representantes de los pueblos indígenas Anishinaabe, Atikamekw, Aymara, Bribri, Innu, Lil'watul, Maya Achí, Maya K'iche', Maya Kaqchikel, Mazateco, Nahua, Quechua, Wendat y Taíno, y estudiosos no indígenas de Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Estados Unidos, Guatemala, Italia, México, Perú, Rusia y Cuba, aprobamos la siguiente: // Declaración. // 1) Saludamos la proclamación, por la Organización de Naciones Unidas (Onu), de 2019 como Año Internacional de las Lenguas Indígenas, y esperamos que la diversidad lingüística de los Pueblos Originarios pueda ser celebrada con un conjunto de acciones a nivel local, nacional, regional e internacional que permita avanzar políticas públicas y estrategias conjuntas desde los propios pueblos. // 2) Respetamos la enorme diversidad de idiomas indígenas que hacen parte de la identidad propia y de la cultura

de miles de pueblos y millones de hablantes en las Américas y en el mundo, quienes los preservan como parte inalienable de su ser a pesar de la exclusión, la opresión histórica, la marginación y la discriminación a que han sido y siguen siendo sometidos. // 3) Ratificamos el derecho de los Pueblos Indígenas a existir de acuerdo con sus propias cosmovisiones, epistemologías e historias, hablar sus propias lenguas y vivir de acuerdo a su autodeterminación. // 4) Reconocemos el papel que las familias y las comunidades locales en la transmisión intergeneracional, uso y salvaguarda de los idiomas indígenas, así como en su revitalización, por lo que invitamos a las madres, padres, abuelas y abuelos a continuar utilizando su lengua y a transmitirla a sus hijos y nietos. // 5) Exigimos respeto para los millones de hablantes indígenas monolingües que viven segregados, invisibilizados, despojados de su cultura y sus costumbres y cuyos derechos ciudadanos son sistemáticamente conculcados. // 6) Demandamos el diálogo y consulta previa e informada con las autoridades naturales y políticas de los Pueblos Indígenas y con sus miembros respecto a todos los aspectos que atañen a su vida política, económica, social y cultural, para buscar el consentimiento de sus miembros en cuanto a las políticas lingüísticas, culturales y educativas diseñadas por los Estados. // 7) Denunciamos las prácticas de castigo y «corrección» que aún se aplican a niños y adolescentes indígenas por hablar sus lenguas y ser ellos mismos, así como la pobreza, la imposición de una sola lengua y cultura, la asimilación, el epistemicidio y la

violencia lingüística que padecen los Pueblos Indígenas. // 8) Demandamos la autonomía y autodeterminación de los Pueblos Indígenas ante los asuntos que los atañen, así como la puesta en valor de sus conocimientos, saberes, valores, formas de gobierno, sus lenguas, sus expresiones artísticas y literarias, sus propios sistemas educativos, sus epistemologías y sus cosmovisiones. // 9) Reclamamos la implementación por parte de los Estados y en consulta efectiva con los pueblos de los derechos lingüísticos, culturales y educativos recogidos por la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas. // 10) Demandamos la existencia de servicios de traducción e interpretación profesional que garanticen pleno acceso a la justicia, la salud y a los diversos servicios del Estado. // 11) Llamamos la atención sobre la brecha digital que impide el acceso de los Pueblos Indígenas a la sociedad de la información y contribuye a la marginación de las lenguas indígenas y sus hablantes. // 12) Apoyamos los procesos de revitalización y recuperación lingüística y los procesos de consulta a los consejos de ancianos y ancianas que sustentan la continuidad y salvaguarda de la cultura, el conocimiento, la lengua y la espiritualidad ancestral. // 13) Confirmamos el importante rol que desempeñan las expresiones artísticas y literarias en la salvaguarda de las lenguas y las epistemologías indígenas. // 14) Denunciamos las políticas extractivistas que conllevan a la permanente explotación, usurpación y contaminación de los territorios ancestrales y de los ecosistemas que compartimos con las plantas y los ani-

males. // 15) Reclamamos que el trabajo académico con Pueblos Indígenas se realice con el consentimiento de los pueblos, en un marco de colaboración responsable y ético, y con el objetivo de contribuir a mejorar sus condiciones de vida. // 16) Declaramos nuestra solidaridad con los Pueblos Indígenas que luchan contra el neoliberalismo y el neoextractivismo propugnado por quienes tratan a la tierra, Nuestra Madre, como simple mercancía. // 17) Proponemos la articulación de redes solidarias que permitan enfrentar la retracción y el declive de las lenguas indígenas en riesgo y en alto riesgo en el hemisferio. // 18) Aspiramos a la existencia de un entorno lingüístico público diverso y multilingüe en que todas las lenguas tengan el mismo estatus y hagan parte de todos los ámbitos cotidianos de existencia. // La Habana, 12 de octubre de 2018, Día de la Resistencia Indígena.

El año que viviremos peligrosamente

El politólogo Iosu Perales analiza el panorama de la extrema derecha y la izquierda en Europa y la América Latina y nos devuelve estas reflexiones publicadas en Noticias de Gipuzkoa, el 20 de enero:

El mundo está dando un giro a la derecha, más exactamente hacia una extrema derecha alimentada por el ascenso y extensión de ideas anti-migratorias, xenófobas y de ataque a las libertades y a la democracia. El mapa europeo de la extrema derecha

se afianza además con el antieuropeísmo. Algunos datos: Alternativa para Alemania tiene un 12,6% de apoyos electorales, cosechado en las últimas elecciones a las que ha concurrido; el Partido Popular Danés el 21,1 %; el Frente Nacional francés el 21,3%; el Partido del Pueblo Suizo el 29,4 %; Demócratas Suecos el 12,9 %; el partido polaco Ley y Justicia el 37,6 %; el Movimiento por una Hungría Mejor el 19,1 %; el Partido Liberal de Austria el 26,0 %; el italiano Liga Norte 17,4 %; el Partido por la Independencia del Reino Unido el 1,8 %; el Partido para la Libertad holandés el 13,1 %. Por su parte, en Andalucía, VOX ha logrado el 10,97 %. // Este es un mapa significativo que deberíamos completar con los porcentajes de otros partidos de extrema derecha que también están presentes en Europa. Ya no se trata de un problema francés, ahora lo es de toda la Europa democrática. En este sentido veremos qué develan las elecciones al parlamento europeo de 2019. Contienda que ya está alentando el intercambio y configuración de una Internacional de la Extrema Derecha, lo que podría tener graves consecuencias de obtener buenos resultados. // Lo grave de este nuevo escenario es que en Europa los muros de contención de la extrema derecha están muy dañados. La socialdemocracia está sin capacidad de respuesta. Ejemplos llamativos son la desaparición del partido griego Pasok; la brutal caída del Partido Socialista francés, cuyo candidato Benoît Hamon obtuvo un 6 % en las presidenciales de 2017; el Partido Laborista Holandés pasó en 2017 de treinta y ocho escaños a nueve; el propio PSOE ha perdido

casi la mitad de los votos desde 2008. Otros ejemplos son igualmente humillantes. Muchos votantes clásicos de la izquierda moderada están dando su voto a fuerzas de extrema derecha desde un estado de frustración y de sentimiento de abandono. Hace doce años la Unión Europea era un club para progresistas, hoy hay apenas cinco gobiernos con rasgos de izquierdas. // En la América Latina, la victoria electoral del fascista Jair Bolsonaro, una mezcla de Trump y Pinochet, cambia la correlación de fuerzas y nos advierte, de un lado, de la militarización de Brasil con sus consecuencias en la criminalización de los movimientos sociales y, del otro, de la continuidad de la mala influencia norteamericana en la región. El peligro de contagio a otros países del Continente es una posibilidad real. // Haríamos muy mal haciendo lecturas separadas, fraccionadas, de lo que está ocurriendo en diferentes partes del planeta. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial no hemos vivido un momento más peligroso que el actual, algo que merece una reflexión. // Lo cierto es que el mundo, desde la llegada a la presidencia de los Estados Unidos de Donald Trump, es más caótico e impredecible. Lo que está ocurriendo propone dos planos de análisis: el ámbito nacional que nos llevaría a profundizar país por país en las causas precisas de este giro generalizado a la derecha; y el ámbito mundial, que configura un estado general desfavorable para la paz y que fomenta la multiplicación de conflictos, y la confrontación bélica, lo que produce una asociación entre globalización económica y globalización armada. El

declive electoral afecta, asimismo, a fuerzas políticas de lo que podríamos llamar derecha civilizada. Vivimos el castigo a fuerzas políticas que tras la Segunda Guerra Mundial pactaron el Estado del Bienestar y que han sido neutralizadas por un neoliberalismo de confrontación extrema y, ahora además, sufren castigos electorales a manos de fuerzas neofascistas. Desde luego conservadores y socialdemócratas son muy responsables de haber accedido a una globalización que genera malestar e inseguridad y es el suelo donde crecen partidos con agendas sectarias, excluyentes y confrontativas. // La extrema derecha es un peligro por la fuerza que pueda llegar a alcanzar por sí misma. Pero lo es también por la presión y el empuje que puede tener sobre las derechas tradicionales tentadas de hacer suya la agenda política extremista para no perder caladeros de votos. El caso de Andalucía es muy claro. La Europa que se está dibujando hace saltar todas las alarmas. Si ya la unión política es casi una quimera, en adelante la soberanía compartida sufrirá agresiones y una unión de contenido social se tornará imposible. // Pero, siendo sincero, me preocupa más el aumento de las tensiones globales que puedan acercarnos a una tercera guerra mundial. ¿Saben por qué? Porque nunca como ahora, en los últimos setenta años, el ambiente general ha sido tan favorable a los ataques a la democracia y a la paz; nunca como ahora habían convergido tantos países con una extrema derecha en auge; nunca como ahora los tambores de guerra han sonado en tantas partes al mismo tiempo. Nunca antes los Estados Unidos habían tenido un pre-

sidente tan excéntrico y provocador que se jacta de tener el botón nuclear en su propia mesa de trabajo. Nunca como ahora, ya es decir, el sionismo aprieta para abrir una guerra con Irán. A ello se une los intereses de una industria de las armas, es decir, de las guerras que se vuelven indefinidas. // El mundo está tan globalizado, interconectado, que la suerte de su estabilidad o inestabilidad se está jugando en tableros que aunque nos parezcan lejanos tienen una influencia en nuestras vidas: Medio Oriente y, en particular, la pugna entre Israel e Irán puede terminar arrastrando a las grandes potencias a una guerra con intervención directa. 2019 será un año en el que viviremos peligrosamente. // Como es sabido, el sionismo israelí suspira por lanzar un ataque a Irán, bombardeando primero territorio sirio y ampliando seguidamente el conflicto a su enemigo principal. Si esto ocurre hay muchas posibilidades de que Rusia intervenga militarmente y el Hezbolá libanés abra otro frente con Israel. Queda por saber el juego final de los Estados Unidos, que no dejará abandonado a su aliado sionista. Son dos grandes factores los causantes de tanta inestabilidad bélica: el neoliberalismo de guerra que se disputa el control de materias primas, y la geopolítica que busca la dominación de amplias regiones estratégicas, pertrechada de armas nucleares. Las tendencias autoritarias inherentes a las potencias que se disputan hegemonías son una realidad. // El ascenso de la extrema derecha en Europa y en América requiere de medidas nacionales, pero también de otras medidas globales, mundiales. Son dos hechos que perju-

dican a la resolución de los conflictos en terceros escenarios (Medio Oriente, Asia central) por la vía del diálogo y la negociación. La derecha radicalizada solo entiende de violencia y puede canalizar su islamofobia por la vía de más guerras. Es urgente que las relaciones internacionales impongan el multilateralismo y las negociaciones como herramienta de superación de conflictos. Los grandes países, las grandes potencias, si quedan sueltas, al libre albedrío, son un peligro para la paz mundial y más si están dirigidas por un tipo desequilibrado como Donald Trump, quien por cierto busca un nuevo orden geoeconómico y geopolítico, a cualquier precio. Claro que China tiene cosas que decir en la guerra comercial ya desatada.

Explicar la igualdad al 1 % más rico del mundo

Del sociólogo Boaventura de Sousa Santos nos llega este texto, publicado en el blog Público, el pasado 4 de diciembre de 2018. Por la importancia de sus análisis, lo reproducimos para nuestros lectores:

El primer Foro Mundial del Pensamiento Crítico, celebrado en Buenos Aires por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), entre el 19 y el 21 del pasado mes de noviembre, me propuso un reto sorprendente: explicar la igualdad al 1 % más rico del mundo. Hacer tal explicación ante ocho mil personas es casi una provocación. Pero no eludí el desafío. Como he escrito, la fórmula del 1 %

contra el 99 % no la inventó el movimiento de los indignados de 2011. Está en las páginas finales del diario de Lev Tolstói de 1910. La actualidad de esta fórmula está menos en la figura de Tolstói que en las condiciones actuales del capitalismo mundial, atravesado por desigualdades entre ricos y pobres que tienen muchas similitudes con las de hace cien años. Ante el reto, decidí comenzar por desconstruir la pregunta. Era una vieja pregunta, una pregunta típica del siglo xx. En primer lugar, en el siglo xxi, y después de todas las victorias de los movimientos feministas y antirracistas, sería más correcto explicar no la igualdad, sino la diferencia. La igualdad no existe sin ausencia de discriminación, es decir, sin el reconocimiento de diferencias sin jerarquías entre ellas (hombre/mujer, blanco/negro, heterosexual/homosexual, religioso/ateo). En este año en que celebramos los setenta años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, recuerdo la formulación que he dado al respecto: tenemos el derecho a ser iguales cuando la diferencia nos inferioriza y el derecho a ser diferentes cuando la igualdad nos descaracteriza. En segundo lugar, la pregunta pretendía explicar la igualdad al 1 % más rico. ¿No tendría más sentido, o no sería más útil, explicarla al 99 % más pobre? Explicar la igualdad al 1 % es como explicar al diablo que Dios es bueno. Si lo intento, tal vez no me entienda; y si me entiende, tal vez me expulse o prohíba escribir sobre el tema. Recordé, a propósito de esto, ese siniestro movimiento de extrema derecha educativo en Brasil, conocido con el engañoso nombre de

Escuela sin Partido, que en sus últimos documentos incluye entre los autores prohibidos a Karl Marx, Paulo Freire, Milton Santos, José Saramago y Antonio Gramsci. Recordé también la situación de antiguos estudiantes míos, hoy profesores en universidades brasileñas, que se sienten perseguidos y controlados (e incluso grabados) en sus clases de sociología política y derechos humanos, sospechosos de defender «ideas rojas» o «ideología de género», la innovación conceptual más reciente de las cloacas autoritarias y neofascistas. // Me pregunté, pues, si no sería más útil y adecuado explicar la igualdad al 99 %. Pero ahí quedé suspendido en mi reflexión: ¿sería, al fin y al cabo, necesaria tal explicación? ¿No sabrán ellos mejor que nadie, y con la prueba de todas las arrugas de la vida, qué es la igualdad y qué es la desigualdad? ¿Necesitarán a alguien que se lo explique? El domingo anterior había pasado una buena parte del día en uno de los barrios más pobres y resistentes de Buenos Aires, el barrio Zavaleta, donde un grupo de activistas produce cooperativamente una revista, *La Garganta Poderosa*, que va siendo conocida en todos los barrios pobres del Continente. Allí pude comprobar cómo para ellos y ellas la igualdad se explica fácilmente por la desigualdad que sufren todos los días en los cuerpos y en la vida. Acompañado a distancia por militares (no policía civil) que controlan la comunidad, pude comprobar que no es igualdad cuando unas voluntarias se organizan para recibir donaciones de alimentos y crear un restaurante comunitario donde los jóvenes comen una comida decente al día. Que no es igualdad

cuando casi todos los habitantes tienen un joven pariente, amigo, hijo o nieto asesinado por la policía. Que no es igualdad cuando las inundaciones de las últimas semanas impiden que las cloacas improvisadas aguanten y los niños se despiertan con la cama llena de mierda (pido al editor que no censure esta palabra, ya que cualquier otra solo servirá para suavizar la mala conciencia de quien duerme en carritos Chico). Que no es igualdad cuando alguien en coma diabético muere en calles estrechas mientras unos brazos solidarios lo trasladan al lugar donde la ambulancia lo puede recoger. En Zavaleta, la igualdad se explica bien por la desigualdad, por la violencia policial, por la desvalorización de la vida, por la degradación ontológica de quien allí vive. // Pero incluso admitiendo que la explicación tiene sentido, la formulación de la invitación padece aún otro error, un error epistemológico. Presupone que hay un conocimiento específico y el único válido para explicar la igualdad, es decir, el conocimiento científico. Ahora bien, esto no es cierto y, en este caso concreto, es particularmente importante aclararlo. La filosofía eurocéntrica –y las epistemologías del Norte que nacieron de ella y dieron origen a la ciencia moderna– se basa en la contradicción entre defender en abstracto la igualdad universal y, al mismo tiempo, justificar que parte de la humanidad no es plenamente humana y, por tanto, no está contemplada en el concepto de igualdad universal, sea ella constituida por esclavos, mujeres, pueblos indígenas, pueblos afrodescendientes, trabajadores sin derechos, castas inferiores. No es preciso mencionar que

John Locke, gran patrono de la igualdad, fue dueño de esclavos; o que la eugenesia, «la ciencia más popular» de inicio del siglo xx, demostraba científicamente la inferioridad de los negros, una ciencia que Hitler estudió atentamente en la prisión mientras preparaba *Mein Kampf*. Por eso, confiar en que las ciencias nacidas de las epistemologías del Norte expliquen adecuadamente la igualdad es lo mismo que escoger al lobo para cuidar a las ovejas. Una metáfora menos chocante será la de pensar que la «ayuda al desarrollo» realmente ayuda a los países en desarrollo. Al contrario de lo que promete, tal ayuda contribuye no al desarrollo de los países, sino a mantenerlos subdesarrollados y dependientes de los más desarrollados. // Las epistemologías del Sur que he venido defendiendo parten de los conocimientos nacidos en las luchas de aquellos y aquellas que vivieron y viven la desigualdad y la discriminación, y resisten contra ellas. Estos conocimientos permiten tratar la igualdad como denuncia de las desigualdades que oculta o considera irrelevantes para contradecirla. Permiten también tratarla como instrumento de lucha contra la desigualdad y la discriminación. Solo para dar un ejemplo: las epistemologías del Sur permiten reconceptualizar el capital financiero global, verdadero motor de la extrema desigualdad entre pobres y ricos, y entre países ricos y países pobres, como una nueva forma de crimen organizado. Se trata de un crimen contra la propiedad de los trabajadores y de las clases empobrecidas, constituido por varios crímenes-satélite, sean estos el estelionato, el

abuso de poder, la corrupción. Solo para dar un ejemplo extremo: un trabajador en Brasil que use tarjeta para comprar a crédito llega a pagar una tasa de interés ¡del 326%! Como dice el economista Ladislau Dowbor, el crédito en Brasil no es estímulo: es extorsión. Su naturaleza criminosa es lo que explica el ejército de abogados a su servicio para defenderse de las múltiples violaciones de las leyes y para cambiar las leyes cuando ello sea necesario. Solo así se explica que en Brasil, según datos de Oxfam, seis personas tengan más patrimonio que la mitad más pobre de la población, y que el 5 % más rico posea más que el 95 % restante. // Pero el capital financiero global, en su actual configuración, no es solo un crimen contra la propiedad de los más pobres, sino también un crimen contra la vida y contra el medio ambiente. Datos de varias agencias internacionales, incluyendo Unicef, revelan que las políticas neoliberales de ajuste estructural o de austeridad han conducido a la disminución de la esperanza de vida en África y a la muerte de millones de niños por desnutrición o enfermedades curables. Las mismas políticas han estado ejerciendo una presión enorme sobre los recursos naturales, exigiendo su explotación cada vez más intensiva, con la consecuente expulsión de las poblaciones campesinas e indígenas, la contaminación de las aguas y la desertificación de los territorios. Además, las pocas reglas de protección ambiental conquistadas en las últimas décadas están siendo violadas o anuladas por los gobiernos de derecha. El ejemplo más grotesco hoy es Donald Trump; y mañana lo será ciertamente

Jair Bolsonaro. De ese modo, es muy probable que los escenarios más pesimistas señalados por la Onu terminen haciéndose realidad. // A la luz de las epistemologías del Sur, los crímenes cometidos por el capital financiero global serán uno de los principales crímenes de lesa humanidad del futuro. Junto a ellos y articulados con ellos estarán los crímenes ambientales. En el año en que celebramos los setenta años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, recomiendo que comencemos a pensar en la revisión de su redacción (y en un modo totalmente nuevo de participación en tal redacción) para dar cuenta de la nueva criminalidad que en los próximos setenta años continuará impidiendo a la humanidad ser plenamente humana.

Tercera carta pública al presidente Macri

Así tituló el escritor argentino Mempo Giardinelli este artículo publicado en Página/12, el 10 de diciembre:

Sr. Presidente: hoy cumple usted tres años en el máximo cargo republicano, y aunque seguramente no leerá estas líneas (es fácil deducir que usted no lee) yo quiero decirle que en mi opinión es usted un traidor a la Patria y un inepto absoluto. // Los demócratas, que somos mayoría de este país, aceptamos los resultados de 2015 con serenidad, y muchos –aunque no fue mi caso– con esperanza. E incluso los que sospechamos que hubo fraude, no alzamos la voz. Por la paz de la

república. Y porque jamás pensamos que el cinismo y el racismo, el robo empresarial y la vocación colonialista serían tan enormes como fueron en estos tres años. Hubiese yo querido empezar estas líneas acusándolo de políticas equivocadas, pero la realidad me supera: usted ha arruinado a conciencia este país. Ha condenado a millones de compatriotas a una vida miserable y encima los pisotea a diario con su repertorio inagotable de mentiras y de medidas antipopulares, antisociales, violentas y embrutecedoras. // Hoy en la Argentina más del 50 % de la población vive en la pobreza. Son millones de personas, de todas las edades. Y la mitad son niños con hambre, y carentes, además y vertiginosamente, de un buen futuro escolar y sanitario. // Ni sus publicistas y encuestadores lo pueden ocultar. Y por eso los repugnantes ejércitos de trolls que ustedes mantienen –y niegan cobardemente– hacen silencio al respecto. // Los pobres absolutos, los marginados, los sin trabajo, los sin casa, están constituyendo el paisaje más infame de este país que usted y su funcionariado ocultó a los mandatarios del G-20, que por supuesto aceptaron gustosos el engaño, circunscriptos a treinta manzanas del centro porteño, glamorosas y vacías. // Yo digo que no se dio cuenta, usted que no se da cuenta de nada que no sean sus negocios y sus intereses, de la farsa que fue esa reunión que costó una absurda millonada de dólares y no sirvió para absolutamente nada. Y al contrario, agravó dramáticamente las condiciones de la neocolonización que usted gerencia. En todo el país, en todas las ciudades colmadas de

pordioseros y linyeras que duermen en veredas y defecan en los parques, la vida fue y es otra cosa. Y por eso a quienes tenemos ojos y corazón, y vemos y nos duele lo que sucede en las calles porque las caminamos sin temores ni prejuicios, nos impactaron las estupideces de su gente, sus diarios y su tele: desfiles de modas de primeras damas tan machistas como usted, comilonas en palacetes fastuosos, careteos y una militarización feroz en las calles porteñas. Por eso todo el vasto interior del país, sépalo, pasó olímpicamente del G-20. Y mucho más de la mitad de la ciudadanía acordándose ominosamente, si bien cantando, de su señora madre. // Su gobierno, en solo tres años, ya es considerado por la prensa mundial y lo que queda de la verdaderamente nacional, como el peor de toda la Historia Argentina, genocidio dictatorial aparte, desde luego, si bien es repudiable que usted y los suyos protegen a asesinos, ladrones y apropiadores de niños y niñas. // Y digo el peor gobierno de la historia en términos institucionales, económicos y sociales. Porque usted ha destruido a conciencia la industria argentina, que casi no existe más. Usted protege a los destructores del agro, los que arrasan bosques nativos, los sojeros que queman la tierra, envenenan el agua e inundan los mejores campos de este país que fue envidiado en el mundo. Usted protege a los que se apoderaron de todos los puertos argentinos, y a los que ahora monopolizan hasta las semillas. Su gobierno viene privatizando velozmente la educación y la salud, cerrando escuelas e institutos, y no hay certezas de que continúen

las sesenta universidades públicas argentinas gratuitas, ejemplares y de calidad, y productoras de talentos apreciados en el mundo entero. // Y por si fuera poco usted terminó de arruinar la confianza en la Justicia, y es fácil sospechar que lo hizo con dinero, espías y amenazas. // Y dejo para el final la corrupción de su gobierno. Todos sabemos que la dictadura cívico-militar-empresarial-ecclesiástica que se llamó a sí misma «Proceso» fue la madre de la corrupción consustancial al sistema político y económico argentino. Pero le diré dos cosas, señor: una es que comparados con estos tres años de su gobierno—desde Alfonsín al kirchnerismo y pasando por el menemismo y la Alianza— fueron, dicho sea irónicamente, juegos de niños en comparación con el robo, el nepotismo, la naturalización de la inmoralidad, los usos y costumbres arbitrarios e incontrolados, el acomodo, el sistema de coimas y el cinismo y la podredumbre moral que imperan en su gobierno. Que además terminó de pudrir lo que llamábamos Justicia y arrasó con lo que se llamaba libertad de prensa, de expresión, de libre comunicación o como fuera. // Señor: su gobierno, sus amigos, sus familiares, empatotados cual infame caterva sin patria, sin honores, sin historia, sin afectos sinceros y creíbles, puestos a hacer negocios y a sacar fortunas del país (que muchos no dudamos que guardan en Panamá, Bahamas, Suiza y quién sabe dónde más) lo que han hecho en tres años es destruir lo mejor de nuestro pueblo: el trabajo y la investigación tecnológica

y científica, la educación, la salud, la previsión social, la soberanía y la autodeterminación, la solidaridad, las tradiciones y la historia nacional, e incluso nuestro territorio que hoy es entregado a manos extranjeras junto con los restos de toda moral y esperanza. Usted encabeza un gobierno que desprecia y castiga a los que menos recursos tienen. La criminalización de la pobreza es para ustedes política de Estado. Y la entrega de los fabulosos recursos naturales de la Argentina es el peaje que ustedes pagan por el aplauso de imperios y ricachones y por la impunidad que ellos les garantizan. // A nosotros nos llevará un tiempo todavía recuperar el gobierno. Hombres y mujeres honrados, trabajadores, estudiosos y con renovado espíritu patriótico recuperaremos el gobierno. Ya lo va a ver. Y el Sol de nuestra bandera volverá a sonreír, cuando ustedes se vayan para no regresar jamás. // He escrito todo esto cuidándome de las consecuencias de mi propio, inmenso dolor. Lo saludo, por eso, con el menor de mis respetos.



Venezuela y Playa Girón

La agresión que está sufriendo la hermana Venezuela ha generado infinidad de análisis y comentarios. Preferimos cerrar nuestra sección con esta toma de postura que propone el amigo Kintto Lucas desde su muro de Facebook:

La jugada actual de Estados Unidos en Venezuela, con el «autoproclamado» y la campaña internacional

desde distintos ámbitos, incluido el llamado a elecciones de la UE, es una apuesta al «todo o nada» como fue Playa Girón en Cuba en 1961. // Salvando la distancia de los momentos históricos distintos, y aunque sea

difícil de creer, políticamente, estratégicamente, e incluso en lo simbólico estamos ante un escenario similar. Por lo tanto estamos ante la «Playa Girón del siglo XXI». // No es momento para colocarse encima del muro. O se está

con Venezuela, como se estuvo con Cuba, o se está con la «intervención» liderada por los Estados Unidos. Lamentablemente, así están las cosas y, por lo tanto, cada cual debe ser conciente del lugar que escoge.



ANÓNIMO: Mate «Perdiz». Lagenaria burilada y quemada.
33 x 14 cm. Cochabamba, Huancayo, Junín

RECIENTES

Los sesenta del Premio Literario

Con la habitual conferencia de prensa, el viernes 11 de enero se anunciaron las actividades de la sexagésima edición del Premio Literario Casa de las Américas en la que concursaron obras en los géneros de novela, poesía y ensayo de tema histórico-social, así como en las categorías de literatura para niños y jóvenes, y literatura brasileña; se entregó además el Premio de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos. Las palabras inaugurales, el lunes 21, estuvieron a cargo del poeta y ensayista Roberto Fernández Retamar, presidente de nuestra institución y codirector de esta revista. Tras la estancia de lecturas, visitas y presentaciones de libros en la ciudad de Cienfuegos, el programa de los jurados en la Casa incluyó sus presencias en paneles. Asimismo, en el contexto del Premio quedó inaugurada, el lunes 28 en la Galería Latinoamericana, la exposición *Arte popular del Perú*; el miércoles 30 la artista mexicana Verónica Valerio ofreció un concierto para arpa y voz en la sala Manuel Galich; ese mismo día fueron presentados los libros ganadores de la edición anterior. La Cinemateca de Cuba, de forma paralela, programó el ciclo *La escritura proyectada: cine y literatura latinoamericana*, con el cual rindió homenaje a la Casa de las Américas y al Premio en sí, al cumplir su sesenta aniversario. El jurado de novela, integrado por Adrián Curiel Rivera (México), Víctor Goldgel (Argentina), Lina Meruane (Chile), Anne Marie Metaillié (Francia) y Eduardo del Llano (Cuba), otorgó el premio a *La ruta*, del argentino Eduardo F. Varela, y concedió menciones

a los libros *La noche en la que nos encontró El Pasado*, de Roberto Montaña (Uruguay), y *La vida cosida*, de Juan Pablo Morales (Argentina). El de poesía, compuesto por Áurea María Sotomayor (Puerto Rico), Raúl Vallejo (Ecuador) y Soleida Ríos (Cuba) reconoció el cuaderno *Yaraví para cantar bajo los cielos del norte (biografía no autorizada de un Banksy sudamericano)*, del ecuatoriano Juan José Rodinás. En ensayo histórico-social, Néstor Francia (Venezuela), Elissa L. Lister (República Dominicana) y Raúl Garcés (Cuba) premiaron al cubano Reinaldo Funes Monzote por *Nuestro viaje a la luna. La idea de la transformación de la naturaleza en Cuba durante la Guerra Fría*. En literatura para niños y jóvenes, Elena Dreser (Argentina-México), Mario Picayo (Cuba-Islas Vírgenes, Estados Unidos) y Olga Marta Pérez (Cuba) acordaron entregar el premio a *Piel de noche*, del cubano Alexis Díaz Pimienta; así como mención a *Melisa entre las hojas*, de Martín Doria (Colombia), y *En los zapatos de Elvis*, de Joaquín Casasola (México). En literatura brasileña, Isis Barra Costa, Luisa Geisler y José Luiz Passos premiaron a *Por cima do mar* (novela), de Deborah Dornellas; y otorgaron menciones a *Pequena música* (poesía), de Adriana Lisboa, y *Orelha lavada, infancia roubada* (cuento), de Sandra Godinho. El Premio de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos fue para *Indian Given. Racial Geographies across México and the United States*, de María Josefina Saldaña-Portillo (Estados Unidos), tras las deliberaciones del jurado integrado por Frances Aparicio (Puerto Rico), José Manuel Valenzuela (México) y Rubén Rumbaut (Cuba-Estados Unidos), quienes concedieron menciones a Lisandro Pérez (Cuba-Estados Unidos) por *Sugar, Cigars and Revolution: The Making of Cuban New York*, y a Chris Zepeda-Millán (Estados Unidos) por

Latino Mass Mobilization. Immigration, Racialization and Activism. Como es tradicional desde el año 2000, la Casa entregó tres premios de carácter honorífico: el de poesía José Lezama Lima fue para *Meli Witran Mapu. Tierra de los cuatro lugares*, de José María Memet (Chile); el de ensayo Ezequiel Martínez Estrada para *¡Saoco salsero! o el swing del Sonero Mayor. Sociología urbana de la memoria del ritmo*, de Ángel G. Quintero-Rivera (Puerto Rico); y el de narrativa José María Arguedas para *El diablo de las provincias*, de Juan Cárdenas (Colombia).

Música en la Casa

Cecilia Todd recibió el martes 20 de noviembre en la sala Che Guevara el Premio Noel Nicola, máximo reconocimiento que entregan los trovadores cubanos y que lleva el nombre de uno de los músicos fundadores del movimiento de la Nueva Trova en la Isla. La cantautora venezolana se unió así al uruguayo Daniel Viglietti y a los cubanos Vicente Feliú y Silvio Rodríguez, quienes recibieron el galardón en sus ediciones anteriores.

A propósito de los cien años de vida y obra del compositor y pedagogo Alfredo Diez Nieto, y de los centenarios de Argeliers León y Harold Gramatges, el martes 4 de diciembre en la sala Che Guevara fue entregado el Premio de Creación Sinfónica 2018 convocado por los Estudios Ojalá y la Oficina de Silvio Rodríguez. El jurado, integrado por tres reconocidos maestros, Leo Brouwer, Roberto Valera y Juan Piñera, decidió distinguir como finalistas las obras *Obertura y fanfarria para orquesta*, de Daniel Torres Corona, y *Caprichos de Igbola para orquesta*, de Arturo Cruz Robledo. El premio correspondió, por igual, a *Equinoccio: concierto para violín y orquesta No. 1*, de Jorge Enrique Amado Molina, y *Estaban las demencias postradas*, de Daniel Amir Toledo Guillén.

Fundado en 2007, el Cuarteto Orishas llegó a la sala Che Guevara el viernes 7 de diciembre para ofrecer un concierto donde la música mexicana fue protagonista. Integrado por los guitarristas Diego Emerith, Jesús Guarneros, Daniel Aguilar y Vladimir Ibarra, este ensamble de cámara desplegó un repertorio de obras originales para el instrumento a cargo de compositores de su país y Latinoamérica.

Semana de Autor con Miguel Barnet

Como ya es habitual desde el año 2000, la Casa de las Américas celebra cada noviembre su Semana de Autor, evento literario que en esta ocasión, del 21 al 23 de ese mes, estuvo dedicado al poeta, narrador y ensayista cubano Miguel Barnet. La Semana comenzó con la intervención de RFR, así como del ensayista y narrador Abel Prieto. A continuación Barnet ofreció una charla sobre su poética, seguida por una lectura de poemas. Estudiosos de su obra (varios de los cuales aparecen en esta propia entrega) reflexionaron en torno a ella, en un diálogo también con sus lectores. El programa incluyó además la proyección del documental *Miguel Barnet, un animal de sueños*, del realizador y periodista cubano Rolando Almirante; una exposición bibliográfica en la Sala de Lectura; y la presentación de los libros *Biografía de un cimarrón*—editado recientemente por el Fondo Editorial Casa de las Américas en la colección de clásicos Literatura Latinoamericana y Caribeña—y el poemario *En el humo inasible de los idos*, de Ediciones Matanzas.

De libros y revistas

El martes 27 de noviembre la sala Manuel Galich fue el escenario para que desde el Centro de Investigaciones Memoria Popular Latinoamericana (Mepla) nos llegara el libro *Autogestión Yugoslava*, de Michael Lebowitz, perteneciente a la colección Socialismo del Siglo XXI, el cual fue presentado por Oscar Fernández, profesor de la Facultad de Economía. Durante el encuentro se proyectó el documental *Buscando el camino. Método de trabajo comunitario*, de Luis Acevedo, director del Mepla.

La antología *Ayiti Cheri. Poesía haitiana (1800-2015)*, cuya realización estuvo al cuidado de la investigadora y traductora Yasmina Tippenhauer—y que es reseñada en esta entrega—, fue presentada el viernes 30 de noviembre en la sala Manuel Galich por la poeta y ensayista Nancy Morejón. Más de sesenta poetas haitianos han sido reunidos en este volumen de setecientos veinte páginas, en edición bilingüe—y en ocasiones trilingüe, pues se han incluido poemas en francés y creol, con su versión al español—, según explicó Roberto Zurbano, cómplice del proyecto desde sus inicios.

El número 189 de la revista *Conjunto*, que contiene en sus páginas un dossier sobre circo y técnica de *clown* y otro con siete trabajos sobre teoría teatral francesa, fue presentado el martes 5 de diciembre por el investigador y crítico teatral Jaime Gómez Triana, director del Programa de Estudios sobre Culturas Originarias de la Casa de las Américas. La nueva entrega incluye el texto dramático «A todos nos toca», del dramaturgo colombiano Francisco Lozano Moreno, del Teatro Rodante.

En coordinación con la Cátedra de Estudios del Caribe «Norman Girvan» de la Universidad de La Habana, el Centro de Estudios del Caribe presentó, el viernes 7 de diciembre en la sala Manuel Galich, el volumen *El arte escultórico contemporáneo en la República Dominicana*, de la investigadora y curadora Marilyn Sampera Rosado, en el contexto de la XII Conferencia Internacional de Estudios Caribeños *Las pequeñas islas del Caribe: entre la vulnerabilidad y la resiliencia*.

Un panel integrado por los escritores cubanos Norge Espinosa, Víctor Fowler y Jorge Fornet acompañó, el miércoles 19 de diciembre en la sala Manuel Galich, la presentación del volumen *Circunstancias de un poeta*. Roberto Fernández Retamar, del argentino Sergio Marelli, título que compila gran parte de la obra del poeta y ensayista cubano. Marelli proyectó, además, fragmentos de su película –invitada al Festival del Nuevo Cine Latinoamericano– *El Quijote del Caribe*, dedicada también al presidente de la Casa de las Américas y codirector de esta revista.

Uruguay en la Casa

Con un homenaje al escritor uruguayo Mario Benedetti –quien además de gran amigo de la Casa fue parte inseparable de ella y fundador de su Centro de Investigaciones Literarias–, comenzó el lunes 26 de noviembre la Semana de la Cultura uruguayo en la sala Manuel Galich. La lectura que el autor de *Montevideanos* realizara para la colección *Palabra de esta América* dio paso a las intervenciones de Jorge Fornet y del Excelentísimo Señor Eduardo Lorier, Embajador de Uruguay en Cuba, quienes dialogaron en torno a la obra del poeta, narrador y ensayista. Una vez finalizado el encuentro se inauguró la muestra *Exposición*

de literatura uruguayo premiada y publicada por Casa de las Américas, en la Sala de Lectura de la Biblioteca. El viernes 30 de noviembre la sala Che Guevara acogió el concierto homenaje a Daniel Viglietti, amigo, cantante, compositor y guitarrista considerado uno de los mayores exponentes del canto popular en Uruguay, quien falleciera en octubre de 2017. Esta vez fueron los trovadores Augusto Blanca, Heidi Iguallada, Vicente Feliú, entre otros, los encargados de recordarlo a través de sus canciones.

El cine tomó la Casa

En el contexto del Festival del Nuevo Cine Latinoamericano y como parte del proyecto Casa Tomada, del 10 al 12 de diciembre tuvo lugar en nuestra institución un encuentro de jóvenes cineastas latinoamericanos y caribeños, quienes llegaron de países como Argentina, Colombia, Ecuador, Guatemala, México, entre otros, para intercambiar ideas en torno a la creación audiovisual hoy en la región, desde el posicionamiento crítico ante la coyuntura histórica y social de esta generación. «Los retos del cineasta como intelectual en las Américas hoy», «De la creación a la recepción y viceversa: ¿qué públicos para qué cines?», «Alianzas y desafíos en la integración de un cine regional», fueron algunos de los tópicos que convocaron al debate en paneles que iniciaron luego de la proyección de varios filmes premiados por la Casa en ediciones anteriores del Festival, entre ellos *Heli*, de Amat Escalante; *Güeros*, de Alonso Ruizpalacios, ambos de México; y *Matar a Jesús*, de la colombiana Laura Mora. El martes 11, como colofón a las actividades, el cantautor argentino León Gieco subió a la sala Che Guevara acompañado de varios trovadores jóvenes como Oscar Sánchez, Tobías Alfonso, Noslen Porrúa, para hacer de la música y sus canciones un diálogo intergeneracional.

Conferencias

Como continuidad del III Coloquio Internacional de Estudios sobre Culturas originarias de América, que tuvo lugar del 9 al 12 de octubre de 2018, el investigador chileno Arturo Ahumada impartió la conferencia *Wiño mapudungutuaiñ: la lucha por la lengua*, el viernes 14 de diciembre en la sala Manuel Galich.

El lunes 17 de diciembre, Amailton Magno Azevedo, subdirector del Centro de Estudios Africanos de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo, llegó hasta la sala Manuel Galich para impartir su conferencia *Los estudios africanos y afro-diaspóricos en Brasil: tendencias y perspectivas*.

Quienes asistieron el martes 18 de diciembre a la sala Manuel Galich pudieron dialogar con el escritor y artista visual argentino Dany Selko sobre el proyecto Reunión, con el que ha recorrido pueblos, comunidades rurales y ciudades de gran parte de la América Latina escribiendo las historias que la gente quiere contarle.

El lunes 4 y el miércoles 6 de febrero en la sala Manuel Galich, el crítico teatral rumano-francés Georges Banu –invitado por nuestra institución, a través de su Dirección de Teatro– ofreció dos conferencias en torno a la crítica especializada, en diálogo y complemento de la edición del dossier de teoría teatral francesa, aparecido en el número 189 de la revista *Conjunto*.

En el marco del XIII Festival de Música Antigua Esteban Salas, el martes 5 de febrero en la sala Manuel Galich tuvo lugar la conferencia *Danza novohispana*, del mexicano David Serna, y, seguidamente, la presentación de los *Cuartetos Concertantes de Pedro Ximéne Abrill Tirado (Arequipa, 1784-Sucre, 1856)*, por Giorgio Monari (Italia) y Teresa Paz (Cuba), con la colaboración del Conjunto de Música Antigua Ars Longa.

La charla *Intelectuales afrodescendientes: categorías y trayectorias para una discusión del campo de estudios afrolatinoamericanos*, a cargo de la socióloga Elena Oliva –doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile– tuvo lugar también el martes 5 de febrero en la sala Manuel Galich.

Lecturas de poesía

Considerada como una voz relevante de la poesía hispanoamericana contemporánea, la poeta ecuatoriana Aleyda Quevedo Rojas llegó a la sala Manuel Galich, el miércoles 6 de febrero, para compartir algunos de sus textos. La presentación estuvo a cargo del escritor y crítico literario cubano Jesús David Curbelo.

La Casa en la Feria

Del 7 al 17 de febrero la Casa de las Américas fue nuevamente una de las subsedes de la Feria Internacional del Libro de La Habana con un programa que incluyó no solo presentaciones de libros sino también conciertos y charlas. En esta oportunidad las actividades se iniciaron con la presentación de *Desmemoriados. Historias de la música cubana*, de Rosa Marquetti, tercer volumen que publica el sello Ojalá; mientras que el viernes 8 se presentó una redición especial de *Los pasos en la hierba*, de Eduardo Heras León, ganador de una mención del Premio Casa en 1970, quien estuvo acompañado por los ensayistas Abel Prieto y Jorge Fonet. El número 189 de la revista *Conjunto* fue presentado en La Cabaña, a propósito del homenaje que la Dirección de publicaciones del Ministerio de Cultura le hiciera a esta revista por sus cincuenta y cinco años de fundada. Dentro del programa figuró el conversatorio *Leyendo a Diamela Eltit*, Premio Nacional de Literatura 2018 a quien la Casa dedicara su Semana de Autor en el año 2002. Este intercambio en la Sala de Lectura de la Biblioteca –en el cual participaron las investigadoras y ensayistas cubanas Zaida Capote y Luisa Campuzano– dio paso a la presentación de los libros *No hay almacén que la sostenga. Entrevistas a Diamela Eltit*, de Mónica Barrientos, y *Escenarios del nuevo milenio. La narrativa de Diamela Eltit (1998-2018)*, de Laura Scarabelli. El martes 12 en la sala Che Guevara, jóvenes escritores invitados a la Feria intercambiaron con integrantes del proyecto Casa Tomada; en tanto se presentaron algunos de los títulos más recientes de la colección La Honda de nuestro Fondo Editorial: *Simone*, del puertorriqueño Eduardo Lalo, y *Rakushisha*, de la brasileña Adriana Lisboa. En la sala José Antonio Portuondo de La Cabaña tuvo lugar, además, el panel *Casa de las Américas: sesenta años de creaciones, refundaciones y esperanzas*, donde intervinieron el escritor Eduardo Heras León, Caridad Tamayo –directora del Fondo Editorial de la institución– y Pepe Menéndez –director de Diseño. Sobre el arte de biografiar una vida giró el encuentro con Irene Chikiar Bauer, periodista, investigadora y ensayista argentina quien el jueves 14 en la sala Manuel Galich presentó su libro *Virginia Woolf. La vida por escrito*. Mientras que, ese mismo día, pero a las cuatro de la tarde en la sala Che Guevara –y después de

cincuenta años— el Fondo Editorial de la Casa puso a disposición de los lectores una nueva edición de *Rayuela*, de Julio Cortázar. En esta ocasión, el libro fue presentado por la narradora y ensayista Margarita Mateo Palmer. La sala Manuel Galich acogió, una vez más, a Ediciones Aurelia, sello que presentó los volúmenes *Adde Kola*, de Celima Bernal; y *Guerrillero de la imagen*, de Perfecto Romero. Las jornadas en la Feria concluyeron con la presencia del escritor mexicano Paco Ignacio Taibo II, quien, junto a la Fundación Rosa Luxemburgo, presentó la antología de periodismo narrativo *Nada es más asombroso que la verdad*, y su biografía *Tony Guiteras, un hombre guapo*.

Coloquio de la Mujer, como cada año

Del 18 al 22 de febrero tuvo lugar el *Coloquio Internacional Expectativas, logros y desengaños del nuevo milenio en la historia y la cultura de mujeres latinoamericanas y caribeñas* que organiza el Programa de Estudios de la Mujer de la Casa de las Américas. Con la presencia de decenas de estudiosas y estudiosos provenientes de la América Latina y el Caribe, Norteamérica y Europa, el itinerario del Coloquio dedicó atención a las autoras mexicanas y su representación del dolor social en el México del siglo XXI, la agresión patriarcal y el empoderamiento femenino, las tendencias y perspectivas de la nueva narrativa lésbica en el Caribe hispano, la mujer negra en Latinoamérica, entre otros tópicos. La clausura tuvo lugar en la sede de Argos Teatro, cuando esta compañía, dirigida por el dramaturgo cubano Carlos Celdrán, llevó a escena la obra *Misterios y pequeñas piezas*.

Semana de la Cultura de República Dominicana en Cuba

¿Dónde está la dominicana?: apuntes sobre arte, modernidad y contemporaneidad fue el título de la conferencia magistral de la intelectual y crítica de arte Sara Hermann, quien llegó desde el Centro León de Santiago de los Caballeros hasta la sala Manuel Galich, el lunes 25 de febrero, para dar inicio a este acercamiento a la cultura de República Dominicana en Cuba. El martes 26, Mukien San Ben, presidenta de la Academia de la Historia de República Dominicana, indagó sobre la gesta independentista dominicana; en tanto el jueves 28 la Galería Mariano acogió la inauguración de una muestra de arte popular

de ese país. La exposición, organizada por la Dirección Nacional de Fomento y Desarrollo de la Artesanía, recoge una variedad de piezas que incluyen el trabajo en madera, cerámica, textil y afiches.

Visitas

El lunes 19 de noviembre, RFR y Yolanda Alomá, directora de Relaciones Internacionales de la Casa, recibieron a Rubén Gallo, profesor de la Universidad de Princeton. Ese mismo día, Marcia Leiseca, vicepresidenta primera de la Casa, y Arien González, directora de nuestra Biblioteca, intercambiaron con el especialista holandés Johan Vogel para establecer un acuerdo de distribución de la revista Casa en la plataforma digital de Brill Publishers.

El 12 de diciembre, RFR, Marcia Leiseca, Jorge Fonet y Silvia Gil—directora del Programa Memoria— sostuvieron un diálogo con el poeta, narrador y ensayista venezolano Edmundo Aray, quien, acompañado por la escritora argentina Basilia Papastamatú, donó algunos de sus libros a la Biblioteca de la Casa.

El viernes 4 de enero de 2019 Jorge Fonet y Lorena Sánchez, editora de esta revista, recibieron a Diana Castro Benetti, directora ejecutiva de la revista *El Malpensante*, quien, acompañada por el editor y sociólogo Hernán Darío Correa, donó, de igual manera, algunos ejemplares de esta publicación colombiana a la Casa. El jueves 10 de enero, RFR, Marcia Leiseca y Yolanda Alomá recibieron a Alpidio Alonso, Ministro de Cultura de Cuba, y a Juan Rodríguez Cabrera, presidente del Instituto Cubano del Libro, para dialogar en torno a la Feria Internacional del Libro de La Habana. El lunes 28 de enero, Caridad Tamayo, Camila Valdés—directora del Centro de Estudios del Caribe—, Jaime Gómez Triana y Yolanda Alomá intercambiaron con Yasser Musa, artista visual, poeta y editor de Belice. El miércoles 23, Jorge Fonet se reunió con Doo-Seung Hong, profesor y sociólogo de la Universidad Nacional de Seúl, Corea del Sur, quien se interesó por conocer la Casa y por intercambiar experiencias. Ese mismo día, Marcia Leiseca y Camila Valdés sostuvieron un diálogo con Karina Batthyany, nueva secretaria ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. El lunes 28 nos visitó cargado de publicaciones, como es habitual en él, el poeta y amigo

peruano Hildebrando Pérez; su entrega incluyó, entre otras, el número 31 de la revista *Martín*, que él mismo dirige, y la edición facsimilar de *Los heraldos negros*, así como un libro homenaje a César Vallejo, ambos publicados con motivo del centenario de dicho poemario, y generosamente enviados por Jaime Chihuán, director de Sinco Editores.

El miércoles 6 de febrero, Silvia Llanes, directora de Artes Plásticas, y Yolanda Alomá dialogaron con Cristiano Berti, quien realiza una investigación histórica sobre

los lazos entre Cuba y su país, Italia. Caridad Tamayo recibió, el lunes 11 de febrero, al escritor argentino Alejandro Frías; mientras que el viernes 15 de febrero, Marcia Leiseca, Jorge Fornet, Caridad Tamayo y Silvia Gil, se reunieron con Hortensia Campanella, presidenta de la Fundación Mario Benedetti, quien donó varias publicaciones a nuestra biblioteca.

Cierre de la información: 28 de febrero



HILARIO y GEORGINA MENDÍVIL: *Santiago*. Madera, maguey, pasta, tela modelada y pintada, 38 x 16 cm. Cuzco

ALEJANDRO AMARO SEGUÍ (Cuba, 1991) es licenciado en Letras por la Universidad de La Habana y especialista del Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas.

El escritor y cineasta EDMUNDO ARAY (Venezuela, 1936) ha publicado, entre otros, los poemarios *La pena del cristofué* y *Veinte poemas made in USA y una canción esperanzada*. En 2018 estrenó su documental *El arte de la fuga (del Cuartel San Carlos)*.

Del poeta, narrador y etnólogo MIGUEL BARNET (Cuba, 1940), el Fondo Editorial Casa de las Américas reditó en 2018 su novela-testimonio *Biografía de un cimarrón*.

Diplomático y ensayista, NILS CASTRO (Panamá, 1937) publicó en 2012 su libro *Las izquierdas latinoamericanas en tiempos de crear* y tiene en prensa el volumen *Las ideas y la fuerza*.

El narrador e investigador ADRIÁN CUIRIEL RIVERA (México, 1969) es Doctor en Historia del Derecho y en Literatura Española e Hispanoamericana. Publicó en 2018 su novela *Paraíso en casa*.

El ensayista JOSE DE LEÓN (España, 1990) cursa el doctorado en Lenguas y Literaturas Románicas en la Universidad de Harvard. Completa su tesis sobre la relevancia de la Revolución Cubana para las nuevas discusiones teóricas sobre comunismo y emancipación cultural.

El escritor, repentista e investigador ALEXIS DÍAZ PIMIENTA (Cuba, 1966) mereció el Premio Casa de las Américas 2019 por su libro *Piel de noche*, que será publicado próximamente por nuestro Fondo Editorial.

La narradora LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN (Cuba, 1961) acaba de publicar *La Habana nuestra de cada día* y tiene en prensa *Tiempo de mujeres y otras estampas*.

El poeta MARTÍN GAMBAROTTA (Argentina, 1968) ha publicado, entre otros títulos, los cuadernos *Punctum* (Premio Hispanoamericano Diario de Poesía) y *Seudo*.

MEMPO GIARDINELLI (Argentina, 1947) obtuvo el Premio Rómulo Gallegos por la novela *Santo Oficio de la Memoria* en 1993. Ha publicado, entre otros títulos, *La última felicidad de Bruno Fólner* (2015) y *Chaco For Ever* (2016).

El narrador y editor EDUARDO HERAS LEÓN (Cuba, 1940) es Premio Nacional de Literatura 2014. Una redición especial de su libro *Los pasos en la hierba*, ganador de una Mención del Premio Casa en 1970, fue publicado este año por nuestro Fondo Editorial.

El sociólogo MICHAEL LÖWY (Brasil, 1938) es director de Investigaciones Emérito del Centre National de la Recherche Scientifique de París, donde reside desde 1969. Entre sus obras cabe destacar *El pensamiento del Che Guevara* y *Ecosocialismo*, entre otras.

SERGIO MARELLI (Argentina, 1962) es poeta, ensayista y guionista. Autor, entre otros libros, de *Circunstancias de un poeta*. *Roberto Fernández Retamar*.

La narradora, poeta, ensayista y editora JAMILA MEDINA RÍOS (Cuba, 1981) mereció en 2017 el Premio de Poesía Nicolás Guillén por su cuaderno *El país de la Siguaraya*.

Poeta, ensayista y traductora, NANCY MOREJÓN (Cuba, 1944) es miembro de la Academia Cubana de la Lengua y directora de la revista *Unión*.

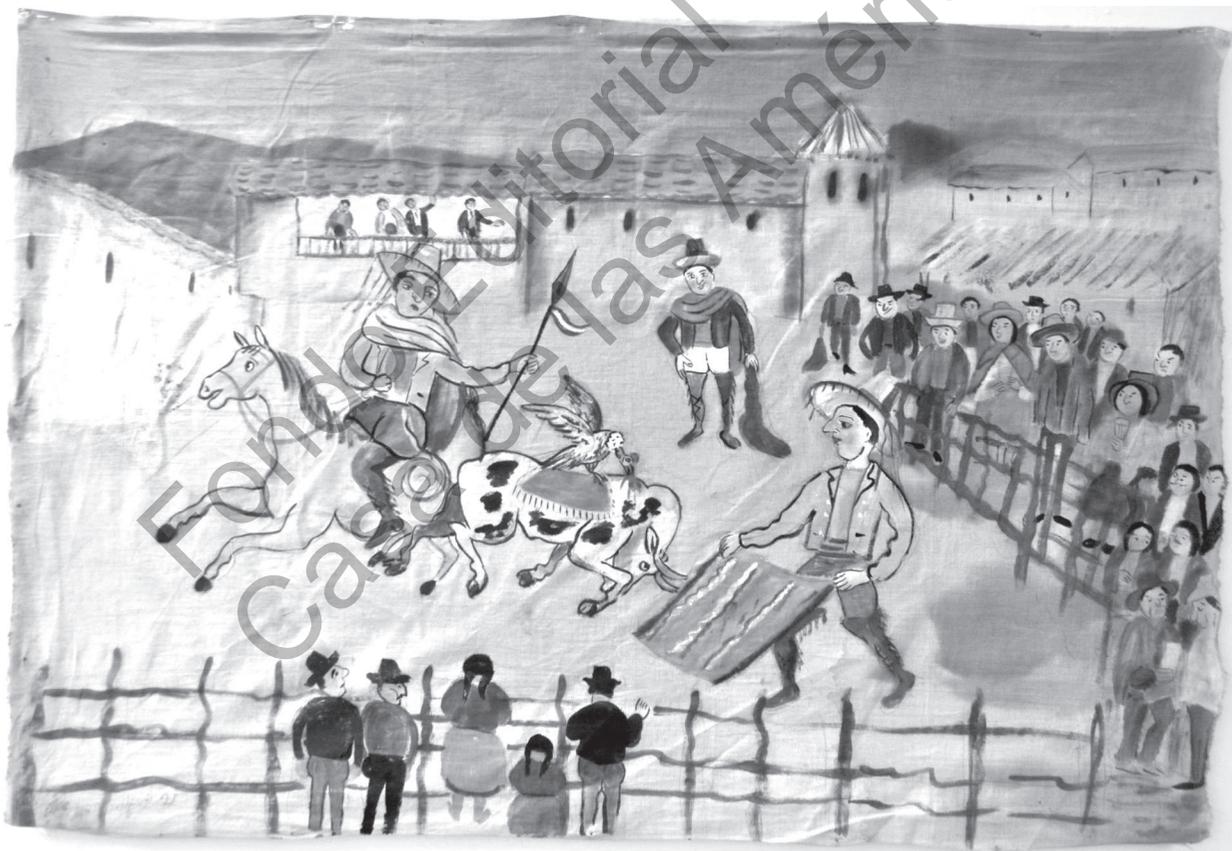
FIDEL ANTONIO ORTA (Cuba, 1963) es escritor, profesor y autor de libros como *Luz de agua sencilla*, *El traje que vestí mañana*, *Escrituras iniciales*, entre otros.

El escritor y político ABEL PRIETO (Cuba, 1950) es director de la Oficina del Programa Martiano. Ha publicado, entre otros libros, las novelas *El vuelo del gato* y *Viajes de Miguel Luna*.

La expansión del universo es la novela más reciente del narrador, poeta y ensayista RAMIRO SANCHIZ (Uruguay, 1978), quien preparó para el Fondo Editorial Casa de las Américas el volumen *Antología de narrativa nueva/ joven uruguaya*.

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ (Ecuador, 1962) integra el consejo editorial de la revista *Eskeletra* y es editor de *Kipus: Revista Andina de Letras y Estudios Culturales*. En 2016 publicó la novela *Un pianista entre la niebla*, la cual fue reseñada en nuestra revista.

CAMILA VALDÉS LEÓN (Cuba, 1988) es directora del Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas. En 2018 publicó, junto a Frantz Voltaire, la *Antología del pensamiento crítico haitiano contemporáneo*.



HILARIO MENDÍVIL: *Corrida de toros*. Óleo/tela, 100 x 76 cm. Cuzco